

LA DÍAMANTISTA DE LA EMPERATRIZ

Un viaje fascinante desde
el Toledo de Carlos V hasta
la Italia renacentista



de

PILAR DE ARÍST

Lectulandia

Toledo, 1528. Tras la trágica muerte de su novio, Micaela se concentra en el trabajo en el taller de su padre, diamantista en la ciudad de Toledo. Pronto la joven destaca en el oficio y adquiere fama, hasta el punto que la emperatriz Isabel la elige comisionada para viajar a Roma y Sicilia, donde deberá estudiar nuevas técnicas de orfebrería. Acompañada por su hermano y un joven militar, Micaela será testigo de acontecimientos sin par, no solamente en el mundo de la joyería, sino en la historia de Occidente. Una trama inquietante conducirá al grupo hacia peligros desconocidos que se cernirán sobre ellos y que les obligarán a poner todo su empeño para salir victoriosos. La novela combina un buen argumento y un recorrido de interés político y artístico por las cortes europeas del siglo XVI. Una protagonista fascinante y una conmovedora historia de amor se reúnen en esta novela, que no dejará indiferente a los lectores.

El contexto histórico en que se desarrolla la acción está bien documentado y presentado, de manera que el lector sentirá la satisfacción de haber vivido en un tiempo y un lugar remotos.

Lectulandia

Pilar de Arístegui

La diamantista de la emperatriz

ePub r1.0

Titivillus 26.03.18

Título original: *La diamantista de la emperatriz*
Pilar de Arístegui, 2008

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A mi familia, mi marido,
mis hijos Carlos, Alejandra, Álvaro y Pilar;
mi puerto de refugio.*

*A todas aquellas mujeres
que sin saberlo fueron heroicas.*

LIBRO I (1528-1530)



TOLEDO
(1528-1530)

*La justicia de Dios es verdadera,
y la misericordia, y todo cuanto
es Dios todo ha de ser verdad entera.*

FRANCISCO DE QUEVEDO,
Epístola satírica y censoria

1

Un día de fiesta

—¡Dios sea bendito y alabado! ¡Qué mañana tan hermosa! La ribera estará llena de gente moza, con ganas de solazarse... ¡Vamos, Micaela!

Marialonso, la dueña de Micaela, daba vueltas sobre sí misma, embriagada de alegría al pensar en el éxito que su bellísima niña iba a tener en ese día de fiesta. La excitación la hacía girar en círculos concéntricos, sin realizar nada en concreto. Sus sayas negras y su toca revoloteaban con sus movimientos, dándole un aspecto cómico y alegre. Micaela la miraba con ternura: esa mujer le había dedicado toda su vida, con un amor simple y generoso que le había acompañado en toda ocasión, y ahora compartía su ilusión por la nueva etapa que se abría ante ella.

Micaela era una hermosa joven, tremendamente hermosa, alta, trigueña, ojos claros (verdes o grises según la luz), con una expresión entre concentrada y divertida que desconcertaba un poco a los hombres que la rodeaban. Era inteligente y contaba con un profundo sentido de la independencia; su hermano le había ofrecido trabajar con él en el taller de su padre, en la búsqueda de piedras y joyas extraordinarias. Micaela tenía un don especial para ver de inmediato, en la forma de una piedra, un coral o una perla, la joya única resultante de un diseño ingenioso. Damián le había pedido que colaborara con él, ¡su hermano tan admirado, tan amado, con quien compartía una delicada complicidad desde niños!... La vida era un prodigio.

Escuchando a Marialonso, empezó a pensar en lo que se pondría para que Diego Santibáñez, su novio, la encontrara guapa y atractiva. Primero iría con Damián y la novia de este, Inés, a la procesión del Corpus, y de ahí a un almuerzo campestre en la ribera del Tajo, muy cerca de su hogar.

Micaela y Damián vivían en una morada singular a la vera del río: una casa de

pedra, cuyo alto muro protegía el jardín de aire medieval de las miradas de la calle. Un embarcadero con una preciosa falúa esperando siempre, y una escalerita que accede desde el mismo jardín al río. Un patio central permite a las habitaciones privadas gozar de noches perfumadas de jazmines, en total intimidad. Tiene razón Micaela, la vida es maravillosa en esta casa llena de belleza que su madre, Teresa, dirige con mano firme y dulzura. Teresa es una mujer rubia, su pelo comienza ya a platear, sus ojos azules brillan con bondad y su objetivo en la vida es que su pequeño mundo funcione a la perfección. Preocupa a Teresa la inclinación a la independencia de su hija Micaela. La comprende en cierta medida, pero piensa que la sociedad no acepta de buen grado la voluntad decidida de una mujer. Tiene constantes discusiones, pacíficas pero discusiones al fin y al cabo, con su marido Juan, para disculpar «la voluntad decidida» de Micaela. Pero la inteligencia y belleza de su hija acaban casi siempre amansando al padre.

Piensa Micaela, mientras observa distraída dos vestidos, en Diego. Diego el tierno, Diego el constante, Diego que la comprende y apoya, Diego enamorado hasta las cachas de Micaela.

Le invade a esta una dulce sensación de felicidad, de algo completo y perfecto. Mas de repente, siente miedo. Miedo de que tanta felicidad no sea posible. La expresión de su cara sorprende a Marialonso, que le pregunta:

—Pero niña, ¿qué te pasa?, ¿qué es ese gesto sombrío en un día del Corpus? Vamos a elegir el vestido.

Micaela reacciona, sonrío y empieza a acariciar el suave algodón de la prenda: es color marfil, satinado, cálido y luminoso, con un corpiño ajustado, con cintas color coral, que le confieren una vida intensa al marfil; las mangas hasta el codo, con gran volumen, y, de nuevo, lazos color coral de largas cintas que danzarán al viento cuando ella y Diego bailen. El otro, también de fino algodón, es verde muy claro, verde almendra, con el corpiño y la saya ribeteadas con cinta de seda gris muy claro.

—Marialonso, me pondré el marfil. ¡Esas cintas color coral lo alegran tanto! ¡Son tan bonitas!

Es un maravilloso día de primeros de junio: el sol ilumina la estancia y se posa de manera precisa en una mesa de piedras duras. Allí brilla un precioso collar de perlas y oro que el padre de Micaela realizó con gran ilusión y cuidado como regalo de cumpleaños para su hija el pasado febrero. Es un collar de apariencia sencilla, pero cada perla, perfecta, de maravilloso oriente, ha sido engastada en un chatón de oro. El diamantista sabe y conoce de las joyas únicas que existen en toda Europa, y está en permanente contacto con proveedores capaces de conseguirle los elementos más extraordinarios: corales de Sicilia y el mar Rojo, diamantes de las entrañas de África, rubíes y esmeraldas de las Indias, perlas de Asia, y todo aquello que permite crear un objeto extraordinario, al que algunos confieren poderes mágicos. El taller de Juan no se encuentra muy lejos de su casa, y siempre viven allí varios orfebres jóvenes que cuidan de las piezas, aunque algunas las conserva el diamantista en su casa para

mirarlas, admirarlas, y estudiar si se pueden perfeccionar añadiendo o restando algo. Una de ellas es un collar de fuego, fuego del mar, en forma de corales. Ese es el collar que descansa también sobre la mesa, y que crepita bajo la luz de Toledo. Micaela lo coge y lo acaricia, y lo pone al lado del vestido:

—Es perfecto, Marialonso. Esto sí.

Entra Teresa en la estancia y sus ojos azules brillan al ver a Micaela: Micaela decidida, Micaela inteligente, Micaela llena de bondad... «¡Es tan hermosa! —piensa—. Dios mío, cuántas gracias tengo que darte todos los días por los dos hijos que me has dado. Y además, me regalas una nuera como Inés: buena, bella, cabal... Y un yerno como Diego, tan generoso, lleno de vida y enamorado de mi hija. Son dos hijos más». Va vestida de gris, elegante y sobria, con un collar de perlas al cuello. Micaela, al verla entrar, inicia un paso de baile (¿un paso de gallarda^[1], quizá?) y con gesto serio coge a su madre por la mano y la invita a bailar, con un mohín cómicamente serio:

—Micaela, ¡a mi edad!

—¡Madre, soy tan feliz! ¡Deseo que el mundo entero baile! —replica Micaela.

—¡Vamos, niña, que pasa el tiempo y hay que estar cabales en la procesión! —refunfuña Marialonso.

Micaela se deja hacer. Una doncella le recoge parte de su cabello, y deja suelto sobre su espalda la otra parte del mismo. Está espectacular, y su madre le abrocha el collar de corales de Sicilia, que contrasta con su piel joven y luminosa. Salen las tres al jardín, donde les esperan su padre y su hermano. En el arco de la puerta, las tres componen un cuadro: Marialonso a la izquierda, de negro, con su toca blanca y negra; al lado Micaela, una explosión de luz y de vitalidad, con su traje marfil de cintas color coral, movidas por el viento, rozando y acariciando tanto el vestido negro de Marialonso como el gris de Teresa. Los jazmines perfuman el momento. Juan está orgulloso y feliz, pero solo carraspea y dice:

—Bueno, ¡vamos o llegaremos tarde!

Teresa y Juan Vallesteros se situarán en un lugar del recorrido para contemplar con devoción el paso de la Cofradía de la Santa Caridad de Toledo a la que Teresa pertenecía; y Micaela con Damián y Marialonso en otra tribuna, donde se reúnen los más jóvenes.

Toledo rebosaba de gente; gente alegre, que exterioriza la expresión de piedad de todo un pueblo, en una antigua tradición, la fiesta del Corpus Christi. Era, como había exclamado Marialonso, una espléndida mañana. El sol estallaba en una dorada luz, que iluminaba todo cuanto tocaba, y una suave brisa procedente del Tajo refrescaba el ambiente. Un inmenso palio blanco cubría las calles desde las alturas, generando bellísimas sombras. El suelo, según la tradición, cuajado de fresco romero, tomillo y cantueso, formaba la alfombra que, bajo los pasos de la custodia de Juan de Arfe, que en su interior portaba al Señor, desprendería un aroma profundo y campestre. Los aligustres con su sensual perfume y los magnolios de magnífico aroma se unían a un

torbellino de color, olor y luz, que inundaba los sentidos y producía una sensación de intensa euforia. Por segunda vez en el día, Micaela pensó en lo hermosa que era la vida.

Pero ya empezaban a escucharse los clarines que anunciaban el inicio de la procesión. En ese instante, las primeras figuras aparecieron en el recodo de la plaza de Zocodover, el Pertiguero, precediendo la cruz que Alfonso V de Portugal regalara a la catedral de Toledo en agradecimiento a la hospitalidad de los castellanos. Detrás, el gremio de los hortelanos, vestidos de gran fiesta, con su capa parda, su cinta verde, y el hermano mayor llevando el pendón de san Pedro. A continuación, la Cofradía de la Santa Caridad de Toledo, la más antigua de la ciudad, entre ordenadas filas de sacerdotes. Inmediatamente, la Cruz del cardenal Mendoza, de gran carga simbólica, ya que fue la primera cruz que coronó la Torre de la Vela, en la Alhambra, cuando fue tomada Granada en 1492. Sigue el cabildo primado y, justo después, la extraordinaria custodia de Juan de Arfe que refulge con el sol.

El momento es de intensa emoción y el grupo de jóvenes amigos se recoge en un momento de plegaria. Al instante, la música, los aplausos de la gente, devuelven el ambiente de alegría a esta demostración de fe.

Micaela abraza a sus amigas Inés y Refugio, y ve a Diego a lo lejos; siente un cálido sentimiento en el corazón.

«Diego será el compañero de mi vida, juntos crearemos una familia, y en nuestro proyecto de vida nos ayudaremos el uno al otro. Él es comprensivo, y me apoyará en mi trabajo junto a mi padre y Damián. El trabajo será mi afán, y Diego mi ternura y mi pasión».

Le miró como si le hubiera visto por primera vez: era alto y guapo, muy hombre, con ese aplomo que tienen los seres buenos de verdad. Diego la vio de repente, y sus ojos y su sonrisa le dijeron a Micaela que ella era el centro de su vida. Inés, que ya estaba junto a Damián, captó una mirada que Refugio dirigió a Micaela. Refugio era una buena amiga, o eso parecía, pero durante una fracción de segundo, Inés percibió algo en ella, que la llenó de inquietud. «¡Qué tontería! —se dijo—. A veces hilo demasiado fino».

Diego vino hacia ellas y, cogiendo las manos de Micaela, las besó mientras la miraba a los ojos, con tal pasión, que ella sintió vértigo. Miró a su vez a Diego, y se detuvo en sus labios carnosos, sensuales, que invitaban al amor; y esas manos que ahora cogían las suyas: manos fuertes, que seguro serían espléndidas en la caricia. Por un momento, se hallaron solos en el mundo, envueltos en una cálida onda de dicha. Les trajeron de nuevo a la realidad las voces de sus amigos, a los que se había unido Tarsicio: guapo, rico, caprichoso, creía que el mundo entero le debía adoración, aunque también sabía ser divertido y simpático. Les recordaban que la fiesta a la vera del río iba a empezar y, alegres y decididos, se dirigieron hacia el Tajo, seguidos por sus dueñas —Marialonso y Pepa—, que trotaban detrás de sus niñas, un poco ahogadas por los años y las tocas. Llegando a la ribera, el espectáculo era fascinante:

el agua corría libre y limpia por encima de las piedras, y de vez en cuando formaba pequeñas cascadas; caían estas sobre las bandadas de patos, que esperaban con paciencia el refrescante regalo del río. La margen estaba todavía verde, y las cañas y juncos de la ribera se mecían suavemente. La música de una guitarra y un laúd daba ya inicio al baile, que propiciaba la ocasión de acercarse más al objeto del deseo. Algunas falúas completaban el ambiente: unas pintadas de almagre con toldillas a rayas; otras, oscuras con toldos marfil; otras, con una pequeña vela para cortos desplazamientos por el Tajo.

Al llegar, Diego encontró a un amigo suyo, con el porte gallardo de esos hombres que han vivido ya mucho y conocido muchos mundos. Era alto, de ojos claros y barba rubia, que le daba un aspecto serio y le hacía parecer mayor que los otros jóvenes. Diego le presentó al resto del grupo: era Íñigo de Vidaurre, capitán en las campañas de Italia, a las órdenes del marqués del Vasto. Se unió al resto de los jóvenes y pudieron comprobar que era mucho más alegre y divertido de lo que sugería la primera impresión. En los distintos puestos se vendían platos deliciosos de comida, especialidades de toda la comarca, y dulces que traían de las provincias cercanas: rosquillas, alcorzas, alfeñiques, yemas de Ávila, textones de ajonjolí, alfajores^[2], flores de hojaldre de Alcalá de Henares y otras maravillas, resultado gastronómico del cruce de culturas, pues algunos de ellos eran dulces típicos de origen árabe. Inés, Micaela y Refugio se sentaron con sus dueñas, a la sombra perfumada de un gran aligustre, y allí les trajeron los jóvenes algo para comer y unos cántaros con agua de hidromiel y hojas de hierbabuena.

«Qué ocasión para un buen pintor», pensó Íñigo.

Miró a Micaela, que estaba realmente espléndida con su traje de ligero algodón. El collar en su cuello hacía su piel más cálida y sedosa; la vivacidad de sus ojos y la expresión de su cara, el brillo de su pelo, que seguía acompasadamente el movimiento de su rostro al ritmo de la animada conversación, le conferían un aspecto de diosa pagana, que anunciaba el verano a punto de llegar. Íñigo sintió una punzada en el corazón al recordar que era la novia de su amigo Diego.

«Beato lui», se dijo con un suspiro.

Los jóvenes estaban animados y felices. Comieron, bebieron, hablaron, jugaron a las adivinanzas y luego bailaron; se refrescaron los pies en el río, y volvieron a bailar. Tarsicio, gallardo y osado, probaba suerte con todas las jóvenes. Muy guapo, muy seguro de sí mismo, su buena planta le garantizaba la aprobación de las damas. Refugio revoloteaba a su alrededor, como una mariposa atraída por la fulgurante luz, pero Tarsicio la ignoraba con persistencia. Detrás de un bosquecillo apareció una hembra deslumbrante: pulposa, morena, de labios carnosos y ojos de fuego. Se llamaba Magdalena. Reía con fuerza, y a la primera invitación de Tarsicio le siguió en un revuelo de sayas, brazos y cintas del pelo. Se acercaban, se separaban al son de la música, y cada vez se percibía una mayor tensión erótica entre la pareja. Al cabo de un momento, cuando Diego fue a buscar a su amigo, este había desaparecido, así

como la provocativa Magdalena.

Al atardecer las dueñas, ya cansadas de tanto trajín, comenzaron a recoger a sus niñas. Micaela se hallaba en la ribera atándose las cintas de su calzado, cuando llegó Diego, se sentó a su lado y, decidido, cogió a Micaela y la besó. Ella sintió que era el fin del mundo, una comunión a la vez carnal y espiritual, que incendiaba todo su ser. Apareció en ese momento Marialonso que, asustada ante el peligro, urgió la vuelta a casa. Al despedirse, Diego volvió a besar las manos de Micaela.

Súbitamente, el cielo empezó a cubrirse, nubes grises hicieron su aparición, y un viento fuerte y oscuro irrumpió en la pacífica fiesta. Unas gotas de lluvia comenzaron a caer, y entre risas y despedidas los amigos corrieron cada uno a sus casas, perseguidos por la tormenta de verano.

Llegando a su morada, Micaela y Damián encontraron a sus padres preocupados por el aguacero que les había sorprendido en plena ribera.

—Marialonso, que Micaela se cambie pronto de traje, y tú, Damián, dile a Pedro que te dé ropa seca. Cuando bajéis al patio tendremos preparado un chocolate caliente con picatostes de canela —anunció Teresa con énfasis.

Juan estaba un poco escandalizado ante el dispendio de su mujer: el chocolate era una bebida de la corte del Emperador, traída de las Indias por el gran Hernán Cortés, y que pocos privilegiados estaban en condiciones de degustar y disfrutar. Pero qué diantre: era un día de Corpus, sus dos hijos eran un regalo de Dios, y Teresa llevaba su casa con orden y mucha cabeza. «¡Es un día especial!», pensó Juan.

Cuando se reunieron en el patio, anochecía.

La casa de dos plantas constaba de dos cuerpos: el principal con salida al jardín, que a su vez daba al río, y un segundo cuerpo, más recogido e íntimo, donde se distribuían las estancias que la familia utilizaba para reunirse. En el segundo piso se encontraban los dormitorios, que recibían mejor el frescor de la brisa que producían los árboles del jardín, y que se alejaban más de la humedad fluvial en el invierno. Los jazmines que trepaban por las paredes aromaban el ambiente y un galán de noche, que empezaba a abrirse, exudaba su perfume denso y sensual.

Mientras tanto, Diego, emborrachado de amor, sintiendo que el corazón le sofocaba de pasión, decide ir en busca de su amigo Íñigo para compartir confidencias de felicidad. Después de la tormenta la noche había quedado oscura y pesada, pero el olor a tierra mojada anima a Diego en su paseo hacia la casa del capitán. Pasa frente a la torre de Santa Leocadia y sube por la calle de las Tendillas, habitualmente bulliciosa a causa del mercadillo, pero hoy y ahora despoblada. Deja atrás Los Aljibes, antiguos depósitos de agua, de época árabe, y se adentra en el callejón de los Cobertizos, oscuros y solitarios.

De repente, Diego cree sentir una presencia:

«¡Alerta, Diego!!», se dice, y echa mano a la espada. Agarra con fuerza la cruz

de la empuñadura, que se clava fría en su palma. Siente en su costado la presencia de su daga de rica empuñadura. Se detiene. Escucha. Nada.

«Debe de ser mi tumultuoso corazón».

Ríe y vuelve a caminar, feliz hacia la casa de su amigo.

Micaela está en la altana^[3] que su padre ha mandado construir sobre la casa por influencia de sus viajes a Italia. Allí se siente más cerca del cielo aunque no han acudido hoy las estrellas que otras noches viene a contemplar. Regresa a su cámara y se duerme feliz.

Una mañana gris

La mañana había comenzado mortecina y plomiza. Teresa se levantó como siempre temprano, dispuesta a ordenar su mundo con dedicación. Se halla arreglando sus trenzas en torno a la nuca, cuando oye una conmoción en la casa y un va y viene en el jardín, inusual para hora tan pronta. Se asoma al patio y ve correr desolada a Marialonso y a Cosme hablando con los otros criados. Todos desaparecen muy agitados, hacia el jardín. Inquieta, termina de abrocharse los lazos del vestido, baja a la primera planta y allí se asoma para intentar comprender lo que sucede. Ve cómo todos descienden por la escalera que lleva al río, y con el corazón ya encogido por un terrible temor se asoma al mirador que da a la corriente. Lo que ve le deja la sangre helada: entre los juncos el cuerpo de un hombre flota sin vida aparente. Los criados lo recogen y, dirigidos por Cosme, suben ya por la escalera seguidos por Marialonso, que llora desesperada.

Cuando llegan al mirador, Teresa observa el rostro lívido del hombre: es Diego. Horrorizada, percibe las cuatro heridas. Parecen de daga: una en la frente, la segunda en el centro del pecho, y una más en cada hombro... Como una cruz; una cruz mortal. Posan el cuerpo sin vida en un banco del jardín. Teresa acaricia la cara de Diego, con la tristeza en el alma, y da una orden:

—¡Id por el cirujano!

Como si todavía hubiera algo que hacer, corren a buscar al médico. Teresa advierte que con la urgencia no ha avisado ni a Damián ni a Juan. Decide ir ella misma, mientras deja a Marialonso y a Cosme en su inútil vela. Nunca las escaleras le parecieron tantas y tan altas: cada escalón es un golpe en su corazón. Cuando llega a la puerta de Juan, entra quedamente. Este se acaba de despertar y le dedica una mirada repleta de asombro, ante la irrupción matinal.

—¿Qué ocurre?

—Juan, prepárate: son noticias muy trágicas.

—Será menos, mujer —responde él.

No acierta a comprender el sobrio dolor en la expresión de Teresa.

—Es Diego, son malas nuevas.

Entra Damián, que iba por el corredor y ha oído las últimas palabras de su madre.

—¿Malas nuevas? ¿Diego? ¿Qué pasa, madre?

—Vestíos los dos y bajad al jardín —responde Teresa—, que el médico debe de estar al llegar.

Damián coge a su madre del brazo y juntos bajan a cerciorarse de que la desgracia es tan grande como parece, antes de decir nada a Micaela. Pero la realidad, comprueba Damián, es cruel: el cirujano ya está ahí, y solo puede certificar la defunción de Diego, que ha fallecido ahogado, pero ya herido de muerte. El joven siente que el suelo se hunde bajo sus pies: su amigo Diego muerto, asesinado; el amor y el futuro de Micaela destruidos, aniquilados en un instante. La vida, la vida que palpitaba hace solo unas horas en Diego se fue, no está más, se la robaron, la robaron unos desalmados... ¿y por qué?, ¿quién?, ¿qué mal había hecho la joven vida de Diego?

Teresa, apoyada en el brazo de Juan, acaricia la cara de Diego; Damián llora en silencio, con la mano inerte de su amigo apoyada en su cara.

Teresa exclama angustiada:

—¿Cómo vamos a decir a Micaela semejante atrocidad?

Emplea el plural, pero sabe que tendrá que ser ella quien hable con su hija. Juan manda llamar a los alguaciles y a los padres de Diego, que viven unas calles más arriba. Damián acompaña a su madre hacia las habitaciones de Micaela. Sabe que Teresa necesitará su apoyo; cada cual tiene su papel en este drama. Marialonso, como alma en pena, les sigue a pocos pasos: su niña, el ser a quien ella ha dedicado toda su vida, va a dejar atrás con un golpe seco y cruel la edad de la inocencia. Todo ha cambiado, la felicidad de ayer se ha trocado, súbitamente, en una tragedia incomprensible.

Llegan a la puerta de Micaela. Entran despacio. Teresa la primera, cogida su mano derecha de la mano de su hijo. Micaela se acaba de despertar y les mira sonriente:

—Tres de las personas que más quiero... —Pero al ver sus expresiones graves, se detiene y con el estupor en la voz, pregunta—: Madre, ¿qué son esas caras serias? Damián, ¿le ha ocurrido algo a padre?

Teresa y Damián se acercan a la cama de Micaela, que se ha incorporado ya, y mira de uno a otro con ansiedad. Teresa le toma la mano con infinita ternura; Damián respira hondo, intentando recuperar la fuerza que va a necesitar en ese momento; Marialonso se queda atrás, para que no vea su niña el llanto que corre incontenible por sus mejillas.

—Micaela —empieza Teresa—... Un accidente... Diego...

Micaela salta de la cama, con un extraño impulso:

—Diego. ¿Dónde está Diego? Quiero verle.

—Hija... —dice Teresa—. ¡Es terrible!

Damián la coge por los hombros y la abraza. Micaela comprende, pero no quiere comprender. Su cerebro sabe ya lo que pasa, pero se resiste a dejar penetrar en su vida lo que se anuncia tan funesto.

Su madre la abraza, llora con ella, y entonces Marialonso le acerca un batín con inmensa dulzura y le ayuda a ponérselo. Como una autómatas, Micaela se deja hacer. Baja las escaleras apoyada en su madre y su hermano, sonámbula, sin sentir nada, queriendo y no queriendo saber, pensando que quizás, ¡ojalá!, se equivocan.

Llegan al salón y lo que ve le hace abandonar toda esperanza: ahí yace Diego, inerte, con un brazo sobre el pecho y la otra mano cogida por su padre, Juan, que la mira despavorido. El médico, con la cabeza gacha, deplora que la ciencia pueda tan poco.

Micaela se acerca lentamente, se inclina sobre Diego y, tomándole de la mano que reposa sobre su pecho, besa los fríos labios. Ve las heridas; el dolor le hiela la sangre y de repente, la rabia inflama todo su ser.

—¿Por qué? ¿Quién? —grita desesperada.

En ese momento, entran conmocionados los padres de Diego. Han perdido a su hijo en la flor de la vida.

—¿Por qué no yo? —se repite destrozada la madre, mientras se abraza al cuerpo de su hijo—. ¿Por qué él, que todavía no había vivido? ¿Quién ha podido cometer semejante desafuero?

Teresa y Damián abrazan a Micaela, que se mantiene extrañamente ausente. Entran los alguaciles y Damián, Juan y Cosme relatan los detalles del hallazgo.

Es el día del funeral de Diego. El tiempo es magnífico, el sol calienta el aire del patio. Micaela sale al balcón y, llena de tristeza, no acierta a comprender cómo el mundo sigue su curso, cuando a ella la vida se le ha acabado apenas en su comienzo. «¿Quién ha podido querer el daño de Diego? Ha de ser una confusión, una terrible confusión; en las oscuras calles de esa noche, unos criminales le tomaron por otro», se repite y grita, como en un rugido ronco y doloroso:

—¡¿Quién?!

Marialonso se acerca y, dulcemente, le pone la mantilla, pues sus padres y Damián ya la aguardan para ir a la iglesia. Teresa aparece en la galería y besa a su hija en la frente. Viste de negro riguroso, con mantilla, y ha somatizado de tal manera el dolor de su hija, que parece diez años mayor que el día previo. Teresa, siempre tan discreta, ha sufrido de manera brutal el pesar de Micaela. Preferiría mil veces ser ella la que estuviera en ese ataúd. Sabe que tiene que ser fuerte, ayudar a su hija... pero ¿cómo?, ¿qué se le puede decir a una joven que acaba de perder a su futuro marido... y asesinado?, ¿qué se le puede decir a alguien que haya perdido a un ser querido?, ¿qué, que tenga algún sentido?

«Solo el amor de Dios, infinito, puede darnos algo de consuelo», se repite Teresa, y reza con una intensidad angustiada, pidiendo a Dios que sane la herida en el corazón de su hija, que proteja a esa niña que lleva a Dios en el corazón, hasta en la noche oscura que ahora le aflige.

La iglesia estaba llena de gente; los Santibáñez, familia de cristianos viejos, eran muy queridos en la ciudad, y la terrible muerte del muchacho había conmocionado a Toledo.

La compostura y dignidad de toda la familia causaba asombro y admiración entre los asistentes a la ceremonia. Sabían todos que era una familia muy unida, y que la pérdida de Diego en tan trágicas circunstancias suponía un golpe brutal para cada uno de ellos, pero nada de alharacas ni demostraciones, sino un dolor sordo, profundo, sobrio, que se intuía en sus expresiones.

Al ver entrar a Micaela con los suyos, María, la hermana más joven, sintió un vacío en el corazón recordando los planes que hiciera con Diego: ella sería la madrina de su primer hijo, y Diego el padrino del primero de María; viajarían juntos por Europa, acompañando a Micaela en busca de objetos únicos que acabarían siendo joyas únicas... Pero todo eso ya no sería posible. Micaela estaba ya a su lado y las dos amigas se estrecharon en un abrazo de dolor y amor. Mentalmente, Micaela se prometió no descansar hasta saber la verdad. No lloraba. La pena era como una bomba que hubiera estallado dentro de su alma, aniquilando todo sentimiento, toda sensación, y dejando el corazón entumecido. Damián lo había ya percibido, y se había prometido buscar, cuanto antes, algo que pudiera mitigar el sufrimiento de su hermana.

A la salida del funeral, Inés, su buena amiga Inés, su futura cuñada, se acercó a Micaela. Sufría con ella, con la empatía de la verdadera amistad. Asimismo estaba Refugio, pequeña, enredadora como siempre, correteando de un grupo a otro, intentando ver y sobre todo ser vista por el mayor número de gente. Inés, perspicaz, de nuevo apuntó la actitud de Refugio, que no parecía sentir gran aflicción por las penas de su amiga.

Damián se fijó en el capitán Íñigo de Vidaurre, quien observaba la escena solo en un rincón. Parecía ausente de toda demostración social, y concentrado en algo que Damián no acertaba a comprender. A continuación, siguió la mirada de Íñigo y vio que se posaba en Micaela y allí permanecía. Se acercó a su hermana y acto seguido se aproximó Íñigo, para dar el pésame a Micaela. El capitán era muy amigo de Diego y estaba afectado, pero Damián tuvo la extraña sensación de que había algo más.

La familia Santibáñez se fue a casa, ya que tenían muchos parientes de fuera que habían acudido al funeral y el entierro, y debían atenderles. Los Vallesteros se fueron a la suya, donde Marialonso y Cosme habían preparado un almuerzo que restaurara las fuerzas después de tan intensas emociones.

Ya que el día era soleado y fresco, con la suave brisa que venía del río, decidieron quedarse en el jardín hasta que todo estuviera dispuesto. Una vez más el alto muro les protegía de la calle; de los ruidos y de las miradas. En la puerta de entrada, dos inmensos cipreses, uno a cada lado, elevaban su corpulencia hacia el cielo. De ellos partía un camino empedrado con cantos de río, que llevaba hasta la fuente que distribuía el agua, como en muchos jardines de España de herencia mora, a través de estrechas acequias, donde el cantarín líquido discurría suavemente. Alrededor de la pila, dos bancos de piedra permitían gozar de ese frescor y escuchar la canción acuática.

Los canales se alternaban con caminos de piedras fluviales, similares a los de la entrada, y entre ellos, en los triángulos resultantes, crecían rosas perfumadas, rosas de Persia. A lo largo de la tapia y en la otra pared que formaba un ángulo recto, otros bancos de piedra ofrecían lugar para el reposo, el estudio y la reflexión bajo frondosos árboles, magnolios, tilos y aligustres. En la jardinera de la fachada de la casa, trepaban por las paredes jazmines y rosas; y en el muro frontal se apreciaba una pequeña puerta que conducía a un huerto de frutales, ciruelos, perales y manzanos, todos plantados en los extremos, y en el centro un bello y ordenado jardín de plantas aromáticas: romero, tomillo, espliego, cantueso e hinojo. Unos bancos aquí y allá permitían gozar de este jardín en los soleados días de invierno. Todo invitaba a la paz, a la felicidad, pero ninguno de ellos podía pensar en otra cosa salvo que la vida, su vida, la de todos ellos, sufriría la ausencia de Diego. De nuevo acudió a la mente de Micaela la contradicción entre tanta armonía y la falta de sentido que tenía su existencia.

Sumida en esas tristes reflexiones, no vio llegar a su madre, que cogió con ternura sus manos, para invitarla a acompañarles al comedor, donde el almuerzo los esperaba. Comieron poco, despacio y en silencio, a pesar de que la cocinera les había guisado una apetitosa comida. Después se fueron todos a descansar, y Marialonso se quedó en el cuarto de Micaela, triste, callada, para que su niña pudiera sentir el amor incondicional que le profesaba.

Damián dijo a su padre que tenía que hablar con él y juntos se fueron a la biblioteca. Se sentaron al lado de una mesa donde Cosme les había dejado una botella de aguardiente y unas copitas, que les entonarían un poco.

—Tú dirás, hijo.

—Padre, creo que Micaela debería empezar a trabajar con nosotros cuanto antes. Le vendría bien tener la mente ocupada. Es joven, y es bueno que la fuerza de la vida ocupe poco a poco su puesto.

—Bien me parece, Damián. Pero creo que es mejor esperar unos días para no forzar las cosas, y además nuestros amigos vendrán a visitarnos y nosotros debemos ir a acompañar a los Santibáñez durante el periodo de luto.

En efecto, por la tarde llegaron con la fresca Inés siempre cariñosa, Tarsicio, Refugio y también Íñigo de Vidaurre. Hablaron quedamente, y deseaban distraer a

Micaela, pero el adiós de Diego era demasiado reciente, y permanecía presente entre ellos.

Después de cenar, Micaela subió a la altana para buscar un poco de soledad y mirar el cielo y las estrellas. De alguna manera, ahí se sentía más cerca de su amado que en el frío cementerio. La noche era suave y perfumada, y se oía una melancólica canción en las notas de una guitarra. Permaneció escuchando y, de repente, creyó ver una sombra, inmóvil, que observaba la casa desde el otro lado de la calle. Sintió un sobresalto, y se agolparon en su mente los oscuros sucesos de los pasados días. Bajó rápidamente a su cuarto, donde le esperaba Teresa, y le contó lo que había creído ver.

—Tendremos que estar atentos —fue la lacónica respuesta de su madre.

Tras besar a su hija, le hizo un gesto a Marialonso para que no la perdiera de vista. Acto seguido, llamó a Cosme, le explicó lo sucedido y le pidió que redoblaran el cuidado. Luego volvió al piso de arriba, y en su cuarto, que estaba al lado del de Micaela, estuvo largas horas pendiente del menor ruido y cavilando la mejor manera de ayudar a su hija.

Al día siguiente, fueron los cuatro a visitar a los padres de Diego. María y Micaela se habían sentado juntas y se cogían la mano de vez en cuando, intentando infundir ánimo la una a la otra. Mientras se ponían en pie para irse acompañados por el veedor^[4], entraba Íñigo de Vidaurre, que venía a visitar a los Santibáñez. A Damián no se le escapó la intensa mirada que el capitán, que seguramente no esperaba ver allí a Micaela, dirigió a su hermana. Venía Íñigo con Pilar, su hermana, que era una joven sobria y reservada, o así parecía.

Ya en su casa, durante el almuerzo, Juan anunció a su hija que, si lo estimaba oportuno, podría empezar a incorporarse al trabajo y pasar al taller de orfebrería cuando ella lo deseara. Micaela sintió una gran ternura al comprender la preocupación de sus padres y su hermano por ella, y se levantó para abrazar a los tres, pensando que Dios le había concedido una gran familia. Marialonso, en un ángulo del comedor, lloraba quedamente.

Por la tarde, vinieron los alguaciles, vestidos de rigor, de negro, con la pluma blanca en el chambergo, para hacer unas cuantas preguntas más. Precisaban información sobre lo que había sucedido en los días anteriores: si conocían a alguien que malquisiera a Diego, si tenía compañías peligrosas... En fin, las preguntas de costumbre para poner un poco de luz en el terrible asunto. Para todos ellos, la vida de Diego era clara como el cristal, pero estaban dispuestos a colaborar para que la verdad surgiera de las tinieblas.

El taller de la diamantista

Pasaron los días y llegó la mañana en que Teresa entró en el cuarto de Micaela para animarla a ir al taller, y la encontró ya despierta y con ganas de enfrentarse de nuevo con la vida.

—Madre, aunque sea duro, quiero saber. Necesito saber qué pasó. He estado reflexionando y, después de la visita de los alguaciles, he comprendido que existen muchas incógnitas: si fue un tremendo error o si fue intencionado, quién decidió acabar con la vida de un hombre bueno dejándonos a mí y a su familia en la desolación... Se lo debo, y además, sin la verdad no se puede vivir, y menos sin la justicia.

La madre envuelve a su hija en un abrazo y siente en ella la determinación que le es característica y que en los últimos días veía aniquilada a causa de la pena.

Al poco llega Marialonso con un bonito vestido gris, pero Micaela le pide uno negro, ribeteado de blanco, la falda y el corpiño.

—Quiero que me vean de luto cuando camine por la calle hacia el taller. Quiero que sepan que mi pena me acompaña adondequiera que voy.

Cuando baja a desayunar, ve a Damián ya preparado para comenzar juntos la labor que se les avecina. Poco tiempo después subían pausadamente por las estrechas calles que llevaban al taller. La luz que resplandecía con energía creaba recias sombras en las paredes de las casas, en algunas de cuyas ventanas lucían toldillos, protegiéndolas así del calor. Cuando llegaba un poco de brisa, el robusto algodón de los toldos se movía suavemente, ondulando y captando la claridad de muy distintas maneras. En un rincón, unos niños comían golosos un melón que acababan de partir. Otros jugueteaban a esconderse y encontrarse, entrando en los abiertos portales que hacendosas mujeres barrían con esmero, y entonces las enojadas dueñas amenazaban con las escobas a los intrépidos invasores. La fuerte corriente de la vida que necesitaba Micaela.

El taller se encontraba en una bulliciosa calle, y dentro la animación era notable. Juan Vallesteros estaba ya allí, indicando la labor del día y recibiendo alguna pieza de coral, que se convertiría en preciosa joya. Abrazó a los dos con ilusión y deseándoles con sentidas palabras que se complacieran en el trabajo, tanto como él lo hacía.

El mundo de los orfebres en España había cambiado mucho. Carlos V había considerado que debían ser declarados artistas, como ya sucedía en Italia, y con este estímulo los joyeros, artistas por fin, habían espoleado su imaginación hasta crear obras de extraordinaria belleza. Los recursos que seguían llegando de África o Asia y los que empezaban a venir de las posesiones de las Indias aguzaban la inventiva y colocaron a los joyeros españoles entre los más notables de Europa; y otros muchos artistas de diferentes naciones arribaban a España para imbuirse de la creatividad, que era el fermento de la profesión. La bellísima emperatriz Isabel lucía hermosas joyas: unas creadas para ella y otras heredadas de la abuela del Emperador, la gran Isabel. Destacaba entre todas la singular venera que Francisco Vallesteros, abuelo de Micaela, había realizado para la reina. Era una cruz de esmalte orlada de diamantes y, colgando de ella, la venera, que era la simbólica concha de Santiago, en oro, también orlada y de diamantes.

El taller de Juan era el más cotizado de Toledo; de todas partes acudían mercaderes con bellas perlas de los Mares del Sur de raro oriente dorado o rosado; de Sicilia, de la villa de Sciacca, los corales de extrañas formas que la imaginación del artista transformaría en conchas, insectos o cruces; de las entrañas de África, refulgentes diamantes que brillarían únicos o contribuirían a exaltar una pieza extraordinaria; de Siam, cálidos rubíes, a los que atribuían poderes mágicos para obtener o conservar el amor; de la India, las inquietantes esmeraldas, que conservarían a lo largo de la historia el nombre que le dieran los griegos: *smaragdos* o «piedra verde»; y algunas veces también desde Rusia, desde los Urales, el agua del mar hecha piedra, el aguamarina, protectora de los viajes.

Cada joven orfebre tenía delante de sí una mesa con gemas de su especialidad: Martín se ocupaba de las perlas; Ginebra, una joven siciliana, de los corales; y Josechu, de las aguamarinas. De esmeraldas, rubíes y diamantes se ocupaba el propio Juan. Este reinaba en la efervescente colmena con absoluta dedicación. Micaela fue saludando uno a uno, acompañada de Damián, que hacía oportunas preguntas sobre tal o cual objeto. En otro apartado estaban los dibujantes, los que esbozaban sus creaciones después de medir, calibrar y estudiar los elementos con extraños aparatos. Eran cuatro y de los mejores. Luego venían los engastadores, que con paciencia infinita pulirían con piedras de ágata el oro y engazarían las piedras, perlas o corales. El tradicional esmalte en broches, ajorcas y zarcillos en el que se habían distinguido los orfebres moriscos experimentó un avance de extraordinario refinamiento, creando figuras de animales o retratos de personalidades, hasta del mismo Emperador, para broches y medallones, que los nobles colocaban en sus sombreros o parlotas.

Llegó a ser una especialización de gran renombre entre los orfebres de Europa.

Carlos V poseía uno bellísimo con la imagen de la Madre de Dios, apoyada en una media luna, con el que Bernhard Strigel le había retratado en 1519, como joven Emperador. En diferente lugar se afanaban los lapidadores, que medían y cortaban las piedras, para que, con sus múltiples facetas, brillaran sin límite. Las piedras de ágata, los buriles, contribuían a rescatar el fulgor de las gemas, que crepitaba en sus entrañas.

Subieron luego al estudio de Juan y este les hizo pasar a otro contiguo, que había sido el de su abuelo Francisco. El de Damián al lado, se comunicaba por una pequeña puerta entre los dos, que en el futuro dejarían muchas veces abierta para consultarse al instante. Juan había decidido, después de mostrarles el taller, que recibirían algunos proveedores que portaban perlas, rubíes y, según decían, un aguamarina de portentosa hermosura. Entró en el despacho de Juan un hombre de unos cuarenta años, vestido con dignidad y un porte a mitad de camino entre reservado y amable. Usaba una barba bien cuidada y un sombrero al estilo de Flandes, que al instante se quitó componiendo un deferente saludo. Un joven ayudante sostenía unos cofres de piel con varias gavetas, y el joven esperó respetuosamente a que su amo hubiera saludado y, después de los preámbulos de rigor sobre la salud de las respectivas familias, le hiciera señas de acercarse.

David se llamaba el tratante de piedras, y comenzó a mostrar lo que se escondía en el fondo de los compartimentos, con evidente satisfacción. Primero las perlas, pequeñas, pero de magnífico oriente rosado, que serían perfectas para un collar de filigrana de oro, la última moda; otras, de formas caprichosas que se convertirían en cuerpos de centauros, colas de sirena, salamandras, tortugas y demás maravillas; rubíes de rojo intenso y cálido; corales de todos los tonos salmón y naranja, todavía en su arbórea forma... Como final de fiesta, el tratante enseñó con orgullo unos brillantes de luz fulgurante y purísima transparencia: formarían broches, collares o zarcillos, y mucho complacieron al diamantista de Toledo.

Cuando ya creían haberlo visto todo, con gesto grave sacó David una bolsa que llevaba en el jubón, y de ahí surgió la piedra de aguamarina de azul más puro que jamás habían visto: el océano entero estaba encerrado en ella. La cara de Micaela mostraba su asombro y su fascinación, y hasta Damián, más comedido, se había quedado sin habla.

—Viene de un remoto confín de Rusia, de los Urales, y es una gema única por su color y tamaño —dijo satisfecho el flamenco.

Tras admirarlas en silencio y calibrarlas con esmero, Juan decidió quedarse con todas ellas, ya que por esos días el taller contaba con muchos clientes de importancia a los cuales interesarían, sin dudarlo, aquellas gemas sin parangón. Después de concertar el precio y acabar la transacción, David expresó su pesar por la muerte de Diego, que conocía, dijo, por ser una noticia muy comentada en Toledo.

—Pocos jóvenes tan responsables y completos como Diego Santibáñez —afirmó pesaroso.

A Damián le sorprendió el comentario, pues al principio parecía que David hablaba de oídas y, sin embargo, ahora se expresaba con lo que podía parecer conocimiento de causa. Pero ya Micaela mostraba un semblante lleno de pena y tanto Damián como Juan comenzaron a cavilar sobre futuras joyas que colmarían de admiración a la villa y corte. Micaela, no queriendo aguar la fiesta, se sumó a ellos con interés y juntos empezaron a fabular animales y seres mitológicos. En ese momento, el tratante aprovechó para despedirse y decirles que volvía a Flandes, donde residía. Damián le acompañó a la puerta.

—Siento en el alma la muerte de Diego —le dijo David ya en el umbral—. Nos ha dado un gran ejemplo.

Damián se quedó pensativo, intentando descifrar la críptica despedida.

El encuadernador

«El trabajo es siempre un buen consuelo», pensó Damián, y así animó a su hermana para que fueran juntos al taller del encuadernador.

Otra de las actividades en las que Toledo contaba con grandes artistas era la encuadernación. La biblioteca de los Vallesteros reunía algunos ejemplares de gran belleza, creados por las expertas manos de Felipe Martínez del Olmo y su mujer Elena, que mimaban el cuero y el dibujo de las pieles hasta el mínimo detalle. Micaela acariciaba un raro ejemplar de su biblioteca, encuadernado en piel natural, que llevaba en su cubierta un mapa de las Indias. En él aparecía un nuevo mundo, que, descubierto por el gran almirante Cristóbal Colón, ofrecía mágicos parajes, mucho más reales que cualquier leyenda.

Ojeó el libro y admiró con curiosidad los grabados que representaban tierras hasta entonces desconocidas. Se detuvo en una imagen que le llamó especialmente la atención: era una reciente representación de la ciudad de México, donde, en 1527, ocho años después de la conquista, fray Pedro de Gante había fundado un taller de música donde los indígenas, dirigidos por los franciscanos, aprendían a componer. En otro ángulo del grabado se veía a los nativos de aquellas tierras fabricando bellos instrumentos con las magníficas maderas locales. La habilidad de los mexicanos, con sus exóticas maderas, unida a la técnica española hizo que de esa escuela salieran instrumentos de una gran precisión y sonoridad. Espoleada por la curiosidad, comenzó Micaela a leer la descripción y quedó admirada: la primera obra musical en tierras del nuevo mundo era una cantata a la Madre de Dios, y las palabras escritas en dos idiomas: el latín y... el náhuatl. Pensó entonces Micaela en el ánimo noble que llevaba a algunos españoles a compartir con aquellas nuevas tierras el saber, el conocimiento, la tecnología del país más avanzado de Europa en aquel momento: España.

Poseían también una buena colección de libros con bocetos y dibujos de joyas: contempló un collar de filigrana de oro y un anillo también de filigrana, ambos de

estilo morisco; un hermoso brazalete, creado por Masiá Gener, y por último le llamó poderosamente la atención un colgante que representaba una salamandra, símbolo de renovación, en esmalte y oro, adornado el cuerpo con esmeraldas y rubíes en chatones, y tres bellas perlas colgando de cada una de las patas, y otra de la cola; el siguiente era un collar realizado para la reina María de Hungría en 1522, en flexible oro, del cual pendía un medallón en esmalte y oro, representando dos atlantes, uno a cada lado de un rubí cuadrado, y justo debajo, un diamante en triángulo, símbolo de la unidad, del que colgaba una perla. Estaba tan enfrascada en la contemplación y estudio de los libros, que no oyó llegar a su hermano.

—Micaela, mañana vamos a ir a casa de Elena y Felipe Martínez del Olmo, porque tienen grabados nuevos con dibujos de plantas y animales que vienen de las Indias, que nos pueden ser muy útiles en nuestro trabajo. Nos acompañará Íñigo de Vidaurre. Su amigo, el general Fonseca, está a las órdenes directas del virrey de Nápoles, Filiberto de Chalons, que tiene en gran aprecio los libros que en Toledo se hacen con descubrimientos del Nuevo Mundo.

Micaela asiente, pero sufre el dolor de recordar a Diego con la mención de su amigo Íñigo.

Al día siguiente, el capitán se presentó temprano y Micaela le vio atravesar el patio y dirigirse hacia Damián. Íñigo era en verdad un hombre de presencia notable: alto, erguido, sus ojos azules le conferían un gran atractivo y su barba rubia le añadía personalidad. Pasó bastante tiempo hasta que Marialonso vino a buscarla para decirle que ya estaban dispuestos para ir hacia el taller del librero. Al ver a Micaela, una ráfaga de alegría iluminó los ojos de Íñigo, pero se compuso rápidamente y saludó de manera respetuosa a su joven amiga.

Poco a poco y entre charlas, se encaminaron hacia el taller de los Martínez del Olmo. Al llegar, Felipe salió a recibirles con grandes muestras de afecto y les introdujo en una sala grande, espaciosa, donde vieron libros encuadernados con esmero, algunos de marcado estilo mudéjar, con intrincados dibujos geométricos difíciles de superar; otros, ya grabados en oro siguiendo la reciente moda, con motivos renacentistas florales, o bien representando animales del Nuevo Mundo, que tanto asombro causaban en Europa; en otros las pieles se superponían en un complicado damero de colores y formas.

Todos eran de una gran calidad y se apreciaba que Felipe disfrutaba con la admiración que despertaban sus libros. Pasaron a otra sala donde Elena, rodeada de artesanos, observaba y calibraba la suavidad y firmeza de distintos cueros. En las estanterías que se alineaban en las paredes se apilaban pieles de todas formas, tamaños y colores: suaves tafilettes y cabritillas, firmes cueros de ternera y vaca; y todos los colores provenientes de los mejores tintes: rojos imperiales, azules y delicados verdes, la inmensa gama de tonos naturales, y resaltando entre todos ellos,

unas pieles blancas de intensa hermosura, que habían sido seleccionadas para un libro, regalo del Emperador al Papa.

Al verlos, Elena se acercó con premura y les recibió con cariño, haciéndolos pasar a otra cámara más pequeña, donde se realizaban las obras más exquisitas: libros para el Emperador y la Emperatriz, las infantas, o regalos para otras casas reinantes, que irían encuadernados en terciopelo o piel, con cierres de oro, y muchas veces adornados con piedras duras, y otros enriquecidos con perlas o preciosas gemas. Llamó la atención de Micaela un libro encuadernado en terciopelo rojo oscuro, con el retrato del Emperador en esmalte y una orla de flores e insectos (mariposas, abejas y otros)^[5]. Elena les invitó a conocer la sala donde recibían los grabados que venían de Europa y también de las Indias donde, según dijo, «un mundo de maravillas nunca vistas hasta entonces se abría ante los españoles».

Íñigo de Vidaurre, con su cálida voz de barítono, comentó que el virrey estaba muy interesado en todas las plantas que llegaban del Nuevo Mundo ya que, pensaba, podían cambiar totalmente los hábitos alimenticios de Europa. Los ejércitos imperiales podrían añadir a sus tradicionales pan y cecina un prodigioso tubérculo que llamaban «patata», muy alimenticia, y otras plantas que podían ser estudiadas, ya que los nativos les atribuían poderes medicinales.

Micaela observó que, después de hablar, Íñigo la miró de inmediato, como esperando su aprobación. Se fijó en él: sus ojos, aunque él quisiera hacerlos pasar por sosegados, denotaban una viveza interior que se tornaba cálida cuando en ella se posaban. Miró la diamantista a su alrededor con celeridad, temerosa de que alguien hubiera percibido el súbito interés que en ella despertaba el capitán.

—Mucho me gustaría que pudierais proporcionarme las gemas que necesito para mis mejores obras, y así colaborar en esta empresa —dijo Felipe de pronto, dirigiéndose a Damián.

Bebieron, charlaron y Damián observó que Micaela, poco a poco, se interesaba en todo aquello que se relacionaba con su trabajo. ¿Incluiría este interés, de alguna manera, al capitán de Vidaurre? Damián lo deseó y rechazó al mismo tiempo, con idéntica determinación.

Volvieron a casa sin premura, y allí se despidieron del atractivo capitán, no sin antes proponer verse la víspera de San Juan en el prado, donde lucirían las hogueras. Se prometía una noche preciosa, con el cielo cuajado de estrellas, y sería la primera vez que Micaela volvía a salir con sus amigos.

Inés llegó la primera, a las nueve de la noche, para ir con Damián y, sobre todo, animar a Micaela si esta se arrepentía y decidía no acompañarles a última hora. A pesar de las reticencias de su futura cuñada, Marialonso e Inés la convencieron para que se uniera a ellas y a su grupo de amigos, aunque fuera por breve tiempo.

Inés era la representación de la gracia: alta, delgada, el pelo de un rubio rojizo —

rubio veneciano se llamaba—, que contrastaba con su piel blanca, y unos ojos azules llenos de chispa y bondad. Un carácter firme y alegre acompañaba a esta joven mujer, que intentaba ayudar a su amiga en sus difíciles circunstancias, y a quien llegaría a querer con toda su alma. Micaela se dejó llevar por su hermano y la novia de este, escoltada por la sempiterna Marialonso, felicísima de ver un atisbo de entusiasmo en su entristecida niña.

Cuando llegaron al prado, ya estaban allí Tarsicio, galán como siempre, más bonito que un San Luis, pendiente de decir la frase más celebrada o saltar la hoguera con la más hermosa. Refugio, también como siempre, pequeña e inquieta, intentaba llamar la atención de Tarsicio, que prefería dársela a Magdalena, la linda morena un poco demasiado expansiva, que reía ante las ocurrencias quizás osadas de Tarsicio. Damián apercibió en un rincón a Íñigo con su hermana Pilar, ambos con idéntico porte noble. Su larga melena rubia y lisa caía sobre su espalda, y sus rasgos regulares y elegantes le daban un aire reposado y tranquilo. Damián sintió una punzada en el corazón, pero al instante percibió que Micaela se alegraba al encontrar a los Vidaurre. Se reunieron todos los amigos, y Refugio, molesta por la falta de atención de Tarsicio, se acercó a Inés e Íñigo, que reían con Pilar las incidencias de las hogueras, y sibilina comentó:

—Qué pronto ha salido Micaela, ¿no?

Inés volvió a pensar lo que había intuido en otras ocasiones, pero esta vez, con más certeza: «Pequeña, pero llena de malas intenciones; habrá que tener cuidado con ella», se dijo. Íñigo miró a Refugio con desaprobación y se alejó hasta sentarse al lado de Micaela, que empezaba a arrepentirse de haber salido. No se refirió el capitán a los pensamientos que adivinaba, y le habló solo de la interesante visita de los días anteriores al taller de Elena y Felipe; los extraordinarios hallazgos del Nuevo Mundo, y las hazañas casi mitológicas de Hernán Cortés en las Indias. Le habló también del encanto de las Dos Sicilias, la vitalidad de Nápoles, las bellezas arquitectónicas de toda Italia y la pasión que él profesaba por Sicilia, la Magna Grecia, con sus templos, sus palacios y castillos, el paisaje rotundo y el carácter de sus gentes, tan tierno y tan cruel a la vez. Hizo vislumbrar a Micaela un mundo distinto, donde los españoles eran bien recibidos, y le refirió la descriptiva frase de los valerosos soldados de nuestras tierras: «España mi natura, Italia mi ventura, Flandes mi sepultura»^[6].

Con sobresalto, Micaela se dio cuenta de que había olvidado por unos instantes a Diego, y se sintió culpable. Se levantó presto y, llamando a Marialonso que ya estaba medio dormida, se despidió de Íñigo. Este la siguió con la mirada hasta el grupo formado por Inés, Damián y Refugio, adonde Micaela se acercó. Inés pensó que tomaría tiempo la curación de las heridas de su amiga. Las miradas de Damián e Íñigo se cruzaron, y el capitán dejó a su hermana, diciéndole que volvería en breve. Justo en el mismo instante, Refugio pensó para sí que se imponía una visita, al día siguiente, a María Santibáñez.

En las calles que separaban aquel lugar de la morada de los Vallesteros se oían los

pasos de las dos mujeres seguidos por otros firmes, pero silenciosos, que querían pasar desapercibidos. Cuando llegaron a la casa, él regresó al prado.

Conversación en el palacio de Fuensalida

El Emperador quería tener una conversación con la Emperatriz. Carlos era un hombre inusual: siempre había estimado que la mujer podía ser buena gobernante, y no solo lo pensó, sino que puso en práctica su convicción. Los acontecimientos le dieron la razón. Había dejado a su tía Margarita, hermana de Felipe el Hermoso, a cargo de Flandes; recurrió al buen sentido de su hermana María de Hungría en el Consejo de Indias; y cuando tuvo que partir hacia Italia y su coronación en Bolonia, dejaría a la bella Isabel con las riendas de la gobernación.

Confiaba en las mujeres, en su intuición, su fino sentido político, en su suave y hábil manera de enfocar y resolver los problemas, y les encomendó grandes trabajos que supieron resolver con maestría, resultando muy útiles en la administración del Imperio. El Tratado de Cambray o Paz de las Damas llevado a cabo por Margarita de Austria y Luisa de Saboya, su cuñada, habría de llevar a la deseada paz entre España y Francia.

La Emperatriz se hallaba en una sala del palacio de Fuensalida^[7], entretenida en la lectura, cuando una dama vino a decirle que el Emperador requería su presencia. Al salir al patio, Isabel queda un momento quieta, gozándose en la visión que tiene delante de sus ojos: la luz dorada de la tarde envuelve las columnas que sustentan la galería superior, haciendo chisporrotear el elaborado yeso de los capiteles. El patio, rectangular, es el centro de la vida cotidiana de este hermoso palacio mudéjar, que a través de los ojos de sus balcones divisa las antiguas sinagogas, ahora Santa María la Blanca y Nuestra Señora del Tránsito y, en la lontananza, las colinas con sus verdeantes cigarrales. El sol se posaba también en el pelo de la Emperatriz, y la dama que le acompañaba pensó que Isabel era la mujer más completa que ella había conocido: inteligente, hermosa, serena...

Subió la Emperatriz poco a poco la escalera que le conducía al primer piso, a la estancia donde la aguardaba Carlos. Isabel acudió a la llamada, dulce, menuda y siempre dispuesta al consejo leal y sensato; complacida también al saber que su

opinión sería apreciada. Llevaba un vestido de seda azul con las mangas muy abullonadas, con suaves lazos; el corselete ajustado y realzado por cintas verticales y una amplia falda, con unos chatones de oro en su centro. Los rasgos de la Emperatriz, bellos y delicados, revelaban un carácter sereno y reflexivo. La expresión de sus ojos denotaba inteligencia y bondad.

Carlos la vio acercarse con admiración y amor. Amaba a Isabel y sabía estimar todas sus grandes cualidades.

—Señora, os he mandado llamar porque me preocupan diversos aspectos de la gobernación de nuestros territorios y de los asuntos familiares: ante todo pienso en mi tía Catalina y en la espinosa situación en que se ha convertido el asunto inglés, con las caprichosas proposiciones de Enrique. La reina Catalina se comporta con una dignidad e inteligencia considerables. Imagino que tiene muy en cuenta que su comportamiento puede influir, y mucho, en el futuro de su hija y heredera del reino, Mary. Y temerá también que la obstinación de Enrique pueda llevarle a una alianza con Francia, que no sería, en absoluto, conveniente para España.

—Mi Señor —responde Isabel—, la reina es una mujer fuerte, hija de Isabel la Católica, vuestra abuela y mía también, así pues ha recibido el mejor ejemplo para hacer frente a las situaciones más complejas. De igual modo es madre, y como vos decís, mirará con sumo cuidado, por el bien de su hija Mary. Bueno será todo el apoyo que podamos mandar a través de nuestro embajador en Inglaterra. Necesita el respaldo del Emperador.

—La situación italiana se complica. Se complica a pesar de los buenos oficios del virrey de Nápoles, nuestro fiel servidor Filiberto de Chalons, que tiene grandes soldados a sus órdenes como el marqués de Pescara, su sobrino, el marqués del Vasto, que, aunque es un poco joven, promete, y mucho. Contamos con hábiles diplomáticos, como Moncada o el embajador Fieramosca...

—Ya hemos pasado difíciles momentos en Italia —dice Isabel—, aunque en recientes años tuvimos el regalo de Dios de tener a vuestro antiguo preceptor, Adriano de Utrecht, en el Papado...

—... y al siempre fiel y atento a los sucesos Mercurino Gattinara —apostilla él.

—En efecto. Recuerdo la carta que escribió a Erasmo, un prodigio de síntesis de la situación de la cristiandad: «La cristiandad se divide en tres grupos: el primero acata la autoridad papal bien si acierta, o también si se equivoca; el segundo se inclina por Lutero, con la misma obstinación; el tercer grupo está interesado en la palabra de Dios y el bien común. Esta actitud no les libra, sin embargo, de la posibilidad de la calumnia»... Pero ahora —continuó la Emperatriz—, como vos habéis dicho, contáis con sobresalientes conocedores de los asuntos de Estado, que sabrán gestar situaciones que defiendan vuestros intereses ante Clemente VII. Y quizás algunos personajes, como Andrea Doria, recapaciten y se unan a vuestro servicio. Esto produciría una reacción en cadena, favorable a vuestra Majestad.

Se detuvo un instante y observó la expresión grave y concentrada de su esposo.

—Pensad con Petrarca —añadió—: «*Virtù contra furore prenderà le arme, e fai combatter corto che l'antico valore negl'italici cor non è ancor morto*»^[8], y de vuestra parte está la virtud.

—Señora, siempre tenéis el buen consejo pronto. Pero hay otro problema: económico. Todos estos asuntos requieren fondos. Las pagas de los soldados, las recompensas de los más fieles, el Imperio engrandecido con las Indias, y aunque es fuente este nuevo mundo de alguna riqueza, son muchos allí los gastos, entre los oficiales de la Corona, adelantados, justicias, regidores. Y las construcciones... ¡Ah, las construcciones! Las construcciones de las Indias, las universidades de ultramar, tan bellas como las de España, tan importantes serán como las de la metrópoli. Señora, todo esto precisa riqueza. Los habitantes de Flandes son eminentemente comerciantes, y no debemos olvidar nunca la gran prosperidad de esas nuestras tierras, donde grandes banqueros han remediado nuestras finanzas.

Esta vez la Emperatriz guardó silencio.

Era cierto, el reino se encontraba en una situación de permanente falta de caudales, y eran muchas las razones. Las luchas en el Imperio precisaban fondos, las campañas de Italia los requerían también; la expansión hacia las Indias necesitaba apoyo económico. Y luego estaba el estado financiero de la propia España. Los banqueros judíos que marcharan a Flandes habían dejado en España un hueco difícil de llenar. Ella lo sabía bien, porque conocía el papel tan importante que estos habían jugado en su país natal, Portugal.

—Hay algo feliz, sin embargo, que deseo anunciaros —comunicó Carlos—: la conquista de Nueva España es una gran ventura y Cortés un hábil capitán. Es menester recibirle aquí, en la Corte, en Toledo, y darle el mérito que merece. Será una gran recepción y quiero también avisaros de que he decidido mi viaje a Italia, para atender aquellos asuntos y celebrar mi coronación en Bolonia, a manos del Papa. Y vos tendréis la responsabilidad de la gobernación de estos nuestros reinos. Ahora debo recibir a mi secretario de Estado para precisar algunas cuestiones —dijo, poniendo fin a la reunión—. Gracias, Señora. Pensad en todo ello.

La Emperatriz volvió a sus aposentos, donde meditó largamente sobre la entera conversación habida con el Emperador. Todos los problemas tenían una solución, por difícil que fuera, y tenía que encontrarla. De repente, sus rasgos se hicieron menos tensos, y un inicio de sonrisa esclareció todo su rostro: hablaría con sus amigos, tenía que impulsar de nuevo el proyecto.

Recepción a Cortés en Toledo

—Ha llegado un personaje que trae espléndidos oros de las Indias. Ven, hija, que quiero mostrártelos.

Juan se acercó a Micaela con una sonrisa en los labios, feliz al ver reponerse y volver a la vida a la que por aquel entonces ya consideraba su gran colaboradora. En la mesa de su padre, en el taller, hay una bolsa de terciopelo azul, sobre la cual lucen unas figuras de oro, ranitas, tortugas y otros animales que Micaela no acierta a descifrar. Apoyada en otra bolsa de seda, una esmeralda, o así parece, con una extraña apariencia, como si se tratara de una cola de pescado o de una sirena. Al instante, Micaela piensa en un colgante, que represente un animal mitológico o del Nuevo Mundo, con la cola sembrada de perlas y el cuerpo en oro, con algún rubí. La piedra es una piedra verde, pero no es una esmeralda. «¿Será de la familia del jade, pero esta vez de las Indias?», se pregunta Micaela. La cabeza del animal será también en oro, con dos esmeraldas que recordarán los ojos. Una cadena, salpicada de chatones con pequeños rubíes, unirá la figura al lugar de sujeción y así tendrá una cierta movilidad, que la hará más extraordinaria. En cuanto a las ranas y las tortugas, añadirá a sus cuerpos de oro algún brillante, otras veces rubíes, otras una esmeralda, y casi siempre unas perlas colgando, ora de sus patitas, ora del cuerpecillo.

—¡Padre, son magníficos! Voy corriendo a los dibujantes, para que hagan los bocetos.

A partir del día siguiente, una vez hechos, se puso manos a la obra para realizar aquellas pequeñas maravillas que habría de llevarle meses.

Cerraba septiembre de 1528 cuando una mañana de febril actividad apareció Íñigo en el taller para hablar con Damián. Acabaron ambos en el despacho de Micaela, alabando las nuevas creaciones del taller. El capitán se quedó asombrado de la hermosura y originalidad de las piezas.

—Creo que don Hernán Cortés debería ver esto —acertó a decir—. En breve estará en Toledo para ser recibido por el Emperador.

Micaela deseaba preguntar a ese hombre tan interesante mil cosas sobre las Indias y Cortés: cómo era don Hernán, cómo eran aquellas tierras que describían llenas de cosas nunca vistas por los españoles, pero, en ese momento, entraron Inés, Refugio, Tarsicio y Pilar con el fin de recoger a Micaela, pues, decían, «trabajas sin medida, y debes distraerte un poco». Contrariada por no poder proseguir su conversación, Micaela les dijo que debía terminar varias cosas, pero que les esperaba al día siguiente, con la fresca, para ver la puesta del sol desde el jardín. De una manera casi inconsciente, deseaba continuar su vida en esa casa, en ese jardín que había sido escenario de la mayor desgracia de su breve existencia. Necesitaba que se sucedieran escenas de vida, de amistad, que fueran neutralizando el dolor que sentía cada vez que en sus ojos se infiltraba la imagen de Diego, inerte.

Micaela, con su hermano y Marialonso cuidando que todo estuviera a punto, esperaba a sus amigos. El sol que lentamente iniciaba su descenso cotidiano llenaba de oro las aguas del río, el aire perfumaba ya de otoño, y las hojas de los árboles contribuían a dar a todo el jardín un aspecto dorado y bizantino. Damián, que seguía siempre muy pendiente de su hermana, al ver llegar a Inés pensó que ya era hora de tomarse tiempo para ser felices y que debían comenzar a planear su boda. Inés, con su carácter abierto, su clara inteligencia y su decidido amor por Micaela, sería una fuente de alegría para todos. Sintió un profundo agradecimiento a Dios, por haberla puesto en su camino. Él, que tenía un profundo sentido de la familia, apreciaba mucho este rasgo de su futura esposa y agradecía que fuera tan cariñosa con Juan y Teresa, que dispensara a Micaela una amistad tan sincera y que las penas y las alegrías de los Vallesteros fueran también las suyas.

Íñigo de Vidaurre llegó el último y Micaela se asombró un poco de que no intentara hablar con ella, que buscara la conversación general, y no aquel tono personal de su última conversación el día anterior en el taller. También Inés se percató de estos pormenores y se le ocurrió que podía tener algo que ver con la presencia de Refugio.

Al oscurecer, se fueron marchando paulatinamente, y los dos hermanos fueron a reunirse con sus padres. Micaela contó en la cena a Teresa todos los proyectos y diseños que tenía en marcha, las nuevas que recibían de las Indias, la llegada de Cortés a Toledo y la posible recepción a don Hernán en la Corte. Íñigo narraba, con entusiasmo, la fama que precedía al extremeño: su valor, su brío, su talento político y la exótica compañía que llevaba con él. Micaela, enfrascada en el relato, no acertó a advertir la mirada de complacencia de Teresa a Juan, y de Juan a Damián.

Los días trascurrían serenos para Micaela, y aunque el recuerdo de Diego seguía entristeciendo a todos, el trabajo se conformaba más intenso y exigente, la ternura de

sus padres y hermano, la atención constante de Marialonso, y la presencia riente y alegre de sus amigos iban elevando su ánimo. Era el mes de febrero, y la tan anunciada y esperada visita de don Hernán a la Corte tendría lugar en breve. Íñigo llegó una mañana al taller y se fue directo al despacho de Damián. Micaela, en el suyo, escuchaba palabras sueltas, ya que la puerta estaba cerrada, pero por el tono percibía la animación y el contento de los dos. Al cabo de un tiempo, Damián abrió la puerta, y su expresión resplandeciente anunciaba una buena noticia.

—¿Qué te parecería, hermana, asistir a la recepción para Cortés?

Detrás, Íñigo se atusaba los bigotes consciente de la sorpresa de Micaela, con la satisfacción de ser el causante de esa alegría. La muchacha abraza a su hermano, y va a hacer lo mismo con el capitán, pero en el último instante se detiene confusa. Su entusiasmo le ha jugado una mala pasada, casi abraza a Íñigo, que ahora se muestra un poco decepcionado. Juan, desde el dintel, le dice:

—Micaela, da las gracias al señor de Vidaurre, pero no seas tan efusiva.

Sin embargo, hay una sonrisa cautiva en la comisura de los labios.

Cuando al mediodía Teresa se entera de la noticia, comienza con Marialonso la estrategia para que su niña esté preciosa, represente bien a la familia y disfrute de ese gran honor. Los Vallesteros, cuyo abuelo Francisco había sido destacado orfebre de la reina Isabel, gozaban de gran prestigio en la ciudad y con la familia real, pero no cabía la menor duda de que los buenos oficios del capitán habían abierto las puertas para los dos hermanos. Íñigo había dicho las palabras justas, en los oídos adecuados, sobre «esos dos joyeros que elaboraban objetos prodigiosos con elementos llegados del Nuevo Mundo». Había asegurado que el mayor conocimiento en estos aspectos redundaría en la mayor calidad y fama de nuestros orfebres.

La nueva corrió entre los amigos, y rápidamente Refugio acudió zalamera y expectante, por si podía atrapar algún beneficio. Inés, feliz por su amiga, aconsejaba entusiasmada sobre el color o la textura del tejido con que sería confeccionado el vestido de Micaela. Se hallaban todas reunidas en la cámara que daba al patio. La débil luz de febrero entraba por los cristales, otorgando a las telas, bellamente extendidas sobre la mesa, matices plateados. Fue elegido, casi por unanimidad un terciopelo suave y rutilante, azul de Prusia^[9]. Como era pleno invierno todavía y hacía frío, Teresa sacó un antiguo chal de un arca. Era una auténtica maravilla, veneciano, de cálido color Siena, que resaltaba la dúctil frialdad del azul.

Cuando días después Juana, la costurera, llegó a probar a Micaela, Teresa, Inés y Marialonso quedaron extasiadas: la luz de los candiles se reflejaba en el tejido acariciando los pliegues de la falda; las mangas amplias se abrían encima del codo dejando ver el fino hilo marfil, que adornaba también el escote. Dos botones de oro ornamentaban las aberturas de las mangas. El corpiño ajustado realzaba el porte de Micaela. Teresa se acercó lentamente por detrás y le puso sobre los hombros el rutilante chal veneciano.

—¡Un esplendor! —dijeron.

Inés observó a Refugio, que reía con risa forzada y nerviosa.

«Mala cosa la envidia», pensó.

Al fin ocurrió el día tan deseado de la recepción a Cortés^[10], y la dueña despertó a Teresa llena de energía y vivacidad. Premurosas corrieron junto a Micaela, que empezó a prepararse con gran ilusión. Le parecía mentira sentir el palpar de la vida con semejante fuerza, cuando tan solo unos meses atrás, se sentía muerta por dentro. Se dijo a sí misma: «¡Cuidado! No te embriagues de sueños. La desgracia puede tornar».

Una vez vestida, le recogieron el pelo en alto. Su madre le colocó el precioso collar de perlas en chatones de oro que había pertenecido a su abuela, Carmen. Micaela se puso los pendientes con una perla, que iluminaron su rostro. Se miró en el espejo: «No está mal —pensó—. ¿Dejaré en buen lugar al capitán? ¿Qué pensará al verme?».

Lo supo al poco tiempo, porque al bajar a la sala donde le esperaban su hermano e Íñigo, los ojos del capitán le fulguraron. Sintió ella alegría, una gran alegría, y la esperanza de volver a sentir algo quizá parecido a lo que ya había experimentado antes. Nunca olvidaría a Diego, pero deseaba sentirse viva y dar y recibir amor.

Sus padres les vieron marchar con satisfacción, mientras se alejaban.

Cuando llegaron al Alcázar, este bullía de animación, aunque era todavía temprano. Los gallardetes flameaban al viento, la multitud jubilosa charlaba, reía y los niños corrían de un lado a otro, excitados ante lo que les habían anticipado los mayores. La noticia de la recepción a Cortés corrió como la pólvora, y mucha buena gente se agolpaba para ver pasar al ser, casi mítico, que conquistara la Nueva España. Los tres amigos se quedaron en el patio para gozar del espectáculo y ver llegar los carruajes. De los primeros fueron los duques del Infantado: él, alto, delgado y con gesto afectuoso hacia la duquesa, que era elegante y discreta. Al poco llegaron don Alonso de Fonseca, arzobispo de Toledo, hombre de aspecto sólido, cabeza redonda, cuello ancho, nariz prominente y ligeramente ganchuda y ojos perspicaces, imponente en sus ricas ropas episcopales; y el nuncio, de luenga barba, ancha la frente, sonrosada la tez y mirada penetrante, ataviado a la moda romana, con un hermoso *mantello*^[11] gris oscuro y chambergo negro. Los dos charlaban animadamente, mientras entraban en la primera sala del Alcázar. Allí se encontraba Iván Yakov, primer embajador de Rusia ante Carlos V, enviado por el gran príncipe de Moscovia, Vasili IV. El embajador iba vestido a la usanza de su país, con una larga túnica, largas barbas y caminar decidido. Estaba acompañado por el príncipe Zaseikin, embajador ruso en ese momento, y el escribano Borisov.

De una carroza adornada con un lujo desconocido en Castilla descendió un hombre vestido en terciopelo de Utrecht, y a todas luces extranjero. Íñigo les aclaró que era el embajador inglés, lord Dormuth. Despacio, apoyándose en la mano que le tendía el embajador, apareció una mujer rubia: *lady* Dormuth vestía de granate, con grandes cuellos plisados y unas joyas espectaculares. Antes de bajar el último

escalón, se detuvo e inspeccionó el efecto que había producido su llegada. Adornaba su pelo recogido con una pluma y Micaela se fijó en sus ojos azules. Eran claros y hermosos, pero tenían unos pequeños puntos negros que le daban un cierto aire de malignidad. Entró en palacio junto a su marido, que caminaba como si nada de lo que sucedía a su alrededor tuviera la menor relación con su vida. Ella, sin embargo, se fijaba en todo, y clavaba su mirada con intensidad inquietante. Un murmullo hizo olvidar a Micaela sus observaciones y miró hacia la verja: en ese momento hacía su entrada un garboso caballero vestido como alguien de prosapia, montando un caballo cartujano y acompañado de otros dos nobles caballeros: era el virrey de Nápoles, Filiberto de Chalons, y junto a él venían Hugo de Moncada y Francisco de los Ángeles. Los soldados de Italia originaban gran simpatía en la población y los caballeros recibieron una generosa ovación.

Pero aún quedaba la parte más importante: Cortés. Fue anunciado por un clamor que iba en aumento a medida que él y su gente se acercaban. He aquí a Hernán, en un caballo blanco aderezado a la moda de las Indias, con un penacho de plumas que se movían con gracia infinita sobre la cabeza del equino, perfectamente consciente de su importancia. A su lado, su esposa doña Juana de Zúñiga lucía una de sus famosas esmeraldas; detrás, Diego de Ordaz, el galán, y Bernal Díaz del Castillo, el cronista, que describía esos mundos con precisión y entusiasmo, todos ellos ricamente vestidos y seguidos por otros diez hombres de Cortés, que se habían distinguido en batallas importantes y que cambiarían el curso de la Historia.

Inmediatamente, diez nobles de las Indias, con ropajes y tocados a la usanza de sus tierras: grandes penachos de plumas, cortas túnicas de lino natural y capas de color rojo. Unas exóticas mujeres, lideradas por doña Marina, la Malinche, ataviadas con huipiles o túnicas de la Nueva España que reproducían motivos geométricos, animales o florales de ricos colores, hacían sonar con unas caracolas de sus lejanos mares una música cautivante. El pelo negro, liso y largo lo sujetaban unas cintas verdes y rojas.

En pos de ellas, animando el cortejo, una serie de músicos con instrumentos también de las Indias: unas trompetas largas y anchas que producían un sonido fuerte y de tinte heroico, y unos tambores anchos, que tocaban con un golpe seco y rápido. Clarines españoles se unían en una sinfonía diversa y a la vez armónica, armonía a la que respondían los tañedores portugueses, que acompañaron a la Emperatriz desde su tierra natal. ¿Recordaría don Hernán la frase proferida años atrás: «He de volver con trompetas, o morir ahorcado»?

Micaela estaba fascinada, pero Íñigo les indicó que debían entrar. En la primera cámara todavía quedaban damas que se alisaban los vestidos, y caballeros que se saludaban unos a otros, pero ya iban todos pasando a la gran sala, donde el Emperador e Isabel recibirían al campeón de las Indias. Entraron en la segunda estancia y Micaela se quedó maravillada: era formidable, de altos techos, y estaba adornada con grandes guirnaldas de laurel; en el ambiente flotaba un grato perfume,

que provenía de unos braseros que quemaban maderas olorosas, quizá sándalo y algo de tomillo. La gente se reunía a los dos lados de una alfombra central, que acababa en un estrado donde dos sillones de refinado cuero de Córdoba, llamado cordobán, trabajados con flores y arabescos, esperaban a Sus Majestades.

Encontrábanse ya allí el duque de Béjar, tío de doña Juana; el padre de ella, conde de Aguilar; el regidor Antonio de Fonseca con su mujer Isabel Freire, y otros personajes de la Corte como Francisco de los Cobos; el cosmógrafo del Emperador, Alonso de Santa Cruz, o los hermanos De Vargas, Pedro y Francisco, este último buen amigo de Tiziano.

Al grupo de los tres amigos se había unido Daniel de Zubieta, que Íñigo les presentó como avezado marino vascongado. Al son de la música de los acompañantes de Cortés, se acallaron las conversaciones y todas las miradas se volvieron hacia la puerta, por donde entró don Hernán firme y erguido, pero con una expresión afable en sus facciones que le hacía simpático al instante, a pesar de que comenzaba a despertar cierta envidia en la Corte. Se detuvo en el umbral, pues sonaban ya los clarines que anunciaban la presencia imperial. Todos se detuvieron ante la inminente llegada y, expectantes, se volvieron de nuevo hacia una puerta que se abría a la derecha del estrado.

Apareció Carlos, imponente, vestido con un jubón de terciopelo labrado, que se abría sobre una almilla ajustada, terminada en cuello y manos en finísimo hilo; los gregüescos^[12] también en terciopelo, acuchillados^[13] en seda marfil, y las medias y los escarpines negros. El chambergo asimismo en seda negra, con el famoso broche «de la Madre de Dios».

A su lado la Emperatriz, menuda, hermosa, de finos trazos, con un traje de terciopelo granate, en el que la falda se abría en unos fuelles de color del fuego; las mangas acuchilladas, a la moda de aquellos días; el pelo recogido a los dos lados, con trenzas. También lucía un largo y hermoso collar de perlas, que recogía sobre el pecho un gran rubí, engastado en filigrana de oro y acabado con una rara perla colgante. Tanta belleza parecía irreal. El mismísimo Tiziano decidiría pintarla así, en un cuadro para la Historia^[14].

Se sentaron, flanqueados por dos «reyes de armas» con los escudos imperiales, y detrás de ellos la guardia del Emperador: alabarderos de la guardia española con el jubón y los gregüescos gualda, acuchillados en el rojo del Imperio, las calzas bermejas y la gorra o parlota en negro, como los zapatos. Completaba el atuendo una pluma roja en el chambergo y, como arma, una alabarda, adornada con «flecós galanes»^[15]. Los arqueros de Borgoña, presentes en España desde los tiempos de Felipe el Hermoso, vestían jubón y gregüescos amarillo oro, acuchillados en bermellón. A cada lado de Carlos V, un heraldo imperial, con dalmática de seda amarilla y los emblemas imperiales. Un bastón blanco en la mano testimoniaba su propósito de paz. El espectáculo era grandioso, y toda la concurrencia observaba un imponente silencio. Un heraldo anunció:

—Don Hernán, el Emperador os aguarda.

Cortés, que esperaba con mesura al fondo de la sala, comenzó a acercarse paso a paso, consciente del asombro que despertaba su séquito, la admiración a su persona de muchos y la envidia de unos cuantos. Cuando alcanzó el estrado donde aguardaban Carlos e Isabel, hizo una profunda reverencia, y con él, toda su gente. El Emperador se dirigió a él con voz afable:

—Nos es muy grato recibiros, don Hernán. Habéis trabajado con habilidad y valor para vuestro Emperador y vuestro país, trayendo a la Corona nuevas tierras y nuevos cristianos para la Iglesia. —Y después de un breve informe sobre la situación de las Indias, preguntó el César con curiosidad—: Decidme, ¿cómo era Moctezuma, el rey de aquellas tierras?

—Era hombre de mediana disposición —respondió Cortés— acompañada de cierta gravedad y majestad real, que parecía bien quien era, aun a los que no le conocían. Era delgado, de pocas carnes, la color baza, como de loro, de la manera de todos los de su nación. Los ojos negros, el mirar grave y en todo el rostro una cierta afabilidad, acompañada por majestad real, que mirándole convidaba a reverenciarle y amarle^[16].

Dicho esto y a una indicación de Carlos, el capitán general de Nueva España se acercó y hablaron en un tono bajo, que ya no era audible para el resto de la concurrencia. Algunos funcionarios avisados de los muchos que administraban el reino creyeron intuir recomendaciones al marqués por parte del Emperador, urgiéndole «al buen gobierno, el buen trato a los indios, la necesidad de asesorarse con todo el consejo, juntamente con los teólogos, religiosos y personas de muchas letras y de buena y santa vida, que en nuestra Corte se hallaron»^[17].

Los otros invitados se dedicaban a otear la concurrencia, para decidir a quién acercarse una vez se fueran el Emperador y la Emperatriz. Ellos decidieron en ese momento acabar la entrevista y recorrer el espacio que mediaba entre el estrado del trono y la puerta, saludando a algunas personas, y de ahí al exterior, para reunirse con el pueblo toledano, que abarrotaba la plaza circundante al Alcázar. Se detuvieron ante el nuncio y el arzobispo, que seguían juntos; ante el virrey de Nápoles y sus fieles servidores; el embajador de Inglaterra y *lady* Dormuth, y una sucesión de personalidades entre los que estaban sus banqueros, Fugger y su agente Ehingers de Constanza, que se inclinaban ante ellos. Cuando ya casi habían llegado a la puerta, la Emperatriz se fijó en Micaela y se paró delante de los tres amigos y Daniel de Zubieta. Íñigo saludó a doña Isabel y, con oportunidad, presentó a Micaela y a Damián a la Emperatriz, que con una sonrisa se dirigió a la joven:

—Hermoso collar lleváis. Tengo entendido que creáis interesantes joyas, muy inspiradas en objetos del Nuevo Mundo. Venid con ellas algún día.

—Gracias, Majestad —acertó a decir Micaela, que creía soñar: la bella Emperatriz se interesaba por su trabajo y quería conocerlo. Íñigo era un gran amigo, pues no cabía duda de que al final de la cadena de información estaba él.

Cuando despertó de su entusiasmo, vio cómo *lady* Dormuth la observaba. Miraba intentando valorar, como hacen aquellos a quienes la ambición ha aupado muy deprisa, quién era esa chica, qué origen tenía, la razón del interés imperial y si podía ser útil para ella. Al pasar a su lado, se detuvo e Íñigo presentó a Micaela a la embajadora. Después de unas palabras de cortesía, lord Dormuth dijo: «Vamos, Vera», y se fueron a charlar a otro grupo. Íñigo manifestó su contento:

—Puedes sentirte halagada: primero la Emperatriz y luego una de las mujeres más requeridas de la Corte. Pero no te engañes, lo primero es positivo. Con los Dormuth, ten cuidado. Él es un hombre débil, casado con una mujer fuerte y dominante a la cual mira constantemente, intentando recibir de ella la energía que a él le falta.

Y es que como bien comprendiera Micaela a la entrada, era *lady* Dormuth una mujer fría y calculadora. Alguien que la observara sin que ella se diera cuenta percibiría en su quietud un riesgo latente.

Los cuatro amigos se quedaron juntos disfrutando del espectáculo, mientras oían la expresión jubilosa de los toledanos hacia sus reyes y así estuvieron hasta bien mediada la recepción.

Cuando ya se marchaba, Íñigo se acercó a despedirse de Cortés. Departía en ese momento el recién nombrado marqués del Valle de la Oaxaca con unos amigos y se acercó uno de los cortesanos, diciéndole:

—Marqués, ahora ya somos iguales.

—Vuestra Excelencia se equivoca —respondió Cortés con una sonrisa—. En todo caso, me parezco a vuestro antepasado, que recibió su título por algún hecho glorioso^[18].

Celebraron sus compañeros de armas la réplica de don Hernán, que tras esa ocurrente salida se giró para devolver el saludo a Íñigo y, al ver a la joven a su lado, manifestó:

—Sé que la Emperatriz ha alabado vuestro trabajo. Yo también quisiera conocerlo, ya que os interesan las cosas de las Indias. Íñigo, arreglad una visita al taller, y os será grato.

Los dos hermanos estaban radiantes: dos de los personajes más admirados habían alabado su trabajo... Y todo gracias a los buenos oficios de su amigo.

Al bajar unos escalones, de vuelta a casa, Micaela se apoyó en la mano que le ofrecía el capitán, y él, resuelto y sin que nadie se percatara, le besó la mano.

Al llegar a casa todos esperaban impacientes. Teresa había preparado un almuerzo reparador, que después de tantas emociones fue consumido con celeridad. Los padres de Damián preguntaban sin pausa a sus hijos, y los amigos que habían invitado a quedarse hacían lo mismo: «¿Cómo es el Emperador? ¿Es Isabel tan hermosa como dicen? ¿Y don Hernando? ¿Y las gentes de las Indias? Dicen que tocaban una música diversa... ¿Cómo eran los instrumentos?...».

Íñigo sonreía al ver la curiosidad y urgencia de las preguntas, y de repente vio a

Tarsicio, recostado sobre el respaldo de la silla, con la mandíbula apretada y gesto de fastidio.

«Claro —pensó—, hoy no es el protagonista, el más garboso o el más festivo. Hoy los que acaparan la atención de todos son Micaela y Damián».

Íñigo, inteligente, había dejado que los hermanos Vallesteros gozaran de su gloria, que ahora narraban contestando a las mil preguntas que les hacían. Acabando el almuerzo, se reunieron en torno a la chimenea todos menos Refugio, que fue a hacer monerías a Tarsicio, aún molesto al no ser el centro de atención. A pesar de esto, todo transcurrió agradablemente. Teresa y Juan estaban muy orgullosos de sus hijos, más aún cuando Micaela dijo a su padre: «Padre, debe ir usted a llevar los bocetos y las joyas a la Emperatriz, ya que usted es quien nos ha enseñado lo que sabemos».

La insidia

Micaela se debatía entre sentimientos contradictorios: el recuerdo de Diego era aún punzante y doloroso, pero también sentía la vida palpitante en su entorno. Necesitaba la presencia de María, la hermana predilecta de Diego, con la cual compartía amistad, complicidad y delicada ternura. En los últimos tiempos no se habían encontrado en ningún lugar, ya que la vida de Micaela se había desarrollado entre su casa y el trabajo. Los últimos acontecimientos le habían abierto puertas de vida e ilusión y, en el fondo de ella misma, sentía una punzada de tristeza y culpabilidad al comprender que había pasado mucho tiempo desde su anterior visita a los Santibáñez.

Sumida en sus cavilaciones, bajaba la calle de los Alfileritos que llevaba al taller cuando, de repente, dio de bruces con María. Iba vestida de negro, de riguroso luto, y su expresión era triste y ausente. Viéndola, Micaela dejó escapar una sincera manifestación de alegría:

—¡María! ¡Qué oportuno! ¡Venía pensando en ti y en todos vosotros!

—Buenos días nos dé Dios, Micaela. —La voz apagada y distante de María sobresaltó a su amiga.

—María, ¿qué te pasa? Te he echado de menos...

—Micaela —interrumpió María—, tengo prisa, me esperan en casa.

—Bueno, María, lo entiendo. ¿Cuándo puedo ir a veros?

—Es menester que vaya. Me tengo que ir.

Y se fue, deprisa, sin mirar una sola vez hacia atrás. Micaela se quedó anonadada. María era una mujer llena de energía, pero dulce y delicada. No era habitual en ella comportarse con esa frialdad. Comprendía ahora que había sido egoísta, que su dolor, real y auténtico, había invadido todo su ser, impidiéndole pensar en los demás, en aquellos que sufrían como ella o tanto más. La compasión, esa virtud tan necesaria como la clemencia, había estado ausente de su alma. Sintió entonces el rocío del alivio, al pensar que se había equivocado pero que podía enmendarlo, que en la vida

lo importante es reflexionar, y si todavía es tiempo, corregir el daño.

Cuando llegó a casa, después del trabajo en el taller, comió poco y estuvo absorta y cabizbaja. Teresa se percató al instante, pero mantuvo como pudo la conversación, y al finalizar la comida subió a la cámara de su hija para hablar con ella.

La encontró mirando por la ventana. Era el mes de marzo de 1529, y los cornejos estaban ya en flor, anunciando con su color del sol la primavera que pronto había de llegar. Pronto haría un año de la muerte de Diego. Pensó Micaela que su jardín, en ese momento, era como su espíritu: una parte conservaba el frío y la muerte del invierno, y la otra pugnaba por vivir, sentir el calor de la existencia y gozar del amor de los suyos. Absorta en sus reflexiones, no oyó entrar a su madre, que, aproximándose lentamente, la abrazó con ternura. Al tiempo que colocaba sus brazos alrededor de los hombros de su hija y reclinaba la cabeza sobre su espalda, preguntó:

—¿Qué pasa, hija? ¿Quieres contármelo?

Micaela, contrita, narró a su madre el encuentro con María, su fría reacción y la reflexión que le había llevado a la conclusión de que su comportamiento no había tenido la sensibilidad que la situación requería. Teresa asentía mientras su hija desgranaba el relato, y una vez hubo terminado, dijo:

—Es cierto, Micaela. En los primeros momentos me percaté de la desolación que imperaba en ti, y luego, más tarde, cuando vi que el trabajo se convertía en tu tabla de salvación, no quise destruir ese inicio de recuperación. Además, no es tan grave. Has visitado a los Santibáñez muchas veces. Solo en los últimos meses no has estado pendiente de ellos. Pero mañana mismo, iremos las dos.

Cuando llegaron a casa de Diego les aguardaban María y su madre, Carmen; vestían de riguroso luto y las persianas, solo entornadas, daban una atmósfera mortecina a la espaciosa sala donde las recibieron. Era amplia y de altos techos. La escasa luz que entraba detrás de las contraventanas producía rayos de tenue claridad, que daban a muebles y objetos un aspecto irreal. Carmen abrazó con afecto a madre e hija, pero Teresa observó que, así como a ella María le mostró su afecto, con Micaela fue más distante. Se sentaron alrededor de una mesa donde habían preparado unos dulces en bellos azafates^[19] labrados al estilo mudéjar, y unos jarros de El Puente del Arzobispo, que debían contener agua de limón o de almendras.

Micaela se mostraba ansiosa por hablar con esas dos mujeres que sin la intervención de los nefastos hados se habrían convertido en su cuñada y su suegra, y a las que amaba sinceramente. Respiró hondo y comenzó con voz suave:

—Carmen, María necesito pedirlos perdón.

—Mica —musitó Carmen—. No es necesario...

—Sí. Quiero —interrumpió Mica—. Quiero decirlos que he sido egoísta, que sumida en mi propio dolor por la pérdida de Diego, que era mi vida, no he sabido pensar en vosotras con la atención que hubiera debido. Que el pesar me ahogaba de

tal manera, que me agarré al trabajo como tabla de salvación, y que en los últimos meses, no he hecho ni pensado en otra cosa. Pero el recuerdo de Diego me seguirá donde yo esté, y mi profundo afecto por todos vosotros sigue igual. Perdonadme.

Teresa observaba la escena, y su expresión denotaba alivio y contento. Carmen, con lágrimas en los ojos, se levantó y abrazó a Micaela sabiendo que era sincera, pero María, aunque correcta, permanecía distante. Hablaron de una cosa y de otra, y Carmen preguntó, más por deferencia que por interés, acerca de la recepción a Cortés en el Alcázar. Micaela, de manera sucinta, contó lo sucedido aquel día. Al despedirse, de nuevo Carmen fue próxima y cálida, y María afectuosa con Teresa y fría con Micaela, que triste se apoyó en el brazo de su madre mientras bajaban por el resbaladizo empedrado de las calles toledanas. Había llovido y un punzante aroma a tierra mojada envolvía sus pasos.

—Madre, María no me ha perdonado.

—Hija, hay algo más. No creo que sea solo tu olvido. Es algo más. Estaba dolida y guardaba algo que su madre desconoce. Habrá que estar atentos y esperar a tener mayor conocimiento de las causas de su enfado.

Al volver una esquina, se encontraron con Tarsicio, que venía con sus padres discutiendo de forma acalorada. Aunque no oían sus palabras, sus gestos denotaban la intensidad de sus discrepancias. Cuando vieron a Micaela y a su madre, cambiaron rápidamente de expresión y demoraron el paso, como para dar tiempo a serenar los ánimos. Tarsicio estaba muy guapo, aunque con la faz enrojecida por la reciente discusión. Su madre era una mujer alta y oronda, de bellos ojos claros, que había heredado Tarsicio, bondadosa con fogonazos de genio y reacciones repentinas, que desaparecían tan pronto como habían venido. Caminaba muy erguida y era de naturaleza afectuosa, mientras que su marido era un hombre rígido y seco, de juicio muy severo hacia sus semejantes, y por desgracia había enseñado a su hijo esa obstinada intransigencia. Era difícil, si no se le caía en gracia, que cambiara su desfavorable opinión sobre cualquier persona. Ningún esfuerzo, ningún mérito, ningún intento lograría vencer la terca oposición del anciano.

Al llegar junto a Teresa se saludaron con deferencia. La madre de Tarsicio siempre había acariciado la posibilidad de la unión de las dos familias, casando a su hijo con Micaela. Alguna vez había insinuado a su amiga Teresa la vida cómoda y hermosa que aguardaba a Micaela si se casaba con Tarsicio, y había espoleado la vanidad de este, con la perspectiva de desposar —de *poseer*, en el lenguaje de Tarsicio— a una de las mujeres más guapas, o quizá la más guapa de Toledo. Tarsicio repasó, más que miró, a Micaela: vestía esta una falda de paño de Béjar de color pardo, una camisa blanca de fino lino y un corpiño también de paño, negro, con lazadas de seda. Protegiéndose de los fríos relentes de marzo, una amplia capa. El pelo, recogido en un austero moño bajo, realzaba sus pómulos altos y sus ojos claros. Sintió al verla un fogonazo de deseo y Teresa, que le observaba al tiempo que hablaba con sus padres, experimentó una punzada de inquietud: «Afortunadamente

—pensó—, a Micaela no parece importarle mucho este bello ejemplar».

Después de despedirse con las cortesías de rigor, se alejaron madre e hija hacia su casa, que quedaba ya muy cercana. Tarsicio siguió con la mirada la esbelta figura que se retiraba por las relucientes calles, iluminadas ya por las antorchas que hacían danzar su luz en las piedras del suelo.

Cuando llegaron a casa encontraron en la sala del patio a Juan con Damián e Inés, que les esperaban para cenar, conversando alrededor de la chimenea. Pasando al comedor, Marialonso les dio la bienvenida con una humeante sopa, que tomaron los jóvenes con fruición. Era una receta de la tierra, que se elaboraba bajo la indicación de Teresa, especialmente en los días fríos y húmedos. Se llamaba «calabazas espesas»^[20] y era herencia árabe.

Micaela observaba a su hermano y a Inés: el amor y la complicidad entre ambos era evidente. Ella, al estar con su novio, sentía tal contento que sus mejillas se aureolaban con un tono rosado, enmarcadas por su pelo de fuego. En la nuca, unos rizos rebeldes pugnaban por escapar del alto moño. Unos pendientes de oro labrado capturaban la luz cuando ella se movía al hablar. La conversación era animada, pero Micaela seguía afligida por la entrevista con su amiga María y la certeza de haberla herido, sin saber muy bien cómo o por qué. Al terminar la cena, Micaela se despidió de todos y se dirigió a su cámara. Tras una breve mirada de entendimiento con Teresa, Inés se levantó.

—Voy un momento a conversar con Mica. Vuelvo enseguida.

—No tardes mucho —aconsejó Juan—, no se vayan a preocupar tus padres. Marialonso, di a José que esté dispuesto a acompañar a Inés. Iré yo también contigo y con Damián, así daré un paseo.

Inés subió al cuarto de su amiga, pero no la encontró allí. Supo enseguida dónde hallarla y se dirigió a la altana. Ahí estaba, pensativa y con expresión dolorida.

—¿Qué te pasa, Mica? —preguntó Inés con dulzura.

Micaela coge en ese momento la mano de su amiga y le cuenta cómo se había desarrollado la visita en casa de los Santibáñez.

—No te preocupes, Mica. A veces el dolor produce extraños efectos. Ya se le pasará.

Una vez se hubo despedido de su amiga, mientras bajaba las escaleras, Inés se dice a sí misma: «Habrà que estar ojo avizor para descubrir si hay algún enredo por medio».

Desde la altana, Micaela ve partir a su amiga con su cortejo. Permanece unos instantes más, respirando el limpio aire de la noche. Mira de nuevo hacia el río, que le trajo a Diego muerto y, seguidamente, a la calle, como queriendo asegurarse el retorno de su padre y de su hermano. De repente, una sombra se oculta detrás del muro cercano a su casa. Un fulgor de escalofríos le recorre la espina dorsal, a la velocidad del rayo. Baja corriendo las escaleras y alerta a Cosme, que todavía recoge la mesa junto a los otros criados, para que salgan al encuentro de Juan y Damián. Se

duerme inquieta, con la repetida visión de la sombra nocturna.

Amanece un día soleado. Mica se despereza, mira hacia el jardín y cobra un poco de ánimo para vestirse e ir al taller. Una vez allí, Juan le pide su opinión sobre unos zarcillos y una ajorca en esmalte y diamantes, de clara inspiración morisca. Era un encargo del embajador de Hungría y un presente para su reina, María: deseaba llevarle con estas alhajas aromas de sus tierras. Enfrascada en la admiración por la perfección de las piezas, no oyó llegar a Inés, que, preocupada desde el día anterior, venía a comprobar si su humor mejoraba. Estaban las dos amigas contemplando algunas de las maravillas ocultas en misteriosos cofres, cuando apareció Refugio, menuda, saltarina y con un deje, creyó advertir Inés, de ironía y contento.

—¡Ah, Micaela, siempre escondida aquí! ¡Eres una mujer principal! ¡Ya no ves a tus amigas!

Sorprendida por el tono y la actitud de la supuesta compañera, responde Mica:

—Refugio, el trabajo es el bálsamo que santa María me ha mandado para mitigar la pena.

—Ya, ya. Pero te reciben en el Alcázar, te complimentan el señor Cortés y capitanes de Italia.

—Mira, Mica —interrumpe rápidamente Inés al tiempo que le muestra una piedra de ónice verdadero u ónice árabe, que estaba admirando antes de la llegada de su lianta amiga—. Esta piedra con su capa negra inferior y su capa blanca superior merece toda tu atención. Fíjate, Refugio, en la hermosura y complejidad de esta piedra. ¿Qué harás con ella, Mica? ¿Un broche austero y elegante?, ¿un medallón?

Micaela, consciente de la larga cambiada que le brinda Inés, sigue la conversación y comienza a esbozar un broche que colgará de una cadena. Refugio, tras una conversación neutra y cotidiana, se marcha. Al quedarse las dos solas, Inés explota:

—Mica, esta lianta está por medio en el malestar de María contigo. Tienes que hablar con ella. ¿O quieres que lo haga yo?

—No, no. Tienes razón. Es menester que converse con María yo misma.

Sabiendo que a esa hora la encontraría en misa en San Juan de los Reyes, se fue prontamente hacia allí. Cuando llegó, se paró a esperar a su amiga. Dejó vagar su mirada por la magnificencia de la iglesia, ejemplo singular del estilo hispano flamígero, que aúna de manera casi mágica elementos del gótico flamígero con ornamentos mudéjares, tan espléndidamente representados en Toledo. Los pináculos del cimborio se le antojaron flechas que pugnaban por alcanzar el cielo. Viendo que María tardaba, decidió entrar. Allí estaba su amiga, muy cerca del altar, concentrada en oración. Micaela permaneció un momento absorta, contemplando los escudos de los Reyes Católicos sostenidos por el Águila de san Juan, que, en el presbiterio, se repetía armónicamente, creando una sinfonía en piedra. Vio que María empezaba a

alzarse del banco y se fue, rauda, a esperarla fuera, pidiendo a la Virgen que le inspirara las palabras que debía decir a su querida y dolida amiga. Esta, sorprendida, no reaccionó a tiempo, situación que Micaela aprovechó para iniciar el diálogo.

—María, he venido porque te quiero y siento que guardas hacia mí un rencor que no acierto a descifrar. Sé que no me he portado a la altura de las circunstancias, pero no ha sido por falta de afecto, sino por una parálisis de las emociones, causada por la pena.

—Micaela, no seas fingida. —La contestación de María surgió como un trueno de las entrañas de los cielos—. ¡Apenas habíamos enterrado a Diego, y tú ya tenías a un apuesto capitán cortejándote! ¡Hasta tus propias amigas lo dicen!

El asombro de Micaela es grande, pero acierta a decir con aflicción:

—No es cierto, María. La muerte de Diego me dejó desolada. Mi corazón era un helado páramo, y mi pena fue real, como real es el amor que os tengo a todos. Pero hace unos meses, como hace la naturaleza, he sentido la vida pulsante, palpitante, que está ahí fuera y me aguarda. Esa parte de mí quiere vivir, quiere crear objetos bellos en el taller de mi padre, junto a mi hermano, seres amados y atentos a mis pesares; quiere esa parte de mí conocer el amplio y sugestivo mundo que se me ofrece. Pero la otra parte de mí murió con Diego, a quien siempre llevaré en mi pensamiento. ¡Y quién te haya dicho que olvidé a Diego por un galante capitán miente!

Abrazando a María velozmente, se marchó de vuelta al taller, demasiado acongojada para seguir hablando. María quedó perpleja, sin saber todavía si alegrarse por la sincera explicación de su amiga o, confundida, arrepentirse por la falta de confianza en ella. Se sintió poco serena y reflexiva, y debería, en unos días, ajustar la situación con quien bien lo merecía.

De momento, corrió detrás de Micaela y, al alcanzarla, se fundieron en un abrazo sin mediar palabra. No hacía falta.

Las joyas de la Emperatriz

Juan y Damián esperaban a Micaela con impaciencia porque habían recibido un aviso de Íñigo de Vidaurre anunciándoles la visita de Hernán Cortés para ese mismo día, unas horas más tarde, después del almuerzo, y deseaban decidir entre los tres cuáles serían las piezas más interesantes para el gobernador de Nueva España. Por fin llegó Micaela y se quedó ensimismada ante la noticia, pero la voz de su padre la despertó de su sueño:

—¡Vamos, niña! ¡Tu abuelo, cuando fue llamado por nuestra señora doña Isabel, que en gloria esté, no se quedó tan pasmado! ¡Hay que trabajar y decidir presto!

A la llamada del diamantista acudieron los jóvenes orfebres que se afanaban cada uno en su especialidad. Se presentó Martín, con bellas perlas de dorado oriente; le seguía Ginebra, la bella siciliana de pelo negro y rizado, que presentó al diamantista tres piezas de coral de su tierra: una tenía forma de árbol, espléndida para un broche, las otras dos tenían forma de medio aro y que serían perfectas para hacer unos zarcillos; detrás llegó Josechu, con las aguamarinas; y por fin Miguel, el más joven e incorporado hacía poco, presentó unas exóticas figurillas de oro, mitad animal, mitad hombre, que seguro producirían gran asombro ya que no se había visto con anterioridad nada semejante. El propio Juan les mostró a todos unos cabujones de rubí traídos desde Siam y varias esmeraldas de gran tamaño.

Empezaron a bosquejar distintas opciones, pero el afán de perfección era tal, que una vez terminado lo consideraban imperfecto y volvían a empezar. Con el fin de que don Hernán no les pudiera pillar desprevenidos, Damián mandó pedir a su casa un ligero almuerzo, para comer en el propio taller: buen jamón de la sierra, sabroso queso de la Mancha, pan candeal y unos cuartillos de vino.

A eso de las tres y media, he aquí que llega don Hernán, acompañado de Bernal Díaz del Castillo y otro caballero que los Vallesteros no conocían aún, y a quien presentó como Pedro de Alvarado: era rubio, de ojos claros y con una actitud alegre y comunicativa; quien no le conociera podía pensar que era un hombre simpático y

despreocupado y, quizás, no percibiría la ambición que aleteaba en su alma; los indios, impresionados por su aspecto, le apodaban Tonatiuh, «el de los cabellos de oro». Por supuesto, venía con ellos Íñigo de Vidaurre y también Daniel de Zubieta, interesados ambos en todo aquello relacionado con el Nuevo Mundo. El marqués del Valle de la Oaxaca vestía sobrio y elegante, como ya le describiera en una ocasión el cronista Bernal Díaz del Castillo: «Como un gran señor, ni muchas sedas ni damascos, ni rasos, sino llanamente y muy pulido, ni tampoco traía cadenas de oro grandes, salvo una cadenita de oro de prima hechura, e un joyel con la imagen de Nuestra Señora, la Virgen Santa con su hijo en los brazos; y de la otra parte del joyel, al señor san Juan Bautista con otro letrero, e también traía en el dedo un anillo muy rico con un diamante, y, en la gorra, que entonces usaba de terciopelo, traía una medalla de oro, e no me acuerdo el rostro, y en la medalla, traía figurada la letra de él».

Una vez hechas las presentaciones, Cortés quiso visitar todo el taller, conocer las distintas dependencias, y saber cómo se organizaba el trabajo. Era el interés de un hombre de gobierno, que deseaba conocer cómo operaban los distintos gremios y estamentos sociales, para determinar el modo de adaptarlo a la Nueva España. Organización. Ese era su lema, al tiempo que todo lo preguntaba de una manera sencilla y afable. Por fin pasaron al despacho de Juan, donde los hermanos tenían ya seleccionadas las piezas más notables ya acabadas, y aquellas de futura creación que habían considerado de interés para el gobernador. Este les asombró, escogiendo resuelto un broche de esmalte con la imagen de la Virgen, que anunció colocaría en su chambergo de ceremonia y siempre le acompañaría en sus lejanas tierras.

A continuación, sacó una bolsita de seda azul y, volcándola, dejó ver unas singulares figuras de ranas de oro, que, dijo, simbolizaban la resurrección en la cultura azteca. Pidió enseguida el consejo de Micaela para un collar que deseaba regalar a doña Marina la Malinche, en agradecimiento a su ayuda en los tiempos difíciles. Acto seguido, de una caja labrada en plata y forrada de terciopelo, extrajo una esmeralda irrepetible, con forma de pez.

—Haced una pieza memorable para doña Juana, mi esposa.

Micaela empezó a colocar con aplicación y esmero las siete ranitas, unidas entre sí por las bellas perlas de dorado oriente y los rutilantes rubíes, de esfericidad casi perfecta. Con mil cuidados y la admiración palpitando en sus dedos, tomó la esmeralda y comenzó a montar alrededor de la piedra una cadena de oro, que sostendría el joyel, con esmeraldas intercaladas en ella. En la parte superior, dibujó un cuerpo de mujer, con sus cabellos flotando en unas imaginarias aguas, dos diamantes figurarían los ojos, perlas y rubíes enriquecerían tanto el torso como la cola de la bella sirena.

—¡Magnífico, Micaela! —exclamó Cortés—. ¡Lo quiero así! Es bello y armonioso. Gracias.

Íñigo, que permanecía silencioso y discreto observando a Micaela, sintió una

oleada de satisfacción. Todo cuanto había presentido se cumplía. Ella era despierta, responsable en su afán, independiente y podía afrontar la vida con sus placeres y sus desgracias. Era fuerte y decidida, tenaz, ¿quizás porfiada en demasía? No. Era la persona ideal. Ideal para él e ideal para la difícil tarea que le esperaba.

Don Hernán se despidió, amable con todo el mundo y tras alabar de nuevo el trabajo de la familia Vallesteros. Íñigo y Daniel le acompañaron en la suave tarde toledana hasta su residencia y, a su vez, se despidieron con deferencia del marqués del Valle de la Oaxaca. Cuando los dos amigos se quedaron solos, Daniel preguntó a Íñigo a quemarropa:

—¿Estás decidido? ¿Crees que es ella?

—Creo que sí —respondió el capitán—, pero sabes que no soy yo, ni mucho menos, quien toma esas decisiones. Todo lo más, propongo y aconsejo. Veremos.

En la brisa de la tarde, las plumas de sus chambergos y el tejido de sus capas se movían acompasadamente mientras subían, despacio, por la calle ya ensombrecida.

Una vez que entre los tres contaron a Teresa los pormenores del encuentro, Damián anunció que Inés y él querían comunicarles algo. Juan y Teresa intercambiaron una mirada cómplice, adivinando, creían, la intención de su hijo. Este, cogiendo la mano de Inés, pidió la venia a su padre para solicitar a los padres de su novia el consentimiento para celebrar sus esponsales. El contento de Juan y Teresa era manifiesto, ¡y qué decir de Micaela! Todo era alegría, en una casa que bien lo necesitaba. Marialonso, que entraba en ese momento, preguntaba con la mirada al comprender que algo extraordinario sucedía y, cuando pudo discernir, la emoción le hizo verter abundantes lágrimas, e iba de uno a otro, besando y abrazando sin cuento.

Una vez calmada la conmoción primera, vinieron las preguntas: cuándo, dónde... Ya que era el final de abril, sería oportuno calcular la boda para mediados de septiembre, quizás el 15, que era el cumpleaños de Teresa. El lugar había de ser la parroquia de Inés, ya que los padres y ella misma eran familiares de don Julián, el párroco de San Andrés.

Agotados de tantas emociones en un solo día, se fueron todos. Inés a su casa, acompañada por Damián y Cosme; Teresa y Micaela a sus aposentos. Teresa, cariñosa, cogió a su hija por la mano, y le dijo:

—Es menester que ayudes a tu hermano a crear la más extraordinaria joya para la novia. Y mucho me gustaría que presto estuviéramos haciéndolo para ti.

—Quién sabe, madre, quién sabe —respondió Mica, pensativa.

Era una mañana clara de mayo, y Teresa enseñaba entusiasmada a su hija las rosas que tenían ya unas hojitas verdes y tiernas en sus tallos. Las había traído un mercader, que decía venían de Persia, y allí las llamaban Ispahán. El verano anterior,

con la convulsión que había supuesto la muerte de Diego, no había tenido el ánimo pronto para rosas, pero este año aguardaba con impaciencia el florecer de estas flores, que imaginaba perfumadas y esplendorosas. Recordaba sus pétalos de un rosa tenue, delicados pero generosos en número, y sobre todo de aroma inconfundible, que, junto con los jazmines, habían perfumado el jardín mayo y junio. Cuidaba con esmero una rosa única que creía procedente de Inglaterra, donde era muy apreciada: «York and Lancaster», la llamaban, como las reales casas, y en la misma planta producía flores blancas y de un rosa muy claro, y con unas ramas cuajadas de hojas de un color verde tenue con una cierta tonalidad grisácea, que se curvaban por el peso al ritmo de la brisa.

Gozando del jardín, de sus colores, de sus texturas y aromas, no percibieron la entrada de María Santibáñez que, toda de negro, resaltaba en esa mañana de luz. Se abrazaron con cariño y le ofrecieron algo para beber. Micaela estaba feliz. De nuevo disfrutaba la amistad con María, que valoraba por encima de todo. Quedaron en pasear esa misma tarde y se citaron a las cinco en la puerta de la iglesia de San Sebastián.

Unos días después, mientras almorzaban, llegó un recado de Íñigo, pidiendo venia para visitarles a las cuatro. Tras el almuerzo, prontos a recibir al capitán, pasaron al jardín y se acomodaron debajo de una pérgola que había mandado construir Teresa para que sus queridas rosas pudieran trepar por sus columnas y dieran sombra en el cálido verano. He aquí que llega el capitán con aire discreto, como era en él habitual, pero que denotaba el contento.

—Gran noticia os traigo. La Emperatriz quiere veros.

El asombro en las caras de los dos hermanos y en las de sus padres era indescriptible. La noticia la había disparado don Íñigo a quemarropa. El efecto había sido buscado por el emisario, en su más puro estilo vascongado: certero, sobrio y conciso. Después de respirar profundamente, la primera en reaccionar fue Teresa, que aún incrédula preguntó:

—Señor capitán, ¿es verdad lo que decís? Y si así es, ¿cuándo?

—La Emperatriz desea ver vuestro trabajo el miércoles a las cuatro y media, dentro de cuatro días: tenéis tiempo para preparar vuestras mejores alhajas, y una selección de perlas y rubíes, que tanto ama la Emperatriz; sin olvidar los diamantes, que han hecho famosos a los Vallesteros.

¡Gran alboroto entre los dos hermanos! Querían acudir ya, ahora, al taller, llamar a los mercaderes, a todos los orfebres... Pero el capitán añadió:

—Sosegaos. Tiempo habéis para preparar lo que sea menester. Aunque bueno es que busquéis la excelencia. Como excelente fue el nuncio Baldassare Castiglione, que murió poco ha, al inicio de febrero, y para quien se prepararon excelsos funerales. Creo que alrededor de este nuestro gran Emperador, y este gran país, hemos todos de dar lo mejor de nosotros mismos a través del trabajo bien hecho.

Percibiendo que estaba siendo demasiado trascendente para la ocasión, comenzó a

conversar sobre la reciente visita de Cortés, y la admiración que suscitaba, por su afabilidad y buen porte. Íñigo, entonces, les sorprendió diciendo:

—A la par de hombre cabal en su trato, sabe ser fuerte con los poderosos cuando cree en su razón de él. Hace unos años, cuando el reconocimiento a su ingente y homérica labor no había sido aún reconocida, don Hernán esperaba pacientemente a que Carlos V le concediera audiencia. La puerta entreabierta de la sala donde él aguardaba permitió oír la voz del Emperador: «¿Y quién es ese Cortés, que reclama ser recibido?». Cuando por fin Cortés está ante el Emperador, se presenta de esta guisa: «Soy Hernando Cortés, el que ha dado a Vuestra Majestad más tierras y súbditos de los que vuestros abuelos os legaron».

Esta afirmación tan contundente, sorprendió a los Vallesteros, pero no habría sorprendido a un buen observador de la realidad social de aquel tiempo. La guerra de las comunidades no quedaba tan lejos, y este levantamiento había sido una buena demostración del profundo sentir de la gente: cada ser humano, creado por Dios, tenía su derecho a pensar y actuar conforme a lo que creía justo, eso sí, teniendo siempre obediencia al rey. Cuando todos ellos hubieron superado el asombro ante lo que consideraron palabras de tamaña audacia, Íñigo les siguió relatando nuevas de las Indias, como la extraordinaria conquista del territorio azteca, y las tierras dominadas por este pueblo guerrero. En ese momento, Damián preguntó con sumo interés:

—¿De qué manera un puñado de trescientos hombres pudieron vencer a todo un imperio?

—Varias son las razones —respondió el capitán—: la primera fue la ayuda de la Malinche, que el otro día estaba en el cortejo de Cortés. Ella fue esencial para que Hernán pudiera entenderse con los caciques de las distintas comarcas que atravesaban, actuando como «lengua» o traductora. La segunda es el descontento de estos pueblos, que sufrían bajo el dominio despótico y cruel de los aztecas. Habéis de saber que los sacrificios humanos eran allí práctica general, hasta que Cortés los abolió. La tercera, la más sutil, se debe a una antigua leyenda azteca que hablaba de un ser rubio, que vendría por el mar, y que sería el nuevo señor de Tenochtitlan.

—¡Qué mundos tan diversos! ¡Cuánto me gustaría poder conocerlos! —exclamó con entusiasmo Micaela.

«No me había equivocado», pensó Íñigo.

Los cuatro días pasaron en un soplo, discutiendo sobre la idoneidad o preferencia de unas piedras sobre otras, la perfección de los bocetos, o el brillo de las joyas. La mañana del 13 de mayo se presentó fresca y luminosa, y Micaela se despertó temprano, emocionada e inquieta ante la importancia de la visita que efectuarían esa tarde. Se acercó al aposento de su madre y la encontró ya arreglada, sobria y elegante como siempre, con un vestido azul muy oscuro y una camisa de lino asomando bajo el discreto escote, su collar de perlas y su pelo recogido en la nuca.

—Madre, qué hermosa estás. ¿Me ayudas a escoger el vestido más apropiado para ir a palacio?

Sacaron dos o tres trajes, entre ellos uno malva muy claro, la falda amplia y con vuelo, con cintas de seda cosidas desde la cintura hasta el bajo y el jubón ajustado y mangas abullonadas. Alrededor del cuello, Teresa le puso a su hija un collar con figurillas de oro, que venían del Nuevo Mundo: eran unas pequeñas tortugas, que se alternaban con unas bolas, de oro también, con dibujos de estilo mudéjar. La combinación de los dos estilos se armonizaba en una sencilla pero delicada joya.

—¡Madre, es perfecto! Cuidado, refinado, pero no presuntuoso. Y además, es una presentación de lo que hacemos en el taller.

Eran las tres de la tarde y Micaela ya estaba preparada. Suavemente, llamaron a la puerta: era Damián. Estaba muy elegante con su jubón azul marino, sus calzas ajustadas y su capa. Un chambergo color pardo, con una pluma negra, le confería un aire distinguido y discreto. Íñigo apareció al poco. Con él venían también cuatro soldados, ya que, al llevar objetos de valor, era oportuno darles custodia. Habían decidido que fueran a la Corte solo los dos hermanos con el capitán, ya que así lo había creído oportuno Juan Vallesteros.

Cuando llegaron al Alcázar, un oficial de la Corte ya les aguardaba en el patio y les hizo adentrarse en el palacio por una serie de salas. Al pasar por una de ellas, Micaela atisbó a *lady* Dormuth, hablando con la embajadora de Francia; parecían muy concentradas en su conversación, pero al instante Vera levantó la mirada y sus ojos se clavaron en Micaela, con una expresión interrogante y dura. Vestía ligero paño gris en la amplia falda y media capa. Completaba el refinado atuendo, un corpiño marfil al igual que el sombrero de fieltro y pluma a tono. Micaela ya estaba pasando por otra sala, pero todavía un escalofrío recorría su espina dorsal. Algo maléfico tenía esa mujer.

Apenas hubieron llegado al antedespacho de la Emperatriz, el oficial les pidió que aguardaran allí mismo, ya que Isabel estaba aún ocupada con los asuntos de Estado. El Emperador la había dejado al frente del país, y ella, con gran discernimiento y dedicación, se afanaba serenamente en conducir las empresas a buen puerto. Íñigo les contó, en voz muy queda, que un emisario de Margarita de Austria, gobernadora de Flandes y tía del Emperador, era recibido en ese momento en audiencia. Al cabo de media hora salió el emisario. Iba ataviado a la moda de aquellas tierras y saludó cortésmente a los tres y al oficial de protocolo, con una leve inclinación. Este les hizo pasar y les recibió una dama portuguesa, Isabel Freire, que había venido en la comitiva de doña Isabel. Muy hermosa, se comentaba que era ella el amor platónico de Garcilaso de la Vega, la musa de sus más tiernas obras como la «Égloga de Salicio y Nemoroso».

La Emperatriz se encontraba sentada en un sillón de cordobán. La luz que entraba por la ventana, difuminada por el color ocre de los cristales, se derramaba sobre su pelo, claro y brillante, que llevaba recogido a los lados. Estaba vestida con un traje de

seda negro, bordado en oro, y unas perlas blancas, aquí y allí, aclaraban y enriquecían el conjunto. Su expresión era amable y les acogió con voz suave y cadenciosa.

—¡Ah, señor capitán! ¡Vejo que habéis atendido mi cuidado! Me interesa conocer el trabajo de estos jóvenes orfebres. ¿Qué portáis para enseñarme?

Micaela y Damián besaron la mano de Isabel y, ante el gesto de la Emperatriz, que les invitaba a mostrar sus creaciones, comenzaron a colocar sobre una mesa dispuesta para ello las pequeñas cajas que contenían las gemas especiales, las cuales iban acompañadas por dos o tres bocetos cada una. Luego, en unas bandejas de plata, con unos tapetes de fieltro rojo oscuro, depositaron las joyas, collares, zarcillos, ajorcas y anillos que habían elaborado para la ocasión.

Isabel miró con atención cada una de las joyas, y después de alabar el refinamiento y arte de las mismas, escogió varias piezas: unos zarcillos de esmalte y oro, un collar con figurillas de las Indias y un curioso colgante del que Micaela estaba muy orgullosa: era una rana de oro, que suspendida de una cadena de oro y rubíes, tenía dos bellos diamantes, uno triangular en el centro del cuerpo y otro redondo en la cabeza. A guisa de ojos, dos esmeraldas. Luego, mirando a Micaela, les dirigió unas palabras llenas de sentido y prudencia:

—Es mi deseo, que, acompañada por vuestro hermano, viajéis a nuestros reinos de las Dos Sicilias para obtener ese coral extraordinario que hallan en la mar de Sciacca, al oeste de la isla de Sicilia. Quiero, también, que os pongáis en contacto con los mejores artistas de Nápoles, para estudiar lo que se hace en aquellas tierras en la orfebrería, que según me dice el virrey, es bella e imaginativa. Iréis asimismo a Roma para estudiar el arte de lapidar y tallar las piedras, que ejercen con singular maestría unos orfebres toscanos, que aprendieron dicho arte de los joyeros de la India, y que deslumbran con su arte a toda Europa. Quiero, deseo, que en estos mis reinos, las artes florezcan, y, para ello, tenemos que conocer lo mejor de cada lugar de Europa.

»En la música ya tenemos la capilla flamenca del Emperador, y mi capilla cuenta con grandes músicos de nuestras tierras hispanas. Sé que vuestro abuelo, Francisco Vallesteros, realizó importantes joyas para la gran reina doña Isabel, por tanto tenéis la tradición y el conocimiento del buen hacer. Mejorar siempre es posible y, me dicen, tenéis esa capacidad, que unida a la curiosidad os hará buscar la excelencia. Os acompañarán en el viaje, ya que conocen bien esos reinos, los capitanes de Vidaurre y Zubieta, ambos de toda mi confianza. Una vez allí, os ayudarán a conocer a aquellos que necesitáis para el buen fin de mi encargo.

Micaela escuchaba llena de entusiasmo, pero enseguida percibió el problema: ¿qué pasaría con Inés? Damián y ella debían desposarse en septiembre. Como si hubiera adivinado su pensamiento, o tuviera preparada ya la demanda, Íñigo dijo a la Emperatriz:

—Señora, con la venia de Vuestra Alteza, quiero deciros que Damián contraerá matrimonio en solo unos meses.

—Sea —contestó Isabel—. Que la nueva esposa os acompañe en el viaje. Así

estaréis más feliz y trabajaréis con más interés. El capitán recibirá las cartas con las instrucciones: partiréis después de las fiestas de Navidad.

Boda de Inés y Damián

Juan y Teresa reaccionaron con orgullo y alegría ante el honor que significaba el encargo real, pero con preocupación y tristeza ante el anuncio de su partida. Estos mismos sentimientos ocupaban el espíritu de Micaela.

—¡Vengan con nosotros, madre!

Juan miró al instante a los ojos de Íñigo, y comprendió que podía confiar en él. Añadió, para tranquilizar los ánimos:

—Os dejaremos llegar y comenzar vuestro trabajo —dijo—. Cuando hayáis establecido vuestro taller y conseguido los fines más inmediatos, nos mandáis llamar...

Los meses transcurrieron raudos hasta la llegada del estío. Inés estaba exultante. No solo se iba a casar con el hombre de su vida, sino que, junto a él, navegaría hacia Nápoles, aquellos reinos de los que contaban excelencias sin fin los que volvían de las campañas de Italia.

Un tío suyo había combatido un par de años atrás con las tropas de Italia, junto al capitán Luis Pizano, oriundo de Pezuela de las Torres, cuando la soldadesca de mercenarios, enfurecidos por la falta de paga y alimentos, habían asolado la bella Roma en 1527. Nada había podido la elocuencia de los capitanes españoles, enamorados de ese país, y las arengas del capitán de las huestes, Filiberto de Orange, ante la furia de los lansquenets alemanes, muchos de ellos luteranos, que consideraban al Papa como el diablo en persona. El Emperador había recibido la noticia con gran disgusto, pero ahora, de momento, los tiempos eran un poco más tranquilos; no obstante la paz no estaba garantizada en el complicado tablero político de la península Itálica.

Íñigo ya les había hablado sobre la cambiante situación de estos reinos, las alianzas se hacían y deshacían entre los diferentes participantes: Venecia, el Papado y

el Milanesado, Saboya, Francia... Cada cual miraba por el interés de su reino, y el rompecabezas se desarmaba para volver a componerse de manera diversa.

Inés era despierta y comprendía que el real encargo aunaba un gran honor y grandes envidias que podían traer consigo riesgos ciertos, sobre todo en tierras desconocidas. Sin embargo, la juventud, con su caudal de energía y entusiasmo, doblegaba la prudencia propia del ingenio.

Y es hora de que hablemos de Damián: la personalidad tan convincente de su hermana a veces dejaba en segundo plano a Damián, que, seguro de sí mismo, no le disputaba el protagonismo. Damián era fuerza y alegría. Emanaba una firmeza serena y hacía que sus allegados dieran por descontado que él estaría siempre ahí, con ellos, sin dudarlo. Era como esos árboles recios que, echando las raíces en la tierra, extienden su sombra protectora sobre aquello que en su entorno vive. Alto y corpulento, con una leve sonrisa siempre dispuesta, más callado que parlanchín, más penetrante que percibido, gustaba de su trabajo, con curiosidad y una tenacidad paciente, que le hacía recomenzar su tarea mil veces, hasta alcanzar lo que él consideraba excelente. Enamorado de Inés, tomaba de ella la vitalidad vibrante y espontánea que tanto admiraba, así como la lealtad y entrega que demostraba a su familia y a sus amigos.

Inés, con su cabellera rojiza y sus chispeantes ojos color verdigris, parecía no esconder nada. Se movía con gracia y un cierto aire retador. Le gustaba el trabajo de Damián, le gustaba la familia de Damián, sobre todo Micaela, a la que le unía una delicada complicidad, y ante todo le gustaba Damián: su mirada sosegada, su planta gallarda, su lucidez, su bondad... En fin, se querían, compartían gustos, aficiones, se complementaban y sentían mutua admiración.

La madre de Inés había decidido visitar un convento de monjas amigas para completar el ajuar de su hija. Siendo que una de sus hermanas residía también en Calzada de Oropesa, allí se dirigieron para contarles la buena nueva.

—Es menester apresurarse —dijo Magdalena a su hija—. Ya queda poco tiempo para el 15 de septiembre.

Cuando llegaron, salieron todos entusiasmados a recibirles: su hermana, el marido de esta y los seis hijos con grandes efusiones, bienvenidas y abrazos. Al contarles en un respiro el motivo de la visita, hubo de nuevo grandes arrebatos y, en resumen, alegría por el reencuentro y las buenas nuevas. Al día siguiente, de acuerdo con el recado que habían mandado el día anterior, se presentaron en el convento madre e hija y preguntaron por la madre María de San Ignacio.

Al poco, apareció la religiosa en la pequeña sala donde les habían rogado que aguardaran unos instantes. La madre María de San Ignacio era una mujer alta y delgada, elegante, incluso en sus hábitos. Su rostro era fino y alargado, la boca escueta, la nariz ligeramente aguileña equilibraba sus facciones, y los ojos pequeños y oscuros derramaban inteligencia y bondad, acariciando con la mirada. La piel, muy blanca, se tornaba transparente en las muy delgadas y largas manos. Emanaba paz de

su espíritu sereno y afectuoso. Toda su faz se iluminó con una gran sonrisa cuando vio a las tres mujeres que tan bien conocía. Después de los saludos y expresiones de cariño, las invitó a pasar a la sala, donde tenían el taller de costura y bordado. Era esta sala amplia, con una bóveda de ladrillo y ventanas altas por las que entraban haces de luz. Las mesas donde se desarrollaba el trabajo eran espaciosas y numerosas, y estaban cubiertas por delicados tejidos: hilos de Flandes, algodones y cañamazo, este especial para el punto de cruz por el que los bordados de Talavera habían criado tanta fama. Una multitud de carretes de hilos de colores brillaban al sol: rojos, verdes, ocre, azules, blancos y algo de negro, para realizar manteles sorprendentes. El hilo de Holanda lo usaban para hacer sábanas, que competían en blancura con los intrincados encajes de bolillos que se desparramaban por las mesas y que, una vez bordados también en blanco, servirían, casi, para un ajuar real. Fina batista, tan fina que era casi traslúcida, se utilizaba para las prendas más íntimas: camisas, sayas y camisas de noche. Aquí los bordados se hacían más delicados y menudos, casi siempre en blanco, y algunas veces marfil, ribeteadas las prendas más delicadas por encajes y cintas acabados con inusitada perfección.

Madre María sonreía con satisfacción, al ver la admirativa expresión de sus amigas. Lo cierto es que, aunque ya conocían la labor que salía de ese convento, ver el taller en plena concentración de trabajo era un espectáculo digno de los pinceles de un buen pintor. La luz chisporroteaba entre las refulgentes telas blanco y marfil, los encajes y cintas ondulando sobre las mesas, las monjas en sus pulcros hábitos recorriendo las distintas mesas, para dar un consejo o incentivar una inspiración y, por último, las jóvenes que allí aprendían un oficio y que se ganaban su pan con su arte y su imaginación. Estaban todas con la cabeza inclinada sobre su labor, absortas, formando un río de cabellos rubios, morenos y alguno color de fuego, que, de repente, se movía como las aguas, al tiempo que comentaban, pedían una opinión y dejaban oír, ocasionalmente, una risa cantarina.

Encargaron prendas de interior, algún mantel con los clásicos dibujos de Talavera, sábanas de encaje, e Inés pensó con deleite que llevaría esos tesoros con ella en un gran baúl, atravesando el mar con Damián. Pasaron unos días felices con sus parientes y tornaron a Toledo.

Las semanas pasaron atareados todos en la preparación de la boda, durante un verano cálido, solo sosegado con el frescor del río al caer la noche. Por fin llegó el 15 de septiembre, y en la casa de Inés todo era alborozo y agitación.

La madre de Inés se afanaba de un lado a otro, ora inspeccionando las viandas que se iban a servir, ora el recoleto jardín, donde había de celebrarse el banquete. Los manteles de lino restallaban de blancura al sol de la mañana. Partiendo del centro de la mesa, donde habían colocado unos artísticos fruteros de estaño llenos de frutas frescas, se alineaban unos cuencos de flores de intenso perfume. Unas guirnaldas de

hiedra, símbolo de la fidelidad, adornaban los blancos manteles. Magdalena había echado la casa por la ventana para la boda de su única hija. Durante días prepararon un almuerzo, como era costumbre, de fruta fresca y frutos secos para empezar; luego, la sopa, esta vez de farro; y para terminar, unas succulentas tortas rellenas de carne y ave, aderezadas con otros ingredientes exquisitos como canela, jengibre, piñones y dátiles. También ofrecerían carcamusas, delicioso estofado de cerdo, chorizo y jamón. Para terminar, los típicos dulces: almojábanas —deliciosas empanadas rellenas de queso fresco—, carne de membrillo y otras golosinas. Todo esto lo elaboraba en la cocina de la casa un enjambre de laboriosas mujeres, que confeccionaban o ultimaban platos de complicada y larga elaboración.

Magdalena, una vez supervisado todo, se dirigió con otras mujeres de la familia a la estancia de su hija, para ayudar a Inés en el rito de vestirse. La novia estaba preciosa, el resplandor de su cara denotaba la felicidad que rezumaba su ser, y Magdalena sintió un gran contento, y al mismo tiempo, una dolorosa sensación de pérdida.

—¡Inés, hija, qué lejos te vas! ¡Que seas nuestra única hija y hayas de ir a aquellos reinos! ¡Con lo bien que se está en Toledo! Ciudad tan gallarda no la vas a encontrar ni en Nápoles, ni en Sicilia... Pero ¿qué digo? ¡Hija, tú eres feliz y eso tiene que ser lo más importante para mí!

Inés, echándose en sus brazos, cubre a su madre de besos y caricias, enternecida por ese amor sólido y fuerte que siempre ha recibido de sus padres.

—Madre —le dice—, es menester que siga a Damián. Tienen él y Mica un encargo real y, además, sabe madre que he sido muy afortunada al encontrar a un hombre como él. Yo creo que Dios le ha puesto en mi camino y no dejo de dar gracias por ello. Por lo demás, las naves que llevan al virreinato de Nápoles son cada vez más seguras, y los marineros vascongados de sus tripulaciones actúan cada vez con más pericia.

En ese momento, Magdalena simula entendimiento, pero en su fuero interno recuerda las historias de ávidos piratas que se contaban por toda la Península. Con un gesto de su mano, intenta apartar los sombríos pensamientos, y dice en voz alta:

—¡Ea, vistamos a la novia, que la iglesia está preparada y de aquí a poco habremos de encaminarnos a ella!

Pocos pasos separaban la casa de los Periañez de su iglesia parroquial. Subieron por la calle de la Vida Pobre, caminaron alegres y emocionados, la hija dando el brazo al padre, hasta que llegaron a la portada de San Andrés. La torre, alta y esbelta, se elevaba hacia el cielo, y la puerta del arco mudéjar se le antojó a Inés la puerta que se abría a su propia felicidad. En ese instante, un murmullo de contento se alzó entre los invitados. La novia parecía tener un halo de luz en torno a sí. El claro fulgor del tejido enmarcaba su piel tan pálida.

Ya en el interior, Inés quedó deslumbrada por la misteriosa y mágica luz que producían un sinfín de velas que titilaban en la oscuridad del templo. Las flores

blancas que adornaban los jarrones del altar armonizaban con unas bolas de tomillo, que, en macetas de barro, perfumaban la iglesia. Un velo sutil cubría su cabeza y, cuando lo levantó delante del altar, su pelo recogido a ambos lados de su cara, aureolado por una corona de flores, brillaba nimbado por un rayo de luz que entraba por las altas ventanas; sus ojos, de costumbre tan vivos, estaban henchidos de serenidad y dulzura. Damián la miró y musitó:

—Desposarme contigo es lo mejor que me ha podido suceder.

Cuando volvieron a la casa les recibió la música de laúdes y vihuelas, con una composición de un joven músico, que se llamaba Cabezón y que, recientemente, había sido elegido organista y músico de tecla para la capilla de la Emperatriz. Los padres de Diego, con María, habían asistido a la ceremonia religiosa y después de desear felicidad a los nuevos esposos, se retiraron a su casa. Micaela se acercó a Inés, y con un efusivo abrazo le dijo:

—Inés, sabes lo que quiero a Damián, pero deseo que sepas lo mucho que te quiero a ti. Eres ya más una hermana que una cuñada.

—Sé que compartes mi felicidad, y al mismo tiempo intuyo que en un día como hoy tienes que recordar a Diego y rememorar lo que perdiste y todo aquello que no pudo ser —le contestó Inés, emocionada—. Has de saber que yo viviré tu felicidad y sentiré tu tristeza en esta vida que iniciamos juntas. Pero sé también que volverás a enamorarte, y la vida te dará otras oportunidades.

Nada más decir esto, Damián se acercó, falsamente asustado.

—¡Pobre de mí! ¡Qué poder, las dos unidas!

Vinieron otros parientes y amigos a felicitarles: Tarsicio, Íñigo, Daniel, Refugio, Elena y Felipe Martínez del Olmo... Además de estos amigos y la familia, acudieron al convite artistas toledanos como Juan de Borgoña, cuya mujer era prima de Magdalena; Francisco de Villalpando, autor de extraordinarias rejas, y Alonso de Covarrubias, maestro de obras de la catedral, los tres relacionados, de alguna manera, con la familia Periañez.

Finalmente, se sentaron a la mesa. Teresa miraba de reojo a su hija, intentando anticiparse o, si posible, remediar la nostalgia de Micaela. La boda fue hermosa y alegre. En un momento en que Micaela estaba sola, se llegó Íñigo y le dijo:

—Micaela, ¿qué tal montas a caballo? ¿Puedes dominar una cabalgadura? Tendríamos que empezar a organizar el viaje, y debo saber cuál es la mejor manera para ponernos en camino hacia Valencia, y de ahí a Nápoles.

—No tengo mucha experiencia —contestó Mica—, pero quedan varios meses y puedo aprender.

—Creo que sí. Sería bueno que comenzáramos con algunos paseos por los alrededores de Toledo, y nos podrían acompañar algunos amigos. Resultaría más seguro y ameno.

—Muy bien, Íñigo, pero estas semanas querría estar acompañando a mis padres, que ya empiezan a contar los meses que faltan para nuestra partida.

—Sea entonces —dijo Íñigo—. A primeros de octubre. El clima es bueno y hay tiempo suficiente.

En ese momento se aproximaron unos amigos, e Íñigo se alejó de ellos. «Es curioso —pensó Micaela—. A veces es distante, pero sus ojos dicen lo contrario». Esta reflexión le trajo el vívido recuerdo de Diego. El tierno y apasionado amor juvenil que les había unido. Sintió una punzada de dolor al recordar su vital entusiasmo, su aire noble y franco, sus manos cálidas y firmes, sus labios, todas aquellas cualidades del cuerpo y el espíritu que le habían decidido a pasar el resto de su vida con él. Una mano cruel y helada le había arrebatado a ese hombre que además de los afectos colmaba su certidumbre. Y ni tan siquiera sabía quién había sido, ni por qué se perpetró ese crimen. «Un trágico error», sentenciaron los alguaciles. Pero ahora ella se encontraba sola. Había intentado acallar su pesar con el intenso trabajo en los meses pasados, mas la memoria abría de nuevo heridas aún no cicatrizadas.

—Íñigo, extrema el cuidado y el ingenio. Esta gente no para en barras — conversaba Daniel de Zubieta con Íñigo.

—Lo sé, pero también tendremos ayuda. La Emperatriz así lo ha decidido.

—Sea, Íñigo, pero tendrán que ir preparados.

—A cada día su afán, Daniel. A cada día su afán.

Marcharon los dos amigos, codo con codo, y Micaela les vio partir con un hálito de ilusión en su ser.

Atardecía ya cuando Inés y Damián llegaron a la casa del Quejigal, el cigarral que los Periañez tenían en el campo, en los alrededores de Toledo. Les recibieron los labriegos y unas mozas que cuidaban de la casa, con grandes muestras de afecto y alborozo. Encendieron los candiles y les llevaron a sus aposentos, ya preparados, con algunas viandas y golosinas, frutas, y dos cántaros, uno de vino y otro de agua con miel. Cuando quedaron solos, se fundieron en un abrazo tan fuerte, tan lleno de pasión, que Inés se quedó sin aliento. Supo entonces que esa noche no dormiría mucho.

Los días pasaban tranquilos para Micaela. Trabajaba con su padre en el taller, acompañaba a su madre en sus menesteres y recados, y veía de vez en cuando a sus amigos, entre ellos a Daniel, Tarsicio, María Santibáñez y también a Íñigo. Un día de final de septiembre, caminaba hacia el taller. El día era gris y tristón, amenazaba lluvia, pero la calle hervía de vida: un azacán anunciaba su precioso líquido, un alarife reparaba una casa mientras cantaba sonos de amores y zagalas^[21], y unos niños corrían de un lado a otro, peleándose por una pelota. Al volver una esquina, se topó de bruces con Tarsicio. Iba arreglado, perfumado y pinturero. Viéndola, Tarsicio compuso, aún más, la figura.

—Micaela, ¡qué fortuna la mía!

—Me alegro yo también de verte —respondió ella, sin mucho entusiasmo.

Tarsicio la miraba intensamente, como él acostumbraba. A Micaela no le gustó mucho, pero no tuvo tiempo de reaccionar, y ya Tarsicio, cogiéndola por las manos repetía:

—¡Micaela, si tú quisieras...! Hace ya tiempo que Diego murió. Solo yo puedo colmarto de dicha y placer. ¡Déjame probarte que serías la única!

—Me honras mucho con tu propuesta, Tarsicio, pero todavía tengo en la mente el recuerdo de Diego. No es posible. No, no lo es.

—Entonces, ¿por qué si el recuerdo de Diego está tan presente distingues tanto al apuesto capitán? ¿Por qué no a mí?

Al decir esto alzó la voz y Micaela respondió, disgustada:

—No distingo a nadie, pero quiero decirte que soy libre de hablar y sonreír a quien bien yo entienda. Desearía que respetaras la ausencia de Diego y siguiéramos siendo buenos amigos.

Al oír esto, Tarsicio perdió la poca paciencia que tenía e intentó, con fuerza, empujar a Micaela dentro de un entornado zaguán, tratando de besarla.

En esto se abre del lateral una puerta y aparece una figura grande y musculosa, y Micaela propina, aprovechando la distracción que origina la aparición, un golpe, lo más fuerte que puede, en la boca del estómago de Tarsicio. Escapa corriendo, mientras Tarsicio le grita:

—¡Te arrepentirás, Micaela, te lo prometo! ¡¡Te arrepentirás!!

Inés y Damián retornaban ya de su apasionado retiro y Micaela les recibió con su afecto de siempre, pero Damián percibió que algo preocupaba o incomodaba a su hermana. Después del almuerzo, consigue quedarse a solas con ella y le pregunta:

—Mica, ¿qué sucede? Sé que hay algo que te turba... ¿Qué es?

Micaela le cuenta el episodio con Tarsicio, que no ha querido referir a sus padres ni a Íñigo.

—¡Ese malcriado, caprichoso! Cree que todas las mujeres de este mundo le deben veneración. He visto crecer su vanidad espoleada por todas esas mozas que se arrojan a sus brazos, sin la menor dignidad. ¡Iré a verle!

—No, Damián —dice ella—. Creo que es mejor dejarlo estar. Al taller iré siempre acompañada, y ahora que Inés y tú estáis aquí, será más difícil encontrarme sola, y sobre todo, faltan menos de seis meses para nuestra partida hacia Valencia y, luego, Nápoles. No quiero que digas nada a Íñigo. Percibo desde hace tiempo que no tiene simpatía alguna por Tarsicio, e Íñigo es hombre de carácter. Si hay una reacción por su parte, o por la tuya, Tarsicio contraatacará con violencia, habrá escándalo y comenzarán las murmuraciones, lo cual no conviene para la misión que nos han adjudicado y que, de aquí a poco, vamos a iniciar.

—Sea como tú quieras, Mica. Pero creo que te equivocas. Preferiría parar los pies a ese atolondrado brutal.

—No, Damián. Es mejor así.

Su hermano accede, aparentemente, pero resuelve hablar con el capitán.

Los dos hermanos, con Inés, Daniel e Íñigo, salían por la puerta de San Martín, en sus cabalgaduras, hacia el campo, aprovechando el buen tiempo aún reinante. Quería Íñigo que sus compañeros de viaje se familiarizaran con los animales, para ir preparándose para el largo viaje que les esperaba, de Toledo a Valencia. Damián no era práctico en armas, pero tanto Íñigo como Daniel habían insistido en que se entrenara en su manejo. «Cuestión de seguridad», decían. Él había aceptado y todos se quedaron perplejos cuando Micaela, como si fuera la cosa más habitual, dijo que también ella lo haría.

—Mica... ¿Tú? No es posible. Puede ser peligroso —dijeron al unísono.

—Al contrario. Si aprendo los rudimentos de esgrima, o cómo se maneja un arcabuz, puedo en alguna ocasión ganar tiempo y defenderme hasta que reciba ayuda. Sobre todo, si tomo la iniciativa y aprovecho el factor sorpresa.

Una vez más, Íñigo admiró la perspicacia y el valor de esa mujer. Comprendía que ella había intuido, con razón, los peligros que, en ruta y en país desconocido, podían sobrevenir.

—Sea —intervino Íñigo—. Creo que Micaela tiene buen juicio. Mal no le puede hacer; incluso es posible que sea útil.

Inés se quedó estupefacta ante la reacción de su cuñada.

—Cuanto más te conozco —le dijo— más me gustas.

Pasaron las fértiles y rojas tierras salpicadas de encinas, que punteaban con su verde oscuridad el oro maduro de los campos de trigo, segados tiempo ha. Íñigo les indicó que debían comenzar el galope, y en cuanto llegaron a la llanura, así lo hicieron con entusiasmo. Micaela confiaba en el animal que corría a toda brida, gozoso en la libertad de las campiñas anchurosas. Se llamaba Zancón y lucía una larga crin rizada, muy negra, y un cuerpo fuerte y unas patas sólidas, de ahí su nombre. Al cabo de unas horas de campo, galope y proyecto de viaje, volvieron antes del anochecer a Toledo.

Transcurrieron los días, ocupados en prepararse para el futuro próximo que se les avecinaba. El otoño se presentaba tibio y apacible, lo cual permitía los largos paseos y cabalgadas. Si algún día amanecía lluvioso, Micaela acudía gozosa a practicar esgrima, que a ella se le antojaba airosa como una danza. Como todo lo que emprendía, se había tomado muy en serio ser una buena amazona, aprender a defenderse y, así, ir más confiada en su nueva empresa.

Un día, ya avanzado noviembre, Mica estaba trabajando en el taller cuando llegó Inés.

—Mica, te afanas en demasía. Bien está que seas responsable y cuides de tu labor, pero entre el taller, el caballo y la esgrima, no haces otra cosa. ¿Por qué no vienes conmigo a ver unos tejidos, y pensamos en hacernos unos vestidos? Un poco de galanteo no nos vendrá mal.

—Bien, Inés. Lo acepto. Déjame acabar este dibujo que tengo entre manos y voy contigo.

Cuando salieron ya había oscurecido y comenzó a llover con furia. Se echaron la capucha sobre la cabeza para resguardarse, al tiempo que caminaban presurosas calle arriba. Pero la fuerza del agua, que caía ya a borbotones y mojaba el suelo haciéndolo resbaladizo, y la visión mermada por la capucha, les impidió ver y oír una carreta que avanzaba a toda velocidad, al final de la calle. Cuando la vieron ya era tarde y solo les dio tiempo a intentar guarecerse en el umbral de un zaguán. Los caballos pasaron como una exhalación, rozando sus vestidos e inundándoles de agua y, en el momento en que la carga pasaba delante de ellas, un enorme tonel se desprendió de sus cinchas. En una fracción de segundo, la puerta se abrió, las dos se arrojaron a la salvación del portal y el tonel fue a estrellarse contra el vano, donde hacía solo unos instantes estaban las dos resguardadas. Siendo más grande el tonel que el dintel, rebotó con feroz estruendo y fue dando tumbos, calle abajo, ensordeciéndola con sus golpes, partiéndose en mil pedazos y derramando el líquido que contenía.

El hombre que tan oportunamente había abierto el portal, se acercó a las dos mujeres que, trémulas, se tranquilizaban la una a la otra, de no haber sufrido ningún mal. Al incorporarse, pues instintivamente se habían protegido detrás del ancho portón, comprobaron ambas que estaban sanas y salvas.

En el instante en que Micaela miró hacia la calle, creyó ver, fugazmente, a *lady* Dormuth en una ventana de la casa de enfrente. La lluvia que continuaba espesa no le permitía ver con claridad, y la segunda vez que volvió a vislumbrar el mismo lugar, ya no vio nada. Todo había sido tan rápido que Mica se preguntó al instante si realmente lo habría visto. Nada quiso decir a Inés, y acompañadas por el buen hombre, que curiosamente se llamaba Salvador, se fueron hacia su casa.

Una vez allí, relatando su aventura a sus padres y a Damián, este se mostró preocupado y absorto, y tras aconsejar que tomaran algo caliente y se retiraran a descansar, dijo que debía ausentarse un momento, pues era menester que recogiera algo de suma urgencia en el taller. Mica estaba pendiente en la sala de abajo. Al ver salir a su hermano, le cogió de un brazo y, llevándolo con gesto de silencio a otra estancia más apartada, cerró la puerta y le dijo:

—Hay algo que no he contado, ni tan siquiera a Inés, porque ha sido tan rápido que no sé si sucedió o si lo que creí ver era ficción de mi mente. En una ventana de la casa de enfrente me pareció reconocer entre la cortina y el agua una sombra: *lady* Dormuth. No se por qué, sentí un escalofrío.

Damián se queda aún más pensativo:

—Vete a tu cámara. Y descansa. Has hecho bien en no decir nada a Inés. Ya

hablaremos. Me voy.

Y salió, perdiéndose en la fría noche de noviembre. Al llegar a la esquina de la calle, dos embozados se le acercan. Damián echa la mano a la daga, pero no es necesario: la luz del candil ilumina los rostros de los dos caballeros. Son Daniel e Íñigo.

Llegó la Navidad y las dos familias celebraron la Nochebuena. Teresa sentía una punzada en el corazón cada vez que pensaba en el tiempo fugaz y que, en breve, sus dos hijos partirían a tierras italianas. Era la noche del nacimiento del Niño, y, a pesar del frío, quisieron todos ir a misa del gallo. La oscuridad estaba vencida por cientos de candiles, que municipio y vecinos de la villa habían prendido en honor a Jesús nacido. Era una noche especial que requería una iglesia principal, y fueron por tanto a la catedral. La torre alumbrada por antorchas se elevaba hacia la oscuridad, como en una plegaria.

Entraron por la puerta gótica de la fachada principal y, a pesar de haber estado repetidas veces en ese templo, se quedaron admirados ante el espectáculo que se ofrecía a sus ojos. El retablo gótico flamígero que representaba la vida de Jesús rutilaba a la luz de las candelas en el oro de sus formas, y los brillantes colores refulgían como gemas. Todavía era temprano y aprovecharon para ir a admirar el trasaltar, con escenas del Nuevo Testamento. Los feligreses comenzaban a llegar, y fueron a ocupar sus sitios.

Al día siguiente se reunieron para celebrar la Navidad en casa de los Vallesteros, con la familia Periañez. Ambas familias gozaban de la misma dicha y, en breve, sufrirían la misma nostalgia. A veces, la amenaza de una pérdida, aunque sea temporal, genera una intensidad de sentimientos tal, que hace de una fecha, ya de por sí memorable, imposible de olvidar. Es lo que sucedía en esa Navidad de sentido agridulce. El contento por estar juntos era real; el futuro, con toda su incertidumbre, también.

Mica compadecía a su madre, a la que veía fuerte y de la que nunca oyó ningún reproche, pero los mundos que se abrían ante ella, con toda su palpitante intensidad, adormecían sus reparos. Por la tarde, un grupo de amigos llegó a felicitar las Pascuas a las dos familias, y muchos comentaron sobre los preparativos del viaje. Faltaron solo Tarsicio —Mica y Damián sabían muy bien por qué— y Refugio. No le dieron a esto último mucha importancia, ya que, al comentarlo las dos cuñadas, pensaron que andaría metida en alguno de sus enredos. En efecto, sabedora del violento encuentro entre Mica y Tarsicio, había comenzado un ataque en toda regla para rendir la fortaleza de Tarsicio a su persona, haciendo lucir los muchos doblones de los que sería heredera un día. Denigrar a Micaela se había convertido en su pasatiempo favorito, encontrando un terreno propicio en la vanidad herida de Tarsicio y sus padres, ante el rechazo de la bella diamantista.

Esta, por su parte, a medida que avanzaba la estación y llegaba la primavera, época escogida para el inicio del viaje, sentía crecer en ella la aprensión, hasta congoja llegó a ser, de dejar a sus padres.

Teresa no dejaba de repetir la dicha que sentirían al volverse a ver, y que ella, su hija, pudiera enseñarle aquellas tierras, tan alabadas por varias generaciones de Vallesteros. Fue decidido, casi en el último momento, que se uniría a la expedición la hermana de Íñigo, Pilar, ya que ambos tenían unos parientes en la embajada en Roma, que habían convidado a los hermanos de Vidaurre a visitarlos. Le gustaba a Pilar la pintura, y experimentaba siempre con nuevos colores, nuevas técnicas, y tenía, sobre todo, una curiosidad inagotable y enorme ansia de aprender.

Faltaba poco para el día de la partida, cuando una tarde se presentó Pilar, en casa de los Vallesteros, inusualmente agitada. Traía con ella un grabado que representaba el Juicio Final, de Luca Signorelli, pintado en una de las capillas de la catedral de Orvieto. Admiraron juntas las figuras que componían esta extraordinaria representación, y así las encontró Teresa, con las cabezas unidas, absortas en la contemplación del emocionante juicio.

Teresa decidió que, ante la angustia que sentía cada vez que le asaltaba el pensamiento de la marcha de sus hijos, debía disfrutar del momento, aprovechar todas y cada una de las ocasiones felices que se presentaran. Pero cuando se sentía inmersa ya en esa felicidad, la realidad de la partida se le aparecía en toda su veracidad y el corazón tocaba a rebato dentro de sí. Se hacía la fuerte delante de su familia, pero la angustia de ver a sus hijos marchar le hacía perder la respiración. «¡Qué absurdo! —se decía—. ¡No se demorarán en Italia, y si así fuera, nosotros iríamos a verles allí! ¡Qué orgullosa me sentiré al ver a mis hijos, con esa tarea tan importante en sus manos!».

Su cabeza hacía mil reflexiones en ese sentido, pero su corazón se encogía ante lo que el futuro, inexorable, presentaba en su actual vida. Luego, los preparativos ocuparon muchas jornadas: vestidos, botas y capotes, sombreros y chales, vituallas para el camino; y también recomendaciones para un mundo que ella misma desconocía, hasta que llegó el día del viaje.

Era el mes de abril, y la brisa comenzaba a ser suave y perfumada, el sol calentaba ya las mañanas de primavera, y los jóvenes estaban inquietos por la nueva vida que iban a comenzar. La despedida fue dura para Juan y Teresa, pero también para Micaela. Una vez que se hubieron abrazado, besado y deseado toda suerte de venturas y bonanzas, subieron los hombres a sus caballos, y Pilar, Mica e Inés al sencillo carruaje que los llevaría a través de la campiña, hasta Valencia.

Al dar Íñigo la orden de partida, Mica miró a su madre y vio en aquellos ojos azules una desesperación tan intensa, sin lágrimas, sin gritos, que ganas tuvo de bajarse y no dejarla nunca más. Las ruedas del coche labrando el camino martilleaban su sien y siguió mirando desolada hacia Teresa, hasta que un recodo de la calle ocultó su escueta figura.

El camino hacia el mar

Atravesaron una gran planicie, donde los campos de trigo lucían el verde ropaje de la mies aún por madurar. El viento hacía ondular sus flexibles tallos, asemejando estos a un océano de frescor y luz. Algunas amapolas mostraban orgullosas sus vibrantes cabecitas rojas, que armonizaban de manera fastuosa con el verde tierno de los trigos. Por fin Micaela salió de su mutismo y comentó en voz alta:

—Qué hermoso es el paisaje del camino... Cómo ha cambiado de los olivos grises y rotundos de los alrededores de Toledo. ¡Mira, Inés, esa bandada de pájaros! ¿Qué clase de aves son?

—Abubillas —aclara Íñigo, asomándose por la ventana—. Se las reconoce enseguida por su cresta de plumas ocre encima de la cabeza, y el vuelo alegre y decidido que las caracteriza.

Mica se fijó en él: era bien plantado y en su caballo Silencioso parecía uno de esos héroes, sea de Italia o sea de las Indias, que ya cantaban en romances populares los juglares, yendo de pueblo en pueblo, reuniendo en la plaza mayor una multitud entregada y embobada.

Al llegar la hora del almuerzo, escogieron un pacífico lugar a la vera de un riachuelo, bajo unos árboles que lucían sus hojas recién nacidas. La comitiva se puso de nuevo en marcha, para llegar a dormir de buena hora, a una acogedora posada que formaba parte del estudiado y cuidado itinerario.

Cuando avistaron las primeras luces ya era de noche, y Mica pudo observar cierta preocupación en el capitán de Vidaurre, al ver que se echaba la oscuridad y aún no habían llegado. Pero al poco, sin percances, entraban en el patio de la venta, donde el posadero les condujo a sus habitaciones. Mica y Pilar estaban en una estancia a la que flanqueaban las dos de Damián con Inés, y la de los dos capitanes. Cenaron con rapidez, y se fueron a descansar, ya que la jornada empezaba muy de mañana.

La hermosa ruta, el cielo claro y luminoso y la compañía de gente joven como ella, junto con la ilusión de las novedades, fueron poco a poco elevando el ánimo de

Mica, abatida por el adiós. Gradualmente, el paisaje se fue haciendo más abrupto, las montañas más elevadas y el río circulaba en pronunciados meandros, abrazando las bases de las empinadas rocas, que, cubiertas de vegetación casi hasta la cima, recordaban la magnificencia de la creación.

El camino se tornó más estrecho y tortuoso, y toda la atención debía centrarse en el buen discurrir de la caravana: el carruaje, la carreta, las caballerías y las mulas, con parte de la carga. Concentrados en esta tarea, no percibieron que algunas rocas de las paredes de la montaña parecían peligrosamente protuberantes. Del otro lado de la escueta calzada, el vacío. Era menester centrar la vigilancia en no resbalar, en poner todo el interés en el próximo paso que se iba a dar. Ya poco faltaba para coronar la cima y comenzar el descenso cuando una pesada roca cayó delante de una de las mulas, espantándola: enloquecida, empezó a dar coces y relinchos de pavor. El mozo que se hacía cargo de dicha mula intentó calmarla y dominarla, sin éxito. El animal, en uno de sus bruscos movimientos, resbaló y comenzó su caída al abismo. Tuvo el mozo justo tiempo de soltar las riendas por las que agarraba a la trastornada mula, antes de que esta le arrastrase al precipicio. Mientras tanto, las órdenes rápidas y serenas, tanto de Daniel como de Íñigo, habían conseguido que el resto de la expedición no sufriera más que algún arañazo y herida leve. Con los ojos bien abiertos y el ánimo atento, llegaron a la cumbre, y avistaron la vasta llanura que precedía su llegada a Valencia.

Esa noche descansarían de nuevo en una hospitalaria alquería del conde de Fuenfría, que, siendo muy amigo de los Vidaurre y de alguna manera socios en la construcción de los barcos, se había ofrecido a hospedarlos en su casa. Al alcanzar la casa al atardecer, la puesta de sol era magnífica; detrás de los grandes pinos del jardín, el astro teñía de rojos, cárdenos y azules el cielo; el aroma de la tierra roja, regada hacía poco, embalsamaba el ambiente, y después del susto pasado se encontraron seguros y protegidos en casa de don Lope, que les recibió con hospitalidad exquisita. Al preguntar sobre el viaje, le contaron la experiencia en las alturas del río y Micaela notó la mirada, velocísima, que cruzaron Íñigo y don Lope, y luego, de este a Daniel.

Descansaron allí un día entero, disfrutando de aquella placidez, del bello jardín que empezaba a brotar en ese cálido abril, y de la comida local, con sabrosos arroces que todos degustaron y alabaron. Después del almuerzo, se sentaron al sol, y conversaron agradablemente sobre la ruta del día siguiente y el pálpito de la visión del mar, que tanto ansiaba Zubieta. Al mencionarlo, Micaela despertó de su silencio, y con voz vibrante preguntó:

—¿El mar? No lo he visto nunca y no sé cómo es. He oído hablar de su inmensidad, de su quietud, de su color, de su transparencia, pero no logro imaginarlo diverso a las aguas del Tajo que discurren bajo mi casa. ¡No puedo esperar más! ¡Quisiera que fuera mañana!

Rieron todos ante la pasión marinera de Micaela, y tanto Íñigo como Daniel

comenzaron a contar historias de la mar, de su niñez en el País Vasco, el origen de su vocación náutica, la navegación en ese noble y bronco mar que avisa de sus tormentas y galernas, pero al que hay que escuchar. Relataron la dura vida de los balleneros vascongados, que iban sin temor mas con prudencia al mar del Norte, a rescatar sus riquezas y a medirse con la naturaleza.

Don Lope relató con orgullo la primera conquista del Mediterráneo por la Corona de Aragón, donde sus antepasados habían admirado las bellas tierras de Nápoles y Sicilia y donde, dijo, los vascongados fueron eficiente mayoría. Estos marineros habituados a sus duros mares eran muy eficaces en la flota mediterránea. Así, conversando sobre mares y hazañas, anocheció y de nuevo el cielo les regaló un espléndido ocaso. Se retiraron pronto a descansar y al día siguiente, última jornada antes de la ciudad levantina, se despertaron con el alba, dispuestos a continuar viaje. Don Lope les despidió con sumo afecto, y con la excusa de que debía resolver unos asuntos de su incumbencia les ofreció cuatro hombres de su confianza, bien armados y pertrechados y, sobre todo, buenos conocedores de caminos y vericuetos.

El día transcurrió placentero, la ruta se hizo amable, el aire comenzaba a ser más tibio y la humedad se dejaba sentir en la piel como suave rocío. Al atardecer, ya cerca de la última parada del viaje, tenían que cruzar un bosque, que, a pesar de no ser la hora muy tardía, estaba ya umbrío.

Con la cercanía del descanso en la mente, se adentraron en la espesura. No bien habían andado unos instantes cuando, de repente, con la furia de una tempestad, les atacaron unos hombres que parecían bandidos. Sin embargo, ni a Daniel ni a Íñigo era fácil pillarles desprevenidos. El choque fue violento, y los cuatro hombres de don Lope probaron ser gente esforzada y de gran pericia. Las dotes de mando y la experiencia de los dos capitanes pronto se impusieron, pero en el fragor de la batalla, uno de los bandidos se acercó de un salto al carruaje donde estaban las mujeres. Al verlo a lo lejos y comprender sus intenciones, Micaela reaccionó rápida como el viento y, cogiendo una espada en una mano y una pistola en la otra, ordenó con voz precisa a sus compañeras:

—¡Vamos! ¡Fuera del coche! ¡Seguidme! ¡Corramos al abrigo de nuestros hombres!

Cuando el rufián llegó al carruaje, ya estaban las tres cerca de los soldados, que las rodearon con un veloz movimiento, protegiéndolas. Micaela, avisada, se mantenía atenta a la acción del combate, mientras sujetaba la pistola con las dos manos, por si era necesario disparar. Inés, aturdida por el temor y la celeridad de los acontecimientos, conservaba en la mano la espada que le había pasado Micaela, pero sin reaccionar y miraba despavorida de un lado a otro. Las doncellas que iban en el carro gritaban aterradas, creando más confusión e impidiendo oír las órdenes con claridad. Los hombres del séquito que no eran de armas se pertrecharon con todo aquello que pudieron. Cuando tres de los atacantes cayeron heridos, los otros debieron de pensar que la presa no valía la pena y salieron huyendo. En ese instante,

la quietud y el silencio fueron totales.

Tenía que haber pasado mucho tiempo, porque la oscuridad era densa. Alguien pidió un candil, para poder así valorar los daños ocasionados por la lucha. Uno de los hombres de don Lope estaba herido; no parecía grave, pero sangraba abundantemente y hubo que taponar la herida, y vieron con tristeza que uno de los soldados del capitán de Vidaurre yacía tendido en el suelo, vivo pero inconsciente. Tendidos a su lado, se hallaban dos bandoleros muertos; uno tenía una estocada en el pecho y el otro una bala en la frente. Inés miró a Micaela desolada. Su vida, siempre tan apacible, se había tornado tempestuosa en los últimos dos años: había visto a Diego muerto, y ahora... esto. Íñigo se acercó a las dos.

—Ya se acabó. Se han ido. No volverán. Pero vámonos veloces. Es mejor llegar cuanto antes a casa de don Luis, que tiene mucha gente de armas y podremos allí descansar.

Recogieron todo a una velocidad portentosa, y en poco tiempo entraban por el portón del jardín de don Luis de Vargas, hermano de aquel don Francisco, gran conecedor de los asuntos de Italia y amigo del Tiziano. Salieron a recibirles con antorchas, y al decir Íñigo que traían dos hombres descalabrados, el propio don Luis que salía por la puerta mandó llamar al cirujano, para que, con premura, atendiera a los soldados.

—Capitán, ¿qué ha sucedido? ¿Dónde ha sido?

—Don Luis —responde Íñigo—, creo que sería mejor indicar a las damas y a su gente dónde pueden acomodarse, pues el susto ha sido considerable y los malhechores muchos. La valentía de nuestros hombres, y también de las damas, ha evitado que el resultado fuera aún más funesto, y creo que se merecen el reposo. Vos, Daniel y yo podemos conversar con calma en cuanto estemos instalados.

—Así es, capitán. Vamos allá. Sed bienvenidos. Aquí estaréis a salvo y podréis aguardar a que todo esté organizado en el puerto para vuestro viaje a Nápoles.

Inmediatamente Pilar, Inés y Micaela se marcharon. Don Luis y los dos capitanes se dirigieron a un lugar apartado, para que le narraran lo sucedido. La expresión de los tres era de notable preocupación.

Olvidando los sinsabores del día anterior, Mica aceptó alborozada la propuesta de conocer el mar y corrió a ponerse unas botas para poder ir a caballo. Cuando salió al patio, Íñigo ya la estaba esperando, y con él, unos hombres de don Luis, armados y en sus cabalgaduras. Extrañó a Mica que fueran tan numerosos, pero Íñigo, adivinando su pensamiento, le aclaró:

—Vamos al puerto. Daniel tiene ya que verificar que todo esté en orden, las naves preparadas, los bastimentos a bordo y, así, bueno es que vayamos todos juntos.

Miró a su alrededor y admiró esas tierras rojas que, sedientas, absorbían el agua que a borbotones llegaba de las acequias, según una inmemorial y respetada Ley de

aguas, regida por un Tribunal de Aguas. Mica, ya en su montura, percibió entonces un aroma intenso y único: eran las primeras flores de azahar, que perfumaban los alrededores de Valencia. Embriagada con esta sensación, cerró los ojos y aspiró con fuerza ese regalo de la naturaleza.

Al volver el recodo del camino, abrió los ojos y lo que vio la dejó atónita: una inmensidad azul, que brillaba con reflejos de plata y se extendía detrás de los huertos de naranjos y las casitas de la huerta valenciana. Quiso abarcar los confines, buscaba el término de aquella magnitud, y el único límite que encontraba era el horizonte. No conociendo el mar, no lo echaba de menos, pero ahora que lo había visto comprendía por qué Íñigo hablaba con tal entusiasmo de su noble Cantábrico, y del Mediterráneo dulce y tibio. El capitán la observaba y parecía disfrutar del efecto que en su amiga producía aquello que él amaba con pasión. Daniel se atusaba la barba, contemplando a sus dos amigos, y pronto les sacó de su ensimismamiento.

—Verás, Mica, cómo es Valencia. Verás sus iglesias, sus palacios y calles, y sus acogedoras gentes. Pero eso será otro día. Ahora nos dirigimos al puerto, donde están las naves que nos llevarán allende estas tierras, a tierras italianas, que si no me equivoco, te harán sentir emociones tan intensas como la que en este momento disfrutas.

Llegaron al puerto, en el cual la actividad era febril. La brisa del mar acarició el rostro de Micaela, todos sus sentidos se pusieron en máxima alerta: su piel sentía la templada humedad del mar; el olfato se deleitaba aspirando los mil aromas marinos que todavía ella no lograba individuar; la vista incrédula intentaba englobar al mismo tiempo las infinitas maravillas que se agolpaban en su radio de visión; el oído recibía, en desorganizada armonía, todo un concierto de voces de mando, órdenes de las madres a sus hijos, anuncios de los más variados artículos que los barcos necesitarían, canciones marineras y romances de ciego, que cantaban con peculiar cadencia aventuras de la mar. Todo ello se convirtió en una vorágine de sensaciones que le hicieron saborear el gusto de una vida que no conocía y que le hacía palpitar el corazón con intensidad.

Subieron a uno de los barcos.

—Es una zabra —explicó Daniel—. Armadas en los astilleros de Guipúzcoa y Vizcaya, comenzamos a experimentarlas en el Mediterráneo, por ser muy idóneas para la navegación en dichos mares.

No era muy grande, de vela cuadrada, y Daniel explicó riendo que la peculiar popa que lucía era llamada «culo de mona». Eran estas naves útiles para el reconocimiento y la exploración. El singular sonido de las velas con el viento se le antojó a Micaela música de la antigüedad, excelente música marinera, y se imaginó volando sobre el océano en una de esas naves.

Al día siguiente visitaron la ciudad de Valencia, que encontró hermosa y muy animada. La gente se expresaba con vivacidad, y en todas partes se formaban corrillos, donde se contaban las incidencias de la jornada. Pasaron por el mercado de

abastos, donde se toparon con el contraamaestre de la nave capitana, que con el guardián estaba ocupándose de reunir los pertrechos y bastimentos necesarios para el viaje. Llegaron a su punto de destino: la visita a la Casa del Calvario, donde se veneraba la imagen de la Xeperudeta, o sea, la Virgen de los Inocentes y los Desamparados.

Se alzaba en una plaza en la que la vida de la villa se desarrollaba entre las ocupaciones diarias y el fervor popular. Entraron en el templo, donde personas de la más variada condición —jóvenes robustos con expresión alegre y confiada, huertanos encallecidos de aspecto serio y reflexivo, doncellas lindas que intentaban parecer recatadas pero lucían la picardía en la niña de los ojos...— se entretenían con alborozo a la puerta del templo, para una vez dentro de él, recogerse en oración, encender multitud de velas y calmar sus anhelos cotidianos, implorando la ayuda de su madre, la Xeperudeta.

Micaela, junto a Inés y Pilar, que se había mantenido discreta a lo largo del viaje, fue a pedir por el buen discurrir de la travesía que iban a comenzar. Micaela comenzó a reflexionar sobre el cariz que había tomado su vida. Ante todo, había sido un gran sacrificio separarse de sus padres, sobre todo de Teresa. La despedida, viendo a su madre desde la ventanilla del carruaje, intentando ser fuerte, pero con sus ojos tan azules, agolpados de lágrimas.

¿Valdría la pena? ¿Hacia dónde se dirigía? ¿A qué lugar le llevarían sus pasos: a la infelicidad o a la dicha? ¿Cuándo volvería a ver a sus padres? ¿Conseguiría algún día que el recuerdo de la trágica muerte de Diego no la desgarrase por dentro?

Tantas preguntas se agolpaban en su mente, y de tal incertidumbre, que sintió que le faltaba el aire, que la angustia que la asaltaba le impedía respirar y, entonces, se puso en manos de Dios y pidió como se pide a una madre, a Nuestra Señora, que la amparase, que la ayudase a discernir el mejor camino y que las decisiones que sin duda habría de tomar en su nueva vida fueran las adecuadas. Una gran paz inundó su espíritu. Abrió los ojos y vio a su lado a sus dos amigas, en silencio y meditación. Sintió una presencia cerca de ella. Giró la vista despacio y vislumbró detrás de ella a Íñigo, que al cruzar su mirada le sonrió levemente.

«No estoy sola», se dijo.

LIBRO II (1530-1535)



NÁPOLES (mayo – noviembre de 1530)

*El viento que blando y próspero soplaba,
en pocas horas les encubrió la tierra,
y les descubrió las anchas y espaciosas llanuras
del gran padre de las aguas.*

MIGUEL DE CERVANTES,
El celoso extremeño

1

Rumbo al Virreinato

Zarparon de madrugada. El color del cielo, calidoscopio de azules y morados, con jirones de cárdenos y rojos, era en sí un grandioso espectáculo. Poco a poco, la inmensidad de las aguas fue rodeando las naves que componían la expedición. Surgían de los mares misteriosos reflejos que, provenientes del cielo, producían extrañas formas capaces de espolear la imaginación. Micaela observaba la actividad de la carabela donde ella viajaba y que era una de las naves que unían regularmente la metrópoli con los reinos itálicos. La hermosa vela cuadrada que sujetaba el palo macho o palo mayor, henchida por el viento, tenía tintes azulados.

Micaela aspiró con deleite la brisa húmeda y vivificante del mar. En esta carabela, la *Santa Lucía*, viajaban también Inés y Damián, y al mando de la misma estaba el capitán de Vidaurre. Daniel de Zubieta tenía el mando de la nave capitana *Virgen del Pilar*: un hermoso galeón con numerosas gentes de mar, que recibían órdenes escuetas y precisas del maestro. Este organizaba las maniobras con otro personaje importante: el piloto responsable del rumbo. Las otras naves eran una zabra, una segunda carabela con sendos bastimentos y, finalmente una pinaza, embarcación poco sólida pero muy ligera que llevaban hacia las Dos Sicilias para que efectuaran la navegación entre Nápoles y las islas.

Micaela observó a su alrededor: los cinco navíos se deslizaban sobre la quietud de las aguas de manera tan grácil que parecía que volaban; el fanal de proa que habían alumbrado al zarpar extendía un halo dorado encima del puente y, cuando todo parecía en calma, un resplandor intenso apareció fugazmente en el oscuro firmamento. Tanto Micaela como sus acompañantes quedaron durante unos segundos

sorprendidos e inquietos ante el desconocido fenómeno, pero al instante la marinería entonó una gozosa salve, como agradecimiento al feliz augurio con el que iniciaban su periplo. Era la primera vez que Micaela veía el fuego de San Telmo, y cuando hubo comprendido el entusiasmo con el que todas las naves elevaban su canto de gracias, dio ella a su vez gracias por poder estar allí y contemplar aquellas maravillas desconocidas para ella.

Íñigo estaba muy ocupado verificando la corrección de las maniobras, pero alcanzó a ver desde su puesto la gozosa expresión de esa mujer, a la que acompañaba en una excitante y clamorosa aventura.

En el *Virgen del Pilar*, también Daniel de Zubieta verificaba la buena andadura de la singladura. Pilar de Vidaurre, serena y tranquila como siempre, le miraba con más atención que la habitual en una simple pasajera.

Daniel era feliz en el mar, las gentes de su nave le seguían con una mezcla de respeto y complicidad que él conocía y fomentaba; le gustaba compartir con la marinería lo que para él era un privilegio: navegar, surcar la mar, conocer otras tierras, otras culturas. Su insaciable curiosidad le hacía intentar no solo conocer, sino también comprender otros puntos de vista, que él tomaba como referencia enriquecedora, raramente como fuente de antagonismo. Tenía características de las gentes de la mar vascongadas: era abierto y el mundo parecía no tener fronteras para él, buscando su acomodo en cualquier lugar que tuviera un mar que navegar. Su optimismo era contagioso, y conseguía que los hombres a sus órdenes, estuvieran convencidos de que toda tarea era posible, si la realizaban unidos y organizados... ¡Pero, ay de aquel que consiguiera sacarle de sus casillas! De repente, una tormenta horrisona se desencadenaba en aquel ser alegre y decidido, para calmarse tan rápido como la ira había surgido. Era noble y simpático, y sus hombres sabían de su generosidad en caso de tribulación.

«Es mucho hombre —pensó Pilar—. No sé si conseguiré que se fije en mí. Dice mi hermano que las italianas son hermosas e inquietantes. ¿Tendrá amores allí?». Era una de las horas más románticas del día, y la brisa acariciaba su piel; se dejó mecer por el movimiento del mar, y por sus pensamientos y deseos que su imaginación hacía ya reales, y se prometió a sí misma pasar a la acción. Pilar era callada y discreta, pero con un tesón inagotable para aquello que consideraba importante en su vida.

Y Daniel podía llegar a serlo.

La mañana siguiente amaneció radiante, y las aguas tenían un tono verdoso, en el que espejeaban los destellos dorados de un sol generoso. Los marineros se afanaban cada cual en su cometido con esa precisión certera de los hombres de la mar, que aman su tarea por encima de cualquier otra. Unos tiraban de los cabos para que las velas hincharan sus entrañas con vientos propicios; el piloto al timón solo tenía ojos para la inmensidad de la mar, y la nave era un ir de aquí para allá, en un feliz enjambre de laboriosos marinos.

Mica pasó el día en la incansable contemplación de esa nueva maravilla que se había incorporado a su vida, y, al caer la noche, los marineros de las cinco naves que se deslizaban lentamente por las tranquilas aguas de un profundo azul entonaron de nuevo una hermosa salve, que inundó de paz los corazones de toda la expedición. Quiso Micaela quedarse un momento más a admirar la insondable belleza de ese mar sereno y fascinante. Estaba absorta cuando la voz de Íñigo la sobresaltó:

—Micaela... ¿Estás contenta? ¿Estás segura de que has tomado la decisión acertada? ¿Echas de menos a tu familia?

Ella le miró como si no entendiera la razón de sus preguntas.

—¿Arrepentirme? Estoy viviendo una vida que ni tan siquiera imaginé. Mi mundo tan querido y entrañable no me permitía suponer la existencia de algo así. Estas naves, este mar anchuroso, estas gentes tan singulares, esos países diversos que voy a conocer... ¿Crees que podría arrepentirme? Quiero con toda mi alma a mis padres, me falta Marialonso, pero vendrán; vendrán cuando Damián, que tiene juicio cabal, crea que es el momento, y mientras tanto quiero daros las gracias por todos vuestros cuidados, tanto a lo largo del camino como por vuestra ayuda en Toledo, tanto en mi oficio como en mi pena. No lo olvidaré, Íñigo.

En ese momento apareció Damián y Micaela sintió una inesperada frustración, al romper la llegada de su hermano el clima de intimidad que se había creado entre ella y el capitán.

—No he podido evitar oír tus argumentos, Mica —apostilló Damián—. Pero ¿te das cuenta de que este viaje tan honroso para nosotros encierra también peligros y adversidades?, ¿situaciones que pueden tornarse hostiles antes de que puedas parar mientes en ellas? Estaremos en unas tierras hermosas, pero desconocidas... ¿Sigue valiendo la pena?

—Sí, Damián. Toledo es mi casa, pero el mundo es grande y variado. Yo quiero conocerlo. Además, ¡vamos tan bien protegidos! Dos grandes capitanes, marineros experimentados y naves sólidas... ¿Qué podemos temer?

Damián sonrió ante la reacción de su hermana, que tan bien definía su carácter. Se fueron todos a descansar y Micaela soñó con tierras de gentes alegres y confiadas, donde la guerra no tenía lugar y los príncipes se preocupaban del bienestar de sus súbditos.

La mañana se presentaba brumosa, con una calima suave que desdibujaba los contornos y amortiguaba los sonidos. Los marineros iban ojo avizor, atentos a los sonidos de la mar y a la ruta que debían seguir, pues la primera de las islas, Ibiza, la bella isla de Tanit, debía de estar muy próxima.

Una ola de inquietud recorre la carabela; Micaela, Inés y Damián perciben que algo está sucediendo, o va a suceder. Los marineros en alerta oyen un sonido bronco, mitigado por la niebla y la distancia, y al instante un fugaz resplandor, seguido de

otro más intenso. Clarea la niebla un poco al ser traspasada por un rayo de sol. No hay duda, está teniendo lugar un combate naval. Íñigo, rauda, ordena acostar la nave a la nave capitana, y hacer seguir la consigna al resto de la expedición. Una vez juntos, conversan los dos capitanes. Daniel manda a Pilar pasar a la nave de su hermano, ya que la joven había sido invitada a la nave capitana.

—La *Santa Lucía* seguirá ruta con las dos naves menores, la zabra y la pinaza, y así, escapando, lograremos no comprometer en demasía la expedición —decide Daniel—. Yo me acercaré para ver si alguien de los nuestros necesita ayuda, como buenos cristianos y sana gente de mar.

Todo ha ido muy deprisa; antes de que Micaela pueda reaccionar, ya están inmersos en la espesa niebla que les cubrirá la retirada, rumbo norte, donde han quedado con Daniel, al abrigo del puerto de Mallorca. La desolación se lee en los rostros de todos ellos, al pensar en la fortuna o infortunio que aguarda a sus compañeros.

Han avanzado poco y ya casi cae la noche. Entonan la salve, como todos los días, pero esta vez cantan con el ánimo abatido y una plegaria en sus voces. Al cabo de un tiempo que a todos parece eterno, una pequeña luz se abre en la oscuridad; la ansiedad y el temor les hace redoblar el cuidado. Lentamente se disipan las dudas, son el galeón *Virgen del Pilar* y la carabela *La Marigalante*, sanas y salvas.

Tras los saludos de alegría y alivio, Daniel se une a sus amigos y ante algunas viandas, inicia a contarles los tristes sucesos. La marinería de un lado y otro se cuentan las incidencias de esa angustiada jornada. Daniel comienza su relato con voz apagada por la tristeza:

—Cuando hubisteis marchado, comenzamos con prudencia a acercarnos al lugar de donde provenían los cañonazos y el fuego; la niebla no nos dejaba ver la distancia ni comprender lo que sucedía. A medida que nos acercábamos, el fragor de la batalla disminuía. La niebla, otrora espesa, se hacía más sutil; cuando avistamos las naves, ya estábamos casi a su lado. El espectáculo nos heló la sangre. En aquel bellissimo mar, que comenzaba a clarear, yacían flotando sin vida buenos marinos de nuestras tierras, los barcos destrozados, los lamentos de los supervivientes traspasaban el corazón más duro, y con celeridad nos aprestamos a socorrer a todo aquel que hubiera conservado la vida. La desolación reinaba por doquier, pero pudimos rescatar a algunos hombres malheridos, que nos relataron la espantosa batalla.

»Su expedición, una magnífica expedición de galeras hispanas, al pasar junto a Espalmador, frente a Ibiza, había sido atacada por Cachidiablo, el cruel pirata que, al mando de una flotilla de corsarios argelinos y moriscos valencianos, arrasaba las fuerzas hispanas, hundiendo las naves y llevándose consigo el rico botín que habían ambicionado, y personas principales que formaban la tripulación, por las que luego exigirán un cuantioso rescate. Entre ellos, el hijo del afamado capitán Rodrigo de Portuondo y a don Pedro Andrés de Roda, ambos combatientes esforzados de nuestra seguridad.

»Ha sido un gran desastre, y una victoria inmerecida para la Berbería, que desde Orán y del reino de Tremecén, con su malvado rey Muley Mohamed *el Maçote*, más Djerba y Argel, han formado una verdadera frontera de guerra, causando graves peligros para la navegación en esa zona del Mediterráneo. Habremos de dejar a los heridos en el puerto de Mallorca, para que reciban los cuidados que precisan. Nosotros cambiaremos el rumbo, ligeramente a norte, para tratar de evitar los ataques, cautiverios y naufragios, con que estos malditos piratas asolan nuestros mares.

Fuéronse todos a descansar, desolados con las noticias, y pensando en la suerte de los cautivos y el terrible futuro que les aguardaba. Pilar de Vidaurre compartía el camarote con Micaela, y le dijo que solo descansaría al ver la tierra firme de Mallorca. Esa noche, en el camarote al lado del suyo, el del capitán, Micaela oyó hablar casi hasta el amanecer a Íñigo. Creyó ella reconocer en el contertulio la voz de su hermano.

Mientras Micaela navegaba en busca de Nápoles y de su destino, en un pequeño pueblo cercano a Toledo, por fin Refugio había conseguido sus fines y celebraba su boda con Tarsicio. La magnífica posición de los padres de Refugio, hija única, había vencido las reticencias del hombre apasionado por la belleza. Los abuelos de la joven, ricos molineros y terratenientes por acaso, origen del bienestar familiar, ofrecían el banquete al terminar la ceremonia en una pequeña ermita, en el campo en una casa de su propiedad.

La madre de Tarsicio no podía ocultar su decepción: los labios apretados, la mirada fija, nada en esa mujer, habitualmente expansiva, denotaba la menor alegría. Su marido, entre tanto, no muy preocupado por la felicidad de su hijo, contaba mentalmente las tierras y doblones que, algún día, pasarían a su hijo. La escasa afición de Tarsicio al trabajo, su predilección por la buena vida y la pasmosa velocidad con la que gastaba su patrimonio, le preocupaban y le hacían mirar esta boda como una solución para el futuro de su hijo. Tarsicio se dejaba felicitar, con un aire ausente y desinteresado, como si todo aquello fuera un trámite que debía acabar lo antes posible.

Una vez terminada la fiesta, se fueron Refugio y Tarsicio a sus aposentos, y ella, nerviosa, no sabía muy bien cómo animar a su poco efusivo marido. Se arrojó a sus brazos y él, frío, le espetó:

—Mujer, arréglate primero y luego nos encontraremos en la cámara. ¡Ya! ¡Ve!

Presurosa, se acicaló y vistió una de las costosas y bordadas camisas de noche que su madre había preparado. Al llegar delante de su ya marido, él, casi sin mirarla, la tomó con una furia brutal, y en el momento cumbre, de su boca escapó un nombre como un lamento: «¡Micaela!», el nombre de la única mujer que no había logrado seducir. Refugio sintió un dolor sordo y profundo, que abría de nuevo la antigua

herida producida por la envidia, y abría una nueva, lacerante, de vanidad.

Confuso y melancólico, Tarsicio se levantó y en el aposento contiguo se vistió y salió por la puerta con su chambergo en la mano. Montó en su caballo, para correr hacia la bella morena, que le envolvía entre sus poderosos muslos sin hacer una sola pregunta y sin esperar respuestas.

La bahía de Nápoles

La excitación impedía a Micaela conciliar el sueño. Sabía que ese amanecer podían llegar a Nápoles y no quería perderse el paso entre las islas que encontrarían antes de la famosa bahía. Pasarían primero cercanos a la legendaria isla de Ponza, hermosa escultura surgida del mar, con sus blancos acantilados, su mar bañado por la luna, que el emperador Tiberio había escogido como uno de sus placenteros refugios. Decidió levantarse y, vistiéndose rápidamente, con cuidado de no despertar a Pilar, subió como una exhalación las cuatro escaleras que la llevarían al castillo de proa.

Allí encontró a Íñigo, ya pendiente de todo lo que acontecía en la nave. El fanal aún estaba encendido, pero jirones de luz y de color iluminaban ya el cielo. Poco a poco, el sol comenzó a dorar el mar, que refulgía dándoles la bienvenida a las cálidas tierras italianas. La emoción de Micaela fue en aumento cuando Íñigo le indicó en la lontananza la isla de Ponza, y más tarde la bella Ischia, ya muy próxima a Nápoles. En esta isla de Ischia, el castillo reconstruido en 1441 por Alfonso de Aragón se alzaba imponente mostrando su poder defensivo. El sol brillaba en todo su esplendor y Micaela, ya reunida con Pilar, Inés y Damián, pudo contemplar el deslumbrante espectáculo que se abría ante sus ojos. Atónita, y con el asombro cubriendo su rostro, vio aproximarse lentamente, al ritmo de las olas y el temblor de las velas, un paisaje tan extraordinario que creyó ser un sueño: una amplia y armoniosa bahía, abrazada por un mar de intenso azul, servía de pedestal a una ciudad llena de edificios, aún difíciles de distinguir, pero que componían una vibrante paleta de colores, punteados por altos campanarios de las numerosas iglesias, y todo ello coronado por una majestuosa montaña, que Íñigo aclaró que era un volcán, el Vesubio, el punto más alto de la región de Campania.

—Íñigo, siempre eres tan preciso en todos esos datos tan interesantes sobre los lugares y su historia... —elogió Micaela, y lo dijo con tal convencimiento que el capitán se echó a reír, pero su contento era evidente.

A medida que se acercaban, la magia de esa visión no disminuía, bien al

contrario, los perfiles se hacían más concretos, los colores más brillantes, el azul del mar más intenso, el oro del sol más luminoso.

Ante el entusiasmo de Micaela, Íñigo aconsejó:

—Espera a conocer Roma, Palermo y otras ciudades itálicas. Es difícil decidir cuál es la más hermosa y completa.

La expresión de Damián no era tan entusiasta, y tenía la mano de Inés asida con fuerza. Cuando llegaron al puerto, Micaela percibió esa falta de fervor en su hermano, pero estaba tan interesada por todo lo que veía que pensó que ya hablaría con él más tarde. No quería que nada ni nadie le estropeará ese momento. Se sorprendió a sí misma, deseando en su fuero interno disfrutarlo a solas con el capitán de la nave, con Íñigo.

Desembarcaron en el puerto repleto de vida, animado por el ir y venir de tantas gentes, que bien ayudaban en las labores de amarre, o bien, simplemente, les deseaban la bienvenida con ruidosa alegría. El Castel dell'Ovo, robusta fortaleza que vigilaba y protegía la ciudad, iniciaba el malecón del puerto. A recibirles vino allí un emisario del virrey, quien, dijo, «les extendía su bienvenida», y ofreció a Daniel de Zubieta un guardaespaldas, con aire de matón irredento, alto y fuerte, de pronunciada nariz y la color cenicienta, con ancho chambergo y capa ondulante, al que apodaban el Ángel Custodio y quien afirmó «ser hombre de chapa», o sea, hombre honrado. Rieron todos la ocurrencia y se encaminaron hacia Castel Nuovo, residencia del virrey Filiberto de Chalons.

Las calles eran un hormiguero de gentes que iban y venían, unos vendiendo, otros comprando, los aguadores anunciando su fresco líquido, los niños jugando, y en cuanto este pueblo acogedor y amistoso reparaba en la comitiva de extranjeros venidos de allende los mares, paraba su actividad para dar aclamaciones de bienvenida. Alguien más enterado les advirtió que eran españoles, y ahí se armó la marimorena: «Ah! *Che belli! Ah! Spagnoli!!*», repetidos estos gritos con los de bienvenida creaba un murmullo que iba *in crescendo* y resultaba a los oídos de los recién llegados una música agradable y un tanto efusiva. Los toledanos, acostumbrados a la sobriedad castellana, no daban crédito, pero al mismo tiempo se sentían muy felices.

Llegaron a la magnífica fortaleza de Chalons. Levantada en 1279, fue más tarde engalanada con una singular puerta de entrada de estilo renacimiento, que conmemoraba la llegada de Alfonso de Aragón a Nápoles en el siglo xv. Tras admirar este espléndido ejemplo de arquitectura, penetraron en el amplio patio, donde les recibió el capitán Quintana, hombre conocido por su valor y su rectitud, que a veces podía rayar en la testarudez. Era cetrino y compacto, musculoso y fuerte y les recibió con cordialidad contenida. Les anunció que el virrey les recibiría tan pronto como pudiera, pero que en ese momento tenía muchos asuntos que atender. Micaela, que había hecho su impresión en el austero Quintana, se atrevió a intervenir:

—¿Podríamos antes de nada ir a la capilla? Quisiera, creo que todos queremos,

dar gracias por llegar sanos y salvos. Los peligros no han faltado, y la Divina Providencia nos ha favorecido con largueza.

Así diciendo, se encaminaron hacia la capilla palatina, de claro estilo angiovinico, construida en el tiempo de la edificación del castillo. Luminosa y amplia, la luz entraba por las altas ventanas, dejando la zona de oración en una semipenumbra que inclinaba al recogimiento y la meditación. En una de las paredes, unos restos de frescos del Giotto hablaban de la magnificencia de la capilla.

Luego les acompañaron a sus estancias que ocupaban el ala de poniente, y que eran armoniosas, muy bien distribuidas y mejor amuebladas. Allí les esperaban dos mujeres ataviadas a la usanza del lugar, con alegres faldas de paño rojo, ajustados corpiños negros y blancas camisas de hilo. Eran morenas y se expresaban en un lenguaje rápido y cantarín, que parecía un trinar de pájaros. Se asomó Micaela a la ventana y se quedó prendada de los hermosos jardines que rodeaban el castillo: grandes cipreses marcaban la entrada y unos pinos parecidos a los de Castilla, pero de copas más redondas y alargadas, marcaban los distintos lugares del jardín que se dividía en zonas diversas, tratadas como si fueran estancias, cada una con su finalidad y su propio carácter.

—¡Mira, Inés!, ¡mira esa parte del jardín con una fuente de mármol en el centro!, ¡vayamos a verla!

Dejaron a las napolitanas colocando las pertenencias que habían traído en baúles de alcanfor, y bajaron por una escalera lateral que conducía al vergel, acompañadas por un paje que el virrey había puesto a su servicio. Los artistas en Italia eran muy respetados y por tanto el recibimiento otorgado, no solo a los dos capitanes sino a los orfebres y sus acompañantes, era generoso y cálido.

Recorrieron Inés y Micaela el jardín, admirando la composición del mismo; una zona estaba cubierta de rosas, que tenían ya todas sus hojas, y los capullos pugnando por abrirse al buen sol de Nápoles. En otro lugar, un estanque rectangular, de aguas límpidas, era surcado por diversas aves de cadencia ora elegante, ora lúdica, que salpicaban gotas que chisporroteaban a la luz. Entraron en una parte del jardín con altos setos que formaban un laberinto al que no quisieron entrar, de momento. Luego, en una explanada bañada por el sol, recorrieron la *limonaia*, el lugar donde guardaban los limones en unas macetas de barro cocido, adornadas con guirnaldas de flores. Estaban cubiertos de flor blanca, pero no tenían el intenso aroma del azahar valenciano.

Por fin llegaron a la pequeña rotonda, donde Micaela había visto la hermosa fuente. Era, en efecto, extraordinaria. El claro mármol estaba tallado con sumo esmero y representaba escenas mitológicas; en el centro, un surtidor derramaba el agua en acuáticas melodías. Un camino de dorada gravilla rodeaba la fuente; cuatro bancos, también de mármol y con los pies de grifos alados, ofrecían descanso, y un denso seto de mirtos olorosos regalaba intimidad y reparo de las miradas ajenas.

—Si no es el paraíso, es muy semejante —dijo Inés.

En ese momento se unió a ellas Pilar, y se sentaron las tres a disfrutar de aquel jardín, del afectuoso recibimiento, y a olvidar así los percances del viaje. Micaela, en su fuero interno, temía que los problemas y angustias pudieran tornar. Sacudió la cabeza cómo queriendo ahuyentar estos tristes presagios, y vio, con placer, cómo la amistad entre Inés y Pilar se iba afianzando. La impresión de retraimiento que esta última producía daba paso con el trato a una personalidad curiosa, siempre alerta, y una disposición amable y cariñosa. Eran tres amigas, que compartían gustos y aficiones.

Se encontraban charlando animadamente cuando Inés reparó en una figura masculina en una de las ventanas. Era un hombre rubio, de barba rojiza, con aspecto imponente y vestido de manera elegante. Miraba a las tres con complacencia, y al cruzarse su mirada con la de Inés, saludó con una cortés inclinación. Ella, con un leve gesto, avisó a sus amigas y las tres saludaron con gentileza al desconocido.

Subieron a encontrarse con Damián, y a ellos se unieron Íñigo y Daniel, para compartir unas viandas preparadas para ellos. El Ángel Custodio seguía al capitán de Zubieta como una fiel sombra, pero Daniel, queriendo más intimidad, le pidió que se retirara. Lo hizo con una gran reverencia, que de tan extrema resultaba un tanto cómica. Paladearon unos quesos blancos y frescos, que parecían de la región, tomates rojos y sabrosos, un pan recién horneado que despedía un aroma tierno y casero, y un vino generoso de perfume frutal.

En eso estaban cuando un paje rubio pidió tímidamente venia para entrar. El virrey, dijo, les recibiría en audiencia al día siguiente. «Con las señoras», matizó. Sería al mediodía y le resultaría grato, a continuación, reunirse con los dos capitanes para que le contaran las incidencias del viaje. Dada la opulencia y refinamiento de Italia, las tres decidieron que habían de dilucidar con tiento, para que su presentación resultara esmerada. Micaela pensó usar el vestido color marfil que llevaba el día del Corpus. No había vuelto a ponérselo desde entonces, pero el collar de corales de estos mares, que tan bien iba con el vestido, le parecía lo más apropiado. Inés escogió entre sus cosas uno verde, verde muy claro, verde almendra, suave, pero que al mismo tiempo realzaba su impetuoso cabello color de fuego, iluminado más aún por unos pendientes de filigrana de oro, esmaltes y perlas, que había sido el regalo de Micaela el día de su boda con Damián. ¿Qué escogería la sobria vasca?

Acudieron las dos a su cámara, curiosas. Pilar acariciaba entre sus manos un vestido de seda azul del mar. Ayudaron las dos a su amiga a ponérselo. Tenía un corpiño ajustado, y unas faldillas sobre la amplia falda, ribeteado todo por una cinta marfil. El pelo tan rubio contrastaba con el intenso azul.

Mientras ellas se ocupaban de esos agradables menesteres, los dos capitanes comentaban la contrariedad de no ver al virrey hasta el día siguiente, ya que esta demora solo podía significar problemas importantes en los asuntos de Italia.

Audiencia del virrey

El día amaneció soleado y espléndido, como era habitual en esas tierras en el mes de mayo. Se vistieron y arreglaron las tres ayudadas por las solícitas y lisonjeras doncellas, que gorgojeaban de placer al ver a sus señoras tan cumplidas de encantos. El amor a la belleza era y es un rasgo característico del pueblo italiano, que valora y protege todo aquello que es hermoso, dada su efímera condición. Disfrutaban las dos napolitanas con los elegantes vestidos, con las artísticas joyas y con cómo realzaban la belleza de sus jóvenes señoras.

Se presentó en primer lugar Damián, discreto como era su costumbre, y los dos capitanes después, vestidos con esmero: jubón de terciopelo, cruzado por una ancha banda de seda roja, los rojos gregüescos acuchillados en oro, y unas botas de fina piel que completaban sus atuendos. Eran los dos gallardos y de fina estampa. Daniel, con su sonrisa burlona y su aire confiado, miraba a Íñigo, que parecía hipnotizado por la presencia femenina. O mejor dicho, por una presencia femenina. Íñigo había reconocido el vestido marfil que Micaela llevaba el día que se conocieron. «¿Es una casualidad? ¿O podría ser ese el motivo de la elección de Mica?», se preguntaba.

A una indicación de Daniel, se encaminaron a la sala de audiencia, pero un paje vino a recibirlos, diciendo que siendo tan hermoso el día, el virrey había decidido encontrarles en el jardín, y luego pasaría con los dos capitanes a su cámara del despacho. Formaron el cortejo para salir al exterior. Precedidos por el capitán Quintana, que les esperaba en el umbral, encabezaba la marcha el capitán de Zubieta, como jefe de la expedición naval, seguían las tres mujeres y detrás, como protegiéndolas y cerrando el cortejo, Íñigo y Damián. Al salir al exterior, por unos instantes les cegó un poco el sol y no alcanzaron a ver con exactitud el grupo que les acogía, pero sí oyeron un discreto murmullo de aprobación. Avanzaron lentamente, y Micaela pudo reconocer al elegante caballero de la ventana del día anterior. Se trataba del virrey Filiberto de Chalons. Los numerosos invitados vestían con profusión de ricas telas, plumas y joyas, y eso que en otro lugar hubiera sido juzgado en demasía,

allí resultaba un prodigio de estética. Llegaron a la altura del virrey, y saludaron con una reverencia cortesana. Daniel se acercó, y tras cumplimentar al señor de Chalons, comenzó a presentar a la comitiva. Acto seguido el virrey les dio la bienvenida diciendo galante:

—Si yo hubiera de escoger como lo hizo Paris, sería para mí ardua tarea, no podría elegir una entre estas tres diosas. Señoras, no puedo otorgar la manzana a una de las damas. ¡Sed pues bienvenidas a esta Corte de Nápoles! ¡Felices los caballeros que os acompañan!

Al acercarse Pilar, Daniel percibió que Filiberto de Chalons la retenía, hablándole confidencialmente, más tiempo de lo debido... Y se sorprendió a sí mismo al advertir que esa actitud del virrey le producía un intenso disgusto.

Tras una conversación cortés y distendida, Chalons invitó a los dos capitanes a reunirse con él para contarle las nuevas. Se retiraron no sin antes volverse Filiberto, una vez más, a mirar a Pilar, que confusa bajó la mirada.

Entre las damas, un valeroso soldado y mejor poeta causaba sensación. Su fama había precedido su llegada a Nápoles: era Garcilaso de la Vega, que combatía en Italia.

Entre tanto el virrey, acompañado por su lugarteniente Juan de Urbina y por Alarcón, escuchaba el relato de la terrible destrucción de las galeras españolas frente a Espalmador. Daniel comenzó explicando las razones por las que habían elegido las naves que formaban la expedición:

—Además de la nave capitana, armamos dos carabelas arboladas, con experimentados hombres de guerra, entre ellos lombarderos muy duchos en estas lides, con lombardas en cubierta y entrepuentes y falconetes en los castillos de proa y popa. Traemos también una zabra, que es una nueva nave, armada en Vizcaya, y que al ser muy ligera y rápida puede resultar muy útil en los combates que habremos de librar, si Dios no lo remedia, en el Mediterráneo.

—Así es, señor capitán —sentenció apesadumbrado el virrey—. Creo que don Alonso de Chaves está escribiendo un tratado sobre táctica de combate naval, que dada su experiencia y conocimiento de la materia puede ser de gran utilidad para la reforma y mejora que necesita nuestra Marina. Me dicen que tendrá por nombre *Espejo de navegantes*. Vivimos tiempos difíciles, y el relato que habéis hecho es capítulo frecuente en estos días. Los piratas berberiscos, con el terrible Cachidiablo al frente o el temible Barbarroja, envalentonados con el creciente poder otomano, asolan nuestros mares. A ellos se han unido moriscos valencianos que conocen bien nuestras costas, y reciben todos ellos refugio y apoyo, tanto del Maçote, Muley Mohamed, rey de Tremecén, como de los turcos, que como os decía son cada vez más osados.

»La trágica muerte del rey Luis de Hungría en la batalla de Mohács de 1526 dio muchas esperanzas a las fuerzas otomanas que organizan los ataques por el norte en

Europa, y por el sur, en las costas mediterráneas. Capturan cristianas para el harén del sultán, donde tienen que convivir con muchas otras mujeres que comparten su triste destino. Es un problema grave que los celos enfermizos que el rey de Francia almacena contra nuestro emperador, que Dios guarde, puedan llevar a Francisco a aliarse con el Turco, con tal de destruir a Carlos V.

Ante el gesto de indignación de los dos capitanes, Filiberto apostilló:

—Sí, sí, puede llegar a eso. Tengo noticias ciertas de la existencia de ojos y orejas infiltrados en todas partes, sirviendo los intereses otomanos. En vuestra misión, capitán de Vidaurre, habéis de pensar que la noticia secreta es aquella que confiáis a una sola persona, y que en el interior de los palacios debéis aseguraros de vuestra total privacidad, y en los jardines, que las confidencias sean hechas lejos de oídos entrenados a ser muy finos.

—Señor, ¿cuáles son entonces las posibilidades reales de encontrar apoyos para nuestra misión?

—Desconfiad de todos, hasta de las personas de mi entorno. Podéis permanecer aquí todo el tiempo que deseéis. Desafortunadamente, los asuntos italianos, en constante efervescencia gracias a las intervenciones de Francisco I, me obligan a dirigirme, en breve, hacia el norte a combatir con mis tropas. Seguid con el plan establecido. Los orfebres necesitarán un cierto tiempo para estudiar el arte que aquí se produce. En ese periodo, siempre que salgáis del entorno del castillo, tendréis que llevar protección. A nadie extrañará, pues aquí actúa una secta peligrosa que llaman Camorra, que perpetra ataques casi siempre dirigidos a obtener botín. Pero puede haber otros peligros más arteros, y de esos os habéis de proteger.

—¿Cuánto tiempo permaneceréis como virrey? —quiso saber Íñigo.

—Comprendo vuestro interés, capitán, y sabéis de mi devoción al Emperador y a la Emperatriz, que en estos momentos lleva las riendas de la gobernación, pero esto que preguntáis no puedo asegurarlo. Es oportuno que, como ya está indicado, vayáis a Roma, donde una visita a vuestro pariente Domingo de Arístegui, en la embajada, será la cosa más natural, y os permitirá conocer a aquellos que os pueden ayudar. Al mismo tiempo dará oportunidad a la bella diamantista y a su hermano de estudiar aquello para lo que han sido enviados. Servíos, señor capitán, de todo aquello que necesitéis. Tened los ojos abiertos y los oídos a la escucha.

—Señor —intervino Daniel—, además de la zabra que experimentamos ahora, creo que también es necesario armar otras naves, como las carabelas, que son ligeras y muy marineras, pero que necesitan más hombres de armas, falconetes, culebrinas y aumentar el número de portañolas de los cañones.

—Muy bien, Zubieta. Estimo que puede ser valioso para la navegación en estas aguas. Como os decía, estos mares se han vuelto peligrosos con los actos de piratería, y necesitamos naves rápidas para atacar o retirarse, y sólidas para combatir sin tregua, aun en las condiciones más adversas de la mar. Vivimos tiempos de tribulación y debemos reflexionar y trabajar para ayudar a nuestro emperador.

Tras agradecer su disposición al virrey, se despidieron los dos amigos, confirmando su decidida resolución de trabajar con responsabilidad por Castilla y sus reinos.

Íñigo sorprendió a todos proponiendo una visita al Vesubio, no tanto a su hermana Pilar, que le había acompañado en alguna caminata por las altas montañas de su tierra vascongada. Pasada la primera extrañeza, todos pensaron que era una idea inesperada pero interesante. El capitán les recomendó vestirse con ropas ligeras pero cómodas y que cubrieran los brazos, que utilizaran un buen sombrero y sobre todo calzado confortable, pues tendrían que andar mucho.

Cuando llegaron al pie del Vesubio, hubieron de dejar las cabalgaduras y, recomendando a los que allí quedaban atención y cuidado, comenzaron a subir la falda de la montaña. Al inicio, el suave aire y la vegetación abundante de la primera zona hicieron placentera la escalada. A medida que pasaba el tiempo, arreciaba el calor y ya comenzaban a aparecer restos de lava seca y negra, que discurrían en hilillos por la árida tierra. Avanzaron un poco más, y entonces empezaron a ver pequeñas, pequeñísimas grietas, de donde salían estrechas nubes de vapor del volcán. Concentrados en la subida, no habían reparado en la altura considerable en la que se encontraban y, al tomarse un descanso, se volvieron a admirar la vista. El espectáculo era portentoso; tan magnífico como el de la llegada, pero del lado opuesto. El mar se extendía manso y dócil a los pies de la gran montaña. El verde de jardines y parques rodeaba los imponentes Castel dell'Ovo, Castel Nuovo, Sant'Elmo con su planta de estrella de seis puntas, y los muchos palacios que conformaban la ciudad, donde los campanarios de las iglesias elevaban sus agujas al cielo.

—¡Mirad! —dijo Íñigo al tiempo que indicaba con el brazo extendido—. Aquel campanario que sobresale en el barrio español: es nuestra iglesia, la iglesia de los españoles. Iremos a visitarla cuando vayamos al barrio de los orfebres. Y allí está el imponente duomo, la catedral. El virrey nos ha aconsejado conocer bien Nápoles, para que comprendáis mejor el arte de esta gente y de dónde proviene su genio artístico. Todo aquí es arte.

Subieron, escalaron un poco más, pero el calor iba en aumento, y los vapores del volcán hacían la ascensión cada vez más difícil. Volvieron entonces a descender poco a poco, hasta una cota donde les esperaban los servidores, y donde habían montado unos toldos blancos con esteras en el suelo, y una mesa con un refrigerio y abundante agua fresca. Como bien había expresado Mica a la llegada, esa tierra parecía tenerlo todo. Cosa rara, fue Daniel quien rebajó el entusiasmo:

—Sí, es una tierra hermosa y sus gentes son amables, pero no debéis olvidar que no todo el que os parece cortés lo hace desinteresadamente. Es un pueblo de gente viva y rápida. El engaño lo realizan con un arte desprovisto de rudeza y con una gran habilidad. Existe otro asunto más serio que es la Camorra, una especie de hermandad

cuya ley es el silencio; nadie acusa a nadie, nadie delata, nadie ve nunca nada y perpetran ataques veloces y certeros, casi siempre con fines de riqueza. Creo que en la política no se mezclan, pero eso no impide, por el contrario, que las rutas sean peligrosas.

—Capitán —intervino Pilar en ese momento—, yo querría ir a Roma para estar en casa de mis primos, en la embajada, ¿puede ser tan peligroso el camino?

—Dentro de unos días he de ir a Roma —respondió Daniel—. Partiré con un destacamento. Podrías venir con nosotros, y así tu viaje sería más seguro. Con las fuerzas gubernamentales no suelen atreverse.

Unos días más tarde, los orfebres toledanos recibieron la visita de cortesía de dos de sus colegas, afamados artistas de Nápoles. La etiqueta así lo requería, habían sido llamados por orden del virrey, para que fueran a saludar a los joyeros recién llegados de Toledo. La fama de los aceros, los mejores de Europa, y el prestigio de su damasquinado habían llevado el nombre de esta ciudad a los confines de los reinos.

En los últimos días de mayo, una mañana triste y plomiza con el calor más agobiante, llegó el primero de ellos. Se llamaba Ziattino Felice y hacía honor a su nombre: era orondo y sonrosado, la expresión optimista en la faz, una cabeza achatada y poco pelo, que intentaba compensar con un bigotillo escaso. Vestía con cuidado, impecable la camisa que asomaba por el cuello del jubón, buenas telas y el todo con un corte impecable, capaz de mejorar su figura, que no era excelente. Damián y Micaela le esperaban en una sala que tenían a su disposición, anexa a sus estancias.

Ziattino saludó con una profunda reverencia y comenzó a decirles en un rapidísimo italiano, mezclado con algunas palabras de confuso español, el honor que para él significaba laborar con artistas de tan gran prestigio y valor. Los sobrios castellanos agradecieron sus muestras de aprecio tan efusivamente como fueron capaces, y quisieron ya fijar una fecha para visitar su taller y estudiar su técnica y materiales. Se fijó para la semana entrante.

El segundo acudió dos días más tarde, en una soleada mañana de junio. Era alto y de fuerte complexión. La color oscura, de violáceos reflejos, unos ojos que parecían carbones, oscuros y penetrantes, con grandes ojeras que los hacían más sobrecogedores, la nariz considerable y aguileña, que daba un aire de tétrica nobleza a todo el rostro. El pelo umbroso y ensortijado aparecía debajo del sombrero, que se quitó en un cortés saludo. Se llamaba Domenico Ruffo y, al instante, después de breves finezas, preguntó a Micaela qué le interesaba más del arte orfebre en Italia y cuándo deseaba conocer su taller.

Agradeciendo sus amabilidades, concertaron la visita para la próxima semana. Los dos hermanos estaban impacientes por conocer cosas nuevas, que pudieran aportar enriquecedores elementos a la orfebrería castellana.

El arte de vivir

Las calles estrechas y llenas de gente hacían el trabajo harto difícil para los «ángeles guardianes», que luchaban por mantener la comitiva unida dirigidos por el ángel custodio de Daniel, que se había autoerigido en jefe de todos ellos. Iban siempre los españoles acompañados por estos guardas, además de los soldados que les acompañaban cada vez que se producía una salida por motivo del imperial encargo. La gente, bulliciosa y alegre, se arremolinaba al verlos pasar, haciendo toda clase de comentarios: «*Guarda come sonno eleganti! Ah! Gli uomini! Belli!*».

Las atrevidas bellezas morenas lanzaban miradas incendiarias a los dos capitanes. Mientras que Íñigo parecía un poco incómodo, era evidente que Daniel disfrutaba con la situación. Se encaminaron al taller de Domenico Ruffo, que estaba en la parte más alta de la ciudad. Hubieron de subir una empinada cuesta, que con el calor ya reinante hizo que Micaela comenzara a usar su gran abanico de varillas de cedro, en busca del frescor perfumado por la madera.

En ese momento se abrió una puerta y en el umbral apareció la figura masiva de Domenico. Sin el sombrero y a contraluz, su abundante pelo oscuro y rizado le confería una aureola de antiguo patricio del Mediterráneo. Sus blancos dientes aparecían en una amplia sonrisa de bienvenida.

—Bienvenida, Micaela —dijo dirigiéndose a la joven—, pareces una diosa de estas tierras.

Molestó a Íñigo la familiaridad con que el orfebre saludó a su colega en el arte y, cuando se saludaron Domenico y el capitán, este marcó con una fría inclinación su descontento.

Pasaron a un taller iluminado por una gran ventana, donde jóvenes orfebres se esmeraban con toda suerte de piedras pero, sobre todo, las mesas donde tenían perlas y corales eran las más provistas. Las paredes estaban pintadas en un intenso color ocre, el mismo del exterior de la casa, y todo exudaba un aire de vitalidad y contento.

Observaron los distintos diseños y los preciosos materiales, pero lo que más llamó

la atención de Micaela y Damián fue un joven lapidador, un *taglia pietra*, que utilizaba un sistema desconocido para los toledanos. Explicó Domenico, al ver el interés de Micaela, que el joven artista había trabajado con el famoso orfebre Sebastiano Fieramosca, que a su vez había aprendido en un taller de Florencia. Micaela preguntó con suma atención dónde podía encontrar a Fieramosca en Roma, a lo que el tallador contestó con unas explicaciones generales que Íñigo se encargó de concretar.

La diamantista, con su predilección por perlas y corales, se acercó a admirarlos y prontamente Domenico se aproximó para, meloso, enseñarle «todo cuanto deseara o fuera menester». Daniel miraba divertido la escena, sabiendo que el improvisado galán tenía pocas posibilidades. El enfado de Íñigo era ya evidente, pues había adoptado una actitud tiesa y distante, muy característica en él cuando algo no le gustaba.

Mientras tanto, Damián preguntaba y, con ayuda de su ángel custodio, intentaba comprender y apuntaba todo lo que de nuevo o diverso advertía en estos orfebres, fuese sobre la talla de las piedras, el pulido con ágatas o polvo de corindón o el arte para engarzar las gemas.

Apareció una bella mujer, muy recatada y tímida, que anunció a Domenico que todo estaba preparado. El napolitano la presentó como su mujer. Acto seguido, les invitó a pasar a la terraza, desde donde se contemplaba, dijo, una amplia vista de Nápoles. Cruzaron una hermosa sala, pintada en un decidido color rojo de la tierra, muy cuidada y arreglada con esmero. Unas ánforas, tres o cuatro, encima de unos pedestales y juntas todas en un ángulo de la estancia, le daban un claro aspecto clásico. Los muebles, de madera no muy oscura, estaban bien tallados, y cojines de claras telas los hacían más confortables. Pocos cuadros, pero con descriptivas escenas del país, contribuían a ese ambiente cálido y cuidado. Tenía solo una pequeña ventana lateral y, por tanto, no era muy clara.

Cuando Domenico abrió la puerta e hizo pasar a Micaela, ella se quedó deslumbrada, deslumbrada por la luz que inundaba sus ojos y deslumbrada por el panorama que desde allí contemplaba. Era una terraza cuadrada, ancha, de grandes dimensiones, con una bella balaustrada. Surgían de ella unas finas varillas que sustentaban un blanco toldillo; se movía este graciosamente con la brisa. Muebles de paja o mimbre por doquier, con almohadones, como en la estancia anterior, reflejaban que los propietarios desarrollaban gran parte de su vida en este lugar de la casa. En los ángulos, enormes macetas de naranjos que derramaban un profundo aroma a azahar, y a su alrededor multitud de macetas con flores y otras con plantas aromáticas —romero, espliego y albahaca, que ellos llamaban *basílico*— contribuían a que todos los sentidos se sintieran embriagados por esa pizca de paraíso. La brisa, al estar la casa en alto, refrescaba el ambiente.

Pero lo que dejó sin habla a Micaela fue lo que desde allí se divisaba: en primer término, la ciudad vieja con el barrio español a un lado y la magnífica iglesia de los

españoles. Luego se vislumbraban algunas casas con huertos o jardines, que con sus árboles y cipreses daban otra dimensión y color, esos matices de verdes que armonizaban con los ocres y rojos de las casas. Más adelante, las iglesias con sus esbeltos campanarios y los imponentes castillos, la fastuosa colina de Posílipo y, al final, el mar azul, rico de espejos de oro, abrazando la ciudad en una perfecta armonía. En eso se acercó Domenico, y tomando la mano de Micaela, le dijo entreverando italiano y español:

—¡Ah, las hermosas mujeres de Toledo! ¡Tienen bien ganada fama de prestancia y vivo ingenio!

A las claras se veía que su mujer estaba acostumbrada a las improvisadas ocurrencias de su donjuán doméstico. Íñigo, sin poder contenerse murmuró:

—Y bien se ve que vos tenéis malas entrañas.

Daniel reía y Ruffo, bien porque no lo oyera, o porque decidiera hacer oídos sordos, invitó a todos a consumir unas viandas que estaban preparadas con sumo cuidado, en una mesa, a un lado de la terraza.

Por la tarde, Damián se quedó a terminar apuntes y preguntas, y Micaela decidió volver al castillo, acompañada por Íñigo y algunos de los hombres, que luego tornarían para recoger a Damián. Íñigo seguía molesto pero, al mismo tiempo, comprendía que Micaela no había dado pie a las insinuaciones del osado Ruffo, que obviamente estaba más que acostumbrado a galanteos con bellas mujeres delante de la propia.

La visita a Ziattino Felice se desarrolló de manera totalmente diversa. Cuando llegaron a su casa, tanto Ziattino como su mujer les esperaban en la puerta. Ambos prorrumpieron en exclamaciones de júbilo: «*Tanto onore! Siamo onoratissimi!*», y de inmediato les invitaron a pasar y les ofrecieron agua de almendras para refrescarse y unos dulces que elaboraba con mimo la mujer de Ziattino. Se hallaban en una estancia clara y bien tenida, con varios balcones y unas leves cortinas que tamizaban la fuerte luz de la calle.

Luego pasaron al taller donde trabajaban todos, en un ambiente de tranquilidad notable ya que el jefe, Ziattino, trataba a los ayudantes con familiaridad cariñosa, creando una atmósfera laboriosa y serena. De nuevo preguntaron y estudiaron todo lo que de diverso observaron.

Más tarde, los Vallesteros y los dos capitanes disfrutaron de una comida cuidada y reposada en una estancia preparada para ello donde, una vez más, la amabilidad de los Felice hizo muy agradable la visita. Al despedirse, prometieron volver y, entonces, Ziattino les ofreció su taller para que allí se instalaran y pudiesen trabajar durante su permanencia en Nápoles. Su mujer les invitó a que volvieran otro día a almorzar con ellos, y que esta vez vinieran también Inés y Pilar: «*Tutta la famiglia!*».

Ansiaba Íñigo enseñar a sus amigos la ciudad de Nápoles, sus palacios, sus

barrios de artesanos y el llamado barrio de los españoles, donde abundaban amplias casas solariegas y, por supuesto, se hallaba la iglesia de los españoles. Comenzaron por esta última, dando gracias a Dios por tantas aventuras finalizadas con felicidad. Los mármoles del suelo, trabajados según formas y colores, componían escudos de Castilla y León, e intrincadas volutas que rodeaban las distintas escenas. En la pared, placas de bellos mármoles cobijaban a aquellos españoles que habían deseado permanecer en esa iglesia más allá de la vida, o que ya habían formado estirpe en esos reinos. La luz, que se filtraba suave por las ventanas, formaba caprichosos halos de claridad y sombras a medida que el sol brillaba con determinación o una nube oscurecía el cielo. Cuando salieron de la iglesia, Íñigo les llevó a un palacio que estaba muy cerca, el Cuomo, propiedad de un rico comerciante cuyo hijo, Ángelo, era amigo de Daniel.

Les recibieron con sumo afecto, cosa habitual en ese pueblo acogedor, y les mostraron el palacio. La sobriedad castellana de los Vallesteros, con Inés incluida, quedó fascinada ante el refinamiento y la riqueza de palacio Cuomo^[22]. Íñigo y Daniel, acostumbrados a las bellezas itálicas, disfrutaban de la sorpresa y contento de sus amigos. Una de las estancias llamó particularmente la atención de los visitantes. Era una sala de grandes proporciones, rectangular, de techos muy altos, con un artesonado de casetones de madera entre las anchas vigas, talladas con escudos y florones. Las paredes estaban pintadas en un luminoso color oro viejo y en la parte superior, debajo del artesonado, recorría todo lo largo de la estancia un fresco de metro y medio de altura, representando una batalla que no tenía fin. En las paredes, unos cuadros más amables con escenas religiosas o serenos paisajes. Los muebles tallados a la perfección tenían mullidos cojines de color carmesí, que los hacían incitantes y confortables.

Una hermosa biblioteca se abría a este salón y albergaba una colección de libros antiguos que interesó sumamente a Micaela y Damián, aficionados a ellos por la colección de su padre. El patriarca de la familia les mostró unos espléndidos libros religiosos, de pacientes miniados, que contaban de manera brillante escenas de la vida de Cristo o de la Virgen. Entre estos, Damián se interesó por un misal romano, en piel color avellana, con una magnífica escena del Calvario grabada en oro, enmarcada por una greca también en oro y unos hermosos cierres de metal dorado, finamente cincelados. Era una obra de arte y todos lo admiraron con entusiasmo. El patriarca Cuomo, al ver su sincera admiración, lo depositó en manos de Damián, diciéndole:

—Es para vos. Llevadlo a vuestro padre, que como coleccionista sabrá apreciarlo.
—Ante la confusión de los Vallesteros, abrumados por la magnitud del regalo, añadió
—: Vos también podéis hacerme un regalo: diseñad una joya única para mi hija Constanza, que es la alegría de mi vejez, y os será grato. Sé, con certeza, que habré adquirido un objeto que vuestra maestría y dedicación convertirán en extraordinario.

Tras agradecer de nuevo el presente, continuaron viendo los libros que formaban

la biblioteca, pero ya nadie se atrevió a alabar con entusiasmo ninguno más. Era demasiado comprometido.

Salieron a conocer el jardín que, como tantos italianos, era notable y ordenado en estancias variadas y distintas, que hacían el recorrido inolvidable. Todo en esa casa reflejaba el cuidado, el refinamiento, el buen gusto, pero también la riqueza de sus propietarios y que no se recataban en mostrarla, amén de su generosidad, como bien había demostrado el anfitrión.

Se unió a ellos un mercader florentino llamado Francesco del Giocondo, con su mujer Lisa y la hija de ambos. Lisa había posado para el genial Leonardo en un cuadro misterioso e inquietante. Habían venido a Nápoles a requerimiento del virrey, para proyectar unos damascos para Castel Nuovo, que necesitaba, o el virrey así lo deseaba, un aspecto más refinado y confortable. Comieron en un mirador, un belvedere desde donde se divisaba una amplia vista dado que se erguía en un altozano. A la caída de la tarde, ya con la fresca, el grupo inició el retorno al castillo.

Giulia Cuomo, una bella muchacha de quince años, se había fijado en el capitán de Zubieta, a quien conocía desde niña, pero hasta entonces no había reparado en lo atractivo, alegre y divertido —*spiritoso*, decía ella— que era el amigo de su hermano. Esta vez fue el turno de Pilar de sentir el aguijón de los celos. Giulia era muy joven, pero mostraba ya una aguja de marear, unas maneras suaves y sutiles para encandilar a los hombres, difíciles de resistir. Sin embargo, Pilar, salvo para Íñigo que bien la conocía, no dejó transparentar su estado de ánimo. Siguió la conversación, aparentemente tranquila y sin denotar ninguna emoción. A los pocos días, salía para Roma, a casa de sus parientes en la embajada, escoltada por Daniel y con la tropa que él mandaba.

Malas nuevas

Con el virreinato en calma, y la gobernación en manos del general Fonseca, Chalons se dirigió desde Nápoles hacia el norte con su fiel Juan de Urbina, que tanto se había destacado en las campañas de Italia. Llegaron a Toscana, y prontamente tomaron Siena. Pero la desgracia quiso presentarse en el sitio de Florencia.

Los refuerzos de las tropas francesas llegaron en buen número y mayor ímpetu. Las tropas imperiales los esperaban con las picas caladas; eran doce los arcabuceros, bien pertrechados con sus frascos de pólvora —«los doce apóstoles», los llamaban—, y pelearían con valor y decisión; los rodeleros con sus aceros de Toledo hacían justicia a la fama obtenida en toda Europa, y llevaban unos escudos de menor tamaño del habitual, que les proporcionaban gran movilidad al ser más ligeros. En las ropas de los imperiales, la cruz de San Andrés permitía reconocer con celeridad a las propias tropas. Las bandas de ordenanza borgoñonas, con sus pesadas armaduras y sus caballos también protegidos, se encontraban en clara inferioridad frente a sus adversarios, la caballería francesa.

El virrey de Nápoles, montado en un brioso caballo alazán, vestía una singular armadura a la italiana, lisa y liviana, y mandaba con decisión sus fuerzas, que le seguían con arrojo. Pero en un instante funesto, Filiberto, príncipe de Orange, cayó fulminado.

Los días habían transcurrido veloces, como por encanto, cuando llegaron dos caballeros a galope tendido y con expresión de profundo dolor en sus semblantes. Acudió Íñigo al instante, para oír desolado que, días atrás, el gran Filiberto de Chalons, el amigo fiel del Emperador, había muerto en cruenta batalla. La relación del desastre dejó a todos sumidos en profunda consternación. Las órdenes eran precisas: nadie debía moverse del castillo hasta que se supiera quién sería el nuevo virrey y qué disposiciones había de tomar. El alcaide organizó un solemne funeral en

la capilla palatina, donde el pesar de todos los presentes flotaba en el ambiente, como una bruma fría y dolorosa.

Las conjeturas sobre el inmediato futuro, como sucede en estas situaciones, mudaban cada día. El amigo se alegraba por el rumor del encumbramiento de su candidato, para entristecerse al día siguiente al saber que había sido sustituido por otro nombre ajeno a él. Los corrillos de aduladores rodeaban al posible portador de la fortuna, para escapar veloces hacia otro nuevo depositario de influencias.

Los Vallesteros se dedicaron a trabajar, aprender y anotar todo aquello que les parecía de interés, mientras que Íñigo, como uno de los responsables de la seguridad, vigilaba todo cuanto sucedía en el castillo y su entorno, con paciencia, dedicación y exactitud.

Así llegó el 19 de septiembre, y con él la magna celebración de San Genaro, que tenía lugar en Nápoles, y en la que participaba toda la ciudad. En la catedral —el duomo— se escenificaba una ceremonia sin par. Comenzaba con una procesión, que portaba un relicario con la sangre de san Genaro en estado sólido. Se llevaba hasta el altar mayor y allí se presentaba a la concurrencia, para que verificara la veracidad de dicho estado. Se invoca entonces al santo, se alza y desciende el relicario varias veces haciendo la señal de la cruz y, ante la multitud atónita, la sangre poco a poco se hace fluida, se desliza líquida y palpitante dentro del relicario, que ejerce un potente magnetismo sobre la muchedumbre. Gran número de sacerdotes y prelados acompañan el milagro, que además es tradición o leyenda, que caso de licuarse la sangre del santo, traerá consigo grandes bienes para la ciudad. Miles de flores, que la buena gente se siente orgullosa de ofrendar, adornan esa obra de arte que es la catedral.

En el primer banco, las autoridades locales, el regidor, el justicia mayor, junto a otros oficiales de los asuntos de Italia. Íñigo, con los Vallesteros e Inés, asistía con contento sumo a una celebración que hacía conocer a sus amigos un poco más a ese pueblo que unía a una torrencial expresión de cariño, la aureola de orgullo por sus tradiciones y costumbres. Acabada la ceremonia, saludaron las autoridades de manera efusiva a los orfebres españoles, y entre los distintos grupos se comentaba con pesar la muerte del virrey Chalons.

Se acercaron a un típico lugar napolitano donde se tomaban refrescos y, dado el carácter expansivo de sus gentes, ya se cantaba al son de las panderetas y con el repiqueteo de otros instrumentos bailaban una danza local, que llamaban tarantela. Les acompañaban los sempiternos ángeles custodios, que no les dejaban ni a sol ni a sombra, ya que la marea humana era considerable. Sabiendo que luego, al anochecer, habría teatro en las calles, volvieron al castillo para reposarse un poco.

Mientras descansaba, Micaela comenzó a reflexionar sobre los sentimientos que se agolpaban en su ser, y que ella no había permitido que afloraran en estas semanas

de trabajo y novedades. «¿Qué me sucede? —se preguntaba—. Poco a poco, los rasgos de Diego van difuminándose en el pasado y, cuando cierro los ojos, veo los ojos del capitán, que me miran con ternura, tan difícil de hallar en un hombre. Esa visión me turba. Y me gusta. Tanto me complace, que me hace sentir oleadas de gozo». Vaciló asimismo entre la ventura de su posible amor y la duda de que pudiera ser el hombre adecuado. «A Diego le conocía desde niña. Sus juegos fueron los míos; sus amigos, míos también. Con él me encontraba segura, convencida y serena. Este fascinante capitán ¿será real? Todas esas cualidades, que a la vista están, ¿ocultarán algún secreto de su persona?».

Un discreto toque en la puerta la sacó de sus cavilaciones, y le avisó de que era hora de partir.

Ya anochecido, en un apartado rincón de las oscuras callejas, tres hombres hablaban entre murmullos. Uno de ellos, bien plantado, conversaba en italiano con un marcado acento español, sin tiempo y sin sosiego, con dos elementos que, embozados y con chambergo, no podrían ser reconocidos ni por sus deudos más allegados. La conversación se animaba por momentos.

—Tendréis que actuar con buena resolución —les decía el español—. La ocasión es propicia: entre la muchedumbre, las risas de las gentes desapercibidas que disfrutaban con el teatro, y el ruido de los fuegos artificiales, ni un alma advertirá lo que sucede hasta que no haya remedio.

—No sé, no sé —replicaba el más bajo de los napolitanos—. Vuestra merced lo presenta como *cosa fatta*, pero sabe que nosotros no nos metemos en política. Un poco de aquí, un poco de allá, pero esto... esto puede tener consecuencias graves, si se llegase a saber quiénes fueron los autores.

—*Faccio io, dottore* —intervino el más robusto al tiempo que sacudía con arrebatos a su compañero de pependencias—. ¿Vas a asustarte ahora, cuando acumulamos tanta experiencia en estas lides?

—Esto es distinto, Norberto, es distinto.

—¡Calla, insensato! —reconvino el más alto—, nada de nombres. En Nápoles, las paredes tienen oídos.

—¡Sea! —contestó el español—. La recompensa es grande, y sé que estáis alcanzados.

Y con un gesto de altiva condescendencia hacia los dos compañeros de fechorías, se envolvió en la capa y se perdió en la noche.

El grupo de amigos salió de Castel Nuovo rodeado por sus ángeles custodios, que una vez más no las tenían todas consigo, sabiendo el bullicio que les aguardaba con los teatros callejeros. Toda la ciudad era un escenario. Ese pueblo versátil

representaba comedias en corrales y patios, en terrazas y tabernas, pantomimas que Paolo Cinelli había creado recientemente, con personajes de tanto carácter como Pulcinella —Polichinela—, que acabaron dando nombre a este tipo de farsas populares. Este arquetipo teatral iba siempre acompañado de un garrote, para apalearse a quien de él discrepara.

Reían los amigos con los disparates, cuando un barbudo matón se aproximó a Inés y Micaela con audaces expresiones y peores ademanes. Damián echó raudo la mano a la espada, pero Íñigo, poniendo su mano sobre la de su amigo, dijo a los badulaques:

—*Signori*, es día de fiesta y alegría. Os habéis dirigido a unas señoras de alcurnia; aceptaremos vuestras disculpas y sigamos todos en paz nuestro camino.

—Ninguna equivocación, *signore reverito* —espetó uno de ellos—. La bella me ha provocado con sus miradas, y ninguno de nosotros es hombre de dejar a una dama sin contento.

Íñigo comprende ante el insulto que es una provocación, y siente algo viscoso y frío por sus venas: ha reconocido el peligro. Están ellos, los dos solos con las dos mujeres y los guardianes, frente a un grupo de badulaques que crece cada instante, cuando uno de ellos grita:

—*Porca miseria!* ¡Nos han ofendido, compañeros! ¡Lavemos nuestro honor!

Y caen sobre los cuatro hombres con un torrente de imprecaciones. Micaela e Inés, en el centro del círculo que han formado los hombres a su alrededor, advierten despavoridas la diferencia en el número y comienza la lucha a espada batiente, con un Damián irreconocible en su furia, al ver a Inés en peligro. Esta observa desolada que uno de los custodios se bate con muy poco celo.

De repente, cuando empezaban a ser rodeados de manera abrumadora, aparece una patrulla de soldados procedentes del castillo, que ataca con fiereza al grupo de camorristas. Ante el giro que toman los acontecimientos, estos deciden huir lo más rápido que saben y pueden. Íñigo, comprendiendo que en ese momento lo más necesario es salir de allí, da la orden de volver al castillo. Así lo hacen. Al llegar, el capitán aconseja a las dos mujeres que se retiren a reponerse y que pidan a su camarera algo que restituya su ánimo. Al enterarse el general de su retorno, manda llamar de inmediato al capitán, para que le refiera lo sucedido. Escucha el relato de Íñigo con aire de ira contenida e increpa al capitán Quintana:

—¿No os dije, señor capitán, que estos huéspedes requerían la mayor protección? ¿Es así como cuidáis una misión que recomienda la propia Emperatriz? Quedáis relevado de vuestro encargo, que no habéis sabido merecer.

Y con hermética actitud, ante los intentos de defensa del capitán Quintana, da instrucciones a un joven para que tome el puesto del defenestrado capitán. Luego manda que se doble la guardia en los aposentos de los españoles y ordena que se retiren todos, pues quiere hablar en privado con Vidaurre. Muchos años en la brecha habían templado el carácter del general, haciéndolo reflexivo y prudente. Cuando

están ya solos, el general indica a Íñigo que le siga hasta una estancia cuya puerta cierra con sumo cuidado.

—Íñigo, nunca creí que se atreverían a tanto. Sin embargo, por prudencia, en contra de vuestros deseos y sin que tuvierais esa noche oficio encomendado, mandé una patrulla para que os siguiera con distante atención, para extremar el cuidado al que me obliga el mandato real y vuestra amistad.

—Gracias, amigo. Temo que las situaciones se harán cada vez más extremas, sobre todo después de la muerte del virrey, que Dios tenga en su gloria. Sé que sois un fiel apoyo y que trabajáis por el cumplimiento de este quehacer.

—Debéis aumentar la atención mientras permanezcáis en Nápoles, ya que, en esta situación, no sería conveniente iniciar el viaje a Roma. Una vez allí, el embajador, Miguel May, os atenderá y os ayudará a acelerar los contactos. La embajada, situada en el *quartiere spagnolo*, está bien defendida por tropas esmeradas. No debéis confiaros, sin embargo. Vuestra misión interfiere en muchos intereses encontrados, y sabéis lo que se dice en Italia: «*Morte tua, vita mia*»^[23]. No debéis partir enseguida. Hemos de hacer ver que ha sido una pelea fortuita de unos badulaques ebrios y no lo que yo temo pueda ser: la intromisión inesperada de la Camorra, esa fuerza temible que extiende sus redes como una tela de araña, con la complicidad o el temeroso silencio del pueblo, haciendo muy difícil llegar al origen de esa acción. Esas providencias las tomaremos cuando hayáis todos partido y ellos, confiados, piensen que hemos olvidado el ataque. Entre tanto, los orfebres realizarán su trabajo aquí, en el castillo, y pediremos a los artistas locales que vengan.

—General —dijo Íñigo—, la mujer de Damián, que es de fino entendimiento, creyó ver que uno de los custodios no se defendía con la fiereza requerida.

—No tengáis pena. Ya ha sido relevado, como Quintana, pues vuestro guardián me refirió lo que Inés cuenta. Los dos serán interrogados e investigados y llegaré al fondo del asunto.

—Gracias, general.

Entonces el general Fonseca la abraza diciéndole:

—Amigo mío.

Dejó reposar esa noche el capitán a sus amigos, pero al día siguiente les explicó las nuevas pautas de conducta, que para su seguridad el general Fonseca había decretado. Un halo de tristeza nubló la expresión de Micaela, que hasta entonces había encontrado dicha y conocimientos en aquella, parecía, apacible y alegre ciudad. La implacable realidad se hacía de nuevo evidente, aunque, resistiéndose a admitir su confinamiento de honor, Micaela intervino:

—Íñigo, vuestra visión se me antoja en demasía prudente. Anoche sufrimos un desgraciado incidente, que, con las adecuadas precauciones, no tiene por qué repetirse.

—Mica, no seas porfiada —intervino Inés—. El capitán conoce bien estos reinos, y el general más, si cabe. Sobre todo conociendo a Íñigo, que siempre ha mirado por nuestro bien y el cumplimiento de nuestros deberes.

Asombrada por la reacción de su cuñada, queda Micaela contrita y comprende que su curiosidad debe quedar relegada en aras de la salvaguardia, y el ímpetu debe ceder paso a la prudencia.

Van al taller donde los dos hermanos trabajan en una hermosa pieza de plata dorada, que hubieran regalado al virrey, en recuerdo y agradecimiento a su hospitalidad y generosidad. Trabajan en silencio, reflexionando sobre lo acontecido, con muchos enigmas sin resolver cruzándose en su agitada mente. Al finalizar la tarde, mientras Micaela se halla sola en el taller, entra Íñigo y le dice con suave voz:

—Mica, sería menester que hablase contigo. Será una noche preciosa y en uno de los jardines, el de la fuente, se puede conversar reposadamente.

—Muy bien, capitán. Allí estaré. Me retiraré después del yantar, con cualquier disculpa. Allí estaré.

La luna, en cuarto creciente, apenas iluminaba con un halo frío las sombras del jardín. Micaela vestida de azul oscuro, se confundía con la noche, como si caminara alzada sobre una nube umbrosa. Al llegar a la fuente, Íñigo se levanta y, tomando las manos de ella, comienza:

—Mica, el sentimiento que debo a tu amistad me obliga a hablarte de asuntos que solo callé a tu persona para protegerte de intrigas que no creí de tu interés. Pero así las cosas, con los acontecimientos sucedidos ayer, creo que debes conocer extremos singulares, que harán entender mejor las medidas que ha tomado el general.

—Íñigo, confío en ti y en la advertida autoridad del general, pero mi temperamento inquieto me ha llevado a protestar. Ahora se me alcanza que sin razón. Dime lo que deba saber.

—Tienes un encargo honroso de la Emperatriz: aprender lo mejor de la orfebrería de estas tierras, para que, dando razón al Emperador que os ha declarado artistas que no artesanos, llevéis a Toledo los mayores adelantos y conocimientos, que, como en un crisol de arte, se reúnen en la orfebrería itálica. Pero además de esto, y apoyándoos Daniel y yo en vuestro cuidado y entendimiento, hemos de llevar a cabo una delicada misión de requerir y concitar voluntades en torno a una intención, que podría ayudar a resolver uno de los problemas crónicos de la gobernación. Creo más conveniente que por el momento no conozcas pormenores que solo podrían agravar vuestro peligro. Únicamente añadiré, porque el amor a ti me obliga, que tenemos como viste la atención constante de aquellos que con su poder nos protegen, pero que deberás redoblar la atención, y aun cuando estemos en Roma, así tendrá que ser.

—¿El amor que a mí te obliga? —interrumpe Micaela.

Él ríe divertido.

—¡No es posible, Mica! Después de todo lo que te he contado, y el peligro que comporta, ¿esa es tu primera pregunta? Sí, te quiero, y así es desde el día del Corpus en Toledo, hace ya más de dos años. Mi respeto a mi amigo Diego y la paciencia a la que me obligaba tu dolor me hicieron comportarme con la prudencia que tú has conocido; pero sí, me enamoré el primer día que te vi. Esas cosas suceden, pocas veces, pero yo he tenido la suerte de que así fuese.

Micaela, con divertida compostura responde:

—Solo deseo que vuestra merced me ame.

Se sentía bien en esos brazos fuertes, y los besos, tiernos primero y abrasadores de pasión después, hicieron la noche tórrida y luminosa.

La muerte de Filiberto de Chalons había dejado una sombra de pesar en Nápoles y en el castillo, donde la vida se había desarrollado de manera sumamente triste.

Quiso el general despedir a sus amigos con un almuerzo en el que, ante la sorpresa de Micaela, apareció *lady* Dormuth acompañada de un miramelindo vestido de sedas, lleno de lazos, que hablaba con entusiasmo de algo que Micaela no alcanzaba a oír. Sintió cómo un escalofrío recorría su columna vertebral. La última vez que divisó a Vera Dormuth fue en la lluviosa noche de Toledo, donde a punto estuvo de perder la vida. Su vecino de mesa le puso al corriente de quién era el miramelindo en cuestión.

—Christopher Wormwell, se llama —le explicó entre risas—. Aunque suene bello, su nombre quiere decir «*pozzo di verme*», o *come dite in spagnolo*, «pozo de gusanos». —Y se reía a grandes carcajadas pensando en el feo nombre con que tenía que cargar personaje tan vanidoso.

Dos semanas más tarde salían para Roma. El día era gris y el viento dominaba los ateridos árboles. Pasaron por la puerta Capuana, que destacaba majestuosa con su mármol de Carrara y sus dos torres, llamadas una del Honor y la otra de la Virtud. Cabalgaban primero lentamente, como si les costara dejar la ciudad, para, en cuanto se apartaron de la villa, iniciar a buen paso el camino que les llevaba a la Ciudad Eterna. Formaban un grupo numeroso pues, además del capitán de Vidaurre, los hermanos Vallesteros e Inés, estaban los ángeles custodios y una patrulla que Fonseca había ordenado les acompañara. Iban todos a caballo, en unos pacientes animales que parecían insensibles al frío y al viento. Pararon a comer las viandas en un lugar encantador, con un hermoso castillo, que se llamaba Abella.

Cuando llegó el atardecer, se encontraban cerca del palacio de los marqueses Coccozza di Montanara^[24], y al aproximarse, un jubiloso grupo salió a recibirles. Unos cogían las cabalgaduras para llevarlas a los establos, otros se ocupaban de la guardia, y el mayordomo saludó con grandes reverencias al capitán y su séquito,

diciéndoles que los marqueses, grandes amigos de Chalons, les aguardaban con ansia. El palacio lucía armoniosa fachada, con amplios ventanales rodeados de marcos de piedra, labrados con gran esmero. Las dos torres defensivas que flanqueaban el edificio denotaban su origen medieval como puesto de guardia. Dos enormes palmeras a los dos lados de la gran puerta de madera daban la bienvenida a los visitantes. Entraron en un zaguán, iluminado por hachones de luz, y aparecieron los marqueses, que les dieron afectuosas muestras de contento. Allí estarían bien, cuidados con solicitud, les aseguraron.

El marqués los recibió en una acogedora sala, donde crepitaban los leños de madera bien seca en una imponente chimenea, a la cual habían añadido manojos de espliego y tomillo, que aromaban el ambiente. La cara del anfitrión, tan sonriente a la llegada, mostraba preocupación.

—¿Cómo están las cosas, capitán? Llegáronme noticias del ataque provocador el día de San Genaro. La testarudez de mi amigo Fonseca os salvó de un buen apuro. Es increíble, ¡hasta uno de los guardianes había sido comprado por la parte contraria! Decidme qué sucede.

—En el Virreinato hemos conseguido adhesiones de algunos jefes de familia de casas principales: los Guevara, Santa Silia, Pignatelli, el caballero Cuomo y también del cardenal Zapata. El próximo alto en el camino será en la propiedad del duque Nicolás Gaetani D’Aragona y la duquesa María Luisa, que también son fervientes partidarios de la causa. En Roma deberemos ganar voluntades en el entorno del Papa, en la Santa Sede, y necesitamos también la influencia de los grandes príncipes romanos. Nuestro embajador, y por supuesto mi primo Domingo de Arístegui, han ofrecido sus conocimientos y relaciones para impulsar el proyecto de la Emperatriz. —Íñigo hizo una pausa y fijó su mirada en la del marqués—. Los asuntos van bien, pero los adversarios deben de ser muchos, aunque no lo sabemos con certeza, pues se mueven en la oscuridad y manejan hilos ajenos a la trama, algunos inesperados, como el de la reyerta callejera de Nápoles. Era la Camorra.

—¿Qué decís, Íñigo? ¿La Camorra? Hasta ahora no se habían mezclado con la política.

—Cierto, pero la paga era cuantiosa y alguno de ellos podría estar alcanzado y necesitar los doblones.

—Sea cual fuere la razón, vemos que tienen poder y riquezas para ganar voluntades. Debéis ser muy precavido, capitán.

Damián escuchaba atento y también contrito, al pensar en el peligro a que podían estar expuestas su hermana y su mujer. Pero, levantando la vista, casi en una reflexión consigo mismo, susurró:

—La virtud contra el furor tomará las armas y combatirá.

Los dos caballeros se miraron, comprendiendo.

Inés y Micaela se unieron a la marquesa y los tres caballeros para disfrutar de una cena sosegada, donde contaron las entrevistas con los orfebres, rieron con la irónica descripción que Íñigo hacía del galante Domenico y describieron la amable acogida del virrey y la admiración que les producía la ciudad de Nápoles. Largo tiempo conversaron sobre las cualidades del príncipe de Orange, que tan determinante había sido para la buena marcha del Virreinato.

El viaje había sido largo y Micaela cayó en un profundo sueño, que fue colmado por largas playas de dorada arena, con un mar azul y transparente; templos y anfiteatros griegos, entreverados de arcos de triunfo, coliseos y basílicas romanas, en un torbellino de todo lo que Micaela había ido leyendo sobre las rutas que les aguardaban. Se despertó pronto, pero se quedó en la cama, intentando recuperar las magníficas visiones que tan reales aparecían en el sueño, y que ahora no conseguía evocar.

Se despidieron tras agradecer a los marqueses su hospitalidad y se encaminaron hacia la residencia de los duques Gaetani D'Aragona^[25].

Llegaron cuando era todavía de día y entraron por una puerta de hierro finamente trabajada, tras la que se divisaba, al final de un amplio camino, un imponente palacio, a cuyos lados se desplegaba un esplendoroso jardín, cuidado hasta parecer irreal. La dulzura del clima hacía el resto. En ese espléndido marco se alzaba la mansión, de claro origen defensivo, que poco a poco había ido desarrollando aspectos palaciegos sobre su gran estructura original.

Les recibieron amablemente, pero el ambiente era distinto del de los Coccozza. Allí era una cordialidad sencilla y directa, y aquí un estilo diverso. El palacio, inmenso, era en sí un pequeño mundo, una Corte con sus músicos, poetas y deudos de la familia, que aparecían por todas partes. Las salas eran numerosas, iluminadas por cientos de velas, con pinturas ora religiosas, ora mitológicas de gran factura, y todo rezumaba refinamiento. Cenaron en una enorme sala, mientras los músicos tocaban melodías populares napolitanas, que alguna vez cantaba una joven morena de cálida voz. Después de la cena recitaron varios poetas, pero no hubo baile, pues el viaje había sido largo y fatigoso.

Amaneció otra vez, un día de nieblas bajas, entreveradas con halos de luz. Micaela se asomó a la gran ventana de su cámara y un paisaje de ensueño la dejó sin habla. En primer plano, el jardín tan perfecto y organizado; inmediatamente, el bosque que rodeaba el palacio. Suaves colinas se sucedían con pequeños valles entre ellas, en los que los jirones de niebla eran atravesados por esbeltos cipreses. Al intenso color verde del bosque y el jardín sucedía un azul profundo, que iba poco a poco matizándose, para confundirse con un cielo que no se decidía a dejar nacer el sol. De repente, el astro se hizo fuerte y traspasó las nubes, iluminando su interior con su mágica luz.

Partieron de nuevo, a su etapa siguiente, al castillo de Fumone^[26], propiedad de la Iglesia y situado en una escarpada roca, desde donde se divisaba un magnífico panorama. Admiraron también aquí el extraordinario jardín *pensile* medieval, construido sobre los caminos de guardia, que rodeaban los torreones.

La próxima etapa sería Roma. La mítica ciudad meca de arte y cultura y cuna de la cristiandad.

ROMA
(noviembre de 1530 – marzo de 1533)

Non potest cum timore.

SÉNECA, *Carta a Lucilio*

1

Quo vadis?

—¡Santa María, qué belleza!^[27]

Los ojos atónitos de Micaela se posaban en los monumentos, que lentamente desfilaban ante ellos. Cabalgaban despacio, poco a poco, intentando absorber todo cuanto la retina admiraba.

Íñigo había aconsejado entrar por la vía Appia Antica que, aunque un poco descuidada en aquellos años, conservaba la belleza de su empedrado romano y los enormes cipreses, que daban vegetal escolta al viajero, pues, así haciendo, lo primero que conocerían de Roma serían los monumentos de la época cristiana, que todos anticipaban con gran emoción.

Avistaron la iglesia de San Sebastián, que acogió durante dos siglos los cuerpos martirizados de san Pedro y san Pablo.

—Un día —afirmó el capitán— vendremos a conocer con sosiego todas estas riquezas artísticas de la era cristiana y romana. Sé que la sencillez y al mismo tiempo fuerza de sus símbolos os inspirarán objetos de gran interés.

Rezaron un sencillo padrenuestro en la iglesia que Constantino mandó construir, poniendo así la etapa que ahora empezaban en manos de Su Divina Majestad.

Pasaron por las catacumbas de San Calixto, que fuera habitual lugar de sepultura de los primeros papas y avistaron, a su derecha, en una encrucijada de estrechos caminos, una iglesia menuda pero que a todos enterneció, al recordarles Íñigo que era el lugar donde Jesús se apareció a Pedro, que huía de Roma. Este, asombrado, preguntó: «*Domine, quo vadis?*». —«¿Adónde vas, Señor?»—. «A Roma, a ser crucificado de nuevo». Y Pedro regresó a Roma.

Al ver la emoción de sus compañeros, Íñigo da la orden de detenerse para entrar en la iglesia, y luego, en un campo vecino, deleitarse con algunas de las vituallas con que los buenos monjes de Fumone habían llenado las alforjas de sus caballos. «No importa —se dijo—, luego apretaremos el paso». Una vez que reemprendieron la

ruta, aceleraron el trote y entraron por la puerta de San Sebastián.

Así haciendo, pasaron delante de las termas de Caracalla, momento en que el capitán les explicó que poco a poco las termas, además de ser un lugar de baños y de salud, se fueron convirtiendo en un lugar de reunión, ya que añadieron campos de deporte, auditorios de música, salas de conferencias, una nutrida biblioteca y hermosos jardines y huertas, que invitaban al paseo y la conversación distendida.

En ese final de noviembre, en el que anochecía tan temprano, no debían demorarse y así, cabalgando rápido y sin pausa, bordearon el río Tíber cuyas aguas resplandecían de plata con las últimas luces de la tarde. De esa manera evitaron las concentraciones de la ciudad y alcanzaron la embajada de buena hora. Ya con las luces mediadas, entraron en el palacio, alumbrado con antorchas, preparados todos para recibir a los viajeros.

Lo que vieron dejó a los toledanos entusiasmados. El patio era magnífico, y preludiaba la magnitud de la morada. El travertino y los estucos de sus paredes brillaban con el resplandor de las candelas; dos enormes esculturas romanas flanqueaban la entrada del porche, donde les aguardaban algunas personas que les recibieron efusivamente, entre ellos el primo de Íñigo, Domingo de Arístegui. Domingo era tan festivo como su nombre: más bien alto, delgado, el rostro alargado y una sonrisa siempre pronta, que podía estallar en una carcajada tras una de sus múltiples bromas. Tenía un carácter expansivo y locuaz, gran sentido del humor, y unos ojos que derrochaban vitalidad y simpatía. Esa personalidad fuerte le granjeaba gran cantidad de amigos y alguna que otra envidia. Era la mano derecha del embajador, que confiaba en su talento diplomático cuando la ocasión lo requería, y en su habilidad para introducirse en los más variados ambientes, de donde recababa información, esencial en su tarea.

Una vez que saludó a los hombres y piropeó a las damas, les invitó a subir al salón rojo donde les aguardaban los embajadores. Ascendieron la hermosa escalera del palacio; era amplia, de mármol, de planta castellana cuadrada y sobria, con dos esculturas de época romana, una en su arranque, un Jano Bifronte, y la segunda, ya en el zaguán, Diana cazadora a punto de disparar su arco, seguida por su ciervo, de extraordinario realismo y movimiento. Entraron en un salón de grandes proporciones, con tres ventanas que tenían cada una un candelabro con multitud de velas, que daban un aire cálido y acogedor a la estancia. Unos amplios bancos de madera, pintados en suaves colores a la veneciana, invitaban, con sus mullidos cojines de damasco carmesí, al descanso y la paciente espera. Pasaron a otro salón, donde se encontraban ya los embajadores.

Debajo de la cornisa del techo, en una franja de un metro, lucían unos frescos que representaban los escudos de Castilla y León. A partir de ahí, en las paredes, un damasco carmesí igual al de la estancia anterior tapizaba las paredes. Aquí también un sinfín de velas acogía a los viajeros, que sintieron, asimismo, el aroma de las flores procedente de unos inmensos ramos que adornaban la sala. El embajador era

alto y fuerte, de pelo plateado y ojos claros, la nariz recta y los labios finos. Les recibió con cortesía, y la embajadora con dulzura y cariño.

Después de las frases de bienvenida habituales y una breve conversación, comprendiendo la fatiga de los viajeros, les emplazaron a cenar todos juntos al día siguiente.

Micaela, como era su costumbre, pidió a Domingo que le enseñara la capilla, para ir a dar gracias a Dios por su providencia con ellos. Esta era rectangular, con un suelo tradicional romano de un bello color rojo de la tierra. Las piezas de barro cocido estaban colocadas en espiga; las paredes, en frescos de suaves tonos, relataban historias de la vida de Jesús y de la Virgen. El techo de grandes vigas de madera acababa en unas ménsulas, que representaban los símbolos de los cuatro evangelistas. El altar, vestido con ricas telas y bordados linos, estaba presidido por una cruz, obra de Cellini, y en una hornacina una madona del siglo xv sonreía con ternura.

Luego subieron a casa de Domingo, donde les esperaba su mujer Alejandra: de gran belleza, alta, de rubio pelo y unos ojos azules llenos de ingenio y carácter. Vivían en un espacioso apartamento del palacio, donde el primer salón lucía frescos en las paredes, con temas de grutescos que tan a la moda estaban después del descubrimiento de Rafael de la *Domus Aurea*^[28]. En un salón más reducido, tapizaba las paredes un damasco de oro, que reflejaba de manera magnífica el titilar de las velas, y de ahí entraron al comedor, que de nuevo ostentaba una decoración de grutescos, con fondo claro y motivos florales y frutales. Allí había preparado la bella Alejandra una cena deliciosa, que emanaba un aroma invitante. Contaron los primos las incidencias del viaje y luego Domingo preguntó a los orfebres por su trabajo y la utilidad de su estancia en Nápoles. Esta vez fue Damián el más presto en contestar:

—Sí, ha sido muy útil. Para entender el arte de un pueblo hay que conocer sus monumentos, pero también la manera en la que viven cotidianamente. Esta gente es amante de la belleza e intenta rodearse de ella a diario, y sus artistas buscan inspiración en un rico pasado, procurando asimismo aprender lo mejor que hallan en otras tierras, y mostrándose siempre abiertos a la diversidad y a la excelencia.

Preguntó entonces Micaela sobre los grutescos, e Íñigo les prometió llevarles a ver «no solo la Domus Aurea, sino aquella maravilla del Juicio Final de Luca Signorelli, que se encuentra en el duomo de Orvieto», amén del Vaticano, adonde irían acompañando a los embajadores, en la primera ocasión propicia, y que contenía las más extraordinarias obras de arte.

—El genial Buonarroti ha pintado el techo de la Capilla Sixtina con unos frescos de fuerza singular y sutiles colores, que son la admiración de Roma.

Domingo les entusiasmó con el relato de sus viajes por la península itálica, y les transportó a ese mundo de arte y civilización que tanto admiraba y tan bien comprendía. A las preguntas de los toledanos sobre Roma, sus habitantes y costumbres, respondió con delectación:

—Para tratar con los súbditos de estos reinos, habréis de cumplimentar con

ingenio a las personas con las que vuestro trabajo os lleve a frecuente trato. En esta urbe, la cortesía en la disposición es casi tan importante como el calado de las cuestiones. Parecería que gustan de preparar el ánimo con lisonjas y parabienes, para crear un ambiente propicio, que haga más pulida la conversación y más predispuesto el espíritu.

»Si en controversia os encontrarais, dad siempre una salida a su congoja. Ellos lo llaman *fare bella figura*, quedar bien, y no hay mayor desafuero que, descuidando las normas de la convivencia civilizada, acorralar al interlocutor, poniéndole en situación de *fare bruta figura*, o sea, quedar con un palmo de narices.

»Si con un circunloquio hacéis comprender a un romano su mala conducta y dudáis de su buen entendimiento de vuestra intención, tened por seguro que bien habrá discernido largo ha. Y que, si hiciera que no se le alcanza lo que vuestra intención desvela, solo estará agradecido a la apertura airoso que vos habéis tenido la amabilidad de otorgarle. Ganaréis reputación de *finezza*, que tan merecida fama goza en tierras itálicas. Con el tiempo comprenderéis que nuestra forma de expresarnos tan directa, que en nuestra tierra es sinónimo de decencia y cortesía, aquí es considerada falta mayor contra la sutileza. El reverso de la medalla es que no debéis confiar en las gratas palabras hasta que no sean confirmadas por hechos patentes. Y un último consejo: ¡disfrutad del juego!, ¡comienza la comedia italiana!

Siguió la charla agradable sobre las numerosas nuevas que habrían de encontrar y más tarde Domingo les invitó a salir, a pesar de la fría noche, a la gran terraza que se abría a los tejados y cúpulas de la ciudad, donde admiraron esa urbe palpitante y creadora, que acababan de conocer.

A los pocos días, Micaela y Damián quisieron visitar al lapidario Sebastiano Fieramosca, protegido del famoso embajador del cual había tomado el nombre, y que había aprendido una técnica nueva de lapidación en los talleres de un orfebre florentino, que, a su vez, la había estudiado de artistas de la India. Íñigo insistió en acompañarlos y, con él, los inevitables custodios.

Se dirigieron hacia la plaza Navona, que admiraron en sus inmensas medidas.

—Domiciano la hizo construir como estadio, en el 90 antes de Cristo —explicó Íñigo—, lo que justifica su forma alargada, que respetada por los arquitectos de épocas posteriores, ha resultado en esta obra única. Ahora os enseñaré una de las curiosidades de Roma: en este pequeño lugar, la plaza de los Libreros, hay una estatua que los romanos llaman «parlante», porque los ciudadanos dejan sus escritos con peticiones, quejas o requerimientos, para que sean atendidos por la autoridad.

Hablando y observando, llegaron a la plaza Venecia, donde el palacio del que fuera papa Pablo II tronaba sin discusión. Se detuvieron ante la esbelta e imponente columna Trajana que, coronada por una estatua de san Pedro, dominaba el conjunto. Enfrente, la Torre de la Milicia y la iglesia de la Orden de Malta completaban un

conjunto excepcional.

Se adentraron en el Riario Monti, uno de los barrios de los artesanos. Pasaron el Foro de Nerva y el Foro de Augusto y, dejando a la derecha el imponente Coliseo, subieron por una escalerita que les condujo a la vía del Colosseo. La vista desde allí era magnífica: el Arco de Constantino lucía en todo el esplendor de la mañana romana; el sol encendía la piedra del viejo arco y acariciaba las cúpulas de las iglesias, que se entreveían entre pinos y cipreses. Al llegar a una pequeña calle que ascendía a la derecha, vía dei Tre Carinti, vieron la casa medieval, que lucía un color ocre hermosamente romano y que era la morada del lapidario Fieramosca. Les recibió cortésmente y comenzaron a hablar de sus intereses.

—Yo solo lapido las piedras —dijo Sebastiano— bajo la batuta de un orfebre florentino, comisionado por el Papa para elaborar objetos religiosos y enseñar a otros orfebres romanos la técnica que él aprendió a su vez, enviado por Lorenzo de Médici, de excelentes lapidarios de la India. Creo menester que vayamos a visitarle, y que, con su concurso, podáis conocer aquello que buscáis.

Llegados allí, escucharon con atención las explicaciones del florentino, y observaron cómo las hábiles manos del mismo y de sus ayudantes transformaban las piedras en refulgentes gemas. Con paciencia y sapiencia, arrancaban el fulgor que se escondía en las entrañas de esmeraldas y rubíes. Al ver su admiración, satisfecho les dijo el toscano:

—*Non è niente. Si fa subito, si se sa come si fa.*

Rio Íñigo ante la frase del florentino, que tradujo enseguida:

—Asegura que no es nada, que se hace rápido, si se sabe lo que se hace.

—Claro —exclamó Mica—. ¡Pero hay que saberlo!

Entre los jóvenes ayudantes destacaba otro florentino llamado Giorgio Vasari, y que su maestro presentó como promesa segura. Este, agradeciendo la confianza, les habló de su interés por las joyas, ya que sus primeros pasos en el arte habían sido de la mano del famoso orfebre Guglielmo de Marsiglia, quien le había enseñado los misterios de las alhajas con secreto.

Inmediatamente Micaela se interesó por este particular y comenzó a hablar con Vasari, mientras Damián atendía las explicaciones del viejo toscano. Vasari le contó a la diamantista que habían aprendido de Oriente la magia de las enigmáticas alhajas.

—Así como en algunas porcelanas de China se ha de ver al trasluz lo que realmente esconden, de la misma manera nosotros intentamos crear piezas que encierren una clave o representen la fuerza de un símbolo.

Micaela escuchaba con atención las explicaciones de este joven, que aumentó su dicha al ofrecerle:

—Venid, bella diamantista, a este taller cuantas veces deseéis. Prometo enseñaros el espíritu y la técnica de estas creaciones que veo os interesan.

—Será un gran placer colaborar en un proyecto con tan ingeniosos artistas toledanos, enviados además por la bella Emperatriz —sentenció el maestro.

Navidad en Roma

Faltaban pocos días para la Navidad, y Micaela y Damián alternaban los días de trabajo con Fieramosca y el toscano con visitas a la ciudad, para ir conociéndola mejor. Impregnada de arte, fascinaba a aquel que sabía apreciarla. Una soleada mañana de diciembre salieron todos los amigos juntos, los Vallesteros, los Vidaurre y Daniel. Domingo debía trabajar con el embajador y Alejandra se afanaba en que todo estuviera perfecto en su casa para sus invitados.

Decidieron ir dando un paseo hasta el Tíber, y así ver el palacio de Montepulciano, magnífico ejemplo de arquitectura atribuido a Antonio da Sangallo. En su fachada al río, unas esculturas imponentes montaban silenciosa guardia. Muy cerca vivía y trabajaba otro orfebre toscano, nieto de uno de los enviados por Lorenzo *el Magnífico* a la India. Así haciendo, podrían ir tomando contacto con las diferentes tendencias que conformaban el arte de las joyas. Antes pasaron por la iglesia de Santiago que, a cargo de la Opera Pía, ayudaba y acogía a los españoles de peregrinación en Roma. Cuando llegaron al taller del orfebre, les recibió con interés por saber lo que en Toledo se hacía pues mucho había oído hablar, dijo, de la inigualable joyería mudéjar.

—Al haber estado mi abuelo en la India, y conociendo y apreciando el intrincado estilo oriental, deseó aprender también la técnica de los moros españoles.

Concertaron trabajar juntos a lo largo de los meses, ya que él utilizaba un tallo para los diamantes, en octaedro, diferente al que se usaba habitualmente, y que en los reinos itálicos llamaban *taglio a tavola*. Se despidieron y comenzaron a cruzar el río por el puente Sant Angelo.

Entraron entonces por el gran portón de la fortaleza, con el permiso que, para visitarlo, había obtenido para ellos Domingo. Tanto Íñigo como Daniel, después de saludar a la persona que les iba a enseñar el castillo, se excusaron:

—Os dejamos en las mejores manos. Volveremos pronto —afirmaron, y partieron a, parecía, urgentes tareas.

El guía, un joven sacerdote español, comenzó a explicarles en su bella voz de bajo:

—Originalmente construido como mausoleo de Adriano, fue terminado un año después de la muerte del emperador, en 139. Convertido en fortaleza por el emperador Honorio en 403, fue de nuevo fortificado por el papa Nicolás V. Sirvió recientemente de escapatoria al actual papa, Clemente VII, en el saqueo de 1527, unido como está por un pasadizo al palacio Vaticano.

—¿Estabais ya aquí entonces? —preguntó en ese momento Micaela.

—Sí. Fueron días terribles. Los lansquenets arrojaron su incontenible furia, originada por la falta de pago de sus soldadas, y algunos de ellos, luteranos radicales, atacaron y vilipendiaron la figura del Papa, inflamando los sentimientos en contra de todo lo que él representaba. El resultado ya lo conocéis.

Quedó unos instantes apesadumbrado, pero se compuso y animó a los visitantes a subir a lo alto de la muralla, para gozar de la fastuosa visión de Roma.

Cuando después de agradecer la visita salieron al portón, solo les esperaban sus custodios, pero ninguno de los capitanes había regresado. Decidieron volver a la embajada, donde seguramente los encontrarían.

Al tiempo que sus amigos iniciaban su recorrido, Íñigo y Daniel se dirigieron con suma precaución hacia su punto de encuentro con el importante personaje, que ya les aguardaba con impaciencia. Verificaron que nadie les seguía y que los custodios estaban alerta y con las armas preparadas, por si inopinadamente eran víctimas de una celada. No tomaron el camino más corto, sino que rodearon varias veces las estrechas calles, cerciorándose una vez más de que no eran espiados. Se encaminaban al gueto, atravesando el puente Fabriano, el Pons Judaerum, y llegaron a su destino. La puerta de una de las casas se abrió, y Domingo de Arístegui les indicó el paso hacia una sala adyacente.

Los tres amigos se miraron conscientes de la vital importancia que aquel encuentro tenía para su misión, pues esta reunión se podía convertir en la piedra angular que cambiaría el curso de la historia.

Al cruzar el umbral reconocieron a algunos notables sefarditas que allí residían desde 1492. A su lado, la expectación se reflejaba en el rostro venerable del rabino de Roma.

La Navidad fue tranquila. Tanto Inés como Micaela sentían una fuerte nostalgia de sus padres y su casa, que mitigaban con largas cartas, donde contaban los pormenores de su actual vida, los progresos en su trabajo y lo afortunados que se consideraban al tener la oportunidad de vivir ciudades como Nápoles y Roma. Decían también cómo al mismo tiempo les faltaba Toledo y sus gentes queridas. Oyeron la

misa de gallo en la capilla de la embajada, y el día de Navidad comieron todos con los embajadores. En ese momento, Miguel May les anunció que el último día del año, San Silvestre, tendría lugar un baile en el palacio Colonna, y que el príncipe Próspero le había invitado a acudir con sus huéspedes. La noticia llenó de contento a los toledanos.

—Es gran maravilla poder conocer uno de los palacios más cumplidos de Roma. Y además, en una noche en que lo arreglarán con el esmero con que los romanos cuidan estas ocasiones —dijo Pilar, feliz.

Todos agradecieron al legado el cuidado para con ellos, y poco después las tres mujeres pedían consejo a Alejandra sobre la manera en que deberían vestirse y peinarse. Le enseñaron los vestidos que con ellas habían traído y, entre las cuatro, aconsejándose las unas a las otras, decidieron lo que cada una se pondría. Por indicación de Alejandra convinieron en no usar vestidos rojos, ya que, con certeza, habría algún cardenal presente y el protocolo vaticano así lo aconsejaba.

Llegado el día, bajaron las cuatro a la sala donde les aguardaban los caballeros. Miguel May, hombre serio y controlado, no pudo evitar un gesto de satisfacción al verlas. Hacían honor a su tierra.

La entrada de todos ellos en el palacio Colonna no pasó inadvertida. El príncipe Próspero y la princesa Giovanna salieron a su encuentro y les recibieron en la sala del Baldaquino, ya que disfrutaban de ese privilegio al haber tenido un papa en la familia. Les condujeron a saludar al cardenal Pompeo Colonna, que había sido designado recientemente como virrey de Nápoles.

Era alto, moreno y más bien escaso de carnes. Tenía Su Eminencia la mirada intensa y limpia, y unas manos largas que manejaba con suma elegancia al hablar, subyugando por su interés con las palabras que profería.

—Me gustaría conversar con los dos capitanes que, según tengo referido, conocen y gustan de los itálicos asuntos. Hablaremos sobre Nápoles, que acabáis de abandonar. Deseo que vengáis a encontrarme, en sosiego y sin demora.

Acudieron otras personalidades a saludar al cardenal y fuéronse los españoles a visitar los salones, que lucían engalanados para esa noche de fin de año. El emblema de la familia, una columna carmesí, se repetía en los grandes tapices, en cuadros y porcelanas y también en los arreglos florales, que simulaban columnas, enteramente revestidas de flores bermejas. Los candelabros, colocados delante de inmensos espejos, multiplicaban la luz de las velas al infinito, creando una atmósfera difuminada, mágica y grandiosa. Estos espejos estaban pintados a su vez con guirnaldas de flores, que se repetían, en esta ocasión vivas y palpitantes, en jarrones posados en los alféizares de las ventanas, creando esa simulación de *il finto e il vero*, «lo imaginario y lo verdadero», tan utilizado por los artistas italianos.

Miguel May fue saludando a diversas personas, acompañado por el príncipe Colonna, siempre deferente y atento. Era este príncipe admirado por sus pares, y en general por todo aquel que le conocía: afable con todos, escuchaba con atención

cuando alguien le saludaba y, a ojos vistas, sabía llevar su casa con prudencia y discreción. Se había convertido en el ejemplo de lo que debía ser un príncipe romano.

Conocieron los toledanos también al cardenal Farnese, que a su merecida fama de mecenas y protector de las artes unía nombre de fino ingenio y maneras suaves, capaz de crear una atmósfera propicia en las conversaciones con sus interlocutores; luego, al encontrar al cardenal Contarini, el embajador se retiró con él a un saloncito, desde donde se oía el murmullo de una animada conversación, sin poder entender realmente lo que allí se decía. En un momento dado, May hizo una seña a Domingo, que atento estaba, para que se uniera a ellos.

—Sabéis, excelencia —decía el prelado—, que no lleva a la práctica ninguna idea, ni toma ninguna medida.

—Sí —respondió el embajador—, pero sin embargo sí ha decidido poner coto al poder del Emperador, con las consecuencias lamentables que vos conocéis. Tras la coronación de Carlos V en Bolonia, la situación ha mejorado, pero necesitamos apoyos en el colegio cardenalicio para la misión que la Emperatriz nos ha encomendado. Yo agradecería a Vuestra Eminencia, en nombre de nuestro emperador, que nos ayudara en esta delicada tarea.

—Sea —contestó Contarini—, pero hablad vos con los cardenales Sforza y Farnese. No os será difícil. Son favorables a España.

Al marcharse el cardenal, los dos diplomáticos cruzaron una mirada de entendimiento.

—Hablabamos en la embajada —dijo May.

Micaela observaba, feliz, el arte que rezumaba de todos los lugares del palacio. Con inmenso placer, disfrutaron en uno de los salones de la colección de pintura que atesoraba el palacio. Llamóle la atención un cuadro de un flamenco llamado Brueghel, que representaba el arca de Noé. No era de gran formato y, sin embargo, la composición lo tornaba importante e inmenso. El realismo con que estaban pintados animales domésticos y fieras salvajes le otorgaban veracidad y belleza innegables. La sutileza de la paleta cromática lo convertían en un cuadro único. En las paredes de otra sala pudo observar cuadros de familia y religiosos.

Cuando anunciaron que la cena ya estaba pronta, Pilar les sugirió que se aproximaran a contemplar la mesa donde habían colocado las viandas. Era una mesa en forma de U, vestida con mantel de damasco oro y presidida por altas columnas de flor bermeja y ramitas de acebo que adornaban la base, y que decían portador de buena fortuna. Los candelabros surgían de unas bolas de flor azul, seguramente crecidas en los invernaderos del palacio, en la parte alta del jardín. Los platos de refinada porcelana azul y blanca, que contenían la comida, habían sido colocados en un lugar elevado, cubierto también con el mismo tejido, lo cual creaba diferencias de volumen y situación que embellecían la composición.

Otras mesas aquí y allá, vestidas también de damasco, permitían a los invitados cenar tranquilamente sentados, o tomar algo entre baile y baile. En una de ellas se

sentó el embajador con un cardenal de aspecto imponente, con sus sedas rojas, que capturaban la luz al moverse; era el cardenal Farnese, y al poco tiempo se unió a ellos el príncipe Colonna. A la mesa de los otros españoles vino a sentarse una deliciosa y vivaracha joven, que Domingo presentó a sus amigos. Era la hermana del príncipe Próspero, la comunicativa y afable duquesa San Felice, quien les dio también la bienvenida. Se interesó por su trabajo y, con muestras de amistad, instó a los orfebres a visitar el palacio, para así conocer las muchas obras de arte que en ese momento no era posible enseñar.

Un hombre alto, guapo y de noble aspecto, llamó la atención de Micaela. Se cruzaron las miradas y se quedó en la mesa, con la excusa de saludar a Laurencia, que así se llamaba la duquesa. Le presentó esta como Ferdinando Casini, un importante consejero del Papa. Tenía un encanto especial, era comedido en sus maneras y ademanes, pero sus ojos delataban un espíritu inquieto y apasionado. Había una intensa luz en ellos, que sus buenos modales no acertaban a esconder. Les habló de sus viajes a España, de su amor por esa tierra fuerte y noble, por sus ciudades tan diversas, mientras Domingo le escuchaba con atención, intentando descifrar si en su discurso había simple amabilidad, o bien existía algo más.

Pero el caballero parecía tener ojos solo para Micaela. Esta, a pesar de su seriedad castellana, estaba impresionada por hombre tan seductor y seguía su parlamento en italiano entreverado de voces españolas, con atención que pareció excesiva al capitán de Vidaurre, ante la mirada socarrona de Domingo.

A las doce brindaron por el nuevo año, se desearon todo tipo de venturas y comenzó el baile, el primero de 1531. A pesar de llevar varias horas en el palacio, era en el momento del baile cuando se podía contemplar con más sosiego los magníficos atuendos de las señoras romanas. Las españolas habían utilizado sus mejores galas, pero la imaginación y fantasía que habían derrochado las damas presentes era inigualable. La duquesa Querini se había inspirado claramente en la vestimenta de la diosa Ceres; la princesa Borghese había iluminado el crujiente tafetán gris de su vestido con medias lunas de diamantes, emulando a Diana cazadora; la princesa Odescalchi, desde su planta imponente, lucía su famosa colección de esmeraldas sobre un sobrio vestido negro y, suprema coquetería, bajo su largo vestido asomaba la punta de sus chapines, bordados en verde esmeralda. La baronesa Emanuel se había inspirado en la Roma Antigua y enfundaba su esbelta persona en una túnica larga, escueta, finamente plisada, que armonizaba a la perfección con su hermoso perfil clásico. Su oscuro pelo, recogido en un alto peinado por una diadema de corales, recordaba su tierra natal, Sicilia.

Pareciera que todos habían estudiado la ocasión para crear una concertada obra de representación social y palaciega, donde cada personaje cumplía su papel y cada detalle era considerado con atención. Mientras bailaban Inés y Damián, y Micaela y Pilar con unos caballeros romanos, se acercaron a la mesa donde permanecían Domingo e Íñigo con Casini, llamados por este, un siciliano de origen español

llamado Juan Emanuel y el príncipe Spadafora, siciliano asimismo y gran amigo del anterior. El barón Emanuel era gran amante de todos los asuntos de España, dada la procedencia de su familia, que había servido con inteligencia a Carlos V, y ambos eran fieles partidarios de la hermosa Emperatriz. Se percibía el interés de la conversación, desde lejos.

Las expresiones concentradas, como si estuvieran solos en el mundo, pero al mismo tiempo queriendo adoptar una actitud despreocupada, atraían las miradas de los más avisados. No pasó desapercibida la situación para Próspero Colonna, que captó la atención que el embajador de Francia, Jean Colino, concentraba en el grupo. Entonces, con gesto de gentil reproche, se acercó a la mesa de los españoles y, acompañado de varias damas, dijo:

—¿Qué es esto, caballeros? ¡¿Desatendiendo a las damas?! ¡Se baila!

Ojos y orejas

La vida de Micaela se desarrollaba fructífera y serena. Damián y ella habían consolidado su colaboración con varios orfebres, escultores y pintores, que trabajaban en la Corte Papal. Últimamente habían conocido a un artista, Giovanni Bulgari, que tenía su taller en la vía Margutta, muy cerca de la plaza del Popolo. Allí se encaminaron los dos hermanos para trabajar con él, que tenía grandes conexiones con orfebres orientales. Entraron por un hermoso patio, lleno de vegetación y que Giovanni dijo ser:

—... como una jungla en primavera. Lo veréis. Observo con placer que tomáis vuestro trabajo con sumo interés, y que ciertamente deseáis conocer y comprender. Os aconsejo, si así permitís, que visitéis los lugares próximos a Roma. En Orvieto, id a Castel Rubello, donde la marquesa Trinci-Serafini os recibirá con mucho agrado. Yo os daré una carta para ella. Id también, si el tiempo os lo permite, a la región de Las Marcas y a Rávena. Tengo por cierto que los espléndidos mosaicos de sus iglesias harán que vuestra imaginación crezca y se desarrolle con entera satisfacción.

Trabajaron todo el día y Giovanni les enseñó unos magníficos brazaletes de diamantes en octaedro, que mostraban formas originales y elegantes. Otros objetos preciosos, zarcillos, anillos y collares, estaban según dijo inspirados en el arte bizantino.

En la embajada, Miguel May conversaba con Domingo, Íñigo y Daniel en una apartada sala del palacio que, protegida por dobles puertas, era inmune a la indiscreción. Se trataba de una estancia no muy espaciosa, pero confortable y bien preparada para largas disquisiciones.

—Sabéis ya por experiencia —inició el embajador— los peligros que comporta esta misión. Clemente VII, no lo olvidemos, acaba de coronar con pompa y majestad a nuestro emperador en Bolonia. Es un gran paso. Pero no debemos engañarnos: hace

unos días Contarini, prelado de agudo ingenio y perspicaz observación, me recordó que «no lleva a la práctica ninguna idea, ni toma ninguna medida». Pero yo estimo, y hacedme la cortesía de vuestro parecer, que le resulta arduo tomar alguna decisión que favorezca a nuestro emperador. ¡Qué os diré de una iniciativa de nuestra emperatriz!

Domingo y Daniel permanecían serios. El rostro de Íñigo se mostraba inescrutable.

—Además —continuó May—, hay intereses muy poderosos, que si realizan alianzas pueden convertirse en cruel enemigo. Por una parte, Francisco, cuya ambivalente relación de admiración y envidia hacia Carlos V está complicando en demasía la política europea; por otra, la incontenible lujuria del rey de Inglaterra, que necesita absolución para sus pecados y busca adhesiones en un posible aislamiento; y para terminar, y no es baladí, la creciente potencia del Turco, con sus alianzas conocidas u ocultas. Recordad el bloqueo del puerto de Nápoles, en 1528 por Andrea Doria, ahora felizmente al servicio del Emperador.

—Mal me lo pintáis, excelencia —respondió Íñigo—. Cierto es el panorama que describís. Clemente tiene a veces la mirada torva de aquel que algo trama, y sus silencios intrigan tanto como sus palabras. Mas a nuestro favor tenemos importantes personas de los reinos itálicos, con su capacidad de influencia política y económica, y hasta dentro de la Santa Sede, según vos mismo relatasteis, estamos haciendo adeptos. La visita al rabino en diciembre fue fructífera, y el apoyo, total. Contamos con agentes en Flandes, Francia e Inglaterra. Buenos agentes, bien entrenados, hábiles negociadores y bajo los palios de menesteres fuera de toda sospecha. Soy consciente de las muchas acechanzas, pero también del terreno conquistado y de la fuerza que nos produce el celo en un proyecto y la maña en realizarlo, sabiendo que dicho proyecto cambiaría, sustancialmente, la posición de España.

Asentían Daniel y Domingo, y ante el entusiasmo y convicción de Íñigo, exclamó May:

—¡Bravo, capitán! Admiro vuestra porfía, tan propia de los vascongados. Un estado que tiene servidores como vosotros es, en verdad, afortunado. Recordad siempre que en la amistad de algunos poderosos puede acechar el peligro. ¡Desconfiad de Clemente!

Venecia

Por esos días celebraba Venecia su largo carnaval y, como suele suceder en el mes de febrero, la niebla se había enseñoreado de la ciudad. Los miles de faroles que iluminaban las calles y la miríada de velas en casas, tabernas y palacios otorgaban un aire mágico a ese fin de tarde. Nuestro personaje, Antonio Rincón, se perdía entre la multitud, que cantaba y bailaba despreocupada, en un *carpe diem* sin límite y sin

pesadumbre. Todos portaban máscaras y tanto los hombres como las mujeres habían derrochado ingenio para vestirse esa noche. Él mismo, Rincón, iba vestido de monje, creyendo así que no llamaría la atención, con máscara por cierto, y la capucha echada sobre la cabeza.

Por el contrario, el lujo y la riqueza de los atuendos de las gentes hacían que él sobresaliera más aún. Un personaje alto, enfundado en una coraza de cuero, casco romano y un bastón donde se leía SPQR y, por supuesto, con una espléndida máscara negra bordada en perlas, se le acercó y le susurró:

—¡Quitaos la máscara! Así llamáis más la atención. Echaos más la capucha sobre la cabeza, que os cubrirá gran parte del rostro y todos creerán que sois un verdadero monje. Nos veremos en el jardín de la iglesia de los Schiavoni, dentro de una hora.

Así fue. En cuanto se quitó la máscara, ya nadie le miraba; todo lo más comentaban:

—¡Pobrecillo! Un monje no se puede divertir como nosotros.

—¡Déjalo! —contestaba un fauno de verdes vestidos y plumas en el sombrero—. Que rece por nosotros, ¡qué bien lo vamos a necesitar!

Y entre carcajadas, besuqueos e inciertos pasos, estrujaba a su compañera, y acabaron metiéndose ambos en una casa, de donde salía una gran algarabía y tenía una luz roja en su ventana.

Siguió Rincón su camino, cruzó el puente del Rialto y por las estrechas callejuelas llegó a la plaza de San Marcos, donde la multitud enfebrecida, haciendo caso omiso de la humedad y frío reinantes, danzaba, bebía y galanteaba hasta que las parejas desaparecían en la oscuridad de las arcadas de la plaza. La riqueza de las vestimentas, damascos, sedas, pieles, plumas en sombreros y máscaras, y las rutilantes joyas, era fastuosa. Disfrutó por un momento de la visión de la inmensa plaza, que con sus cientos de luminarias arrancaba los destellos de oro encerrados en los mosaicos de la portada.

Las cúpulas doradas daban a todo el espectáculo un aire oriental cargado de opulencia, que denotaba la situación geográfica de esta ciudad, perteneciente a Europa pero con notables relaciones comerciales con Oriente.

Comprobó que su daga estaba en su sitio, pues pensó que, en este alboroto, era muy fácil eliminar a un personaje que resultara enojoso. Llegó por fin a la iglesia de los Schiavoni y el hombre que le había citado ya se encontraba allí.

—*Presto!* —le dijo—. Unas casas más arriba. Os está esperando.

De un portón no muy grande, poco iluminado, salió un encapuchado que les hizo entrar con diligencia. En la estancia, una presencia elegante, de espaldas, le aguardaba. Al entrar Rincón se volvió lentamente. Se trataba de Andrea Navajero, el embajador veneciano que tan contrario había sido al Emperador. Le acompañaba un hombre al que había conocido años ha, el genovés Luis de Presendes.

—Habréis de actuar con premura —ordenó Navajero a Rincón—. Ellos tienden su tela de araña, de manera operosa. Harto ha que llegaron caballeros muy cumplidos

y de destacado ingenio a estos reinos itálicos, con instrucciones de la mismísima Emperatriz. Habréis de viajar a Constantinopla, y allí entregaréis nuestro mensaje.

En una estancia contigua, el agente Aloysio Gritti anotaba mentalmente todo lo oído.

Constantinopla

El aire era tibio en ese mes de marzo en la antigua Bizancio. El español Rincón se movía por la ciudad acompañado por la guardia pretoriana del sultán, los temidos jenízaros, que protegían sus cuerpos con unos anchos cinturones de cuero sobre una cota de malla; sus uniformes de vistosos colores, sus cascos y lanzas coronadas por la media luna les daban un aspecto imponente. Sus expresiones, feroces y decididas, hacían que la gente se apartara a su paso sin necesidad de que ellos realizaran el menor esfuerzo. Cruzó el patio del palacio rodeado de naranjos, que exudaba ya el intenso perfume del azahar.

Atravesó otro patio más pequeño e íntimo, también repleto de naranjos y, esta vez, asimismo de jazmines. El aroma subía como una penetrante nube hasta las ventanas del harén cubiertas con celosías, para ver y no ser vistas. Detrás de una de ellas, dos mujeres cristianas, abrazadas, lloraban quedamente.

Yumis Bey, el traductor griego de Solimán, recibió a Rincón con deferencia.

Argel

En Argel, un gran alboroto reinaba en el puerto. Acababa de llegar una nave cargada de prisioneros y de riquezas. Todos acudían, intentando aprovechar la oportunidad. Entre los cautivos que estaban ya en Argel desde hacía tiempo, corrió el frío río del desánimo. Una nueva victoria de la Berbería mostraba su fuerza creciente y anulaba la esperanza de la ansiada libertad. Pedro Andrés de Roda lanzó una mirada cargada de intención al hijo de su compañero Portuondo, capturados los dos en el desastre de Espalmador. Le decía con los ojos: «¡No desfallezcas! ¡Hay que resistir! Una batalla ganada no quiere decir la guerra vencida».

Hassan, hijo de Barbarroja, encabezaba la victoriosa comitiva. Tambores de estrépito infernal y voces de las mujeres que ululaban con un característico son de aquellas tierras formaban un concierto que rendía honores a los recién llegados e infundía espanto a los cautivos. Muchos de los prisioneros, mientras intentaban descender de los navíos, erguidos, sin perder la dignidad, llevarían impresos a fuego aquellos sonidos, que seguirían escuchando años después en sus noches de pesadillas, cuando se encontraran en sus países de origen y fueran ya libres.

Llegado Hassan a la presencia de Barbarroja, se abrazaron padre e hijo y

comenzó el relato del joven sobre la situación del reino:

—Como vos ordenasteis, padre, fueron enviadas varias naves para interceptar un cargamento de trigo, que había zarpado de Sicilia. Los graneros están llenos, la defensa de la ciudad cumplida y, caso de un ataque de los imperiales, nos encontrarán avisados. Nuestros ojos y orejas se mueven con celeridad por los distintos territorios de la península itálica y, algunos de ellos, infiltrados entre los agentes del Emperador, esperan vuestra llegada para relataros sus avances, con noticias de importancia.

—¡Bien hecho, Hassan! Serás un buen gobernante. Hay que aprender desde el comienzo a valorar a los hombres y comprender sus querencias y aprovechar sus debilidades. Puede que sea esto, con la capacidad organizativa, uno de los elementos clave para dirigir un pueblo. Y cuando de organización se habla, debo referirte nuevas de sumo alcance. Como sabes, el dominio del Mediterráneo es factor determinante para el poder otomano.

»Todos nosotros, con Cachidiablo y Sinan de Esmirna, el Moro de Alejandría, y Ramadan Bajá ocupamos la cuenca del Mediterráneo. Pero debemos conseguir una estrategia común a las órdenes de nuestro señor Solimán. De aquí a poco, arribará a Argel Antonio Rincón, que luchó contra Carlos V en la guerra de las Comunidades. Visitará luego al gran visir Ibrahim, para entre todos, repito, organizar una gran ofensiva que tendrá como teatro de operaciones la península itálica y el sur del Mediterráneo. Por el norte, los ataques a Europa los dirigirá el propio Solimán. Me ha hecho saber nuestro señor que desea nombrarme kapudán pachá, gran almirante de la Armada, armada que acechará a los imperiales y aterrorizará a los cristianos. Grandes responsabilidades, pero también grandes honores. Hijo, Hassan, tú seguirás mi estela y fundaremos un vasto reino, en este nuestro Mediterráneo.

Roma

Pasaron así las semanas, llegó la primavera a Roma y, siguiendo el consejo de su amigo Giovanni Bulgari, decidió el grupo de amigos españoles ir a Orvieto. Previamente habían enviado un mensaje, con la carta del orfebre Bulgari, a la marquesa Trinci-Serafini, la propietaria de Castel Rubello, quien había contestado por el mismo mensajero, diciendo que les aguardaba con impaciencia, y que sería para ella gran contento alojarles en el castillo, desde el que se disfrutaba una espléndida vista de la ciudad.

Atravesaron la campiña romana, gozando del sol tibio y del dulce paisaje que desvelaba la región. Las damas viajaban en un carruaje, acompañadas por turnos por uno de los hombres. Los demás iban a caballo, amén de la pequeña escolta. Cuando llegaron al castillo salieron a recibirles con muestras de júbilo. Un amable caballero les condujo hasta el jardín, donde les aguardaban los marqueses. Fabricio Trinci-Serafini era un hombre corpulento, con ojos claros, un cuidado bigote y una sonrisa

de extrema cordialidad. La marquesa, de un gran porte y gesto imponente, les recibió diciendo: «Acabáis de conocer a la mujer más bella de la península itálica», y lo afirmaba con aplomo tal que todos creyeron que la advertencia era sentida. Pronto conocerían el carácter afectuoso y bromista de María Carolina.

Se sentaron bajo una pérgola de generosas medidas, cubierta de largos tallos de flores amarillas, que les daba cobijo. La vista de Orvieto desde el jardín era, en efecto, fastuosa. María Carolina y Fabricio se interesaron por sus huéspedes, por el trabajo que desarrollaba cada uno, y prometieron visitarles en su taller de Roma, pues la marquesa estaba muy interesada en los objetos artísticos y deseaba encargarse algo especial, de estilo hispano, para la capilla del palacio.

—Acaricio la idea de crear, con una rara perla de mi pertenencia, una joya única para una hija extraordinaria: mi hija Magdalú —les dijo la marquesa—. Uno de estos días, pues supongo que nos concederéis el largo tiempo, os la mostraré, Micaela.

Estaba claro que el carácter decidido y abierto de la diamantista había ya complacido a María Carolina. Por la noche cenaron y después de una breve conversación, se retiraron a descansar. Al día siguiente, la marquesa estaba muy ocupada con los preparativos para la cena y concierto que por la noche ofrecían, de modo que Inés y Micaela, acompañadas de Íñigo y Damián, se dedicaron a conocer los alrededores. Era una mañana hermosa y fueron andando tranquilamente hasta la abadía de la que les había hablado Fabricio. Se hallaba en un lugar apacible y tranquilo, rodeado de un bosquecillo de robles y encinas.

Por la noche, Micaela vistió un precioso atuendo de seda roja, e Inés otro verde almendra, que resaltaba el fuego de sus cabellos bermejos. Íñigo contemplaba a Micaela, y a la vista estaba el amor que había surgido entre ellos: las miradas cómplices, las sonrisas beatíficas, los celos de Íñigo... Todos habían reparado en lo que los interesados aún se negaban. «¿Cuándo se decidirán?», se preguntó Inés.

El castillo medieval lucía velas en todas sus almenas, dando así la bienvenida a los invitados. Los salones estaban adornados con grandes ramos de espino blanco, cuyo perfume a miel impregnaba todas las estancias. Un cuarteto interpretaba una melodía animada y suave, que contribuía a crear un ambiente festivo. Los españoles admiraron a las dos jóvenes que tocaban una el clavicémbalo, y la otra, la viola; eran hermosas y estaban ataviadas con sumo cuidado. La viola de gamba y la mandolina se encontraban a cargo de dos muchachos, muy agraciados también, y entre los cuatro llenaban de armonía musical los amplios salones del viejo castillo. María Carolina recibía a sus invitados con sumo afecto, deseándoles que disfrutaran de los bellos acordes tanto como ella lo había disfrutado en los ensayos. La música fue, poco a poco, invadiendo los altos espacios y uniendo a todos con su universal lenguaje. El joven que tocaba la viola de gamba se abrazaba a su instrumento, acariciándolo con el arco, cerraba los ojos y su expresión concentrada mostraba, a todas luces, que la música impregnaba su alma.

Después de los saludos anunciaron la cena, que estaba servida sobre una gran

mesa, y Micaela, por invitación de la marquesa, se sentó a su lado. María Carolina contó a la diamantista de su amistad con la embajadora, su amor por todo lo español y que su corazón estaba siempre dispuesto al bien de aquellas lejanas tierras. Fue una noche serena, alimentada por el arte y la amistad.

Al amanecer del día siguiente, se acercaron los españoles a la ciudad de Orvieto, donde visitaron el palacio de los Papas, extraordinario ejemplo de arquitectura gótica y sede de treinta y tres papas. Más tarde entraron en el duomo, la catedral, cuya fachada en dos tonos de mármol resultaba imponente, y fueron directos a la capilla de San Bricio, con la determinación de ver el Juicio Final de Luca Signorelli.

Lo que vieron los dejó boquiabiertos. Pilar cumplía así uno de sus deseos. A la luz de las antorchas, que para ellos habían encendido con el fin de facilitar la visión, aparecieron unas escenas de inmensa fuerza y dramatismo; los hombres, mujeres, obispos, reyes y toda suerte de personajes giraban en un torbellino de luz, movimiento y color, con una energía que daba total realismo a la potente composición. Las figuras se presentaban en escorzos hasta ahora nunca plasmados, mostrando que la angustia de verse perdidos para la eternidad les hacía girar desesperados, mientras buscaban la salvación ante la mirada entristecida de los ángeles y salvajemente satisfecha de los demonios.

Daniel se acercó a Pilar, quien, admirada, no podía apartar la vista del inquietante y magnífico Juicio Final. Los ojos de Daniel, sin embargo, no dejaban de contemplar el rostro de su paisana. Esta por su parte, con su carácter discreto pero profundo y tenaz, había decidido tiempo ha que Daniel era el hombre de su vida. Quería sentir a su alrededor, abrazándola para siempre, la alegría, la bondad, la decisión optimista de ese hombre con el que ella había decidido compartir los años venideros.

Al anoecer, ya de vuelta en Castel Rubello y en la grata compañía de sus anfitriones, tras narrarle a María Carolina su cautivante visita a Orvieto, la marquesa les repitió:

—Os invito a hospedaros con nosotros cuantas veces lo estiméis oportuno, ya que vuestra visita nos será siempre de sumo agrado. ¡Ah, Micaela! —añadió—, quiero mostraros la rara perla de la que os di noticia.

Y así extrajo de un primoroso estuche de terciopelo con cierres de bronce una perla de singular hechura. Micaela, al verla, exclamó:

—¡Pero si es un centauro! ¡Es tan claro!...

María Carolina le ofreció rauda un papel y un carboncillo y Micaela, entusiasmada, comenzó a esbozar el extraordinario objeto que debía crear para Magdalú. Cuando terminó de dibujar febril, con ayuda también de unos pigmentos de color, lo mostró a sus asombrados amigos; era, en efecto, un poderoso centauro. La perla era su magnífico torso; el brillo de la perla le daba un aspecto casi de coraza. En la mitológica cabeza de oro, los cabellos entrevolaban por la velocidad en su galopar; los ojos, dos intensas esmeraldas, y sus patas de corcel en oro, con los cascos de diamantes.

—Aquí tenéis vuestro centauro. En breve, lo habréis en vuestras manos.

La Sibila

En casa de la condesa Pinto del Poggio, había conocido Damián a un orfebre con cabeza de patricio romano. El pelo escaso y canoso, casi blanco, los ojos muy azules, la barba corta y cuidada, la nariz recta y la actitud cortés le proporcionaban un aspecto noble y sereno. Se encaminaba a verle, con Micaela, a su taller de la plaza de San Eustaquio. Se llamaba Diego Percossi-Papi, y antes de visitarle querían conocer el Panteón, que próximo al taller quedaba. Les acompañaban Inés y Pilar, que ansiaban ver uno de los monumentos más notables de la urbe.

Una de las características de la arquitectura romana era el estudio e ingenio de la perspectiva, que otorgaba una amplia dimensión a plazas y avenidas. Cuando llegaron a la plaza del Panteón, quedaron extasiados: en dicho lugar, no demasiado vasto pero con la necesaria distancia para la armoniosa contemplación, se alzaba el panteón de Agripa, que, creado con diversas figuras geométricas, simboliza el orden del universo.

—Fue convertido en iglesia por el papa Bonifacio IV y está bajo la advocación de la Virgen María. Las ocho columnas de granito de la fachada se sustentan sobre una sólida base de mármol blanco —les explicó Íñigo, espoleado por la petición de Damián—. ¿Queréis que entremos?

Cruzaron la armoniosa entrada a través de una puerta de imponente hechura. Una vez en el interior, quedaron sin habla: la portentosa inmensidad de la cúpula, la mayor de la cristiandad, y la altura del templo producían la sensación de un universo en sí mismo y, al tiempo, a la medida del hombre, sin ser este aplastado por su vastedad. La luz penetraba por los tragaluces, creando una atmósfera de recogimiento. Micaela sintió una honda emoción de paz y de felicidad. Así debía de ser para sus amigos, pues estaban recogidos en silencio, conscientes de hallarse en uno de los lugares más espirituales de Roma.

Abandonaron el Panteón a regañadientes, pero el trabajo les aguardaba. Embocaron una calle pequeña y corta, que les condujo a una retirada plazoleta

adornada por entero de viña virgen, que colgaba graciosa por los muros de las casas. Diego les recibió con su sonrisa y sus buenas maneras habituales, y les mostró sus nuevas creaciones inspiradas en antiguas joyas romanas y filigranas de grutescos. Concertaron las jornadas de trabajo para las próximas semanas, y les preguntó si conocían la iglesia de Santa María sopra Minerva, su iglesia y la de muchos otros toscanos que residían en la zona. Se ofreció para acompañarlos, y allí se fueron. En la quietud del templo, el joyero comenzó, con su melodiosa voz:

—Esta iglesia fue construida sobre un templo de Minerva, y reconstruida en 1280 con planta ojival. Es la única en Roma de estas características. Venid, os mostraré alguno de los tesoros que alberga. Hace unos días, celebramos el domingo de Resurrección: *Ecco* el Cristo Resucitado de Miguel Ángel. La vida y la fuerza palpitan bajo el mármol. Mirad ahora los frescos de Filippino Lippi: observad la dulzura de las expresiones, la sutileza de los colores. Es otra visión del mundo. Quisiera asimismo conducirlos hasta nuestra iglesia: la iglesia de los orfebres, San Eligio, que, comenzada por Rafael, asienta sus reales en la cercana vía Giulia.

Allí llegados se encontraron frente a un hermoso edificio, que numerosos obreros de varios oficios se esmeraban en completar. La voz de Diego se dejó oír de nuevo, con un deje de legítimo orgullo:

—La corporación de artesanos que había permitido Celestino III en el siglo XII ha ido creciendo en importancia hasta poder fundar la Universidad de los Orfebres en 1508, consiguiendo así convertirnos en artistas, como Carlos V ha decidido con vosotros en Toledo. Esta universidad ha congregado a los más excelsos creadores, como Cellini, Rafael y Bramante. Julio II autorizó en 1509 la construcción de esta iglesia que ahora contempláis. Comprenderéis mi interés, curiosidad y simpatía hacia vuestras actividades y el desarrollo de ellas amén de nuestra similar historia.

Como todo buen ciudadano de los reinos itálicos, se expresaba con auténtico fervor sobre aquellas obras de arte legadas por los que les habían precedido, hablando de ellos como si fueran personas de su intimidad, y con semejante afecto y admiración.

Los días se hacían cada vez más tibios y luminosos, y salir a los alrededores de Roma se convertía en un placer para los sentidos. El aroma de las flores, la visión de los campos en su dulce estallido primaveral, los sonos de los pájaros, la caricia de la brisa y el tierno sabor de los frutos de la tierra empujaron a todos hacia Tívoli, donde, decían, existía una caída de agua en una torrentera sin fin, muy cerca de un antiguo templo de Héctor Vencedor.

Dejaron la ciudad alegres e ilusionados, anticipando con la imaginación los hermosos lugares que estaban a punto de conocer. Domingo, con su contagioso entusiasmo, les iba explicando los parajes que se abrían a sus ojos, o aquellos otros que en breve conocerían y que él consideraba de sumo interés. Íñigo observaba a su

primo con esa mezcla de estima y afecto que fundamenta una amistad y que proporciona instantes de feliz comprensión.

Daniel, con su contagiosa vitalidad, contaba viejas historias de mitos y leyendas que tuvieron lugar en estos parajes a una Pilar cada vez más admirativa. La intimidad había ido creciendo entre los dos, al principio por iniciativa de ella y luego de él, feliz al sentirse enredado en los lazos consistentes del amor.

Llegando a Tívoli, por la vía Tiburtina, comenzaron a subir una pequeña colina que parecía pensada y cuidada metro a metro. Filas de olivos abrazaban serpenteando el promontorio; los troncos de estos árboles daban la impresión de ser, cada uno, una obra de arte, una escultura viviente que movía las ramas con los suspiros de la brisa, creando con sus hojas una sinfonía de verdes y platas. El prado se encontraba cubierto de hierba nueva, de un tierno verde, y entre ella asomaban los tallos grisáceos de unos iris de cabeza azul intenso. Permanecieron unos instantes contemplando con placer aquel regalo de la naturaleza, y luego prosiguieron su camino hacia la posada donde comerían cosas típicas de la región: buen pan recién horneado, sopa de farro y unos productos de matanza que tenían fama de excelentes.

El sol lucía con firmeza y se sentaron a comer debajo de un emparrado: mostraba ya sus apenas nacidas hojas, que se desperezaban después de su letargo invernal. Todo invitaba a la vida, a la complacencia y al amor. Desde allí se divisaba la caída de agua, la fresca cascada que se deslizaba por las rocas, como la cabellera de un hada.

Micaela se fijó en una joven que servía las mesas. Era muy parecida a la duquesa Querini, pero sin los afeites, vestidos y espléndidas joyas que aquella acostumbraba a lucir. Pensó Micaela en la desigualdad de la vida. La belleza de una le había llevado a la cumbre de la sociedad, a una vida sosegada, que le proporcionaba el menor de sus caprichos. A cambio, debía soportar a su viejo marido, no de mucho entendimiento pero amable y enamorado de su joven mujer, que había encontrado en un medio no muy similar al suyo. La otra, Vanozza —pues así se llamaba según averiguó Micaela—, vivía con su abuelo, ya que sus padres habían muerto en el saqueo de Roma, asesinados por unos lansquenets. Trabajaba ella, y duro, todos los días en la posada, sirviendo, recogiendo platos y, sin embargo, sus facciones eran parecidas, su sonrisa era igual de luminosa y su juventud estallaba en esa floreciente primavera.

Imaginó Micaela a la joven tabernera vestida como había visto a la duquesa en el baile de palacio Colonna. La recordaba como una impresionante representación de la diosa Ceres, con su corona de flores y el cesto repleto de las más variadas frutas. El vestido, de rico damasco, evocaba por su color siena las memorables tierras; las joyas, únicas, que la tabernera nunca poseería.

Pensó en la oportunidad, aquello que hace que una vida cambie para siempre o se estanque en unos días sin fin. Quiso Micaela ayudar a cambiar el destino de la muchacha y, llamándola, le hizo mil preguntas sobre su situación, su origen y lo que de la vida esperaba. Vanozza contestó a todas las demandas con cortesía y prudencia,

hasta que Micaela le preguntó si deseaba trabajar como su ayudante, momento en que a la joven se le iluminaron los ojos, bailando en ellos lágrimas de gratitud. Sin embargo, no podía aceptar, dijo, pues era la única compañía y sustento de su abuelo.

—¡Qué pena! —respondió Mica—. Serías muy útil para mí, serías mi intérprete y me acompañarías en todas mis gestiones, ya que habitualmente me acompaña mi ángel custodio, y algunas ocasiones requerirían de una mujer.

Se sorprendió a sí misma Micaela ante su propia reacción, y no acertaba a comprender muy bien la razón de su conducta, pero había actuado como en ella era frecuente, con el soplo de su intuición, que acostumbraba a ser certera.

Después de comer, subieron Inés, Micaela, Íñigo y Damián a ver el templo circular dedicado a la Sibila tiburtina, que mostraba su estilo corintio en un monumento de singular hermosura. Pilar, acompañada por su primo Domingo y por Daniel, decidió ir a ver de cerca la cascada del Aniene.

Se encontraban los dos hermanos Vallesteros e Íñigo admirando las ruinas de lo que hubo de ser un templo magnífico y el panorama de hermosas villas de las colinas circundantes, cuando comenzaron a oír unos angustiados gritos de socorro y voces de alarma, que espantados, creyeron reconocer como de los suyos. Bajaron por el sendero que habían tomado Pilar y los dos hombres y, a medida que se acercaban, crecía el tumulto. A pocos pasos ya, la escena les dejó despavoridos: Daniel inclinado sobre Domingo, intentaba reanimarle.

—¡Por allí! —gritó a Íñigo en el momento en que les vio llegar, acompañando su voz con un gesto de angustia y un brazo extendido. Les indicaba un camino que se perdía en la espesura, por donde ya, muy arriba, escapaban unos hombres que arrastraban por la fuerza a una mujer.

Era Pilar.

Con la faz desolada, Íñigo echó a correr seguido por Damián y Daniel, que había dejado a Domingo a cargo de Micaela, mientras que Inés trepaba más que subía por el sendero que llevaba a la posada a pedir ayuda, al tiempo que llamaban ambas con gritos desesperados. Acudió con celeridad la pequeña escolta; unos hombres quedaron socorriendo a Domingo y otros comenzaron a volar detrás de los tres que perseguían a los bandidos. Cuando llegaron al lugar donde estaba Daniel con Íñigo y Damián, vieron con desolación que los atacantes estaban ya a caballo y escapaban con presteza. Todo había sido preparado minuciosamente. Habían raptado a Pilar.

Corrieron los españoles hacia sus propias monturas, que esperaban a la entrada de la posada, en un vano intento de alcanzar a los forajidos. Cuando quisieron llegar a ellas, era demasiado tarde. Sin embargo, Daniel, con buen número de los hombres que les acompañaban, salió a perseguir a los captores. Mientras tanto, Micaela, ayudada por su ángel custodio y otros hombres, subían a Domingo a una camilla improvisada con el tablero de una mesa. La estocada era mala, la palidez del herido

se acentuaba y los brazos le caían inertes, fuera de la camilla. Le colocaron acostado sobre uno de los asientos del carruaje y comenzaron, dirigidos por Íñigo, la vuelta a Roma. Inés y Micaela se miraban despavoridas.

Un jinete había salido a galope tendido para avisar al cirujano que estuviera pronto cuando llegaran. Apenas arribados, el doctor examinó a Domingo. Le subieron con cuidado extremo a su casa, y el médico intentó sanar la fea herida. Al poco tiempo llegó Daniel, con Damián y el resto de los hombres. Por su aspecto, comprendieron enseguida que no habían encontrado rastro de Pilar ni de los malhechores.

Necesitaban indagar de inmediato, llamar a sus ojos y orejas en Roma, y que les pudieran ayudar a dilucidar quién había podido raptar a Pilar. La razón, por desgracia, creían conocerla muy bien. Era menester actuar rápido antes de que pudieran llevarse a su rehén a lugares más lejanos. Esa misma tarde vinieron hombres de aspecto extraño, que conferenciaron largamente con Íñigo y Daniel. Marcharon con ellos, no sin antes recomendar a Damián que no salieran, bajo ningún concepto, de la embajada. Cerraron los portones de bronce tras los capitanes y sus hombres que incluían soldados de la embajada. El embajador y su mujer intentaban ayudar de continuo, ofreciendo medicinas y otros médicos, e infundiendo ánimos a los desolados toledanos.

Las heridas de Domingo eran profundas y certeras. En un estado de semiinconsciencia, su mente vagaba ingrávida por los verdes campos de su infancia. Se adentró poco a poco en la espesura, que le atraía con su placidez. Sintió en su rostro el frescor del rocío de los arbustos, que iba apartando suavemente. Una luz tenue le guiaba y se fue haciendo más intensa a medida que avanzaba en la fronda. Al final del túnel que formaban árboles y plantas podía entrever una gran claridad. Cuando allí llegó, se encontró en una playa derramada al sol luciente, el mar de su niñez, aquel mar que le había mecido y acunado, aquel mar que le había sugerido otras tierras y otros mares y que le había traído a lugares, creía él, de arte, amor y medida. Cuando su mente comenzaba a sentir el desasosiego de la comprensión de los últimos acontecimientos, delante de él apareció ante su atónita vista el rostro de su madre. La luz se hizo más intensa; los ojos azules de su madre destilaban una paz invitante, y esta, con suma dulzura, le tendió una mano que él asió con firmeza.

Esa misma noche murió Domingo de Arístegui. Era el 16 de abril de 1531, y aquella fecha quedaría grabada en las mentes y en los corazones de todos los que le querían, que eran muchos. Había muerto por defender un ideal, por ayudar a quien de su ayuda precisaba. Al amanecer del día siguiente, volvieron Daniel e Íñigo con Pilar, demudada y débil, pero sin un rasguño.

Enterraron a Domingo en la iglesia de Santiago, la iglesia de los españoles, con una placa que recordaba su gesta: «Varón noble y valeroso. Murió cumpliendo su misión y por la paz»^[29].

El Vaticano

Alejandra, acompañada por sus primos Íñigo y Pilar, intentaba recoger su casa y que la vida de sus hijos continuara después de la muerte de su padre. Era difícil tarea, pues la personalidad de Domingo, tan abierta y efusiva, había dejado un hueco que sería imposible de llenar. Sabía ella que los años irían pasando y que la ausencia torturaría, para siempre, su vida. Pero sus hijos tenían una existencia por delante, y no debía infundirles rencor: era menester que les diera una visión esperanzada. Aguardaban a los padres de Alejandra, que llegarían en breve con el fin de acompañar a su hija y nietos en tan desolador viaje de retorno. Cuando hubieron llegado, partieron a los pocos días. La bella Alejandra dejaba Italia conturbada por la tristeza que le acompañaría toda su vida.

Roma, a finales de ese mes de mayo, era un estallido de luz y de color. Ante los asombrados ojos de los toledanos se erguía San Pedro. Tan solo su nombre evocaba ya mil sensaciones, símbolos y nostalgias de aquellos hombres sencillos, que recorrieron el mundo para llevar el mensaje de su Maestro: «Amaos los unos a los otros, como Yo os he amado». Con esa naturalidad, como si fuera fácil, como si no hubiera que domeñar egoísmos, privilegios, temores y maldiciones.

La antigua basílica de Constantino, origen de la actual, había sido reformada a través de los siglos. El papa Julio II había encomendado al Bramante una transformación considerable en 1510.

—El gran Miguel Ángel —intervino Íñigo—, tan temido por sus mecenas y por algunos colegas y tan admirado por los amantes del arte, finalizó el trabajo. Su genio incontenible ha dado obras tan excelsas como la *Pietá*, que veremos quizás hoy, pero lo que debemos hacer, en primer lugar, es visitar la tumba de Pedro y cumplir también con otra tradición, que es besar el pie de la estatua, que representa al primer papa.

Entraron en la basílica, y la grandeza de la misma les dejó sin habla. La luz, ágil y juguetona en el exterior, aquí dentro, entre las solemnes columnas, se tornaba trascendente, vehículo de una espiritualidad cierta y emisaria del Cielo. A medida que avanzaban hacia la cripta, caminaban mirando en todas direcciones. Por fin llegaron al centro del templo, donde les esperaba un canónigo español, Pablo Colino, que les acompañó hasta la tumba de Pedro. Rezaron unos instantes y Micaela sintió una gran energía, que emanaba del suelo y las paredes. Toda la fuerza de esas almas que habían luchado con valor por sus ideales en el cercano circo romano rodeó su corazón y le hizo pensar que sus angustias, la pérdida de Diego, la muerte reciente de Domingo, eran la cosa más triste que le había sucedido, pero que, por desgracia, no habían sido los primeros y no serían los últimos.

«¿Por qué tuve yo la osadía de pensar que mi vida podía ser libre de todo mal? ¿Por qué pensé que a mí no me ocurrirían ninguna de las desgracias que atormentan a los demás?».

Extrañamente percibió una intensa fuerza, al sentirse acompañada por el espíritu de todas esas gentes de paz. Meditó entonces, una vez más, sobre la belleza del mensaje de Jesús: la igualdad de los hombres ante Dios; la concordia que debía reinar en nuestros corazones, una vez que a nuestro alrededor se cumplieran la justicia y la libertad; y el valor del perdón, el último eslabón de la clemencia, atributo de las almas grandes, y que beneficia tanto a quien lo otorga como a quien lo recibe. Miró a su alrededor y comprobó que sus amigos debían de sentir las mismas emociones, ya que continuaban recogidos y en silencio.

Entonces Íñigo les animó a seguirle para cumplir con el otro saludo al apóstol, y completar así la tradición. Muchos de los que por allí pasaban saludaban al capitán con afecto, y parecía gozar de gran familiaridad con las gentes del Vaticano.

Entraron en el patio de San Dámaso, de medidas perfectas, acariciado a esas horas por la luz dorada de la mañana, y allí acudió un monseñor italiano, afable, vivaz y dicharachero, que les anunció que «les explicaré, junto a don Colino, las excelencias artísticas que van a contemplar. Mucha inspiración para vuestro trabajo».

Al coronar la amplia escalera atravesaron el umbral de la logia que el pintor Rafael había realizado en la magnífica estructura del Bramante. Alzando la vista, sus ojos hallaron una intrincada decoración vegetal, donde aves conocidas o exóticas realizaban evoluciones aéreas en la más lograda armonía. Los colores eran suaves, y contribuían a esa atmósfera tenue y sutil que la claridad, tamizada por ligeras cortinas de seda, creaba en aquel lugar.

La voz de monseñor Colino sacó a Micaela, que seguía ensimismada ora el vuelo de las aves, ora las escenas de paisajes o los personajes encerrados en la decoración del techo, de su ensueño:

—La pintura de las paredes, llamadas grutescos, han sido inspiradas a Rafael por la Domus Aurea, la villa del emperador Nerón. Al estar enterrada, de ahí el nombre de grutesco, «gruta», tuvieron que descolgarse con sólidas cuerdas y, a la luz de las

antorchas, aparecieron los intensos colores e imaginativas escenas que adornaban las estancias. El impacto del arte clásico fue tal, que Rafael ideó estas espléndidas pinturas para la logia construida por el Bramante. ¡Y he aquí el resultado!

Sonreía satisfecho Colino al comprobar la admiración y el contento en las expresiones de sus compatriotas.

—Toledo es única, medieval e incomparable, ¡pero es un privilegio poder contemplar toda esta apoteosis! —exclamó Micaela.

—¡Démonos prisa! —anunció en ese momento monseñor Colino—. El cardenal Laghi nos espera para la misa, en la capilla de Nicolás V. Es una reducida estancia, pero los frescos del beato Angélico la hacen universal.

Llegaron al oratorio que, en efecto, era de humilde tamaño, y de inmediato comenzó la misa. El cardenal, revestido con una hermosa casulla de damasco blanco, era un hombre más bien alto, un poco echado para adelante y con una mirada vivísima, que en ese momento elevaba hacia el cielo antes de dar la bendición a los asistentes. Mientras esperaban a que el cardenal se uniera a ellos, Pablo Colino les quiso explicar los frescos que representaban la vida de san Esteban, que iluminaban las lunetas, y la de san Lorenzo, que recorría las paredes. El talento de Angélico había imaginado grandes espacios y arquitecturas en ese exiguo espacio, que parecía abrirse al infinito en una vorágine de colores frescos y brillantes. Las actitudes de los personajes en las diferentes escenas eran comedidas y discretas, de suaves movimientos, pero los colores... ¡Ah, los colores! Iluminados por el sol, azules intensos, rojos vibrantes, amarillos resplandecientes, luminosos blancos y sutiles verdes competían con el oro que enriquecía vestiduras, libros y aureolas.

—¡Son joyas hechas pintura! —exclamó Damián.

Y, al mismo tiempo, este gozo del más genuino arte producía una serenidad del ánimo, una paz en el corazón, que renovaba el espíritu.

Salió el cardenal a saludarles con expresivo afecto y cordialidad. Les saludó uno a uno y, al hacerlo, cogía la mano de su interlocutor al tiempo que clavaba en él sus penetrantes ojos como si quisiera conocer de inmediato la esencia única de esa persona. Los españoles no entendían todo cuanto decía, pero ante la sonrisa de Íñigo comprendieron que les daba la bienvenida y les invitaba a conocer otras dependencias del palacio, antes de dirigirse al almuerzo donde también estaría el cardenal Álvarez de Castrillón. Tanto Colino como el cardenal Laghi debían de tener un claro sentido del humor, pues de su pulida conversación, en suave tono de voz, se escapaban frases que hacían sonreír a los acompañantes del príncipe de la iglesia. Preguntó Laghi a Damián por su trabajo, si progresaban, cómo les trataba Roma, y volviéndose a Íñigo, le dijo:

—¡Atento, capitán! Cuida de ellos. Deseo que conozcan todo lo que sea menester. Que su seguridad sea garantizada. Sabéis que he lamentado profundamente la triste muerte de Domingo, excelso varón. A veces, en los lugares más hermosos, como con pesar conocéis, acecha el peligro. Pero nuestras oraciones y nuestro cuidado están

con vosotros.

Luego cogió a Íñigo por un brazo y a Daniel por otro y, adelantándose, comenzó a hablar con ellos con expresión atenta e interesada. Cuando llegaron a los apartamentos Borgia, se volvió el cardenal hacia las tres mujeres y Damián, y les pidió con voz riente:

—Les robo a los dos capitanes, unos instantes solo. Monseñor les enseñará esta maravilla que nos dejó el último papa español, Alejandro VI.

Y desaparecieron detrás de una pesada cortina, que ocultaba una imponente puerta. Pablo Colino retomó las explicaciones, que con sumo gozo realizaba. Sobre la puerta por la que se fueron los tres personajes, un fresco representaba el milagro de Bolsena, origen de la fiesta del Corpus.

—A los lados del marco de la puerta —decía Colino—, en el plano inferior, unos imponentes caballeros, de rodillas, miran asombrados lo que en el plano superior sucede. Solo uno mira de frente, decidido, al espectador que observa la escena. El rostro del papa, que en lo alto venera el milagro, es el veraz retrato de Julio II, que se manifiesta en toda la fuerza y energía del anciano Papa della Rovere.

»En otra obra prodigiosa del mismo pintor, *La Escuela de Atenas* —explicaba el monseñor—, además de su valor artístico hallamos un sinfín de símbolos. La arquitectura que se multiplica hasta el infinito, dejando ver un cielo azul radiante, representa nuestra basílica de San Pedro. Platón, alegoría del imperio de las ideas, tiene el rostro de Leonardo da Vinci; a su lado Aristóteles indica con la palma de su mano la tierra, la realidad; y en primer plano, Heráclito, solo, meditabundo, es el retrato del gran Miguel Ángel. Y ahora os dejo a vuestro libre albedrío, para que miréis, observéis y gocéis, de este portento. Quedáis con los monseñores y los ayudantes de Su Eminencia, para lo que podáis necesitar. Voy a buscar al cardenal Álvarez de Castrillón y en el jardín nos encontraremos.

Inés y Damián, traspasados por la emoción, se habían cogido de la mano y se movían lentamente, de un lado a otro, parándose frente a una figura, comentando entre ellos con expresión dichosa. En Pilar y Micaela, sin embargo, pareciera que una incontenible energía les produjese una extraña comezón: querían verlo todo, percibir si la una había observado algo que la otra no había advertido, y juntas recorrían las escenas, intentando absorber aquel universo deslumbrante y grabar en su memoria todo aquello que veían.

Una vez hubieron cerrado tras de sí la pesada puerta, el cardenal Laghi cambió súbitamente la expresión y, dirigiendo a los capitanes hacia la ventana, les preguntó con ansiedad:

—¿Cómo está la Emperatriz? ¿Cómo van vuestras gestiones, en el cometido que ella os ha encomendado? Y el Emperador, ¿está al tanto de todo?

—En primer lugar, Eminencia —respondió Íñigo—, desearía agradecer vuestro

apoyo. No es cosa fácil ayudarnos, ahora que tantas fuerzas se confabulan contra el Imperio. La Emperatriz estima que este su diseño sería el más propicio para España y sus crónicos problemas de finanzas, además de ser causa justa la reunión con otros súbditos, tan leales y útiles como los más esforzados. El Emperador sufre graves sinsabores con la Reforma y con las alianzas que Francisco y Enrique, Francia e Inglaterra, traman con el creciente poderío del Turco. Por esta razón, la Emperatriz ha concebido esta disposición para, así, respaldar a su esposo y hacer razón a naturales de las Españas.

»En cuanto a las gestiones, van progresando y el embajador manda informes al respecto, que se entregan en mano a quien ansiosamente los espera. En Nápoles pudimos ganar a nuestra causa a buen número de las familias más importantes del Virreinato, personajes que gozan de grandes conexiones o influencia en toda Europa y cuantiosas fortunas, para reclutar adeptos y ganar voluntades. Pero ahora es menester que tengamos acercamiento a todos aquellos personajes que Vuestra Eminencia considere proclives a escuchar nuestros argumentos. El embajador y hasta su muerte mi primo Domingo y nosotros mismos hemos avecinado bienquerencias que pueden ser beneficiosas para nuestro fin.

—Bien hecho está, Íñigo. He lamentado profundamente la muerte de Domingo. Era un fiel servidor del Emperador y de la Iglesia. Habréis de extremar el cuidado. Mucho me desconsuela también la noticia del pasado secuestro de vuestra hermana. Pero he oído asimismo que el amor ha surgido entre vos, Daniel, y la bella Pilar de Vidaurre. La vida trae consigo desgracias y felicidad. Daniel, no dejéis pasar esta última. ¿Saben las bellas señoras todo aquello que esconde y encierra este viaje?

—No, Eminencia —contestó Daniel—. Nuestra misión consiste para ellas en protegerlas e iniciar relaciones que puedan ser de utilidad para el buen desarrollo y engrandecimiento de nuestras artes.

—Creemos que es mejor así —apostilló Íñigo— porque el conocimiento de otros misterios supondría mayor peligro para ellas. Ya han muerto dos hombres cabales, que mucho conocían. Es preciso que algunas cosas permanezcan en secreto, aunque alguna advertencia y conocimiento habrá de dárselas, porque el envite se está tornando muy esforzado.

—A vosotros dejo el momento y el lugar para esta decisión —concluyó el cardenal—. Debéis visitar en la intimidad de su casa al príncipe Colonna, a quien ya conocéis según me consta. Es un caballero ejemplar, dedicado, leal. Él puede organizar, mientras la bella diamantista conversa con doña Giovanna y algunos familiares, un encuentro con Farnese y Sforza en la cámara del virrey Colonna, que aquí se encuentra en estos días. También debéis contar con el barón Emanuel, es inteligente, leal también y de voluntad decidida. *Andiamo, amici e buona fortuna!*

Al poco tiempo salieron Íñigo y Daniel, que anunciaron que Su Eminencia

acudiría en breve directamente al jardín, donde tendría lugar el almuerzo. Traspasaron el umbral del jardín y Micaela quedó extasiada. Íñigo, animado por su expresión, comenzó a relatarles:

—Julio II decidió instalar aquí su colección de escultura, llamándola el Antiquarium, dado que las estatuas provenían de la Antigüedad clásica. La instaló en la naturaleza, en un espacio abierto, como se supone estaban en la época del Imperio.

Un amplio jardín se extendía ante su vista. A un lado, en un belvedere, un templete desde el que se observaba una bella vista que hacía honor a su nombre, habían colocado una gran mesa cubierta con un prístino tejido de lino. Rosas trepadoras y viña con sus racimos aún verdes, entremezclaban sus flores y frutos, para ofrecer una fresca sombra a la hora de la comida. No hacía calor y la agradable temperatura invitaba a iniciar el camino, que incitaba a recorrer el sendero y admirar la excelsa colección. Dos esculturas, frente a frente, a los dos lados del camino, competían en fuerza y realismo.

A la derecha en un mármol del siglo I, un hombre recostado en una firme esfinge representaba al río Nilo, sobre el cual quince amorcillos que simbolizaban la fertilidad jugueteaban sin tregua, mientras que el río esperaba pacientemente la crecida para vivificar las bermejas y sedientas tierras. Al otro lado, el espectáculo era menos sosegado: el sacerdote troyano Laocoonte luchaba desesperadamente, en lucha eterna y sin cuartel, con la serpiente que los ataca a él y a sus hijos. El cardenal Álvarez de Castrillón, que silencioso se había aproximado, les aclaró:

—Nuestros geniales Miguel Ángel y Sangallo persuadieron en buena hora a Julio II para que adquiriese esta obra, cuando se descubrió en las ruinas del palacio del emperador Tito, en 1506. Os he visto tan concentrados en la visión de este arte realista, que he preferido no conturbaros. Os doy ahora la bienvenida.

El cardenal Castrillón era alto, de maneras cumplidas, rostro alargado y mirada bondadosa. Una nariz aguileña dividía la faz, confiriéndole el aspecto noble de antiguo senador romano. Los toledanos, sobrecogidos por el legado griego y romano, continuaron contemplando el Torso del Belvedere, tan grácil, como si su movimiento estuviera solo en suspenso y fuera a proseguir su marcha al instante; y la escultura de Ariadna, prodigio de sutiles pliegues que rodean el cuerpo aún dormido de la joven.

—Mucho me complace vuestra consideración —intervino el cardenal Laghi—. En verdad la merecen estas obras, pues son lo más excelso que el genio humano nos puede legar. El arte es vehículo de entendimiento entre los pueblos. Todas las gentes pueden comprender este idioma sin palabras, que llega directamente al corazón y a la mente.

Almorzaron bajo la pérgola una deliciosa pasta, que los cardenales, jocosos, dijeron se llamaba *strozza preti*, «sofoca curas», y ante el desconcierto de los toledanos explicaron que los pobres curas que habían de celebrar varias misas en distintos lugares, al tener que estar en ayunas desde el día anterior, llegaban a la hora del almuerzo con un apetito atroz y devoraban con voracidad tal los espagueti, que

con frecuencia se atragantaban. El pueblo romano, tan dado a la chanza, había hecho el resto. Más tarde conversaron sobre el gran Miguel Ángel. El cardenal Castrillón les anunció que el artista no se hallaba en Roma sino en Florencia, donde se encontraba realizando un importante encargo para los Médici, pero les dijo tener noticia de que pronto visitaría la Ciudad Eterna, y les recomendó que no dejaran de acudir a la Capilla Sixtina.

—Además —añadió el cardenal Laghi—, mucho me complacería que tornarais otra vez, y con un boceto para una pequeña custodia para mi oratorio. Así podréis visitar la Sixtina en ocasión propicia.

—Sí —apostilló Micaela—, es mejor, pues hemos contemplado tantas obras de arte de incalculable talento e ingenio, que habemos urgencia de tiempo para asimilar tanta inmensidad...

Roma = Amor

Los temas vegetales cobraban también gran importancia en el arte de la antigua Roma, como ya habían observado en diversos lugares. En ese espíritu, Micaela y Damián habían decidido aceptar la invitación de la marquesa Patrizzi y visitar los jardines de Castel Giuliano, con merecida fama por su notable colección de rosas.

Se hallaban almorzando con los embajadores, todos juntos antes de partir hacia allí, cuando Daniel, inusualmente serio, dijo dirigiéndose a Íñigo:

—Amigo mío, como tú debes ya conocer, quiero a tu hermana Pilar. Después de los últimos acontecimientos, no deseo esperar por más tiempo. Dios ha puesto a Pilar en mi camino y es mi intención casarme con ella y que pasemos el resto de nuestra vida juntos.

La alegría de los amigos fue inmensa. Íñigo se levantó con rapidez y, al tiempo que abrazaba a Daniel, expresó con emoción:

—¡Nada me podía hacer más feliz! Cuidarás de ella como supiste rescatarla en aquel aciago 16 de abril.

Abrazos, enhorabuenas, las palabras resultaban escasas para describir la dicha al ver unidas a dos personas que de verdad se querían. Los embajadores complacidos anunciaron radiantes:

—Una boda en la embajada inundaría de gozo a sus moradores, y de solaz y alborozo el viejo edificio. Celebraremos en esta vuestra casa la unión del capitán y Pilar.

Con el contento en los espíritus, partieron con la prima de la marquesa Patrizzi, Oretta, y su marido Paolo, camino del castillo. Ella les iba relatando la exuberante naturaleza y la antigua morada que les acogería en breve. Anochecía cuando al fin llegaron. Umberta Patrizzi les recibió en una sala medieval, de altos techos, cuya bóveda era de piedra y las nervaduras estaban recogidas por sendos florones. En cada mesa, unos pequeños manojos de frescas rosas delataban la pasión de la propietaria del lugar.

Un nuevo día radiante inició la jornada. Micaela, armada de papel y carboncillos, siguió a Umberta por el jardín que amanecía con el rocío de la mañana. Era una buena hora para visitarlo con su creadora, que ansiaba explicar a Micaela el tesoro que allí crecía, de dónde provenía cada planta, sus características, perfume y posibles mutaciones... La incipiente luz, suave y delicada, permitía observar la textura de las flores, que la diamantista deseaba estudiar para después poder dibujarlas y servir de inspiración más tarde, para intrincadas filigranas o composiciones de color. Umberta era una mujer menuda, delgada, de cabellos oscuros y actitud discreta, pero cuando hablaba de su jardín, una oculta vehemencia transformaba su expresión en ardiente entusiasmo. El marqués había muerto poco ha, y ella se entregaba con dedicación a sus hijos y a su obra creadora en esa naturaleza que le devolvía el ciento por uno, haciéndola parecer la obra de un mago.

La marquesa Patrizzi sabía tratar cada planta de manera especial. La poda de una no servía para otra. Así, un rosal trepador *Banksia Alba*^[30] caía sobre un muro, a su libre albedrío, en una cascada de múltiples y menudas flores; en otro lugar, bien expuesto al sol, al que se llegaba a través de una umbrosa avenida de camelias, helechos y magnolios, había rodeado una hermosa terraza de piedra con unos rosales de Toscana, de forma casi esférica, absolutamente cubiertos de flores rojo púrpura.

Ese año, la fecunda tierra había engendrado tal cantidad y variedad de brotes que resultaba en una explosión de luz y de color. Se adentraron las dos mujeres en una parte del jardín que actuaba de zona de transición al misterioso bosque, que aún conservaba a esa hora de la mañana lugares de penumbra. Allí había situado Umberta los rosales más salvajes, la *Pimpinfolia* de pequeñas y profusas flores blancas, bien protegidas por minúsculas espinas; la *Eglanteria* de compactas ramas, cuyo fresco olor a manzana percibió y disfrutó Micaela al acercarse; y otras muchas rosas botánicas, que allí crecían libremente^[31].

Se encaminaron hacia el castillo por una avenida flanqueada toda ella por olivos grises y antiguos, que a sus pies tenían unos rosales que llamaron poderosamente la atención de Micaela. Díjole Umberta que se llamaban *Chinensis mutabilis*^[32].

—... pues, si te fijas, en la misma rama hay rosas de tres colores: nace amarillo pálido, casi blanco, tórnase rosa poco a poco y acaba casi púrpura. Viene de China, como indica su nombre, y es un admirable arbusto casi perenne, que puede formar un seto robusto y cerrado, de delicadas flores que parecen posarse en las verdes ramas como ligeras mariposas, en un interludio de su vuelo.

Se aproximaron ya al castillo y el sol era bastante fuerte. Se aposentaba con toda su energía sobre una pared del viejo castillo por donde trepaba con decisión un rosal de pequeñas hojas, muy dentadas, que lucía unas enormes flores de fulgurante blancura y luminosos pistilos de un amarillo solar. Cubría toda la pared en un alarde de ramas, que parecían deslizarse o bailar una armónica cadencia.

—Se llama *Bracteata*^[33] —explicó la marquesa.

—¡Umberta, qué trabajo el tuyo! Se percibe que cada estancia del jardín goza de

tu cuidado personal; que cada planta está estudiada para que se desarrolle de la manera más conveniente para su ser intrínseco.

—Sí, Micaela. No me gustan las reglas generales. Hasta dentro de una misma variedad, una planta necesita más exposición a la luz, menos agua o un soporte más firme; una poda rigurosa para contenerla, o más libertad para crecer. Claro que eso requiere tiempo y esfuerzo; pero también es fuente de gran placer, ya que se trata de seres vivos que reaccionan ante los cuidados. Este año, por ejemplo, la floración ha sido excepcional. ¡Me alegra que la hayáis podido disfrutar!

Pasaron delante de la vasta pradera, donde extendían sus ramas centenarias unos magníficos cedros del Líbano, que eran un prodigio de poderío. Entraron en la casa a tomar un rápido almuerzo con los otros huéspedes y, en breve, Micaela se fue, esta vez acompañada por Inés y Pilar también, para tomar bocetos de lugares o rosas que más le habían inspirado. En el pórtico encontraron a Oretta, su compañera de viaje desde Roma, que se unió riendo a ellas.

Oretta resultaba una deliciosa compañía, siempre alegre, destacando continuamente detalles interesantes de todo aquello que observaban, era prudente y al mismo tiempo naturalmente cariñosa, con lo que creaba a su alrededor un ambiente estimulante y alborozado. Ignoraba todavía Micaela lo mucho que disfrutaría con ella en el viaje a Las Marcas. Ese mes de junio era fértil, como había comprobado Micaela.

Se sentaron bajo un frondoso árbol a dibujar, y a medida que el calor aumentaba el intenso perfume de las hierbas aromáticas, que en un contiguo lugar crecían en geométrica composición, las envolvió con una nube de espliego, albahaca, menta y otras que Micaela no acertaba a reconocer. Compararon al final de la mañana sus dibujos y así, entre trabajo, paseos y largas conversaciones en noches perfumadas bajo los cedros, disfrutaron de unos días de calma y tranquila amistad. Una de las noches, bajo una luna radiante que invitaba a las confidencias, Pilar susurró a Micaela:

—¿Has visto? Estoy a punto de cumplir mi sueño: tener a Daniel en mi casa y en mi lecho.

En ese momento unos pasos amortiguados por la espesa hierba conducían a un hombre hacia el claro donde conversaban las dos mujeres. Tuvieron ellas solo tiempo para apercebir una sombra que se deslizaba a su vera. Cuando llegó a la altura de Pilar, la abrazó con afecto. Micaela dejó a los enamorados en su acompañada soledad. Sabía que la ternura se mutaría en pasión.

Todo era gozosa actividad en la embajada en ese mes de junio. En el patio habían colocado amplias mesas que en breve se verían ya completas con las sabrosas viandas que preparaban en la cocina. Los manteles de damasco de oscuro carmesí estaban adornados con centros de frescas frutas, con cascadas y manojos de tenues rosas que

Umberta había enviado el día anterior en su carruaje. Las había colocado en cajas que contenían húmedas hojas de lechuga, entre las cuales había depositado las rosas. Micaela e Inés, muy temprano de mañana, habían arreglado unas rosas muy olorosas, de profundo color rojo oscuro, que armonizaban a la perfección con las otras de tonos muy claros y que combinaban con el color de los manteles.

Ante las paredes, unas urnas de mármol romanas se adornaban con rosas enhiestas y gallardas y, en el borde, otras que caían graciosamente, entrelazadas con ramas de hiedra, de punzante aroma y claro simbolismo. En su cámara, Pilar se preparaba para acudir a la capilla donde tendría lugar la ceremonia.

Inés y Micaela hicieron su entrada en la estancia de Pilar y se asombraron al encontrarla pensativa y seria.

—¿Qué te sucede, Pilar? ¿No estás segura? —preguntó abrumada Micaela.

—No, no es eso —respondió la novia—. Al contrario. Pienso en mi suerte. ¡En la fortuna que me ha sonreído! ¡Es tan raro que el primer hombre por el que sientes un amor sin límites te corresponda! ¡Es tan difícil hallar el amor! Pienso también en cómo será nuestra vida futura. Con Daniel, la vida está llena de sorpresas y su meta es siempre la mar. ¿Cuántas veces podré acompañarle? Si no lo hiciera, ¿cómo venceré mis soledades?

—¡Ea, ea, Pilar! —dijo Micaela—. Estás reflexiva en demasía para un día de esponsales. ¡Mírate! ¡Mira cómo estás galana! Vamos a terminar de aviarte, y disfruta de todas esas cosas magníficas que la vida te otorga. El mucho amor puede traer sufrimiento, pero no adelantes lo que algún día puede ser. ¡Vive tu presente felicidad!

Rieron las tres, animadas por las decididas palabras de Micaela, que con su radiante optimismo insuflaba vida a su alrededor.

Cuando Pilar apareció en la puerta del largo corredor que llevaba a la capilla, todos se volvieron a mirarla: el sobrio vestido de seda marfil, su piel tan clara, los ojos serenos, la actitud compuesta hacían de ella una belleza.

Del brazo de su hermano Íñigo, avanzaba lentamente, consciente del paso que iba a dar, feliz, habiendo cumplido su sueño. El pelo rubio, trenzado alrededor de la cabeza, lo habían entrelazado Mica e Inés con unas perlas de tinte rosado, que daban al rostro de la novia una cálida luz. En el cuello, una hermosa medalla de la Virgen, que Damián y Micaela habían realizado para ella como regalo de boda. La imagen de Nuestra Señora en oro destacaba en el centro; una orla de esmeraldas recorría el círculo exterior y el aura de la Virgen era de diamantes. El fondo, una increíble filigrana de oro hecha a modo de un panal de laboriosas abejas.

Asistían a la ceremonia muchos de los antiguos amigos de Daniel, de sus etapas itálicas, y muchos de los recientes, obtenidos en los últimos años. Umberta sonreía satisfecha ante las composiciones que había preparado la propia Pilar en la capilla, con las rosas que ella había enviado; el siciliano Emanuel, acompañado de su elegante Laura; los Patrizzi-Montoro, los marqueses Serlupi-Crecensi, que serían anfitriones de los toledanos en Las Marcas; el marqués del Vasto, llegado del

Milanesado; los Gaetani D'Aragona, desde Nápoles; la condesa Pinto del Poggio; la princesa Giovanelli; y compañeros de la armada de Italia de Daniel, que entusiasmado saludaba a uno, abrazaba a muchos, agradeciendo a todos su presencia en un día para él memorable. Hasta que uno de sus compañeros le hizo notar que Pilar se aproximaba.

Tomó su puesto cerca del altar, donde recibió a su novia de manos de Íñigo, su leal amigo y ahora cuñado, que llevaba la emoción escrita en el rostro. El cardenal Laghi había aceptado celebrar el matrimonio, dada su antigua amistad con Íñigo; sus palabras para los contrayentes fueron afectuosas y llenas de sentido, en una celebración sobria y de sincera felicidad que a todos embargaba. Cuando salieron al gran patio, donde tenía lugar el convite, era ya mediodía, pero la sombra de un inmenso toldo marfil que habían colocado de mañana conservaba la temperatura agradable.

Antes de sentarse, el embajador pidió a unas cuantas personas que se sentaran con ellos en la mesa de los novios, donde, por supuesto, estaban también Íñigo, el padrino, y los tres toledanos. El barón Emanuel hizo sonreír a todos con sus bromas y chascarrillos, y aseguró que sería un honor recibirles en Sicilia.

—¿Cuándo planeáis vuestro viaje a mi tierra? —preguntó a Íñigo.

—No sabemos todavía. Esperamos también las órdenes que tendrán que llegar para Daniel. Pero agradezco, en modo sumo, vuestro interés.

Continuaron una conversación distendida y amable y, al cabo de un tiempo, el embajador pidió silencio para hacer un brindis en honor de los novios.

—Creo expresar el sentir general al revelaros el contento que sentimos al estar reunidos a vuestro alrededor, en esta grata ocasión. Daniel, con su buen hacer, su energía y su lucidez, ha sido un fiel servidor de su nación y, mucho más importante, ha sabido encontrar una buena esposa, que estará a su lado con dedicación, y tengo por seguro, con habilidad. Pido un brindis por la felicidad de Pilar y Daniel.

Finalizados los brindis, Su Eminencia, imponente en sus sedas cardenalicias, hizo un pequeño discurso en el que profirió deseos de venturas para el nuevo matrimonio, cerrando así, según el protocolo vaticano, el turno de la oratoria. Entonces, terminada ya la deliciosa comida, con una elaborada tarta de bodas de «pan D'Spagna», como allí llamaban al bizcocho, y cubierta de blanco azúcar, se anunció el primer baile de los novios, momento en que el cardenal aprovechó para retirarse.

Bailaron Pilar y Daniel una dulce y ordenada alemanda, sin dejar de mirarse a los ojos. Se percibía que el mundo había dejado de existir para ellos, y así, después de unos pasos más, partieron para un destino que muy pocos conocían.

Umberta se quedaba en Roma, tras haber preparado con exquisito cuidado los aposentos de su castillo donde residirían por unos días sus invitados. Llegaron Pilar y Daniel a Castel Giuliano, lugar en el que, en fechas anteriores, habían sido tan felices. Y el acogedor castillo y sus mágicos jardines serían el secreto escondite de su vibrante amor.

Audiencia en el Quirinale

Daniel había sido llamado al Milanesado para conocer de primera mano los asuntos de aquellas tierras, y así obtener una visión más global de la situación en la península itálica. Allí había partido el nuevo matrimonio, con la ilusión de comenzar una nueva vida juntos.

Fueron así pasando las semanas y los meses, con Micaela y Damián centrados en un trabajo que les deparaba momentos de gran interés; Inés dedicada a los cuidados domésticos, para que la vida fuera lo más grata; e Íñigo requerido con creciente frecuencia por el embajador, que padecía sufrimiento la ausencia de su colaborador, Domingo de Arístegui.

El día de Navidad, acudieron todos a la misa solemne que el Papa celebraba en la basílica de San Pedro. Los embajadores iban a un puesto preeminente, como correspondía a personas de relevancia, e Íñigo, sentado unos pasos más atrás, se fijaba atentamente en todos y en todo lo que a su alrededor sucedía. Los hermanos Vallesteros e Inés se hallaban en un lugar diferente, desde donde podían disfrutar de una espléndida visión del altar y del centro de la basílica. Habían entrado todos juntos por una puerta lateral, para luego ser colocados por gentilhombres de Su Santidad o por caballeros de capa y espada en sus respectivos acomodos.

Miles de velas derramaban su mágica luz en los distintos ámbitos de la iglesia. La frase «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia», grabada en la pared del templo, recordaba el mensaje del Pescador y estaba iluminada por una línea de velas que arrancaba el fulgor de los mosaicos dorados. Un sinfín de plantas de roja flor festejaba el nacimiento del Niño Dios. Eran plantas que crecían en los viveros de los jardines vaticanos y habían sido traídas con sumo mimo de las Indias. Procedían de la Nueva España, donde se habían hallado por vez primera, y las llamaron flor de Pascua, al florecer en esa época^[34]. Las señoras españolas iban con su mantilla, destacando de las otras nacionalidades; los hombres, de uniforme o grandes galas; los gentilhombres con sus ricos trajes negros, calzón corto, medias de seda y collares de

importancia, que les distinguía de los caballeros de capa y espada, quienes, vestidos de negro, usaban una indumentaria más sobria.

Un poderoso silencio anunció que algo estaba a punto de suceder: al instante, un clamor que se oía en lontananza en el exterior de la basílica presagiaba la llegada del Papa. Por fin comenzaba a llegar, ante los ojos de los asombrados toledanos, el cortejo que precedía a Clemente VII. En primer lugar, numerosos sacerdotes, unos con velas y todos acompañando un gran evangelio; detrás los obispos con sus ropajes de radiante púrpura; enseguida, solo, descalzo, un franciscano humilde y pensativo: era el confesor del Papa; a continuación, el colegio cardenalicio, de rojo vibrante, como vibrante debía ser su dedicación a la Iglesia; y por último, en la silla gestatoria llevada por los nobles romanos y rodeado de camareros secretos, el Papa.

Imponentes abanicos de suaves plumas despejaban el aire denso de incienso en torno al pontífice. Los cánticos resonaban en la inmensidad de la vasta arquitectura, enredando sus claras notas con las volutas del perfume de incienso. Una vez llegados al altar, comenzó la ceremonia, que fue magnífica. El silencio y recogimiento con que la seguían los miles de personas allí congregadas era impresionante. Al salir los embajadores con Íñigo, saludaban a las personas que se aproximaban o a otras que encontraban con votos de felicidad. Micaela percibió dos señoras ataviadas con amplios vestidos de terciopelo, que se alejaban ondulando sus enormes sayas: era la embajadora de Francia, que ya había conocido la Navidad anterior en palacio Colonna, acompañada de *lady* Dormuth.

«¿Qué hará esta señora primero en el virreinato y ahora en Roma, tan lejos del país donde sirve su marido?», pensó Micaela. Con un gesto de sus ojos avisó a su hermano Damián, que acertó a verlas cuando subían a un carruaje. Aproximándose Damián al capitán, le cogió por un brazo y, apartándose del grupo, le hizo notar esta presencia que a todos inquietaba.

En la embajada, la anfitriona había preparado una cuidada comida de Navidad con aquellas viandas que los españoles tanto apreciaban y que, provenientes de sus tierras, tenían su origen en una rica tradición gastronómica: torta de manjar blanco, turrón de Levante, alfajores de Andalucía y otras delicias culinarias.

El recuerdo de Domingo y Alejandra era la única sombra dolorida que flotaba en el ambiente. La nostalgia por la ausencia de las respectivas familias se acentuaba en estos días, pero el cariño de los embajadores y la alegría de sus cuatro hijos desarbolaban su melancolía.

Comentaban entre ellos la próxima audiencia de Su Santidad a Miguel May, familia y colaboradores. El embajador había conseguido que incluyeran también a Micaela y el matrimonio Vallesteros. Había sido fijada para el cercano 10 de enero, y May les relataba en qué términos, creía él, y de qué manera se desarrollaría la misma. Con interés y esperanza pasaron ese 31 de diciembre, preparándose para la fecha señalada.

—¡Vamos, Inés, que es una jornada principal! Estás ya muy cumplida con tu vestido de ceremonia, deja que te arregle un poco la mantilla.

Y colocándole la blonda alrededor del rostro, que enmarcaba el pelo de fuego de Inés, animó dulcemente, pero con un deje de impaciencia, a su cuñada a reunirse con el resto de la comitiva. Entraron por el gran Portón de Ceremonia, que ya conocían. El príncipe Colonna, don Diego de Vargas, el príncipe Boncompagni y el barón Emanuel acogieron a los embajadores en la puerta del patio, y acompañados asimismo por caballeros de capa y espada subieron por la gran escalera, que desembocaba en unas galerías, ese día iluminadas por un sol radiante. Avanzaron lentamente, con paso solemne, escoltados por guardias suizos, vestidos con unos uniformes extraordinarios que, se decía, había ideado el propio Miguel Ángel. Atravesaron así varias salas, con un ceremonial estudiado y antiguo, que cuidaba hasta el más insignificante detalle.

Llegados a la puerta de la Sala de la Audiencia en el palacio del Quirinale^[35], pasó el embajador con el cardenal Farnese y el cardenal Albornoz, venido expresamente de España para la ocasión. Era el resultado de largas negociaciones para que dos príncipes de la Iglesia, cuidadosos de los asuntos imperiales, pudieran acompañar a Miguel May en esa audiencia. Quedaba la comitiva en la antecámara, con los gentilhombres y los monseñores, conversando reposadamente, a la par que admiraban las obras de arte que lucían en las paredes.

El príncipe Colonna se acercó a Micaela, le dijo:

—Señora, no nos habéis favorecido con vuestra visita. La princesa Giovanna os espera. Desearíamos conocer aquellas artísticas piezas que ya son motivo de admiración en Roma.

—Con gran placer, príncipe —respondió Micaela—. Sé además que vuestro palacio contiene un maravilloso salón con telas de Pinturicchio, que todos ansiamos conocer.

—Sea —dijo Próspero—. Venid con vuestro hermano y que os acompañe el capitán de Vidaurre. Traed con vos, si lo estimáis oportuno, alguna de esas piezas de inspiración mudéjar que ya son codiciadas por romanos y napolitanos.

En eso se abrió la puerta y fueron invitados a pasar a la Sala Regia, donde tendrían la oportunidad de besar la mano del pontífice. Cruzaron el umbral y entraron en una inmensa sala, de altísimos techos, con frescos a ambos lados. Además de los cardenales que los españoles habían saludado ya, estaban presentes los cardenales Álvarez de Castrillón, Contarini y Laghi, que los toledanos ya conocían de otra ocasión. También se encontraba allí el cardenal Pole, inglés, y el cardenal de Lorena, que pasaba por gozar de la confianza de Clemente. Después de una breve plática en la que les animó a la confianza mutua y donde se congratuló de las buenas relaciones que unían a los Estados Pontificios con el Emperador, el Papa bendijo a todos los presentes, sus familias y países, dando por acabada la audiencia.

Invitaron entonces los cardenales, como príncipes de la Iglesia en nombre de Su Santidad, a dirigirse hacia unas salas donde el Papa les convidaba a un almuerzo y se encontrarían también otros huéspedes del papado. Entró el pontífice en la estancia donde estaban todos congregados, vestido con su hermosa capa roja sobre las blancas vestiduras, seguido de un séquito que precedía su sobrina Catalina de Médici, joven a la que se había educado cuidadosamente, para poder brillar y sobrevivir en cualquier Corte de Europa. Fueron saludando uno a uno a los presentes y Micaela sintió un sobresalto cuando vio que tío y sobrina se detenían a cumplimentar a la embajadora de Francia y su acompañante, que no era otra que *lady* Dormuth. Al cabo de unos minutos pasó el Papa con doña Catalina, los cardenales, los embajadores de España y los de Francia a una sala más alejada, y los demás a una estancia donde estaban preparadas unas mesas y viandas, para la comitiva y sus ayudantes. Los manteles de blanco damasco tenían sobre su centro unas pirámides de limones, tan estéticamente coronadas por espigas de trigo, que parecía hubieran allí brotado. Las paredes revestidas de damasco oro realzaban las magníficas esculturas de mármol blanco de época romana. La luz entraba a raudales por los amplios ventanales, creando un cálido ambiente festivo. Cuando Íñigo y Micaela se iban a sentar, previa indicación de uno de los monseñores españoles, Pablo Colino, se acercó Vera Dormuth y se dirigió a Micaela:

—¡Ah, querida señora! Hemos de encontrarnos en diversas partes del mundo. Creo que es menester que nos conozcamos mejor.

Y ante una invitación carente de entusiasmo del capitán, se sentó junto con el marqués Sachetti, que la acompañaba. En la mesa se encontraba también el siciliano barón Emanuel, por quien Micaela sentía una viva simpatía, unida a la confianza que Íñigo le había dicho tener en su juicio y lealtad. Asimismo estaba en la mesa una señora a quien la diamantista había aprendido a estimar: la condesa Marisa Pinto del Poggio, que se convertiría en una gran amiga de Micaela, y con la que compartiría preocupaciones varias y vivencias felices. Ya en ese momento Micaela se sentía más segura también, teniendo a su lado a Damián, escueto de palabra pero largo en observación, al que Íñigo, tras una entrevista o reunión, preguntaba siempre su parecer, ya que valoraba y apreciaba su perspicacia y sentido cabal.

«Qué bien se entienden», pensó Micaela al mirarles. Pero he aquí que sus pensamientos fueron interrumpidos por la voz, plena de autoridad, de *lady* Dormuth:

—¿Y qué hace nuestra diamantista en Roma? ¿Trabaja mucho o no le dejan tiempo para ello los galanes romanos?

La pregunta, hecha en un tono burlón, molestó sobre todo a Íñigo, que no gustaba de esas frivolidades malintencionadas. Le aquejaba una cierta tendencia a la rigidez cuando algo o alguien comenzaban a disgustarle. Pero el que contestó veloz como el viento fue Damián, con su sobrio estilo toledano:

—Excelencia, el encargo de nuestra señora la Emperatriz es el de estudiar lo excelso de estas tierras y trabajar con orfebres de alto mérito que habitan en esta gran

urbe, trabajo que no da lugar al ocio y el galanteo. Doña Isabel confió en nuestra industria y nuestro arte, como ya su abuela, doña Isabel, lo hiciera con nuestro abuelo Francisco, y no podemos sino contentarla.

Vera Dormuth no era mujer que aceptara una contestación semejante, y como un látigo su voz sonó con sorna:

—No os sulfuréis, señor diamantista. Son usos y costumbres de la buena sociedad el poner un poco de humor en la conversación. Y además yo preguntaba a la diamantista, no a vos.

—Señora —intervino la aludida—, fue siempre muy honroso para mi familia que la Corte nos hiciera encargos que traspasaban las fronteras de nuestro amado Toledo. Es tradición nuestra ser cabales con las empresas que nos asignan.

Acabada la comida, aparecieron en el umbral de la estancia contigua el Papa y su sobrina; pasaron de unos a otros, saludando aquí y allá, y Catalina, al aproximarse a la mesa de los españoles y dirigiéndose a Micaela, apuntó:

—Es fama extendida por toda Roma que elaboráis objetos pulidos que aúnan el estilo antiguo de vuestras tierras con las nuevas técnicas que habéis aprendido de los orfebres toscanos. Mi bisabuelo Lorenzo el Magnífico tuvo también, como lo tiene vuestra Emperatriz, extremo cuidado por las artes, y mandó a sus artistas a trabajar con los orfebres de la India. Me complacería ver vuestras joyas algún día. Preguntad por Bonino; en vuestra embajada le conocen. Os espero.

Y comenzaron a despedirse. El pontífice era muy Médici. No muy alto, de escasas carnes, la nariz prominente y la mirada intensa; pero había algo huidizo en su actitud, algo inseguro en su ademán y, a veces, la mirada de soslayo que dirigía no auguraba nada bueno; tenía la expresión torva de aquel que algo trama y sus silencios intrigaban tanto como sus palabras. Su carácter se había forjado en la observación y el disimulo. Era hijo natural de Juliano, el hermano tan querido por el Magnífico. Su vida había transcurrido en esa familia poseída por el esplendor, pero siempre como un miembro de poca relevancia. Había aprendido entonces a disimular su ambición y sus rencores, a esperar el momento oportuno en que la ocasión o el poder le pudieran dar una oportunidad para demostrar al mundo entero de lo que él era capaz. En una Corte muy influenciada por Maquiavelo, había desarrollado como nadie la capacidad de mentir para servir sus propósitos, sin tener en ningún momento cavilaciones y mucho menos remordimientos. Convertía todo y a todos en moneda de cambio, empezando por la que él llamaba sobrina, pero que en realidad era su prima en quinto grado, Catalina de Médici. Al morir los padres de esta, el entonces cardenal Julio de Médici le había llevado a Roma hasta que fue elegido papa Adriano VI, momento en que mandó a su sobrina de vuelta a Florencia. Quizá sintiera, en lo más profundo de su ser, cierto afecto por esa niña, huérfana casi al nacer, pero su naturaleza manipuladora le hacía ver a sus familiares como meros peones de sus intereses.

Catalina, sin embargo, aunque no muy alta y a pesar de su juventud, tenía una compostura, un aire de decisión dentro de la prudencia que le hacían singular. Los

ojos claros, la mirada intensa, la boca menuda... No era hermosa, pero poseía el encanto de las mujeres inteligentes y cultivadas. Habiendo perdido a sus padres, había conocido en Roma los fastos de la casa de su tío, y el ambiente culto y refinado de su casa en Florencia. Los ecos del «saco de Roma» impresionaron, con certeza, la joven mente, que comenzaba a despertar a la vida en un ambiente de respeto al arte. Conocía el relato de las atrocidades de la política; sabía, por haberlas visto a su alrededor, la fuerza de las pasiones de la envidia y el odio, y era consciente de todo aquello que se puede corromper con el dinero. Hubo de aprender a escuchar y vigilar, a sobrevivir en este juego donde vence el más astuto, donde los principios carecen de importancia. Imbuída de su rango, de la gloria de su familia, comprendía que tendría que contribuir a ella con una boda importante, siendo Catalina la única heredera legítima del Magnífico.

Este aprendizaje, realizado en la contemplación de los avatares de su tío el Papa, muchos por él buscados, le serviría de inestimable experiencia para la vida que le aguardaba, bien como duquesa reinante o como reina de algún Estado de consideración. Esta situación no estaría exenta de peligros y enredos. Esta era la joven que acompañaba al ladino Clemente en la comida de aquel día.

En esa reflexión estaba Íñigo cuando vio que se acercaba a Micaela el embajador de Francia, que había estado con el pontífice en la sala contigua. Con ademanes de hombre habituado a los usos de la Corte, cumplimentó a las dos damas, Vera y Micaela:

—¡Qué fortuna la mía! ¡Encontrar juntas a dos damas tan galanas! Señora diamantista, mucho admiro el arte y la industria en una mujer, y más aún la bizarra belleza que a vos adorna. Toda Roma habla de vuestro ingenio.

En ese instante llegó la embajadora, mujer de cumplida hermosura y gran elegancia, que secamente ordenó a su esposo sus inminentes obligaciones, y cogiendo a su amiga Vera por el brazo, dijo a los otros huéspedes:

—Ya nos aguardan para otra función de cumplimiento.

Íñigo, que había observado la escena, se acercó cuando los tres se alejaban.

—¡Qué gallardo y marcial es el embajador! Sin embargo, la embajadora es seca y cortante —apuntó Micaela.

—En efecto, es el embajador de Francia caballero aún compuesto, a pesar de sus años. Derrama en sociedad mieles, que, en tornando a casa, troca en hieles —replicó Íñigo—. Todo aquello que de inconveniente o molesto, según a él parece, ha tenido que soportar lo hace pagar a sus personas más cercanas, entre las que su mujer es la diana más próxima. Era ella una mujer de disposición optimista, pero su alegría ha sido minada por su flamante esposo. Doctor en descalificaciones en privado, a estos mismos objetos de sus invectivas trata con sumo tiento y reverencia en las ocasiones sociales. La embajadora deja entrever, para el ojo avisado, una tristeza, un desencanto, que mina poco a poco su salud.

Así, Íñigo explicó lo que él creía adivinar en la relación de ese matrimonio, por

haberlo vivido ya antes con otra hermana suya, a la que un marido, convencido de que su esposa era de su única propiedad, trataba a su antojo en casa y con mil miramientos en presencia de amigos o familia.

—Creo adivinar en tu mirada, Mica, el desencanto y la desilusión. En esas reacciones bruscas que tú señalas de la embajadora, se hace notar el sufrimiento de alguien que es tratado, cuando no hay testigos, con desprecio calculado para herir, frialdad pensada para minar y arrogante silencio para anular. No debes juzgar a la ligera.

Sintió Micaela haberse precipitado y haber condenado a quien parecía vivir sin amor, y se prometió a sí misma ser más reflexiva. *Lady Dormuth* se alejaba, pero se volvió para mirar a la diamantista, y esta sintió los ojos de Vera clavados en ella como un frío puñal.

Capilla Sixtina

Se aproximaba una fecha de triste recuerdo. La ausencia de Domingo seguía siendo una pesada losa para todos, pero sobre todo para Íñigo, que tenía en su primo al amigo y compañero de tantos afanes. Micaela, que ya había pasado por el dolor de perder a alguien muy querido, deseando animar a sus amigos, propuso la esperada visita a la Capilla Sixtina, donde el genial Miguel Ángel había realizado unos frescos sin igual.

Cuando allí llegaron, les recibió como estaba acordado el joven Vasari, que ya estudiaba la obra de Miguel Ángel. Los frescos de la bóveda de cañón eran en efecto un esplendor.

—¡Habéis tenido enorme fortuna! —les anunció Giorgio Vasari—. Podréis entrever al maestro, que allí está, ya que se encuentra en Roma por unos días. Clemente VII le ha pedido que pinte detrás del altar la caída de los ángeles rebeldes, pero parece que él está considerando la escena más vital, dinámica y apasionada jamás pintada.

Por la ventana, bajo una de las lunetas, entraba la luz tamizada por un velo, pero a pesar de eso los colores eran frescos y luminosos como las flores del campo. En voz bastante baja para no distraer al maestro, ya que todos conocían el fuerte genio del Buonarroti, Vasari explicaba a los españoles las figuras que tan poderosamente habían llamado la atención de Micaela, y que su jefe estaba retocando en esta breve visita:

—Representa a Josafat, Asa e Ioram, como parte de las muchas figuras bíblicas aquí pintadas en lunetas y techo. La expresividad de sus rostros y el realismo con que están realizados sus cuerpos, que mortales cuerpos son, que no ángeles, han cambiado para siempre el arte de la pintura.

Micaela estaba extasiada. Los colores se le aparecían como nunca antes los había visto, nuevos y originales, en combinaciones que nunca hubiera imaginado, entre ellos un verde leve, delicado y transparente, que armonizaba con un amarillo radiante,

y se tornaba naranja en las sombras de los pliegues de los ropajes. Emocionada, exclamó:

—¡Mira, Inés! ¡Mira la excepcional figura de mujer que desenrolla un pergamino! Nunca vi nada igual en mi vida...

—Señora, tenéis razón —tronó una voz desde lo alto—. Es la Sibila délfica, y es el retrato de una de las mujeres más bellas de Roma. De nuevo, la armonía del verde y el naranja, que tanto favor le hacéis. Me complace que viváis el arte con pasión. Así debe ser.

Y tomándose un respiro, descendió para saludar a los españoles, ya que monseñor Colino le había advertido de su visita. El maestro había refunfuñado entonces que no deseaba distracciones, ni visitas que acudían a la capilla a ver su trabajo como si fueran al campo... Pero la ardiente admiración de Micaela le había desarmado y ahora venía a su encuentro.

—*Signor Buonarroti*, maestro, estos son los españoles de los que os hablé. De la antigua Toledo, de excelsa tradición de arte y culturas; y vuestra admiradora es la diamantista Micaela Vallesteros, que con su hermano Damián vino a los reinos itálicos con un encargo de la Emperatriz. Inés es la mujer de Damián, y al capitán de Vidaurre ya le conocéis.

—Ah, sí, sí —contestó Miguel Ángel—. Mucho he lamentado la muerte de vuestro primo Domingo, persona cabal, amante del arte y de la buena vida. *Ma che peccato!* Y vos, señora, ¿deseabais conocer algo más de esta mi obra?

—¿Algo más, decís? Me quedaría a vivir aquí. Ahora mismo es de mi parecer que toda una existencia no sería suficiente para poder descubrir los prodigios de color, textura y movimiento de las figuras que creáis. Esa última de mujer, en el otro extremo, la que sujeta un gran libro abierto... ¿quién es, señor?

—Es la Sibila líbica —contestó el maestro—: una de las figuras de más simbología de la capilla. ¡Micaela! ¡Qué sonoro nombre! Señora, tenéis un sentido innato del arte. El escorzo de la Sibila líbica es por mí muy amado. Os explicaré la cronología del proceso y luego os dejaré, para que recorráis la capilla a vuestro placer. Mi mente comenzó a imaginarla el 10 de mayo de 1508, por encargo del papa Julio II. Empecé a pintar el Diluvio Universal en septiembre de ese mismo año. Adelantados pintores de mi taller han participado, ¡y cómo!, en este magno fresco que narra la historia del Antiguo y el Nuevo Testamento. Sin embargo, todos los antepasados de Jesús, en velas y lunetas, son exclusivamente de mi mano. Como podréis ver, comencé desde la puerta central y fui avanzando hacia el altar.

»Las pinturas del techo se desvelaron a las miradas el día de la Virgen de agosto de 1511, la fiesta de la Asunción, y terminaron el día de Todos los Santos del mismo año. Ahora, acabadas las representaciones de profetas, sibilas, generales, reyes y heroínas, pintaré un Juicio Universal, que deseo más alarmante, enérgico e inquietante que el de Luca Signorelli, en el duomo de Orvieto. Y ahora, *a voi, amici!* Tumbaos en el suelo, para gozar de una mejor visión del techo. Me voy a trabajar.

Y se fue dejando a los españoles con el soplo del genio sobrevolando sus cabezas. Se tumbaron en el suelo los cuatro amigos y contemplaron a placer las distintas escenas que contaban el pecado original con los desnudos cuerpos de Adán y Eva, tan reales, tan humanos. Y en el centro...

—¡Íñigo, mira! ¡Qué hermosura! —exclamó Micaela—. Mirad ese hombre tan atlético, que recostado sobre la tierra de su origen recibe la vida del dedo de Dios.

—¡Qué movimiento! —añadió Inés—. ¡Qué pasión en la descripción!

Y volvían a contemplar absortos aquellas imágenes pletóricas de vida, energía y talento.

—¿Deseáis conocer otro dato curioso? —inquirió Íñigo—. Las medidas de la Capilla Sixtina son exactas a las del Templo de Salomón^[36]. Y los hermosos frescos suspendidos en la pared, a modo de tapices, son de artistas de la talla del Perugino, Ghirlandagio, Boticelli, Pinturicchio, Roselli y Signorelli, nada menos. También aquí, como veis, los colores son vivaces y lucen extraordinariamente frescos. La composición, por el contrario, es muy distinta a la del maestro Miguel Ángel.

Recorrieron con sumo interés las diferentes escenas, con admiración hacia un pueblo que producía tan señeros artistas y que dejaba constancia de una vida preocupada por el arte.

Cuando salieron del Vaticano, la anochecida era suave y perfumada. Las luces de los candiles comenzaban a lucir en las casas con las ventanas abiertas de par en par, para dejar entrar el frescor de la noche. Los rumores, risas y susurros de niños, parejas y amigos llegaban de los hogares, que crepitaban de alegría y ganas de vivir. En un recodo de una calle, ya oscurecida por las sombras de la noche y a la claridad de una antorcha, vieron acercarse a Miguel Ángel. Su figura sólida y corpulenta se balanceaba al andar, como mecido por las olas del mar. Al verlos exclamó:

—¡Ah! Me gustan los españoles, sois fuertes y profundos. Y esta diamantista que tiene la energía en sus manos. ¿Adónde dirigís vuestros pasos? Conozco una tratoría aquí cerca, en el Trastévere, donde las gentes más animadas de Roma se reúnen al anochecer. La comida es sabrosa, y si la noche se caldea acabamos bailando. ¿Venís?

Un tanto sorprendidos con la invitación, aceptaron encantados de unirse a él y sus amigos. Caminando prestamente llegaron a la casa que albergaba la fonda. Cuando abrieron la puerta, el gentío vibrante y bullicioso les acogió con grandes gestos y abrazos. Pareció a los españoles causa de asombro y maravilla que aquellos compañeros del Buonarroti les recibieran con tantas muestras de contento. Los que conocían bien al genial artista sabían que no toleraba discusiones sobre sus decisiones, y que la admiración sincera que le profesaban por su talento y el temor a su tempestuoso genio, unido al látigo de su ingenio, hacían más prudente plegarse a las situaciones que él determinaba. La atmósfera dentro era densa y cargada; las mesas anchas y con capacidad para muchos hacía que la comunicación fuese inmediata, como si el tiempo apremiara.

El claro vino del año corría con largueza, y Miguel Ángel anunció al posadero

que los toledanos eran sus huéspedes. Cantaron, también bailaron unas danzas rápidas y plenas de voluptuosidad que hacían que los cuerpos se rozaran, con demasiada insistencia en opinión del capitán, cada vez que los propios pasos del baile le alejaban de Micaela, para acercarla a otro que no fuera él.

El Buonarroti, sentado en un ángulo, dibujaba sin descanso, enfebrecido, como poseído de una fiebre incontenible. Durante una de las pausas, entre canto y baile y baile y canto, Micaela se acercó al maestro con la curiosidad de ver lo que realizaba. La admiración se fijó en el rostro de la diamantista. Un gran grupo de hombres y mujeres se movía con extraordinaria fuerza, en una danza sin fin con la misma vida, que, en el papel y con un simple carboncillo, el artista había plasmado.

—Toma, Micaela. Es para ti. Quiero que guardes este mi presente y que lo conserves cuando vuelvas a tu noble ciudad de Toledo. Me gusta vuestro carácter. Decís las cosas claras y sin embustes. De mí dicen que soy brusco y *senza finezze*. Pero yo te digo que cuento las cosas como las veo y maldigo a aquellos que a las espaldas dicen lo que de frente no osan. ¿Sabes lo que un dicese artista llegó a murmurar?

Ante la negativa alucinada de Micaela, él continuó:

—Decía que la Pietá que realicé hace años no la había creado yo. Que no fui yo quien sacó a cincel y martillo del duro mármol la mujer rota de dolor, que acaba de perder a su hijo; la mujer que abraza el cuerpo sin vida de lo que más quiere en el mundo. Sufrí al cincelar el mármol, y mi sangre y mi palpar están en esa madre doliente. Por tanto, una noche me acerqué en silencio y en la oscuridad grabé con mano firme mi nombre en la cinta que cruza el pecho de la Virgen, uniendo así mi vida a la de ella, en esa sutil cinta, para que me lleve siempre en su corazón.

Micaela, con la emoción contenida, miraba con ojos brillantes de lágrimas cautivas a aquel hombre de apariencia tosca, pero que, además del genio, encerraba una ternura cálida que ahora envolvía toda su persona, y dotaba su expresión de una dulzura insospechada en un hombre de estructura tan corpulenta.

—¡Qué sorpresas depara la vida, maestro!, nunca imaginé que podía oír algo tan delicado de vos.

Y sin pensar mucho lo que hacía, pasó su mano entre los rizos rebeldes de Miguel Ángel, en una caricia teñida de cariño y admiración.

El Buonarroti la miró unos instantes, con un relámpago en la mirada, cogió la mano de Micaela y la besó. Luego le tendió el dibujo y desapareció.

Micaela, al llegar a la embajada, se despidió con premura y rauda corrió a su taller en la buhardilla del palacio. Trabajó incansable, dibujando cuerpos de centauros, sirenas, naves con las velas desplegadas, flores de intrincados arabescos y dejó volar su imaginación en una vorágine de formas y colores.

La voz tranquila de Damián que intentaba despertarla le sobresaltó:

—¡Mica, qué susto nos has dado! ¡Son las doce de la noche! Inés ha ido a tu cámara y, al no encontrarte, hemos buscado por todas partes hasta que se me ha

ocurrido venir aquí.

—Lo siento, Damián. Tenía tal urgencia en dibujar todo lo que la visita a la Sixtina provocó en mí, que olvidé comunicaros mis intenciones.

—Lo sé, Mica. Pero debes pensar que es peligroso que permanezcas sola a estas horas. Puede alguien saltar por los tejados y darte un susto. Ten en cuenta todo lo que ha sucedido.

Viterbo en abril ofrecía un espectáculo radiante. La buena tierra daba sus frutos en este mes luminoso. Micaela había acudido con Íñigo, Damián e Inés a la invitación de un rico comerciante, que, entre otras actividades, enviaba a toda Europa unas prodigiosas mesas hechas de mármol y piedras duras, con escenas florales, aves o formas geométricas. Pero su gran pasión y orgullo eran sus peonías^[37]. Se llamaba Carlo Confidati, y en su finca de Viterbo cultivaba esas flores que comenzaban a ser muy codiciadas en todo el continente, tanto por su belleza como por el valor terapéutico de su raíz. Uno de sus antepasados había acompañado en sus viajes a Marco Polo, y de esas aventuras había traído consigo unas plantas de China, que allí llamaban la flor imperial, y que por su belleza y profusión de pétalos y colores delicados merecía tal apelativo. Una de ellas, de rosa tan tenue que se tornaba transparente, se llamaba Fen Zhong Guan; otra blanca, grandiosa, de enormes pétalos que se enroscaban sobre sí mismos, Jin Yu Jiao Zhang; y una tercera de un oscuro color de púrpura y perfumadísima, cuyo nombre era Sheng Dan Lu: todos ellos nombres de intensa poesía y esplendente fonética. La afición por esta flor única se había transmitido de generación en generación, y el lugar reservado para estas plantas había ido en aumento en ese jardín portentoso.

Cuando llegaron los españoles, había ya mucha gente congregada para el almuerzo, que tendría lugar después del esperado recorrido botánico. Salió Carlo Confidati a recibirles y en ese instante anunció que empezaba la visita. Tomaron una avenida de cipreses, que a sus pies tenían unas peonías silvestres de intenso tono cereza. La avenida era umbría a causa de la altura de los árboles, pero a poco desembocaron en un claro donde la brisa plateaba las copas de unos olivos centenarios. Bajo ellos, se extendía lo que a Micaela e Inés se les antojó un mar de flores: las corolas de las peonías transformaban el campo en olas blancas, todos los tonos de rosa y los más intensos carmesíes y púrpuras. Era un inusual espectáculo, arte viviente, creado y cuidado con esmero por una familia dedicada a ello. Estrechas avenidas tapizadas por un fresco césped permitían el tranquilo paseo entre las distintas variedades, que eran contempladas con gozosa admiración por el grupo allí reunido.

En otro lugar, las peonías se derramaban por un ancho pasillo central que serpenteaba hasta acabar en un muro, donde comenzaban a brotar unas diminutas rosas en grupos floridos. A los dos lados de las peonías, dos espaciosos senderos de

gravilla. Aquí la flor imperial se convertía en un torbellino de púrpuras y carmesíes, armonizado con los violáceos de las flores de los árboles del amor. La visita resultó un espectáculo esplendoroso. La comida transcurrió en un ambiente de cordialidad y amistad, que disipaba los oscuros nubarrones del pasado.

La condesa Pinto del Poggio había acudido también y conversaba entretenida con Micaela e Inés.

—*Cara Mica*, hemos de hacer un libro con los diseños que realizas aquí en Roma. Un libro menudo, cuidado y con esmero. Podrías incluir, a modo de prólogo, algunos dibujos de joyas mudéjares, y así se vería el estudio que habéis realizado Damián y tú, partiendo de una tradición muy toledana, ¿qué te parece?

—Me entusiasma, querida Marisa —dijo Micaela—. Creo que deberíamos, en ese caso, añadir las obras que nuestro abuelo Francisco realizó para nuestra amada reina doña Isabel, describiendo así la evolución del arte de la orfebrería hispana. ¡Qué proyecto interesante, condesa!

—Y además —terció Inés—, Mica, podrías adjuntar los bocetos que hagas en Sicilia, y así sería un documento muy completo para entregarlo a nuestro retorno a la Emperatriz, alma de este proyecto.

Íñigo caminaba por un sendero del jardín buscando a Damián cuando, de repente, sintió que le cogían con fuerza por un brazo y le arrastraban hacia dentro; raudo echó mano a la daga e interpuso en un movimiento rápido y certero el arma entre él y el atacante, cuyo contorno se desdibujaba en la penumbra del cobertizo.

—¡Señor capitán, no! ¡Soy amigo!

Los ojos de Íñigo, ya más acostumbrados a la media luz, reconocieron vagamente la asustada faz que repetía:

—Soy amigo... Soy Bonino, servidor de la señora doña Catalina, sobrina del Papa. —Y ante el asombro del capitán continuaba—: He venido disimulado entre la servidumbre, enviado por mi señora para avisaros que no toméis la ruta Cassia a la hora de volver a Roma. Sé que descansaréis un día en Castel Rubello, con los marqueses Trinci-Serafini. Desde ahí, cambiad el camino. Es de suma importancia. Mi señora quiere veros a vuestro regreso a la ciudad.

Y desapareció.

Como habían prometido, Micaela y Damián avisaron a la princesa Colonna de que, en el día de su mayor conveniencia, podrían llevarle ya algunos bocetos y joyas que habían elaborado en su etapa romana. Los recibió Giovanna Colonna en una amplia sala, la estancia del Pinturicchio. Contenía esta sala unos excepcionales grutescos en azules y grises, que entrelazaban formas mitológicas con complejos arabescos, llevando la mirada en una danza de figuras hacia los cuadros que

encerraban las lunetas.

Era, quizá, la representación más extraordinaria de los famosos grutescos mediante la utilización de bajorrelieves y tan solo tres colores, azul, blanco y oro. Un mundo onírico, poblado de alegorías de la justicia o la abundancia, heroínas como Judit, seres mitológicos como Diana cazadora, seres zoomórficos tan característicos de este estilo, junto a arabescos y símbolos se reunían, combatían, se separaban o se amaban en un universo que nada tenía de desordenado, pues toda esa actividad se desarrollaba dentro de precisas figuras geométricas: círculos, rectángulos, cuadrados, triángulos y octógonos, creando la potente armonía que deslumbraba la vista y asombraba la imaginación.

Junto a la princesa se encontraban Laurencia, su cuñada y otras damas y caballeros, entre ellos el ingenioso barón Emanuel, con su bella Laura.

—*Cara* diamantista... ¡Ya veis la expectación que causa vuestro trabajo! ¡Y somos tantos en Roma que queremos conocerlo y poseer un objeto único! Además, ¡tenéis mejor carácter que el señor Cellini!

Todos rieron con la comparación, pues la presencia de Micaela y Damián en nada era comparable a la genial pero irascible de Benvenuto Cellini, que había ya producido tensos desencuentros con sus más distinguidos coleccionistas. En voz baja, cuando Micaela empezó a colocar sus bocetos sobre las mesas, Giovanna le musitó:

—¡Hasta doña Catalina ha querido esperar vuestra llegada! Vino a almorzar y ver nuestros jardines e invernaderos, pero, al oír que esperábamos vuestra visita por la tarde, decidió aguardar y veros.

La incontenible inspiración tras la visita a la Capilla Sixtina y las vivaces peonías había producido resultados. Los dibujos eran más intrincados, más complejos; los broches, con figuras más audaces y originales; la composición de las piedras, más libre y osada, en armonías de colores inéditos.

Quedaron todos encantados ante la perfección y sabiduría de las joyas presentadas e hicieron varios encargos a los hermanos Vallesteros. Damián, responsable de la lapidación y montaje de las gemas, debía afinar cada día sus habilidades, ya que tenía que adaptarse a la creciente dificultad de las creaciones de su hermana. Italia les hacía crecer y llevarían con ellos todo ese bagaje de vuelta a Toledo. Deseaban, al regreso, formar un taller donde pudieran crear una escuela, para difundir entre los jóvenes orfebres esos conocimientos.

El sol comenzaba a caer en ese espléndido día de finales de abril, y ante el asombro de todos, Catalina exclamó:

—*Che bel imbrunir!* Mucho me complacería contemplar la atardecida desde los jardines. ¿Vamos, Giovanna?

Cruzaron el pequeño puente que desde el gran salón de baile se extendía por encima de la calle, hacia el inicio del jardín *pensile*. Terrazas y terrazas escalonadas se alzaban una a una, suavemente, entrelazadas por cascadas y fuentes rumorosas, que creaban un atmósfera etérea e inusual. Paseaban con lentitud, subiendo por las

escaleras de piedra, y admirando la diversidad de plantas que variaban en cada terraza, cuando Micaela percibió una sutilísima seña de Catalina a Giovanna. Ahí, la princesa Colonna llamó la atención sobre el invernadero, en un rincón del jardín, que se alzaba grandioso rodeado de enormes palmeras. En el momento en que Micaela se iba a dirigir hacia allí, Bonino, el servidor de la Médici, le pidió que le siguiera a requerimiento de su señora. En un pequeño pabellón, no visible a causa de la crecida vegetación, le esperaba doña Catalina.

—No temáis, Micaela. Yo avisé al capitán sobre la conveniencia de cambiar la ruta en vuestro viaje de vuelta de Viterbo. Grandes empeños tenéis encomendados. Siempre que así sucede surgen enemigos, cuyos fines truncáis. Pensad, asimismo, que os protegen personajes poderosos, que no tolerarán que sufráis ningún daño más.

»Es mi deseo que conozcáis, y así lo transmitáis, que estoy orgullosa de mi Casa y mi familia, como buena florentina. Que, a la par, admiro a la Emperatriz, y que creo que la amistad con el Imperio solo puede sernos de beneficio. Es importante que lo recordéis. Hablad de ello solo con el capitán de Vidaurre y el embajador. Podría ser que el destino me lleve a Francia. Transmitid a la Emperatriz lo que os he dicho. Potentes intereses están en litigio, pero tengo siempre presente lo que dos damas hicieron por la paz en el tratado de Cambray. Acudid a mí cuando sea necesario a través de mi fiel Bonino. ¡Id, ahora! ¡Que nadie perciba que nos hemos visto a solas! En Roma las paredes oyen y las ventanas ven. ¡Id ahora y extremad el cuidado! ¡Id con Dios!

Aturdida con lo que acababa de oír de aquella joven e inteligente mujer, y sin saber interpretar muy bien su significado, hubo de cambiar su expresión ante la llegada del grupo.

—Mica, ¿dónde te habías escondido? —preguntó Inés.

—Me quedé mirando absorta unas plantas, cuya inflorescencia serviría para un magnífico broche. Ya sabes, Inés, que un artista trabaja no solo en el taller, sino observando aquello que le rodea y que le puede inspirar para crear un objeto hermoso o insólito.

«Ah, la *furbacchiona!*»^[38], pensó Giovanna, prometiéndose a sí misma conocer mejor a esta diamantista que parecía tener alas para volar muy lejos.

El bosque sacro

No debían demorar por más tiempo la visita a la Domus Aurea, ya que, al estar enterrada, la humedad y el frío en otoño e invierno eran considerables. Decidieron entonces hacerlo antes de partir a la región de Las Marcas y Emilia-Romagna, donde les esperaba la bizantina Rávena.

La mañana soleada y espléndida era perfecta para efectuar el descenso a la gruta en la que el emperador Trajano había convertido la suntuosa morada, al cubrirla enteramente con firmes tierras. *Memoria damnata*, había que hacer desaparecer todo vestigio, todo recuerdo de aquel infame gobernante, de aquel odiado Nerón.

Como antes había hecho Rafael, se descendía desde la superficie, pero ahora ya de manera más organizada. En vez de simples cabos de gruesas cuerdas, ahora se deslizaban por unas escalas de cuerda en las que unos tablones de madera facilitaban la operación. La primera persona en descender llevaba una antorcha encendida para, una vez abajo, poder iluminar las que sus compañeros portaban apagadas y atadas a la espalda. Al tomar pie en el suelo, el fuego de las antorchas creaba, al instante, la magia del fulgor en la oscuridad.

Se internaron en un largo corredor, que apenas conservaba restos de dibujo y policromía, y llegaron a una sala amplia, semicircular, que según las explicaciones podía dar a unos, hoy cegados, jardines de setos y arbustos refrescados por numerosas fuentes, que habían sido el orgullo del César. De ahí pasaron a lo que creían podía haber sido la sala, donde cómodos *triclinium* aguardaban a huéspedes y anfitriones, a la hora de los banquetes.

El asombro asomaba en todas las expresiones, cuando aproximaron las luces a las paredes. Además de los vívidos colores del ancho zócalo, que se extendía a lo largo del muro, pudieron admirar un sereno jardín que, pintado en toda la sala, recordaba y plasmaba el jardín real del exterior. De nuevo *il finto e il vero*, la dualidad, lo real y lo imaginado, concepto tan empleado por los artistas itálicos. La vegetación era suave y delicada; árboles gráciles marcaban el centro de cada paño de pared; setos precisos

ordenaban las diversas estancias, que eran descritas siguiendo el contorno de la habitación, con somero dibujo y tenues colores.

Creían, dijeron, que podía ser «el jardín de Livia», y daba una idea de la sabiduría con que aquella villa había sido concebida. Micaela llevó a cabo unos rápidos esbozos de plantas o pigmentos, que le servirían de inspiración para futuras obras, y se encaminaron hacia otra sala que los dejó estupefactos: el fondo, blanco marfil, que resultaba luminoso aun en la oscuridad, estaba poblado por grutescos, que se fundían en un combate de arabescos, filigranas, aves, flores y figuras zoomórficas capaces de cautivar la imaginación, e impelían a la vista a recorrer los distintos paneles en la más asombrada contemplación. Los colores, verdes, ocre y rojos vibrantes, se entrelazaban y giraban en una melodía cromática infinita. Los bocetos fueron tomados con celeridad, pues habían de visitar todavía algunas estancias y el peligro de derrumbe estaba siempre presente con su angustiosa amenaza. La riqueza y variedad de temas, asuntos, composición y pigmentos era tal que deseaban plasmar todo muy deprisa, para llevarse de ese inusual recorrido la mayor memoria posible. Hablaban poco y trabajaban veloces, pero Micaela hubo de expresar su pensamiento al capitán:

—Íñigo, ¿cómo podremos agradecerte todo lo que nos has mostrado? Esta ciudad es una fuente inagotable de inspiración; es una ciudad que ama su historia...

—Ya me darás las gracias más tarde —interrumpió Íñigo—. Tomad los apuntes que sean menester y salgamos ya. Existe el peligro de derrumbamiento y de que aquí quedemos atrapados.

Apenas acababa de decir esto, cuando un intenso estruendo les dejó el alma helada, e inmediatamente una nube de oscuro polvo les invadió por completo. Se precipitaron hacia el origen del zarandeo y, con el corazón en un puño, vieron a uno de los custodios en el suelo, casi cubierto de tierra, y el corredor cegado. Un halo dramático se cernía sobre la situación que tanto había temido Íñigo, pero haciendo fuerza de flaqueza, se dedicó a socorrer al custodio. Por fortuna, este estaba incólume, y una vez hubo recuperado la noción de lo que había sucedido, les espetó contento:

—¡No hayáis temor alguno! ¡Nada sucede!

«¡Pobrecillo! —pensó Micaela—. Se ha trastornado».

—¡Mirad, mirad! —retomó el custodio—. Tengo la cuerda amarrada a la cintura.

En efecto, según su vieja costumbre de aficionado a la montaña, había, de acuerdo con su compañero, enrollado un grueso cabo a su cuerpo, y a medida que habían recorrido las distintas estancias, el custodio que había permanecido arriba y fuera fue dando tanta cuerda como necesitaban para no perder el contacto. Tiraron con fuerza de la cuerda y al cabo de unos momentos sintieron la respuesta. Comenzaron a retirar la tierra de la salida con encendido afán, y al cabo de un tiempo que les pareció eterno, pudieron escuchar un susurro sosegado, que poco a poco se fue haciendo contundente y sonoro y que delataba la presencia cada vez más cercana

de sus rescatadores. Cuando al fin se encontraron, el alborozo fue mayúsculo, pero tanto Íñigo como Damián apuraron la salida. Al verse al aire libre, respiraron a pleno pulmón, y el capitán dirigiéndose al precavido custodio le abrazó diciendo:

—Señor custodio, habéis hecho honor a vuestro nombre. Ciertamente sois práctico en vuestro oficio, pero además habéis hecho gala de una lúcida mente y precavida disposición. Os felicito a vos y a vuestro compañero, y estoy en deuda con vos, amigo mío.

La emoción del momento y la tensión por el peligro sufrido hicieron que todos se agradecieran con efusivas muestras de aprecio, causando que los viandantes al verles exclamaran: «*Ah, gli spagnoli, sangre caliente!*».

Al llegar a la embajada, el capitán fue directo a relatar al embajador su aventura. Le halló en una terraza alejada de las miradas y las escuchas, donde May y uno de sus más leales agentes mandaban por palomas mensajeras los despachos en clave, que ya había enviado con otros agentes a caballo. La red de información que habían organizado era compleja y eficiente, pero requería una gran precisión en los contactos y en los tiempos. Al ver a Íñigo con su ropilla y los calzones cubiertos de tierra y en la mirada el vértigo del peligro reciente, le acució:

—Íñigo, ¿qué sucede? ¿Es cuestión grave y de importancia?

—Todos vivos e incólumes —respondió presto el capitán. Con una seña, el embajador pidió al agente que les dejara solos. Íñigo prosiguió—: Hemos sido favorecidos por la Providencia, al contar entre nosotros con un hombre excepcional, Benedetto Lipari, que mudó nuestra desgracia en conclusión afortunada. Quedamos atrapados en un derrumbamiento, dentro de la Domus Aurea. Y Lipari, con su ingeniosa prudencia, nos llevó por un dédalo de oscuridad y tierra, ayudado por su compañero Forli, a la luz y la salvación. No sé aún deciros si tengo que considerar las trazas de felonía, o si se debe a real peligro y destino adverso. Cierto es que, así haciendo, si realmente fuera debida nuestra desgracia a una estratagema muy bien urdida, acababan con todos aquellos que en su parecer conocían más de lo que convenía.

—¡Dios sea loado! —exclamó el embajador—. ¡Todos salvos! Mandaremos de inmediato a los rastreadores que desvelen el misterio de este nuevo sobresalto, y os prometo que desenredaremos la madeja del enredo. En tanto, habremos de felicitar y recompensar a esos dos leales e ingeniosos custodios.

Finalizaba ya el mes de mayo cuando iniciaron viaje a Las Marcas y Rávena. Les acompañarían en el viaje sus ya buenos amigos Oretta y Paolo Patrizzi, y Luisa y Giovanni Serlupi-Crescenzi, con los que formaban un organizado y entusiasta grupo. Mucho les habían encarecido que no dejaran de visitar un extraño y a la vez seductor

jardín, que a los pies del castillo Orsini había ideado el deforme príncipe Vicino perteneciente a esa familia. Era el momento idóneo, ya que la exuberante vegetación, decían, acompañaba de manera asombrosa a las inquietantes esculturas en piedra. La luz se filtraba misteriosa entre la tupida maleza, sacando de la oscuridad hombres que se retorcían ante el ataque de un elefante, inmensas tortugas protegidas por su enorme caparazón, monstruos de boca abismal que amenazaban con tragarse el universo en un respiro, y una serie vertiginosa de animales o figuras retorcidas por el dolor, anunciando peligros inminentes o muerte cruel.

—El príncipe Orsini había sido castigado con un imposible anhelo de belleza en un cuerpo deforme que arrastraba con toda la altiva dignidad que su casa requería, y de la que era capaz —explicó Oretta en su cantarina voz—. En ese estado de ansia, al intentar que fuera aceptado un canon de belleza anómalo y una armonía extraña, diversos a aquellos que imperaban en los reinos itálicos en esa época, creó este Bosco Sacro, consiguiendo un paraje misteriosamente salvaje y atrayente.

—Tienes razón, Oretta —apoyó Micaela—. Hay algo extremo y seductor en este grito que demanda aceptación y amor.

—No sé, Mica —añadió Inés—. A mí, que no soy diestra en ingenio, se me antoja una maraña amenazante, como tejida por industriosas arañas. ¡Válgame el cielo, que lo hemos visitado con sol radiante! Al atardecer, me hubiera provocado desmedida angustia.

—Y sin embargo, Inés —apostilló Íñigo—, solo un ser con sensibilidad podría crear un lugar tan melancólico partiendo de unas premisas tan salvajes.

Micaela permaneció absorta, pensando en su rara fortuna. Íñigo era un hombre de una pieza, valiente, generoso y esforzado, y al mismo tiempo, sabía entender la sutileza de la vida, y las distintas y a veces escondidas señales con que la existencia nos va iluminando el camino, de manera tan tenue que existe el peligro cierto de no verlas ni oírlas o, lo que es aún peor, vistas y oídas, no alcanzar a entenderlas.

Aquella noche, bajo las estrellas, el diálogo de Micaela e Íñigo se transformó en una hermosa complicidad de amor.

Después de pasar por L'Aquila, y admirar sus altas cumbres, se aproximaban ya a Spoleto, donde habían sido invitados por los marqueses Pucci de la Genga en su palacio de la ciudad para, si así lo deseaban, conocer los alrededores y descansar de su viaje durante unos días. Pasaron por debajo del Ponte Sanguinorum en su ruta de la Via Flaminia, y quedaron impresionados con la mole de la Rocca, las murallas defensivas mandadas construir por el cardenal español Albornoz cuando regía los destinos de la ciudad, pues aquellos eran dominios de la Iglesia. El palacio de la Genga se alzaba sobre un promontorio y era de arquitectura imponente y sobria. Unos cuantos cipreses enmarcaban las terrazas en distintos niveles. Alfonso y Franca, sus anfitriones, les estaban esperando en una gran estancia, cuyos balcones daban a una

terrazza de formidable tamaño, desde la cual se gozaba de un panorama inigualable sobre la ciudad de Spoleto. En el interior, grandes colecciones de cristal de Venecia daban la réplica a las inmensas lámparas de Murano, realizadas expresamente para el palacio. Fueron invitados los españoles a tomar unos refrescos, y sin demora les ofrecieron instalarse en sus habitaciones.

La cámara de Micaela se hallaba distribuida en dos niveles. El de abajo, una preciosa sala, tenía todo lo que pudiera necesitar: una ancha y larga butaca donde podía descansar mirando por el abierto balcón al jardín, en el que una fuente hacía repiquetear el agua; una cómoda veneciana, con toda clase de afeites y perfumes; detrás de una pequeña puerta de ovalado umbral, un gabinete donde una doncella había dejado agua caliente en la jofaina y agua fresca en una jarra primorosa. Las paredes eran claras, y sobre ellas habían pintado un motivo floral en un tono más oscuro y las cortinas y tapicerías eran de los mismos colores y estilo. En la parte superior a la que se accedía por una escueta escalera, el cuarto de dormir con una cama apoyada a la pared y con un sistema de cortinas que la aislaban totalmente del ruido y de la claridad. En la mesilla, una jarra de cristal rojo oscuro con agua de almendras y una copa a juego con la vasija.

Nada había sido dejado al azar, cada objeto había sido pensado para dar la réplica a su entorno, como en la mejor de las obras de teatro. Una barandilla que continuaba la de la escalera recorría esta habitación, permitiendo también desde arriba una visión diferente del jardín. Ganada ya por la búsqueda de la belleza, Micaela se afanó esa noche en su arreglo. Inés también lo había entendido así, y el resultado era notable.

Oretta, tan expresiva, manifestó su admiración al verlas aparecer junto a Íñigo y Damián.

—*Madonna!* ¡Mas estas toledanas han decidido transportarnos a la Antigüedad! ¡Son dos diosas del Olimpo!

Cierto es que Inés, con su crujiente vestido de seda azul que hacía resaltar sus bermejos cabellos, y Micaela en blanco y vaporoso algodón, el pelo trenzado y sembrado de jazmines frescos, eran una verdadera aparición. Alfonso Pucci de la Genga, complacido, se acercó a recibirlas e indicarles el camino a la terraza, donde habían montado el convite. Alfonso era un hombre elegante, enjuto y magro de carnes. Su cabeza tenía un aire noble y reposado de patricio antiguo; la nariz, de buenas proporciones, equilibraba el conjunto, y sus maneras tranquilas y serias le daban un porte que le distinguía de los demás. Franca, su mujer, era su complemento: dinámica, locuaz e ingeniosa, llenaba cualquier lugar donde ella estuviera. Sus ojos azules chispeaban con una bondad alegre y generosa.

Pasados dos días, tiempo que Franca creyó suficiente para que sus huéspedes hubieran descansado, les ofreció llevarles a su villa en el campo.

—Creo que os puede ser de interés. Alfonso ha inventado artilugios en toda la casa, muy originales, que nos tornan la vida más placentera. Y además, un industrioso pintor de la comarca ha decorado la escalera antigua y algunas de las habitaciones de

los huéspedes. Si así lo estimáis oportuno, podríamos pasar allí dos días, pues es un paraje encantador.

Allí se fueron, empujados por la curiosidad de conocer mejor esta acogedora tierra de Umbría, tan bien descrita por los pintores de esta bendita región. El bosque de encinas y robles que rodeaba la villa era en todo punto extraordinario. Además de la envergadura de los árboles centenarios, el bosque había sido cuidado como un primoroso huerto. Ni rama seca ni arbusto endeble tenían lugar en aquella perfección. Para dar paso a los carruajes, la enorme verja se abrió por un ingenioso y oculto sistema de poleas, y que al mismo tiempo deslizaba una reja sobre una ancha zanja que en el suelo había, impidiendo la entrada así a todo aquel que no estuviera en el secreto del artilugio. Una amplia explanada se extendía delante de la espléndida villa. Era menos imponente que el palacio de Spoleto, pero construida entre jardines y campiña, alrededor de dos patios con cantarinas fuentes, se trataba de un lugar de amable armonía, que daba la bienvenida a los visitantes. A modo de florido cinto, macetas de terracota en ambos patios lucían blancas flores de intenso aroma. Todas iguales en color y tamaño, producían una simbiosis extraordinaria con la nueva arquitectura.

Entraron en la casa en un salón que conservaban en la penumbra, para preservar el frescor. Comenzaron luego a subir la escalera y en su primer tramo se toparon con un cazador con sus presas colgando al cinto, pintado con tal realismo que los españoles se sobresaltaron con su aire de fiereza. Rio Alfonso con ganas, al ver que *il finto*, lo imaginado, una vez más había superado la realidad. Un poco más arriba, una dama de aspecto suave deseaba la bienllegada, extendiendo la mano hacia los recién arribados. En el siguiente tramo, un caballero vestido de manera elegante hacía una reverencia a los recién venidos. Se adentraron entonces en el ancho corredor, que distribuía los aposentos; a ambos lados de la puerta de la cámara de Micaela, dos guardianes, perfectamente uniformados y armados, montaban pictórica custodia en las paredes de la puerta. Más allá, en la estancia de Inés y Damián, dos músicos afrescados en la pared, uno a cada lado de la puerta, tocaban una dulce e imaginaria serenata. En la puerta de los aposentos de Íñigo, dos invitantes damas sonreían al recién llegado. Siendo todas las figuras de tamaño natural y pintadas con gran realismo, el efecto era en verdad sorprendente. Y así continuaba el pasillo con toda una población de ficción, imaginada con humor y arte por los propietarios de la villa. El pasmo, admiración y contento de los españoles era el más preciado premio para Franca y Alfonso, que adoraban esta casa, inmersa en la generosa naturaleza de Umbría.

En tanto que las damas y los otros invitados descansaban y se instalaban, Íñigo fue a encontrarse con Alfonso, que ya le esperaba en una de las salas junto a Giovanni y Paolo. De manera distendida conversaban en una biblioteca afrescada con motivos vegetales y de caza y, sin mediar palabra, al tocar un resorte Alfonso abrió un panel que se deslizó sobre el muro interior de otra estancia contigua que apareció

ante sus atónitos ojos. El marqués Pucci de la Genga les invitó a entrar y ahí encontraron al obispo de Spoleto y al de Orvieto.

—Es menester —dijo Alfonso después de los saludos protocolarios— que nadie conozca esta reunión.

El obispo de Spoleto aseguró a Íñigo la lealtad al Emperador de muchos de ellos, y Alfonso entregó al capitán, después de una larga conversación, una relación de personalidades de la zona que colaborarían al buen fin del proyecto que la Emperatriz había ideado. Alfonso aclaró:

—Algunos de ellos estaban en la cena de nuestra casa de la ciudad; otros no pudieron acudir por compromisos varios y tampoco quisimos una recepción muy numerosa, para no dar contento y provocar la curiosidad de industriosos espías, que no nos dan tregua. Pero podéis contar con la lealtad de todas esas personas, pues además del servicio al Imperio están movidas por el temor al poderío turco, que asola las viejas ciudades de la península itálica repleta de tesoros artísticos, orgullo y patrimonio de nuestros lares.

—Como saben vuestras mercedes, el capitán de Zubieta y yo hemos sido enviados no solo para proteger y ayudar en su misión a los diamantistas, sino para recabar apoyos y adhesiones para el negocio que Su Alteza ha ingeniado, en ayuda y sostén de los asuntos de la cristiandad.

—Íñigo, tenéis esta relación con todos los nombres: todo debe quedar en la total discreción, para salvaguarda de los que nos son leales, y el buen andamiento de esta causa —apuntó Alfonso.

—No debéis inquietaros, marqués. Traduciré toda esta información, incluso la reunión ahora habida, a una cifra por nosotros convenida, y quemaré de inmediato la relación que vos procuráis. Un correo, entre los más fieles de nuestra gente, partirá de amanecida con estas noticias hacia Roma, para entregarlas al embajador May.

Concertaron entre todos que era más prudente conservar la presencia de los obispos en secreto hasta el día siguiente, y que marcharan a otro lugar cercano, desde donde se encaminarían hacia allí. Al día siguiente, les recibieron como si los vieran por primera vez, en unión a los otros invitados al almuerzo.

Pasaron aquellos dos días con la brevedad del sueño. No lo deseaban, pero hubieron de partir hacia su meta, Rávena, pero antes disfrutarían de la hospitalidad de Luisa y Giovanni en Las Marcas, en el campo cerca de Tolentino.

Las jornadas habían sido largas y pesadas. El calor comenzaba ya sus rigores, y el grupo avistó con alivio la torre de la villa de los Serlupi. Unas cuidadas avenidas les condujeron hacia una casa de piedra, con su esbelta torre en su flanco este. Un enorme reloj de sol lucía en su centro. El portón ancho y cumplido estaba guardado por dos columnas romanas. El jardín, que se veía a la entrada, se encontraba cubierto de rosas que movían sus rojas cabezas al son de la brisa. Giovanni les animó entonces

a internarse un poco en el jardín, para restaurar sus cansadas piernas en un manantial de curativas y frescas aguas que allí brotaba. Por una puerta tallada en el denso seto, pasaron por un tapiz de verde hierba largo y rectangular, escoltado por unos fustes de mármol, que sustentaban cada uno un busto de emperador romano. El efecto de alineamiento era formidable.

Hallaron la fuente pura y cantarina y se sentaron al borde del agua, conversando plácidamente. La sensación de paz era notable: el frescor de la sombra les permitía recuperarse del ardiente sol de la ruta, los pájaros cantaban alegres y el reposo estaba asegurado. Ya aliviados sus cansados miembros por la vivificante agua, decidieron tornar a la casa para ocupar sus aposentos y prepararse para la cena, salvo Micaela, que decidió disfrutar un poco más de aquel lugar junto a Íñigo.

El agua, siempre el agua presente en la vida de Micaela. Necesitaba sentir ese elemento en su cuerpo: manantiales, ríos y mares conformaban ya el mapa de su existencia.

En ese ambiente de intimidad, pudo la diamantista liberarse de aquellas preguntas que oscurecían sus reflexiones.

—¿Son tan serios los peligros que nos acechan como a mí se me antojan en las noches de vela?

—No es fácil la tarea que nos ocupa —respondió Íñigo—, pero el mayor conocimiento que tenemos ahora de las asechanzas nos permite una mayor defensa.

—Sí, pero el episodio de la Domus Aurea ¿fue fortuito o intencionado? La muerte de Domingo no fue un error... como la de Diego en Toledo. ¿Qué sucede?

—Mica, no temas. Estaremos bien protegidos, pero no estará de más ser prudentes y no bajar la guardia. ¡Vamos!, nos aguardan. La vida depara angustias y felicidad. ¡Gocemos la dicha presente!

Al bajar a la gran sala donde les esperaban, les condujeron hacia una estancia que se abría con tres arcos a la anchurosa campiña circundante. Un hermoso zócalo pintado alrededor de toda la cámara iniciaba las paredes que estaban tapizadas con un deslumbrante cuero de Córdoba, cordobán, cuyas flores y arabescos eran un desafío a la imaginación. En el plano superior, la colección de pintura más variada y excelente que contemplarían en esa zona: escenas mitológicas, cuadros religiosos para inspirar fe y bondad; retratos de damas recatadas y caballeros decididos; bucólicos paisajes y concisas representaciones de objetos hermosos, estilo de pintura que comenzaba a ser muy apreciada por los coleccionistas, que poblaban el universo del tardo renacimiento itálico.

El suelo de vibrante *cotto* rojo realzaba los tapices de Oriente que amortiguaban el sonido de los pasos; a un lado, una mesa de madera con libros miniados, abiertos por una de sus páginas más notables, entre ellos, una copia de *El libro de horas* del duque de Berry. Al otro lado una mesa cuadrada, cubierta por un extraordinario damasco bermellón, ponía en valor los singulares objetos en ella depositados: un globo terráqueo, que incorporaba el Nuevo Mundo, sostenido por unos atlantes que,

en plata dorada, hablaban de la pericia de su creador; una jarra de plata alemana que representaba la naturaleza en tres niveles: el primero, la caza del ciervo, el segundo la del jabalí y el tercero la pesca, y ornamentada toda ella con esmaltes en blanco y rojo. En la tapa, un león sujetaba el escudo con las armas de la casa, también en esmalte; una caja cuadrada de una laca negra pulida y brillante se enriquecía con un medallón central en oro labrado, reproduciendo antiguos signos de eternidad. Cerca de la ventana, una jaula de formas orientalizantes albergaba cuatro papagayos de las lejanas tierras de las Indias, que reunían en ellos los más bellos colores que la naturaleza podía brindar. De momento, estaban muy callados y silenciosos, quizás estudiando a los personajes que acababan de entrar. Por último, los toledanos fijaron su mirada en la vasta campiña, que desde los arcos de la ventana se divisaba. En primer término, un jardín a la italiana, con diversas estancias, cada una con un motivo diverso, bien por el color o por las plantas elegidas. Delimitando el jardín propiamente dicho, un bosquecillo de castaños de ondulantes hojas y una extensa llanura de ocres punteados de verdes conducía la vista hacia un imponente castillo de clásica planta defensiva.

Los breves días trascurrieron aún más breves en aquella casa que parecía tocada por la mano de un ángel, tal así les parecía a los españoles, tanto más al capitán, que recelaba de los imprevistos que podían acechar su empeño. Salieron para Rávena, sintiendo dejar aquel lugar tan favorecido por el arte, la calma y la naturaleza.

El arte de Bizancio

Las últimas jornadas antes de llegar a Rávena las habían hecho a lo largo de la mar, que en esa época del año refulgía como un diamante, una de las características del Adriático, mar por otra parte cargado de simbología mítica. Apretaron el paso para llegar con la luz del atardecer a contemplar las ansiadas arquitecturas bizantinas. El sol doraba las copas de los pinos, que montaban guardia ante las antiguas iglesias y el lugar donde estuvo el viejo puerto. Ante ellos apareció la primera de ellas, San Apolinar in Classe, con su austera construcción de ladrillo del siglo VI. El interior, sin embargo, les dejó extasiados: un postrer rayo del astro rey entraba por una de las altas ventanas, e iluminaba el ábside donde un mosaico portentoso mostraba a san Apolinar pastoreando a las ovejas de su grey. Íñigo les hizo notar el medallón que dominaba el ábside con una inmensa cruz, a la que adoraban los ángeles. Volviéndose Damián a sus custodios, les dijo festivo:

—¡Mirad!, ahí tenéis a vuestros colegas.

—Sobre el ábside —prosiguió Íñigo—, fijaos en el busto de Cristo, acompañado por los cuatro evangelistas. Los pigmentos tan vívidos, verdes, azules y blancos, que resaltan más aún con la riqueza del oro.

Micaela y Damián observaban con suma atención, sabiendo que en estos lugares encontrarían sutiles resonancias orientales del Toledo mudéjar, y que serían eficiente inspiración en su trabajo. Visitaron también el palacio y la tumba de Teodorico, y dejaron las otras dos iglesias para el día siguiente con el fin de poder estudiarlas y realizar bocetos sosegados.

Se dirigieron hacia una posada, propiedad de una familia de la total confianza de los Serlupi, siendo que estas tierras les pertenecían. Tanto los Serlupi como los Patrizzi habían insistido en acompañarlos a Rávena ya que, decían Luisa y Giovanni, deseaban ver de nuevo las maravillas de Bizancio. El capitán sabía que su compañía se debía más a un deseo de protegerles y ayudarles que a ningún anhelo estético. Y lo agradecía, ¡y cómo!

La noche, cayendo ya sobre la comitiva, inquietaba a Íñigo, que anhelaba divisar la posada. Cuando llegaron, la encontraron acomodada y limpia. Muy de mañana salieron a explorar la zona de los templos, para estudiar San Vital y San Apolinar. Paolo les explicó que a esta última se la llamó durante siglos San Martín con el cielo de oro, debido a su refulgente techo dorado. Llamábase ahora también San Apolinar porque, ante un cruel ataque sarraceno, hubieron de transportar el cuerpo de este santo a San Martín, iglesia que estaba protegida dentro del recinto amurallado. Entraron y lo que vieron les dejó subyugados: una larga procesión, a ambos lados de la nave principal, se extendía hasta llegar a los pies de la Virgen con el Niño. A la derecha, los santos y mártires, guiados por san Martín; a la izquierda, las vírgenes y santas, conducidas por ángeles y por los tres Reyes Magos, en una sinfonía de color, ritmo y riqueza en ropas, túnicas, joyas y coronas de la gloria, y acentuando el ritmo de las imágenes, unas esbeltas palmeras. Quizá fue San Vital la iglesia que más interesó a los diamantistas, pues los mosaicos que representaban a la emperatriz Teodora y el suntuoso séquito eran un impresionante documento de la vestimenta y joyas de aquella época fastuosa. Los artistas que de Oriente llegaron supieron imprimir el estilo de su tierra.

Al día siguiente, después de un copioso desayuno, hubieron de llegar las despedidas, pues los españoles debían comenzar su ruta para llegar a Venecia lo antes posible. Tras varias jornadas de camino, sin incidentes que lamentar, se aproximaron al inicio de la laguna Véneta, parando a dormir en Chioggia, para entrar muy temprano con la amanecida en Venecia y gozar del panorama único, que disfrutarían antes de entrar en la ciudad de las aguas.

Íñigo deseaba enseñar Venecia a Micaela. Además, Daniel y Pilar se unirían a ellos desde la Lombardía donde ahora residían. La distancia desde Rávena no era excesiva y el buen tiempo animaba al viaje. Esa había sido la explicación que el capitán había dado y ciertas eran estas razones, pero el fin primordial era conocer noticias del Milanesado y encontrarse con agentes del Imperio, que trabajaban en silencio y con astucia en esa ciudad del Adriático.

Llegaron al puerto donde tomarían un batel que les acercaría a la Venecia fastuosa, medieval y acuática; a las viejas y estrechas calles y a los palacios que bordeaban orgullosos el Gran Canal. La Serenísima era en aquellos años una república abigarrada, bisagra entre Oriente y Occidente, fermento de alianzas y traiciones, que podían inclinar la balanza del poder europeo.

Sabía Íñigo que por esos días celebraba la ciudad una fiesta tan popular como aristocrática, de larga tradición, «los esponsales de Venecia con el Mar», siendo la ciudad representada por su dux, que arrojaba el anillo matrimonial a las aguas del Gran Canal.

Micaela, Inés y Damián estaban muy impresionados con la opulencia veneciana.

En todo lugar —en posadas, palacios y figones, en los vestidos de las damas en las calles, en la riqueza de sedas y damascos, los intensos y oscuros colores, rojos púrpuras, oros y misteriosos verdes— se apreciaba un decidido aire oriental.

Amaneció un día radiante para comenzar la fiesta. El grupo de amigos estaba alojado en el palacio de los príncipes Giovanelli. Acogían estos a numerosos invitados, que se situaban en los muchos balcones sobre las aguas del canal del gran palacio, desde donde disfrutarían del espectáculo. Los cuadros en las paredes se sucedían unos al lado de otros y otros más encima de aquellos, en una profusión sin par. Íñigo hizo notar a sus amigos dos excepcionales óleos, entre tantos extraordinarios.

El primero era de un artista llamado Carpaccio, y el otro de Gentile Bellini, que representaba una plaza de Venecia con abigarrada multitud, de sorprendente variedad de razas y atuendos, con una arquitectura imaginada de gran belleza y proporciones. Toda la obra rezumaba ese gusto oriental que ya habían observado con anterioridad. Las mujeres se arreglaban con suma riqueza: tejidos, plumas, joyas, chales y aderezos tenían esa impronta opulenta que a Micaela había fascinado desde el primer día. Como era verano, lucían vestidos ligeros, de seda o leve algodón, muy escotados y con amplias sayas, que producían un suave murmullo cada vez que se movían sus dueñas. También tenues chales de gasa y terciopelo, que usaban con coquetería, ora tapando ora descubriendo, más que para protegerse del inexistente frío. Daba la impresión de que en esa ciudad los hábitos y costumbres de las mujeres eran más libres que en otros lugares. Poco a poco, las aguas se fueron cubriendo de góndolas de todo tamaño y condición, que se engalanaban con toldos de ricas telas, bordeados de doradas franjas, tanto más refinadas cuanto más alta era la casa; frescas guirnaldas de hojas y flores ondulaban, meciéndose al ritmo de las aguas. Embelesados estaban en la contemplación de todas esas embarcaciones cuando unos clarines potentes anunciaron la llegada de la galera del dux, seguida por otras un tanto menores pertenecientes a familias del gobierno de la Serenísima. En todas ellas, los remeros iban uniformados con los colores de la casa a la que servían, y en las embarcaciones tremolaban los gallardetes bermellones con el león de Venecia.

Apareció ante su vista la galera del dux. Era, por supuesto, la mayor de todas: ornada con un toldo de damasco rojo, en su centro cerca de la proa se alzaba un estrado recubierto de ricos tapices orientales y sedosos cortinajes de un color rojo oscuro, que podrían, si fuera necesario, proteger del excesivo sol o las indiscretas miradas. También aquí dos gallardetes con el león en oro ondeaban a la brisa marinera. La figura del dux parecía alta e imponente en su estrado; vestía rica túnica de damasco de un intenso azul verdoso, el azul de su esposa el Agua. Llegados al punto donde se celebraría el matrimonio, arrojaron al mar unas guirnaldas de laurel y flores y el esposo, de forma solemne, dejó caer un anillo de oro a las aguas.

En ese instante, de todas las góndolas y galeras, de todas las casas y palacios, irrumpió un alegre clamor que celebraba el matrimonio entre Venecia y la Mar.

Siguió una música alegre interpretada por jóvenes vestidos de manera elegante que en las galeras estaban, a la cual acompañaban otros armónicos sonos que escapaban de los palacios por los balcones abiertos. En las estrechas calles adyacentes al canal, la gente comenzaba a bailar y cantar. Seguirían comidas de un buen día de fiesta, y continuarían con baile en calles y moradas hasta bien entrada la noche.

Íñigo y Daniel se habían reunido en un salón del palacio Giovanelli, con Aloysio Gritti y otros agentes del Emperador, que dieron cuenta de los movimientos de Rincón, y de otros al servicio bien de Francia o bien del Turco.

—Bien sabéis que el momento es decisivo —comenzó Aloysio—. Tarde o temprano, el enfrentamiento con el poder otomano habrá de ser frontal, y será muy duro. Mi opinión es que vuestra misión reviste la mayor importancia, pero no debéis echar en saco roto mi sugerencia de intentar la alianza con la Serenísima. Venecia tiene profundo conocimiento de Oriente, y como aliado del Emperador podría aportar grandes ventajas. Alberto, nuestro anfitrión, y sobre todo la princesa Letizia tienen en gran estima los asuntos del Imperio. Apoyaos en ellos.

—Sea —replicó Íñigo—. Comenzad lo que es menester.

—Debes saber que después de mis contactos en el Milanesado y la Liguria, han tenido a bien destinarme a la armada que el almirante Doria está organizando para patrullar el Mediterráneo, sobre todo el sur oriental y los alrededores de Grecia —anunció Daniel, dirigiéndose al capitán.

—¡Enhorabuena, Daniel! Pero has de considerar que esta tu nueva situación es aún más peligrosa que la labor de inteligencia. Todo se agrava y tendrán lugar cruentas batallas.

—Lo sé, pero también que formaré parte de una gran armada. Navegaré ese mar Mediterráneo por el que siento pasión, y a las órdenes de un almirante, que si no ha sido un ejemplo de lealtad en el pasado, sí de astucia y eficiencia ante el adversario. Lo único que me preocupa es Pilar. Está en estado de buena esperanza, y quizá tendré que estar embarcado largos meses.

—¡Parabienes, Daniel! —exclamaron todos a una.

—No debes temer por esas razones —añadió Íñigo—. De aquí a pocos meses estaremos embarcándonos para Sicilia, y Pilar y vuestro hijo pueden venir con nosotros. Si te requieren antes de ese momento, Pilar se puede quedar con nosotros en Roma. Además de estar al lado de su hermano, creo que la compañía de Inés y Micaela le será beneficiosa. ¡Tal vez tengas un hijo romano!

—Gracias, Íñigo. Sois amigo en las venturas y en la confusión. Me habéis tranquilizado. Viviremos periodos agitados. Aunque el proverbio diga «¡que Dios nos libre de periodos interesantes!», yo no estoy de acuerdo. Seremos testigos de acontecimientos históricos, pues se confirma en los círculos informados que el Emperador nombrará nuevo virrey de Nápoles en la persona de Pedro de Toledo,

marqués de Villafranca del Bierzo, que tendrá como responsabilidad la defensa de las costas del virreinato y habrá de actuar activamente en la seguridad de la navegación del Mediterráneo y protección de los comerciantes genoveses. En esta estrategia, Sicilia se convierte en una pieza fundamental de este damero de influencias. Íñigo, ¡qué importante papel vas a jugar en Palermo! Ganar, como tú sabes hacerlo, las voluntades y haciendas de los príncipes sicilianos será decisivo para los asuntos imperiales, y la situación estratégica de dicha isla, como bastión contra el poderío otomano y como refugio de las naves de la cristiandad, es principal.

—Ten por seguro que todas mis fuerzas estarán concentradas en esa tarea. Pero, amigo mío, habremos de encontrarnos, y frecuentemente, teniendo como rehén a tu preciosa Pilar... ¡Ah, el amor!

Rieron todos un poco más distendidos. Con ese final, Íñigo había querido quitar un poco de dramatismo a los acontecimientos que preveían, y que, con certeza, originarían tiempos de gran tribulación.

Mientras tanto, Micaela, Inés y Pilar, acompañadas por la princesa Giovanelli, disfrutaban de la copiosa comida que habían preparado en el palacio. Se unió a ellas el hermano más joven del príncipe, Carlo, que era hombre de exquisita amabilidad y sentido del humor. Entrando la princesa en otro de los salones, vino a saludar a Letizia y sobre todo a conocer a las españolas un hombre de planta espléndida y vivacidad extrema, que en pocos minutos había galanteado a las damas varias veces. Se trataba del marqués de Ragusa, y pasaba por ser personaje de influencia. Micaela escuchaba con deferencia, intentando entender su parlamento. Algo había captado su atención que no acertaba descifrar, pero que había encendido su cautela. Afanándose, intentaba recordar aquellas frases, hasta en la palabra más nimia, de las muchas que él había proferido, para tratar de comprender el origen de su desasosiego. Cuando su mente lo encontró, una sonrisa de alivio iluminó su semblante. No eran sus frases lo que le producía inquietud, sino el recuerdo de haberle visto antes, acompañando a *lady* Dormuth en la cena del palacio Colonna. «No todos aquellos que vea al lado de Vera implican peligro —reflexionó—. Debo sosegarme».

—*Bella signora*, ¿admiráis mi ingenio? ¿Podré creer así en mi buena estrella? —dijo el marqués, observando la sonrisa de Micaela.

Ella le miró como si retornara de un lugar remoto y, con coquetería, le contestó que sí, que su conversación le había interesado sobremanera, sin aclarar que solo había entendido la mitad. Sin embargo, se decía que quizás algo de interés podía ocultar el incesante parloteo del galán. El baile que siguió fue magnífico. Un cuarteto desgranaba su alegre música desde un balcón que se asomaba al salón. El marqués, a quien habían estimulado las palabras de Micaela, se había animado a requerir una y otra vez a esta como pareja de baile. Íñigo, que había dado por concluida su reunión con sus compañeros, al ver el celo del marqués se acercó a Micaela para rescatarla de

sus garras. Hecho esto, se llevó a la diamantista a uno de los balcones, y fingiendo humor sombrío, le dijo:

—Mica, ¿no puedo dejarte un instante sin que uno de estos osados italianos te haga la corte? ¿Habré de ordenar a los custodios que te sigan también a bailes y convites?

—Señor capitán, ha sido de utilidad mi repetido baile con el impetuoso marqués. Su incontenible charla me ha desvelado el conocimiento de las actividades pasadas, presentes y futuras de la embajadora inglesa. Ella dice que persigue un amor imposible, pero yo no lo creo; intuyo que algo premeditado oculta.

Más tarde, Micaela vio al marqués bailando con Vera Dormuth. «Esta mujer parece estar en todas partes donde nosotros estamos», pensó inquieta.

Disfrutaron unos días más de la hospitalidad de los príncipes Giovanelli; sin embargo, decidieron los capitanes con hartos sentimientos que debían comenzar a organizar la partida. Íñigo había decidido aceptar la invitación del cardenal Farnese para visitarle en su isla Bisentina, en el lago de Bolsena.

—Creo que sería de sumo interés que te unieras a la reunión en la isla —sugirió Íñigo a Daniel—. El cardenal me señaló su intención de llamar también al cardenal Sforza y algunas personas de interés que tuvieran conocimiento de nuestro negocio.

—Así lo percibo. Pero si nos ven partir a todos juntos, recelarán de algún afán de importancia, y espías contrarios nos seguirán, poniendo en peligro aquello que en secreto debe permanecer. Además, en su estado, Pilar no debería realizar tan larga jornada.

—Doña Letizia podrá acogerla, como en ella es uso y costumbre. Pilar puede permanecer en este palacio, cuidada con esmero. Nosotros podríamos partir antes, y tú con tu gente un día después, y encontrarnos todos en el lugar donde paremos a descansar en la primera jornada.

—Es mejor que nos demos cita en la isla, así yo podré elegir los caminos menos comprometidos —respondió Daniel.

Cuando pidieron a la princesa su ayuda en esta empresa, les contestó divertida:

—¿Queréis que vuestra partida permanezca en secreto? Sea. Pilar quedará conmigo, aquí. Pero vos, señor capitán, y vos también —dirigiéndose a Íñigo— aquí quedaréis. Pasearéis en los jardines del palacio junto a mí. Y cuando tome la góndola, y más tarde mi carruaje para dirigirme a mi villa de Selvática, los dos capitanes acompañarán a las dos mujeres y a la princesa Giovanelli. Dos hombres de mi confianza, a los que instruiré de qué juego se trata, vestirán vuestras ropas, portarán vuestros chambergos y calzarán vuestras botas. Aquellos que deseen espiar lo harán a placer. Mientras tanto, cabalgaréis hacia donde el deber y vuestra emperatriz os requieren.

Isla Bisentina

Llegados eran al borde del lago de Bolsena por la vía Cassia. En medio del lago, representando el paraíso, flotaba aquella hermosa isla, enseñoreándose de las aguas como una diosa que posee un territorio mágico de aguas telúricas y cambiantes. A medida que dejaban la orilla, con el remar acompasado de los marineros y la caricia de la brisa, fueron percibiendo los contornos más precisos, y las particularidades fueron afirmándose en su individualidad. Sobre una roca enhiesta y blanca, esculpida durante siglos tanto por las aguas del cielo como por las del lago, se alzaba una ermita, o quizás un observatorio, que surgía entre una densa vegetación de oscuros verdes. Un poco más allá, en el centro de la isla, podían percibir el perfil de una iglesia. Amarró el marinero la embarcación en el muelle de madera, y los caballeros ayudaron a descender a las señoras. Una familia de patos nadaba en riguroso orden, dirigidos por la madre; el aire era suave y la paz reinaba en el ambiente.

Subieron por una escalera de piedra construida en semicírculo, que tenía como remate a ambos lados unas bases cuadradas, donde se erguían dos esfinges en basalto. Siguiendo la forma de la escalera, un seto de laurel perfumado y denso tenía a los lados dos arcos que llevaban a una rotonda, de la cual partía un camino que conducía a la casa. En esa rotonda les esperaban unas carretas festivas y alegres, pintadas en vivos colores y tiradas por dos mulas cada una. Pasaron por unos caminos bordeados por altísimos árboles, que proyectaban suaves sombras a lo largo del camino y dejaban filtrar, aquí y allí, algunos rayos de sol.

Atravesaron un escueto puente sobre el río, cuyas márgenes estaban cubiertas por fresca y frondosa vegetación. Grandes piedras con manto de brillante musgo formaban diseños a modo de vegetales mapas al emerger del agua como pétreas nereidas. Cuando llegaron a la entrada del convento, donde ya les esperaban dos monseñores, fueron recibidos con muestras de contento. En cuanto les avistaron, mandaron a un curita joven a toda prisa para que avisara a Su Eminencia. El lugar no podía ser más encantador. Una fachada de piedra con dos torneadas columnas a cada

lado abría una serie de arcos, que parecía multiplicarse al infinito creando una perspectiva incomparable, acompañada en su extraordinaria armonía por rosas trepadoras que en el claustro crecían. Los condujeron a través de este claustro, al jardín del mismo, donde bajo un gran toldo les esperaba el cardenal Farnese. A pesar de su cumplida edad, estaba ágil y aun gallardo. Su rostro se iluminó con una sonrisa cuando les vio acercarse.

—¡Ah, finalmente! ¡Qué contento el mío! Espero que estos días en Bisentina os sirvan de inspiración, y también de descanso. *Benvenuti!*

El cardenal, que había heredado la isla de su familia, les inició brevemente en la historia de Bisentina. Su abuelo Ranuncio III había mandado construir el convento para los franciscanos, que allí se habían instalado, y el propio cardenal tenía su residencia en otra zona de la vieja casona, adonde fueron conducidos sus recién llegados huéspedes.

Pasaron por unos bellos salones, amplios y decorados con primorosos objetos que denotaban el gusto coleccionista de su anfitrión. Cuando llegaron a sus aposentos, pudieron comprobar que nada tenían de la austeridad conventual que habían imaginado. Los colores cálidos de las paredes, los bellos muebles, muchos de ellos pintados con escenas pastoriles, los brillantes tejidos de colchas y cortinajes, todo el conjunto era de cuidado refinamiento. Micaela se asomó a su ventana: daba a un jardín a la italiana, no muy grande y con figuras geométricas a base de olorosos mirtos; encerraban en su interior plantas cubiertas de flor, todas amarillas —del «amarillo imperial» de China—, que venían de Oriente y daban su nombre al jardín oriental. Un alto seto de laurel cerraba este *hortus conclusus*. En la mitad de la pared central, alineada con la puerta de la estancia anterior, un arco recortado en el propio laurel servía de acceso por la cara norte y conducía a un tupido bosque de tilos y chopos blancos. Una frondosa higuera plantada bajo su ventana elevaba su perfume sensual e intenso, que llegaba hasta ella en esa calurosa tarde de verano.

Inés y Micaela decidieron dar un paseo con la tardecida, antes de cenar. Nada más salir, los dos custodios se pegaron a sus pasos.

—Pero señores —dijo Micaela—, en una isla ¿quién puede arribar para perpetrar un mal diseño?

—Tenemos nuestras responsabilidades —respondieron con gravedad los guardianes y al tiempo un fraile salió de la espesura, como surgido de la nada y les espetó con autoridad:

—Vuestros custodios saben de este negocio. Ellos han llegado a lúcida conclusión: el mal puede aparecer en el más idílico lugar. No os perdáis en bachillerías, rezad a vuestro guardián del cielo y confiad en vuestro guardián de la tierra. Yo os prepararé, antes de que de aquí os alejéis, unas pócimas que pueden seros de remedio. ¡Quedad con Dios!

La expresión de suficiencia e importancia de los dos aludidos era cómica y a la vez enternecedora. Aquellos hombretones estaban orgullosos de su trabajo y el buen

monje les había confirmado su importancia. Marcháronse al paseo y luego, ya arregladas para la cena, bajaron a una sala donde les esperaba Su Eminencia. La estancia estaba encendida por mil luminarias en cristales de todos los tamaños, que reflejaban su luz en los espejos; grandes ramos de hierbas olorosas, verbena, hierbabuena y hojas de higuera derramaban un fresco perfume. Pero lo que les llamó poderosamente la atención fue la tienda, a modo de pequeña carpa, que en el jardín adyacente habían montado. Era de dimensiones moderadas, pero exquisita en tejido y arreglo. El color, un profundo azur, como las aguas de su lago, y ribeteada en un ocre, color del oro.

La mesa larga bajo la carpa se hallaba cubierta hasta el suelo con un damasco del mismo tono de azur; los candelabros eran retorcidos troncos de olivo en bronce dorado, que extendían sus ramas para acoger a las velas. Los altos fruteros seguían el modelo de las palmatorias y se coronaban con una pieza de cristal de Murano, que recibía a su vez variadas frutas.

La vajilla provenía de la China y era de un blanco resplandeciente, con una flor pintada en su centro, la flor imperial; ribeteando el plato, una franja azul, y encima las armas cardenalcias de Farnese. Las copas de cristal de Murano espejeaban a la luz de las velas y eran también del mismo tono ocre. La ausencia de luna hacía que aquella carpa pareciera otra isla levitando en la oscuridad. La temperatura agradable a esa hora de la noche invitaba a largas sobremesas en el jardín y sus alrededores. Era lo más parecido a la perfección que los españoles habían visto jamás.

El cardenal, con una sonrisa, invitó a sus huéspedes a pasar a la mesa. Su Eminencia era un experto conversador, y la curiosidad de sus invitados por aquel paraíso en el que acababan de ser admitidos estimulaba su oratoria, ya potenciada por el amor a su isla. Les describió con su voz melodiosa algunas características de su flora, su fauna y la mitología o historia verdadera relacionadas a Bisentina.

—Una de las variedades reina de este lugar es el laurel. Llega a tener tanta preponderancia que se convierte en invasora, tanto que hay que podarla y contenerla de continuo. La usamos por su valor terapéutico y simbólico, ya que siempre está presente en los bosques sacros, lugar de meditación y recogimiento. El origen de su alegoría de la gloria proviene de los griegos y de su mitología. Cuando Apolo persigue a Dafne y esta le rechaza, los dioses para ayudarla transforman a Dafne en laurel. Apolo, entristecido por la pérdida del objeto de su deseo, toma una rama de ese laurel y la coloca sobre su cabeza, en constante anhelo por la amada sacrificada a un destino fatal. La costumbre de representar a Apolo con una corona de laurel en su cabeza convirtió a esta planta en distintivo de la fama, que debía ser conseguida con los atributos de los héroes: valor, fuerza de voluntad y espíritu de sacrificio, amén de sabiduría y equilibrio.

—Eminencia —intervino Íñigo—, deben ser muy fértiles estas tierras y con poderoso caudal de agua, ¿qué cultivan aquí los frailes franciscanos que acogéis en el convento?

—Sabéis, señor capitán, que la Regla de San Francisco pensó también en la naturaleza y sus derechos. Aquí se labora en un primoroso huerto, que os aconsejo vayáis a visitar, con hierbas aromáticas y medicinales, algunas de gran utilidad como la ruda; y al mismo tiempo, se respeta una parte equivalente de zona salvaje, donde se deja crecer a su libre albedrío a la hermana naturaleza. En otro lugar se han plantado árboles de fundamentada enjundia como el sauce, de cuya corteza se extrae una sustancia inmejorable contra los humores del pecho; o los tilos, cuya infusión calma los espíritus más porfiados. Por otra parte, hallaréis bosques de robles centenarios que aquí gozan de luenga existencia.

Entonces, Damián apuntó:

—El capitán de Vidaurre debe sentirse a su acomodo, dado que su País Vasco natal es tierra de robles, y el apellido de su madre, Arístegui, quiere decir «lugar de robles».

—Buen árbol, sí señor —agregó el cardenal—. Símbolo del vigor y la fuerza de ánimo. En la mitología griega, los bosques de robles estaban habitados por las ninfas hamadriades. Bien habéis escogido, señora diamantista, a vuestro prometido.

—Sí, Eminencia —respondió Micaela—. Solo un hombre como él podía haberme hecho dejar a mi familia y mi Toledo.

—En verdad fue por una orden de la Emperatriz —matizó Íñigo... Pero la satisfacción flameaba en su rostro.

—Otra particularidad de la isla que me gustaría conocierais —continuó Farnese— es la presencia de la cifra ocho. Como ya sabréis, es el número que ostenta la mayor carga divina. La creación se realiza en seis días, el séptimo descansa y el octavo se inicia la resurrección y, por tanto, le redención. El ocho es la conjunción de dos círculos que representan: el inferior, el mundo terreno, y el superior, el divino. En la arquitectura de la isla, aparece con asiduidad el octógono, siendo este la síntesis del cuadrado, que simboliza la tierra, y del círculo, que encarna el cielo. Pedí a Sangallo *el Joven* que construyese una pequeña iglesia con estas peculiaridades, que dediqué a santa Catalina.

»Mañana, si así lo estimáis oportuno, mientras trato de los asuntos itálicos con el capitán, podréis recorrer con un buen fraile que bien conoce la isla las siete iglesias de cuya bendición aquí gozamos. Son dignas de ser visitadas, pues tienen indulgencias y además la naturaleza allí es hermosa. Id sin cuidado, pues esta isla está bien guardada y habitada por gentes temerosas de Dios.

En ese instante, apareció un caballero en el umbral del salón que daba al jardín. Era Daniel de Zubieta, que acababa de llegar con su gente.

—Eminencia, ¡esto es el paraíso! —dijo con su habitual vitalidad—. ¡Hasta en la noche oscura se percibe la paz de este lugar!

—Señor capitán —replicó Farnese—, es menester que os repongáis de la fatiga del viaje antes de contarnos vuestras andanzas.

Y haciendo una seña, mandó servir a Daniel. Inés dirigió una expresiva mirada a

Micaela, que esta comprendió al vuelo, y pretextando cansancio por la larga jornada, se excusaron las dos y se retiraron a sus aposentos.

En efecto, mucho era lo que los dos capitanes debían informar a Su Eminencia. El cardenal preguntó solícito a Daniel por su viaje, y al decirle este que se había producido sin incidencias, pasaron al asunto que a todos preocupaba.

—Sé —comenzó Farnese—, por lo que me instruisteis en Roma y por lo que hablado tengo con el embajador, de la verdadera misión que la Emperatriz os ha encomendado. Es propósito de interés, pero necesita reflexión y sumo cuidado, pues como bien sabéis, los ojos y orejas no descansan jamás. Mucho temo que la península itálica será en breve el objetivo de la presión otomana en su lucha por el poder. Solimán está proporcionando refuerzos y medios a todos esos piratas y renegados que buscan fortuna y que con afán desmedido asolan el Mare Nostrum. Él mismo avanzará sobre Europa por el este, dejando el sur a los berberiscos. Pero todo esto es de vuestro conocimiento.

»Vuestra petición de apoyo al negocio de la Emperatriz, a mi entender, es por demás oportuna, pues unirnos a ese proyecto favorece a ojos vistas nuestra defensa ante el Turco. Un imperio fuerte significa nuestra salvación. Pero existen cardenales que no tienen esta visión del asunto: unos porque el objetivo de doña Isabel se les antoja imposible; otros por razones religiosas; otros no dan licencia a estas ideas por ser amigos de los intereses de Francia, ya que Francisco I y Enrique VIII basan su política en debilitar al Imperio, para, así haciendo, poder ellos crecer.

—Sí, Eminencia —terció Íñigo—. Puedo asimilar que no es fácil tarea, ya que también hemos de considerar las gentes de Flandes, orgullosas de su bienestar y apoyadas por Inglaterra en sus reivindicaciones al César Carlos, y que doy por cierto no aceptarán de buen grado aquello que pueda trastocar su economía. Pero corazones valerosos están dispuestos a luchar por aquello que justo es, y que beneficioso puede ser para nuestros reinos, y como Vuestra Eminencia bien dice, para los vuestros también.

—Tengo a bien recordaros que dentro de dos días arribarán los cardenales Sforza y Laghi, que para el conocimiento de todos, honrarán la regata que hacemos en el lago todos los años por estas fechas —añadió Farnese—. Acudirán igualmente con el mismo pretexto algunos caballeros de la zona de estimable rango e importancia, que considero menester atraer a nuestro anhelo y mantener instruidos en su desarrollo. La ocasión de la regata justifica su llegada, y anulará cualquier sospecha de oculta intención. Podéis permanecer aquí cuanto tiempo deseéis, para descanso del cuerpo y serenidad del espíritu. La isla está bien guardada y aquí estaréis a salvo. Nunca es demasía mantener alerta la cautela y los ojos bien abiertos siempre.

Cuando ya se estaba despidiendo de los capitanes, el cardenal se volvió de nuevo a ellos.

—¡Ah!, como precaución, fray Bartolomé, que conoce de pócimas y antídotos, os dará una serie de remedios que provienen de las plantas que aquí cultivan los buenos frailes y que pueden seros útiles. No lo olvidéis.

Como les había recomendado el cardenal, Inés y Micaela salieron de mañana a recorrer las siete iglesias de la isla. Pasaron bajo un denso túnel formado por las ramas de los árboles, que extendían sus brazos hasta abrazarse totalmente. Cuando empezó a clarear el bosque, al final del camino se encontraron con unos grandes peldaños de roca enverdecidos por el musgo, que ascendían hasta la ermita que llamaban Monte Calvario. A ambos lados crecían, como silenciosos guardianes, altas malvas de oscuras flores.

Un pequeño pórtico abría, mediante un hermoso arco, la entrada a la iglesia que sobre un promontorio dominaba el espléndido panorama del lago. Una vez en el interior, la emoción era intensa, tanto por razones artísticas como espirituales. En el ábside, el magistral Benozzo Gozzoli había realizado un fresco que representaba la crucifixión: en tenues colores y con dibujo de extrema elegancia, relataba el sufrimiento de un hombre en la cruz y el dolor infinito de una madre a sus pies. Era tan real y tan contenido al mismo tiempo, que Micaela sintió cómo las lágrimas inundaban sus ojos. Con un suspiro, abrió su talego y sacó papel y carboncillo para realizar un boceto, que se convertiría en una medalla o un objeto para el altar. Recorrieron las capillas, y la de Santa Catalina les entusiasmó en grado sumo, pues allí reconocieron la planta octogonal, que con tanto acierto les describiera el cardenal y cuya descripción recordó a la diamantista su aprendizaje con Vasari sobre las joyas secretas o aquellas henchidas de simbolismo. Realizó en ese instante unos bocetos de la planta octogonal, que habrían de ser utilizados en el futuro.

Por la tarde, siendo el día caluroso, quisieron ir Micaela e Inés al lago a tomar un baño. Los custodios insistían en acompañarles, pero ellas deseaban un poco más de intimidad y poder disponer de su tiempo libremente.

Decidieron que las llevarían en una barca y que, una vez allí, las dejarían solas en el Refugio, que era un hueco excavado en la roca al borde del agua, justo debajo de la iglesia de Santa Catalina. Tomaron los ansiados baños, y al cabo de una hora Inés sugirió a Micaela llamar con la campanilla a los guardianes para que retornaran a buscarlas. Micaela deseaba permanecer en aquellas aguas y disfrutar de ese momento un poco más, y ante los impedimentos de su cuñada, que no consentía dejarla sola, dijo:

—No pases zozobra, Inés. Diles que te acompañen, y luego vuelvan a recogerme otra vez. Mucho me gustaría poder gozar un poco más de este lugar celestial. En este refugio natural no sufriré ningún rigor.

No había pasado mucho tiempo después de que Micaela se hubiera dado otro baño, cuando apareció la barca, pero esta vez era Íñigo el único remero.

—He venido yo a buscarte, Mica. En estos últimos tiempos estamos rodeados de gentes, sin sosiego para hablarnos y cortejarte.

Ella estaba colocándose el corpiño sobre las blancas sayas; el sol doraba la piel de Micaela, que resaltaba el brillo de la misma con el albor del lino. El pelo, todavía empapado, dejaba escurrir hilillos de agua, que mojaban la escueta ropa. Íñigo saltó raudo al Refugio, y besó a Micaela con una pasión que apenas podían ambos contener. Eran jóvenes, estaban enamorados y el abrazo de Íñigo se tornaba cada vez más abrasador, dejando a Micaela sin fuerza y sin deseo de rechazarlo; las yemas de sus dedos parecían adquirir una nueva vitalidad cuando tocaban la ardiente piel de Íñigo. Pero de pronto recordó dónde estaba, y en un raptó de energía se deshizo de su atadura y se arrojó con presteza a la barca varada junto a la roca. Íñigo la miró desconcertado, y al cabo de unos instantes musitó:

—Tienes razón, Mica. No es el momento ni el lugar. Pero habrás de pensar en una fecha cercana para celebrar nuestro compromiso.

Amaneció el día de la regata cálido y luminoso. Una calima envolvente dominaba las aguas del lago y la actividad en la orilla era intensa: varias barcas estaban ya expectantes y preparadas para concursar y vencer. En cada una de ellas tremolaba el gallardete que representaba la población ribereña a la que pertenecían. Poco a poco fueron llegando las lanchas de los entusiastas vecinos, que se situarían a lo largo del recorrido y que habían engalanado con guirnaldas y gallardetes. Una de estas, un tanto mayor que las otras, tenía una hermosa campana en la popa, con la cual darían la salida y anunciaría el vencedor a la llegada. El ambiente era festivo y alegre, y cuando el anfitrión apareció junto a los otros cardenales, fueron recibidos con grandes vítores. Presurosas arribaron las últimas barcas que habían de competir, y el cardenal Farnese se preparó para dar la salida, a la que seguiría el toque que la anunciaría. Con un leve gesto, indicó al campanero que diera la señal. Una intensa carga de energía recorrió las filas de los barcos, y los remeros, tensando sus músculos, comenzaron el ritual al deslizar las barcas por las serenas aguas. Micaela observaba fascinada el vibrante espectáculo. En un momento dado, con aire distraído, se le acercó el cardenal:

—Querida hija mía, no lo penséis más. No encontraréis mejor hombre que el capitán. Es su condición no hacer las cosas a medias. Si ha decidido quererlos, lo hará con intensidad y constancia.

—Pero, Eminencia, mis padres están muy lejos, en Toledo. Yo había pensado casarnos a nuestro regreso, en nuestras tierras.

—No lo demoréis. Casaos en Italia. Es un buen país para el amor. Mandad llamar a vuestros padres y casaos.

—Sí, señor cardenal, pero debemos partir para Sicilia dentro de unos meses y los viajes desde España son largos.

—No os atraséis en prevenir a vuestros padres y preparad vuestro casamiento en Sicilia. Los barones Ajutamicrosto son buenos amigos. Ellos os ayudarán en todos vuestros empeños.

Y se fue.

Despertó Micaela de sus reflexiones con el son que anunciaba al vencedor. El cortejo avanzaba lentamente como si todavía se deslizara sobre el lago, seguido por una corte de jóvenes muchachas vestidas de blanco, que portaban unos cestos de mimbre abarrotados de lustrosas frutas y hojas de pámpano, lo que les adornaba de un cierto aire de mitología clásica. A cada lado, una fila de remeros hacía guardia con los remos en alto, cuyas palas, aún húmedas, relucían al sol que se filtraba entre los árboles. En ese instante, una oración celebró al hombre que había sabido conducir a los suyos a la meta. El cardenal, con semblante satisfecho, colocó una corona de laurel en la cabeza del patrón de la lancha victoriosa. Entonces comenzó la procesión hacia la iglesia, donde el triunfador depositaría su corona en manos de la Virgen, implorando así su protección para el resto del año. Finalmente, las albas jóvenes también dejaron sus ofrendas a los pies del altar.

Tras la misa, se encaminaron a la pradera, donde el buen cardenal invitaba a todos a un almuerzo campestre. Una toldilla, bajo la cual habían preparado una mesa con blanco mantel y perfumadas flores, acogía a los cardenales, a algún prelado de importancia y a los señores venidos de las orillas del lago, entre los que se encontraba la princesa María Angélica del Drago, muy relacionada con la región. Entreveradas en las copas de los árboles, habían colocado unas tiras de blancos linos que ofrecerían sombra a los participantes en la romería y protegerían las mesas que brindaban a los lugareños aromáticos panes, quesos de la región y olorosos frutos, junto a jarros de hidromiel. Cuando ya la gente comenzaba el baile, y el bullicio se hizo muy aparente, Farnese hizo una seña a los invitados a su mesa para que, acompañándole, se retiraran hacia el palacio. En ese momento, un armonioso canto surgió de las voces broncas de los marineros, que agradecían así la alegre jornada festiva que compartían todos con gran contento.

Con todo el dolor en el corazón, tenían los españoles que dejar aquella isla que tanto se debía de parecer al paraíso. Damián e Inés habían recorrido la isla palmo a palmo; se habían bañado en sus quietas aguas y los dos hermanos Vallesteros habían hallado inspiración para su trabajo en las plantas, el color del lago, o en la solidez y textura de las rocas. La dulce brisa que allí se respiraba inundaba sus corazones; Íñigo descansaba tranquilo, al saber a su pequeño mundo a salvo entre los buenos monjes y la batuta organizativa de un gran señor; y Daniel, aunque ansioso por volver junto a Pilar, había disfrutado de la compañía de un anfitrión sin igual y de unos amigos, que potenciaban entre todos lo mejor de la vida: la amistad, como magistralmente definiera Aristóteles.

Organizada la partida, Íñigo salió a comprobar que todo estuviera dispuesto. La luz del amanecer acariciaba casas y plantas derramando su vida, siempre renovada, sobre aquella bendita Bisentina. Detrás de unos arbustos surgió un silencioso fraile, que con aire secreto entregó a Íñigo una bolsa diciéndole:

—Tomad, capitán. Son los antídotos y remedios de los que os habló Su Eminencia. Guardadlos bien. Corréis peligros que vos conocéis mejor que nadie. Os pueden ser útiles. No lo olvidéis.

Roma Goduta

Atrás quedaba el verano, los meses más calurosos comenzaban a ceder y Roma volvía a ser la ciudad templada que sería durante muchas semanas. Con la llegada de octubre Micaela retomó, junto a su hermano, la labor diaria de trabajo, sea en su taller, sea en los talleres de sus ya amigos Fieramosca, Bulgari y Percossi-Papi. Los bocetos tomados durante el viaje y perfeccionados después en la calma del estudio formaban ya un número considerable para comenzar el libro que les había propuesto la condesa Pinto del Poggio. Mandaron un servidor con una nota para dicha dama, y el correo volvió con una entusiasmada respuesta: «Espero con anhelo vuestra visita, y sugiero que, todos si podéis y si no Micaela, permanezcáis durante dos días en mi casa, para así poder establecer la estructura del libro de manera sosegada».

Aceptaron agradecidos su hospitalidad, y de común acuerdo decidieron que Micaela quedaría en casa de la condesa cuantos días fuera necesario dada la importancia de la obra, ya que sería el resumen del trabajo que debían presentar a la Emperatriz. Contaron los diamantistas el diseño al embajador, que alabó mucho la idea, pero conminó a los hermanos a llevar la debida protección, encomendando a Íñigo que no quedara Micaela sin todo el cuidado necesario en casa de la condesa.

Según lo acordado entre el capitán y Micaela en la Bisentina, enviaron noticias a sus padres, pidiendo Íñigo el consentimiento de los Vallesteros para contraer matrimonio con Micaela.

Siendo que Damián estaba en Roma y era hermano de la pretendida, y no albergaba ninguna duda sobre la respuesta de sus padres, resolvieron que, en breves fechas, efectuarían la ceremonia del compromiso en la embajada, apadrinados por los embajadores.

Partieron hacia casa de Marisa dos días después, con el fervor de un buen trabajo por comenzar y la ilusión de una magnífica hospitalidad. La casa estaba en todo el esplendor del mediodía otoñal. Algunos árboles empezaban ya a cubrirse de oro, tachonado por pinceladas de rojo intenso, y la condesa les esperaba con su

característica sonrisa. Era alta y rubia; sus cabellos siempre peinados en un recogido sobre la cumbre de su cabeza, aureolaban su cara en la luz del mediodía. Tenía un empaque soberbio, que matizaba con una actitud siempre amable. Sus ojos llenos de curiosidad y vigor, la nariz distinguida y el mentón voluntarioso creaban una armonía en su rostro, que lo hacía hermoso e interesante. Pero su mayor arma era el carácter. Viuda de un hombre al que adoraba, pensó en el momento de la muerte de aquel que su vida había terminado. Sin embargo, mujer inteligente y de acusada personalidad, comprendió que de entonces en adelante, de ella dependerían muchas personas que habían trabajado con lealtad durante muchos años para el conde, lo que le hizo tomar la decisión de dirigir ella el negocio.

Tomaron un breve refrigerio y recién comenzada la tarde se encaminaron a la imprenta.

La laboriosidad y empeño con que las gentes se afanaban agradó a los españoles. Damián, como siempre observador, se percató del respeto y agradecimiento con que los oficiales y dependientes trataban a la condesa. Ella tutelaba el trabajo con la dulzura de la buena matrona, preguntando ora aquí ora allá por una madre de salud delicada, la llegada de un nuevo hijo en un joven matrimonio o la pérdida de un ser querido. Y, sin embargo, con la autoridad y firmeza que la buena marcha de un negocio requería.

En primer lugar y ayudados por los artistas creativos, escogieron el formato del libro que no debía ser excesivo en su tamaño, para darle ese aspecto de objeto precioso que habían decidido debía tener; luego el papel, suave en la textura y firme en su grosor; las guardas, de seda bermellón, el color del Imperio; los cierres, de bronce dorado sobre un terciopelo carmesí de inigualable tacto; y los bocetos que había realizado la diamantista a lo largo de estos años, con una bella explicación de los mismos, con la historia del encargo imperial en una interesante recopilación que reunía la mejor inspiración, desde el arte romano, pasando por el bizantino, mudéjar, plateresco y el actual renacimiento italiano, en la armoniosa caligrafía de Damián, que añadía todos los conocimientos técnicos que en su viaje habían atesorado.

Al terminar el día de trabajo, Damián e Inés regresaron a la embajada, pero Íñigo no estaba muy convencido de dejar a Micaela sola con la condesa. Esta le aseguró que tenía la casa bien guardada, y que los vigilantes que él dejara asimismo custodiarían día y noche su seguridad. A regañadientes, marcharon los españoles de vuelta a Roma.

Micaela intuía que la condesa deseaba hablar con ella. Lo había percibido, en la delicada insistencia con que Marisa había reiterado su invitación para que la diamantista permaneciera unos días allí, con el pretexto de concretar detalles del libro antes de su partida a Sicilia. No se hizo esperar la conversación. Tras la cena, se retiraron a una pérgola cercana a la casa: la noche era estrellada, serena e invitaba a la confianza. Marisa inició su conversación hablando del libro.

—Creo, *cara* Mica, que realizaremos una hermosa obra. En la portada, en un

círculo de hilo de oro, podríamos añadir una auténtica joya, que será diseñada para la Emperatriz; podría ser un medallón, que prenderíamos en el terciopelo. Al retirarlo, aparecería el emblema de doña Isabel en oro y perlas.

—Bien decís, Marisa. Ha de ser una joya que tenga una carga simbólica que la haga insustituible, una que de manera secreta revele varios conceptos: el espíritu de la dualidad que para mí representa esta misión, ya que es a la vez un viaje externo por los distintos países, y un viaje interno de aprendizaje; al mismo tiempo combina a la perfección con la expresión de dualidad, tan propia de vuestras tierras, *il finto e il vero*, «lo real y lo imaginado». He trabajado muchas horas con Vasari en el taller de Fieramosca. Con él elaboré dibujos de alhajas que encierran un secreto, y todas ellas reunían los conceptos que acabo de explicaros.

Y allí mismo comenzó la diamantista a dibujar un medallón que habría de encajar a la perfección en el suave terciopelo del *Libro Italiano*.

Continuaron cambiando impresiones sobre las mejoras que era factible realizar en dicho libro, y lo que habrían de añadir de su etapa siciliana.

—A ese propósito —dijo Marisa—, me parece sería oportuno que yo viajara a Sicilia cuando Damián y tú lo estiméis adecuado, para traer de vuelta a Roma los bocetos que allí hayáis realizado. A menos que hayáis pensado volver a esta urbe por algún concepto.

—Mucho me complacería —contestó Micaela— vuestra visita a Palermo. Allí se encontrarán también los barones Emanuel y el príncipe Spadafora, que en tanta estima tenéis. Y es muy posible que, si mis padres dan su consentimiento, celebremos allí nuestros esponsales.

—Será una inmensa alegría compartir con vosotros momentos tan preciosos —dijo Marisa—. Os deseo toda suerte de venturas en vuestro matrimonio con el gallardo capitán. No os será difícil, pues es varón de bizarra apostura, y a las claras se percibe la adoración con que os distingue. Sois mujer de ventura, Mica, pero vuestros muchos dones y vuestra brillante personalidad pueden concitar envidias, que bullen en corazones viles. Así es el género humano. Habréis de redoblar el cuidado en vuestro entorno. He oído voces por la ciudad que no son de mi agrado y que perturban mi tranquilidad. El afecto que a vos me obliga me hace ser sincera, a pesar del riesgo de resultar indiscreta. Ahora bien, podéis quedar sosegada, aquí estáis a salvo. Nadie, salvo los de esta mi casa, conoce vuestra presencia, y tengo guardianes de mi entera confianza. Podéis quedar sosegada. Pero sed precavida; esta ciudad encierra peligros ocultos y seres fingidos, que quizá no acertéis a desentrañar. Y al término de este mi cuidado, hablemos del libro que habremos de hacer juntas. La imprenta que dirigía mi marido, y ahora en mis manos está, ha obtenido el *nihil obstat* de la Casa Pontificia y hemos producido varias obras para la Biblioteca Papal, lo cual os puede dar idea de la exigencia en la ejecución de nuestros libros. Espero que la Emperatriz dé licencia a la bondad de nuestra creación.

Mientras ellas hablaban, una sombra se deslizaba en la noche seguida de varios

hombres que se apostaron en accesos del jardín, puertas y ventanas. Dos de ellos se destacaban entre los demás y, en un momento dado, se reunieron y susurrando uno le dijo al otro:

—Las sombras de la noche son perversas. Es menester que aquí nos detengamos, y con el alba dejemos a los guardianes solos hacer su trabajo.

—Bien, Íñigo. Así lo haremos.

En una suave noche de octubre, por las que la ciudad de Roma era conocida, se encaminaban nuestros toledanos al Vaticano conducidos por los embajadores a una fiesta que se auguraba prometedora. En el Antiquarium de Julio II, haciendo uso de las elegantes construcciones que encerraban los jardines, la Casa del Papa había preparado un auto sacramental, que tendría lugar antes de la cena, en cuanto la oscuridad se hubiera apoderado del firmamento. Las mesas sobre el fresco césped y en un extremo del jardín estaban colocadas de manera que todos tuvieran una visión óptima de las escenas del drama que se iba a representar. Suntuosos damascos cubrían las mesas, la vajilla de plata dorada y la fina porcelana china armonizaban con el cálido tono de los tejidos, creando una sensación amable y ordenada. Altos fruteros de bronce dorado se adornaban con una singular variedad de frutas venidas de Sicilia, Sorrento, Santa Ágata del Golfo o Frascati, que servirían para refrescar a los huéspedes durante la función. Las copas de cristal de Venecia espejeaban con el titilar de las velas, que en miríada lucían en candelabros finamente cincelados, figurando cariátides, grifos alados y toda la imaginería inspirada en la Roma imperial.

Al fondo del Antiquarium, delante de un palacete, dos altísimos cipreses se elevaban hacia el cielo; unas vasijas de barro, pequeñas y primorosamente trabajadas, con sus respectivas candelas en su interior, marcaban el camino y el escenario natural donde tendría lugar el auto sacramental. Al son de unos leves tintineos, aparecieron unos muchachos vestidos de pajes portando unas pirámides cubiertas de campanillas, que agitaban ellos haciendo oír el son que anunciaba el comienzo del espectáculo. En ese instante llegó Su Santidad, que ocupó el sillón que en un lugar de relevancia estaba colocado, acompañado por sus cardenales y algunos embajadores.

En el extremo derecho de un escueto lago, surgía un enorme pez, de cuyas fauces entreabiertas salía una niebla roja que nada bueno auguraba. En el centro, una casa oscura y manchada de tiznes, de la cual se alzaban lenguas de fuego, simuladas por telas carmesí que se movían desde el interior; a la izquierda, de una casa que apenas se distinguía, pues estaba cubierta de brumas, se oían unos prolongados suspiros.

Una música misteriosa se dejó sentir, y en ese momento se abrieron las fauces del monstruo marino, expulsando más niebla bermeja y con ella seres humanos que salían de su boca con expresión confundida. De la oscuridad prorrumpieron unos diablos prepotentes que intentaban llevarse por fuerza a las pobres criaturas. Del agua surgieron unas náyades, que con su suave melodía intentaban apaciguar a los

demonios. Estos se tornaban más agresivos ante el rechazo de los humanos y, de repente, del mismo cielo aparecieron unos ángeles con largas túnicas, alas desplegadas y espadas flamígeras, que entablaron pelea con los seres infernales. Porfiaban estos por meter a la fuerza a las zarandeadas almas en la primera casa, la del fuego y lamentos, que era el infierno.

Luchando denodadamente, los ángeles consiguieron salvar a casi todos los seres que pugnaban por seguir a los demonios. Las otras ánimas, acompañadas siempre por los espíritus de luz, se dirigieron hacia la casa de la izquierda, donde les acechaban unas criaturas vestidas de plata, con escuetas alas transparentes que se movían de errática manera, y en su cabeza dos caras, una delante y otra detrás. Mientras revoloteaban alrededor de las almas en pena, la cara que mostraban era de amor y afecto; al darse la vuelta en su macabra danza, mostraban su otra cara, feroz y distorsionada. Algunos seres, engañados, se dejaron llevar al purgatorio arrastrados por las tentaciones, que tal eran los personajes vestidos de plata.

Por fin, vagando en la oscuridad, arribaron al umbral de una *palazzina*, un palacete, que al instante se iluminó con mil candelas; unas cariátides, que portaban antorchas, sostenían el pórtico. Eran las buenas almas que hacían vela a una magnífica custodia, que sobre un altar cubierto de damasco rojo se alzaba en el atrio. Al instante, los ángeles se detuvieron ante el Santísimo con las ánimas que habían sido firmes en su fe, y le adoraron. Música celestial se dejó oír y surgió en el umbral la Virgen María, que con su hijo Jesús daba la bienvenida a los espíritus constantes.

Un canto emocionado se alzó de los fieles que habían logrado la salvación, con la felicidad de la lucha vencida. Los demonios desaparecieron y un interminable cortejo de santas y mártires salió por las puertas de los costados del palacio; cada una portaba una lira con la que acompañaba la misma melodía de las almas, a las cuales se unieron los ángeles, momento en que todos se postraron para agradecer la intervención de María y adorar a Jesús Salvador.

El olor del incienso era intenso; de la oscuridad salieron fogonazos de color, al tiempo que descendía un medallón suspendido de los árboles, que mostraba al Dios Creador, magnánimo y poderoso. Las voces del conjunto se unieron al chisporroteo de los fuegos artificiales, que surcaban el cielo en formas espléndidas, de los más variados colores, y que simbolizaban la dicha de los seres que acababan de alcanzar la gloria. En esa apoteosis de música, olor y color, acabó, entre aplausos, el auto sacramental

Ahora era el turno de reparar el cuerpo con las humeantes y apetitosas viandas. El embajador May fue invitado a sentarse en la mesa del Papa, donde también estarían los embajadores de Francia. Volvieron a repetirse los fuegos artificiales, así como los cánticos, casi celestes, que se acompasaban a los fuegos de artificio. Los cantantes vestían unas túnicas de seda y unos enormes chambergos con plumas. Desde su mesa, Íñigo se percató de las cortesías que el Papa tenía con los franceses, y que tanto Farnese como Contarini se desvivían con los españoles.

Se disponían a preparar su última Navidad en Roma cuando una mañana de diciembre, Luciano, el caballeroso mayordomo de la embajada, llamó a la puerta de la cámara de Micaela. Con gesto de ligero disgusto, bien porque no apreciaba la visita, bien porque no le inspiraba seguridad el asunto, le anunció que una joven que decía llamarse Vanozza deseaba ver a la diamantista. Al inicio, Micaela no recordaba a nadie con ese nombre, hasta que al cabo de unos instantes recordó a la posadera de la Sibila, en aquel aciago día de abril. Pidió al mayordomo que a ella le condujera, y al verla Micaela sintió un sobresalto.

Era ella, la bella camarera del Tívoli, aquella a la que había ofrecido trabajo. Estaba demacrada y flaca, con un profundo aire de desaliento. La diamantista la invitó a pasar, y ofreciéndole asiento la animó a que contara la razón de su inesperada visita.

—Poco tiempo después de vuestra amable oferta mi abuelo empeoró, y hube de cuidarle noche y día. Corría de mi trabajo en la posada a curarle y atenderle en los escasos momentos que quedaba libre, y las vigiliass eran largas, porque sus sufrimientos requerían atenciones constantes. Dado que algo sé de plantas, infusiones y cataplasmas, mi celo aliviaba sus males. Fueron meses esforzados, de muchos trabajos y muchas penalidades, y el final, más doloroso aún, pues mi abuelo murió, hace apenas semanas. Confusa y dolida, sola, sin saber qué rumbo tomar, un ángel me trajo vuestro recuerdo. La posadera de la Sibila me informó que residíais en la embajada y allí dirigí mis pasos por si vos, señora, continuáis necesitando una mujer leal, que os ayude con desvelo en vuestros deberes.

Micaela miró compadecida a esa pobre joven, que tanto había envejecido en tan poco tiempo: los ojos hundidos, la expresión sin vida, las magras carnes de su cuerpo, la color cenicienta, todo su ser inspiraba lástima.

—Claro que sí —anunció Micaela—. Sigo necesitando ayuda, y si lo puedo acomodar y así tú lo deseas, puedes quedarte hoy mismo. Déjame consultarlo con la embajadora y enseguida te aviso. Luciano, dadle lo que guste de comer. Ve, Vanozza, tienes que ponerte fuerte.

La embajadora pensó que era una magnífica idea y que hora era de que la diamantista tuviera una ayudante. Así empezó, ese mismo día, la nueva vida de la linda Vanozza, que había de ver mundo, padecer peligros e insidias, para después conocer el amor y asistir a acontecimientos notables.

Por fin llegó la Navidad, que se dispusieron a celebrar como todos los años anteriores, con la misa en San Pedro, que era una ocasión siempre digna de ser vivida. La misa del nuevo año la oyeron en la basílica de Santa María la Mayor, la basílica de advocación mariana que quedaba bajo la protección del rey de España^[39].

Recorrieron su vasta nave, y las velas encendidas celebraban la nueva luz que iluminaría sus vidas. Aunque ya la habían visitado y asistido a misa en ocasiones anteriores, hoy, al ser un día de celebración principal, la iglesia estaba radiante. El suelo, con un extraordinario trabajo cosmatesco, cuyo nombre se debe al apellido de los artesanos que efectuaron ese espléndido pavimento, había sido realizado con pequeños trozos de mármol y piedras en laberínticos dibujos geométricos. El techo encomendado a Sangallo por el entonces cardenal Rodrigo Borgia, amparaba las tres naves de majestuosas dimensiones. Los mosaicos del siglo V, algunos restaurados en siglos posteriores, celebraban el Triunfo de la Virgen con magníficas representaciones de su coronación y la ciudad de Jerusalén.

Fue una ceremonia de gran impacto para los toledanos, por su intensa carga espiritual, porque recordaban su tierra en tantos motivos presentes, y porque habían aprendido a valorar ese mundo esplendoroso, y un tanto misterioso, del arte bizantino.

En un oscuro día de enero, cuando la humedad y el frío se iban apoderando poco a poco de la ciudad, llegó un correo que traía dos cartas de Toledo, una para Micaela y otra para Íñigo. Era el permiso para que el capitán pidiera a Micaela en matrimonio, y contenía la bendición de Juan y Teresa. Su hermano Damián sería el encargado de concederla.

Por la noche tenía lugar una cena en la embajada, en el curso de la cual Miguel May comentó con ingenio a algunos amigos la ráfaga de amor que recorría el viejo caserón: primero la boda de Daniel y Pilar, y ahora el compromiso del capitán y Micaela. La princesa Odescalchi, que estaba presente, se ofreció con entusiasmo:

—Nada me complacería más que celebrar el compromiso de la bella diamantista, primero en la iglesia de San Liberato, y luego un banquete en mi cercano castillo. Os prometo, será hermoso.

Íñigo, que escuchaba asombrado, fue a contárselo a Micaela y ambos agradecieron a la princesa su generosidad, aceptando con gusto. El día de la ceremonia era frío pero soleado; la pequeña iglesia de San Liberato, escondida entre inmensos árboles, parecía surgir del bosque en benévola aparición. Las desnudas ramas se balanceaban, dando así la bienvenida de la naturaleza a los prometidos. Micaela e Íñigo estaban tan emocionados que la felicidad brillaba en sus ojos con especial fulgor. Al llegar al castillo de Braciano, las imponentes torres y muralla defensiva les acogieron: abriéndoles el inmenso portón, atravesaron el puente levadizo y entraron en el patio de armas.

Ya en el interior, Íñigo pidió decir unas palabras antes del almuerzo; después de dar las gracias a la princesa y dirigiéndose a Micaela, murmuró:

—Dios te ha puesto en mi camino y deseo que estés a mi lado todos los días de mi vida. Ni le decepcionaré a Él, ni te decepcionaré a ti. Mi primer cuidado será

amarte y protegerte.

Micaela era una mujer afortunada: había encontrado un hombre excepcional, y ella lo sabía. La boda se celebraría en Sicilia y sus padres habían confirmado su asistencia.

El torrente de la vida corría por sus venas, haciéndole sentir que el futuro comenzaba en ese instante.

SICILIA
(febrero de 1533 – diciembre de 1535)

*El árbol de vitoria
que ciñe estrechamente
tu gloriosa frente
dé lugar a la hiedra que se planta
debaxo de tu sombra, y se levanta
poco a poco, arrimada a tus loores.*

GARCILASO DE LA VEGA,
Égloga primera

1

Palermo

El mar. El mar, de nuevo. En el inicio de su viaje a Italia, en Valencia, Micaela había descubierto ese elemento que sería ya fundamental en su vida. El sol de esta atardecida de febrero doraba las aguas, uniéndolas con el firmamento en una vorágine de colores. Salió Micaela al puente y aspiró con fruición el aire salino y vigorizante. Siempre le sucedía lo mismo: sentía una hilarante sensación de libertad, que se agolpaba en su mente haciéndola más valiente y osada; el mundo le parecía más cercano y, a la vez, más variado; y deseó con todas sus fuerzas disfrutar esos días en el mar. Luego, ya veríamos.

Navegaban deslizándose suavemente sobre las aguas. Parecía una de esas noches perfectas, cuando el universo se muestra en armonía. Ella se sentía una pieza más de ese extraordinario engranaje, que era el orbe. Padecía la ausencia de sus padres y Marialonso, pero su nueva vida, tan llena de acontecimientos, algunos tan nuevos para la diamantista, no le concedía tregua para pensar sino en lo que estaba viviendo ese día, o lo que el día siguiente podía depararle. La compenetración y el amor por Íñigo crecían sin pausa, pero, desde la boda de Daniel y Pilar, Mica percibía con intensidad que el capitán deseaba decirle algo, algo que le resultaba difícil relatar, o que, quizá, no sabía cómo hacerlo. Mil estrellas titilaban ya en el oscuro firmamento, y la luna rielaba por la mar acariciando sus aguas. Las perseidas brillaban con telúrica energía, haciendo que Micaela se sintiera capaz de cualquier hazaña, por dificultosa que pudiera ser. No oyó a Íñigo, que la abrazó con dulzura.

—Mica, he de conversar contigo. Hay algo que quiero que sepas.

«¡Ya está! —pensó ella—. Este hombre tenía un secreto. Era demasiado perfecto. ¡Demasiado noble!».

—Íñigo —se sorprendió a ella misma, oyéndose decir—, ¿tienes otra mujer? ¿Una de esas bellas y atrevidas muchachas, a quien no sabes cómo dejar?

Íñigo echó a reír, en una sonora carcajada.

—¡Pero, Mica, qué novelera eres! ¡Has leído demasiados libros de caballerías! Escucha atenta, porque lo que debo confesarte —su expresión se había tornado seria y concentrada— es asunto arduo, y de la mayor trascendencia. Tal vez supere tu imaginación.

—¡Por Dios, Íñigo, habla ya! ¡Estoy en ascuas!

Con lentitud, sopesando con prudencia sus palabras, Íñigo comenzó a desgranar el relato, que largo ha le pesaba en el corazón.

—Ha llegado el momento de que sepas ciertos datos sobre la misión que nos ocupa a Daniel y a mí. Por supuesto que el encargo de la Emperatriz era también cuidar del buen desarrollo de vuestro trabajo, y para Daniel y para mí atender en nuestras capacidades los asuntos de Italia. Pero había otra razón, además. Una misión encubierta, que así debía permanecer, de secretos acercamientos con el fin de ganar adeptos entre las poderosas familias romanas y las personalidades de las distintas nacionalidades de los virreinos. Y, por supuesto, en el entorno del Papa. Sabes que Clemente VII se ha coaligado con Francia, Inglaterra y Venecia en el pasado. Francisco I ha llegado a unirse a los turcos para socavar el poder de Carlos V. El Turco adquiere cada día mayor poder y, con la ayuda inestimable de la Berbería y Argel, ha creado una red eficiente de espías en toda Europa, que informan a otros agentes otomanos o acuden directamente al sultán para sus informes. Ya en 1524, Jean Hannart, lord de Likerke, fiel servidor del Emperador, comprendió que toda empresa necesita saneadas finanzas, y así consiguió importantes sumas para organizar una poderosa fuerza defensiva.

Micaela seguía con suma atención lo que Íñigo le contaba, pero hasta ahora nada de lo que él le desvelaba era del todo nuevo para ella. Frases, miradas, algo había sospechado.

—Sigue, Íñigo.

—Estamos otra vez ante graves peligros —continuó él—. El turco poderoso y el francés siempre presto al desacato hacen que el Emperador necesite urgentes finanzas para sus proyectos, y con celeridad. La Emperatriz ideó una trama para intentar paliar esa constante necesidad de maravedíes de nuestro soberano, con estratagema prudente y justa. En Roma hemos conseguido avances cabales, gracias a los buenos oficios y mejores conexiones que, tanto el embajador como mi querido primo Domingo, habían construido a través de largos años de hábil trabajo. La llegada del nuevo embajador conde de Cifuentes, con su gran prestigio, continuará la positiva estela de acción anterior. Daniel, desde su puesto en el norte de la península itálica

primero, con sus relaciones con Flandes, se ha esmerado en su tarea, y ahora lo hará en la armada del Mediterráneo. En Sicilia, el conde de Ventimiglia puede sernos de gran utilidad para captar aliados en esta parte del virreinato, que se encuentra en una encrucijada de vías de la mar, punto clave para la acción de la armada. Mi actividad, nuestra actividad, porque Damián eligió ya en Toledo estar a nuestro lado en esta misión...

—¿Damián? —interrumpió Micaela—. ¿Damián está al tanto de todo?

—Sí, conoce todos los pormenores. A raíz del asesinato de Diego comprendí que los peligros serían cuantiosos, y cuando la Emperatriz resolvió fundir las dos expediciones en una sola, y así encubrir lo que Daniel y yo habíamos de acometer, conté a tu hermano, a quien consideré prontamente persona cabal y responsable, todo lo que era menester que supiera. No me equivocaba. Ha sido apoyo eficiente, noble amigo y hombre preocupado con la seguridad de su mujer y de su hermana.

—¿Diego? —interrumpió de nuevo Micaela, asombrada—, ¿qué relación existe entre Diego y vuestra misión? Dices que fue un asesinato, ¿es que no fue una trágica equivocación, como los alguaciles resolvieron entonces? ¿Cómo es posible que relataras a Damián lo que a mí ocultaste? ¿Crees que no soy capaz de prudencia, y llegado el caso, actuar con astuta estratagema?

—¡Micaela, sosiéguese vuestra merced! ¡No hay ultraje en mi silencio!... Bien al contrario, el respeto que te debo es razón para que arriesgue a referirte parte de la trama, pero el amor que a ti me obliga me fuerza a contar solo aquello que no te pueda dañar. Diego estaba inmerso desde su inicio en el diseño de la Emperatriz, y claros indicios habemos de que su muerte no fue fortuita, como los alguaciles hicieron parecer y forzaron presto a olvidar. Poderosas corrientes se unieron para oponerse a los planes de doña Isabel, y apremiaron para que así se resolviera. Nuestro objetivo es útil, y además es justo. Sé que aventajas en prudencia y discreción a muchos hombres cuerdos, pero Damián y yo concertamos ese compromiso para vuestra salvaguarda. A cambio de esta información, debes mantener los ojos y oídos bien despiertos. Es mi opinión, y asimismo la de Damián, que aquí debe acabar el conocimiento de la situación que nos ocupa, ya que la revelación del objetivo ulterior podría acrecentar el peligro para tu persona. El buen entendimiento que posees de las gentes y de los acontecimientos te hará calibrar lo que interesante pueda ser para nosotros y, al mismo tiempo, las celadas verbales con que te puedan acechar, al no conocer la respuesta, no podrás delatarte. Mica, confía en mí. No hay en mi vida nadie más importante que tú.

—Sea, Íñigo. La prudencia que te adorna se equipara a tu sentido común. Si mi hermano, que es hombre de mérito, piensa igual que tú, vuestras razones poderosas han de ser. Con lo que sé me encontrarán preparada. Pero... ¿qué sabe Inés?

—Damián considera que ella es una mujer cabal, pero que no tiene tu fuerza y tu arrojo, aunque es perspicaz y de buen entendimiento. Todo lo que ella observare tendrá valor; otórgale la atención que merece, y refiérelo a tu hermano o a mí mismo.

Quien no ha llegado a Palermo con la amanecida no ha visto una de las cosas más bellas de Europa. La niebla que ocultaba la ciudad fue poco a poco vencida por el sol, que así haciendo desveló el magnífico panorama. El agua brillaba con fuerza, abrazando la que fue villa medieval, y que ahora surgía como potente metrópoli, consciente de su creciente importancia estratégica en la lucha por el poder en el Mediterráneo. Su glorioso pasado dentro de la Magna Grecia, y luego romana, árabe, fenicia, angevina y aragonesa, había conservado numerosos vestigios de las diversas civilizaciones, pero ahora, en el presente con el Imperio, la lucha de titanes por el control del Mare Nostrum había impulsado a Palermo a la primera fila del tablero mundial, originando la necesidad de fortificar la ciudad y convertirla en bastión contra el Turco y refugio de las naves de la cristiandad.

Sus grandes reservas de trigo y la abundante pesca del atún, amén de los frutos de sus huertas, garantizaban el avituallamiento, tan pertinente para las grandes flotas. La prosperidad de su capital se traducía en la apertura de amplias avenidas que llevaban al puerto, entre grandes palacios que surgían en sus, ahora, anchas calles.

Una actividad febril dominaba los muelles cuando allí arribaron.

De nuevo podían sentir la vitalidad de las gentes del sur: llamaban, corrían, gritaban y giraban en torno a sus familiares, que esperaban a parientes o amigos. El perfil de la ciudad recordó a Micaela, de alguna manera, los trabajos en la Capilla Sixtina. La creación bullía en todas partes; de todas partes emergían casas, palacios y avenidas, en un ardiente pero ordenado sistema que cambiaría Palermo.

No se equivocaba Micaela: volvía a encontrar el clamoroso abrazo del sur. Una sensación de bienestar invadió su ser. Era como si esta tierra, donde arribaba por primera vez, fuera una antigua conocida, llena de tiernas reminiscencias que colmaban su alma de dulzura. Entre la multitud pudieron distinguir a los barones Emanuel, que fieles a su promesa habían acudido a recibirles. Llevaba el capitán cartas de presentación para el barón Ajutamicristo, que había insistido en alojarles, ya que la estructura del palacio, siendo inexpugnable, ofrecía inmejorables opciones de seguridad. Allí se dirigieron, siendo recibidos en el umbral por su propietario Diego Ajutamicristo, barón de Calatafimi, que de su padre Guillermo había heredado dicho palacio. Entraron en el patio, y el encaje en piedra y la espléndida galería les hicieron considerar la importancia de la antigua morada. El barón los acogió con gran afecto, preguntando por su viaje, sus familias, los Emperadores y Toledo, en prueba de su amabilidad y exquisita hospitalidad.

—Como bien sabéis, querido capitán —inició Calatafimi—, ha sido decidido que aquí permanezcáis. Al menos un tiempo prudente, hasta que os hagáis con la isla y la ciudad de Palermo. Es posible que arribe también el capitán de Zubieta y su mujer Pilar, con el pequeño vástago que la bondad del Altísimo ha tenido a bien concederles. Daniel embarcará en la armada de Doria y Pilar permanecerá aquí, con nosotros, protegida por nuestra amistad y estas recias paredes. Me pongo a

disposición de vuestras mercedes, en todo aquello que preciséis. Y ahora, ¡basta de charla! A vuestras estancias a recuperaros del viaje con un buen almuerzo, y después hablaremos. ¡Qué alegría teneros aquí!

La cámara de Micaela estaba estratégicamente situada entre la de Damián e Inés y la del capitán, y el palacio gozaba de una atmósfera de armonía y serenidad, donde el trabajo había de ser fructífero. Desde su ventana contemplaba, entre esbeltas palmeras, dos magníficas montañas, el monte Pellegrino y el Catalfano, que parecían vigías surgidos de la noche de los tiempos, y un huerto cerrado y secreto regalaba su plácida naturaleza.

Iba la diamantista por la calle Toledo recién abierta en Palermo, en esplendorosa avenida hacia el mar, acompañada por su fiel Vanozza y en dirección al taller de un orfebre distinguido, cuando, a la vuelta de una esquina, entrando ya en el barrio de los artesanos, se topó de bruces con Tarsicio y Refugio. Grande fue su sorpresa al verlos allí, pero lo que verdaderamente conmocionó a Micaela con la fuerza de un rayo fue el aspecto de Refugio. «Parece probada por un destino adverso», se dijo.

Aquella mocita entrometida y enredadora, pero vivaz y alegre, había dado paso a una mujer tan magra de carnes que más que mujer parecía una niña. Su expresión al ver a su, bien a su pesar, antigua rival expresaba más que mil palabras. El ceño fruncido, los ojos llenos de rabia, la mandíbula contraída y los labios apretados infundieron a Micaela miedo y pena. Miedo al pensar el odio y envidia que provocaban su persona, y pena de que estos sentimientos vinieran de alguien a quien en un tiempo pasado había dado su amistad.

La reacción de Tarsicio fue la contraria. El otrora joven gallardo recuperó al instante su condición de favorecido de las damas, y acariciando a Micaela con la mirada, besó su mano en gentil cortesía diciendo:

—¡Mica, qué gran contento encontrarte! Parecióme imposible pudieras estar más galana, pero así te hallo en estas lejanas tierras.

Mudó la color Refugio y Micaela creyó ver en su mirada la expresión de la persona que algo, y nada bueno, trama.

«¡Qué boba soy! —se dijo Micaela—. Ya tiene lo que tanto ansiaba. Nuestras vidas son ya muy distantes. Me dejaré en paz». Y se tranquilizó sin tener en cuenta que las pasiones cobran vida con intensidad por vía del pensamiento, y que pasiones son, y por tanto, alejadas del raciocinio, y muchas de las veces, contrarias también a los propios intereses. Preguntó Micaela, más por cortesía que por interés, qué les había traído a Palermo y fue Tarsicio el que respondió:

—Tengo a mi cuidado la hacienda de mis suegros, y por tanto los productos de las tierras; y también he ampliado el negocio al comercio del grano que compro en diversos lugares, e intento vender nuestras harinas en otras comarcas. El negocio es floreciente, Mica.

Esta no creyó en demasía la historia de la prosperidad de Tarsicio, y menos aún que se debiera a su trabajo, pero ya no le interesaba demorarse y no preguntó más. Tras breve conversación sobre sus respectivos lugares de residencia y sobre cómo el destino había dominado sus vidas, se despidieron con el anhelo de uno y el rechazo de la otra, de verse de nuevo.

Bien a su pesar, el entusiasmo con que Micaela había emprendido la jornada se había esfumado. El custodio preguntó a la diamantista si todo iba bien, y ante la lacónica respuesta de ella, se prometió referirlo al capitán y tener los ojos bien alerta. «*Non so chi é questa strega*^[40] —pensó—, pero no le perderé de vista».

En ese momento se unió a ellos Damián, que enseguida percibió el malestar de su hermana, y se prometió hablar con ella más tarde.

Por fin llegaron al barrio de Ballaró, el antiguo Suq-al-Balharm de la época árabe, con sus blancas casas relucientes y sus patios donde siempre se oía el murmullo de una fuente. Se detuvieron ante una hermosa puerta pintada en un intenso azul, y esta se abrió de inmediato, mostrando que les aguardaban con impaciencia. Un servidor los recibió con muestras de respeto, y los condujo a través de un patio donde crecían naranjos y limones, a una estancia cuyas ventanas tenían unas tupidas celosías que filtraban la intensa luz de la calle. Lentamente, los ojos de los toledanos se fueron haciendo a la penumbra y detrás de una cortina apareció el anfitrión.

Era un hombre alto, vestido de impecable blanco, con una chilaba que llegaba hasta el suelo y que acompañaba sus movimientos con un leve susurro. En su cabeza, un turbante también blanco ponía en valor su oscura piel y enmarcaba el noble perfil de aguileña y poderosa nariz. Se desplazaba con pausa, muy erguido, y sus ademanes eran afectuosos hacia sus invitados, así como lo fueron sus palabras de bienvenida. Con unas palmadas mandó servir el té con hierbabuena y mucho azúcar, que resultaba refrescante delicia en ese caluroso mes de junio.

Muley Rashid, que así se llamaba el orfebre, les preguntó con sumo interés por Toledo, la mítica ciudad que encerraba el saber de tres civilizaciones, y que, decía él, compartía con Palermo el honor de ser ciudad de convivencia de esas tres culturas y religiones. Cuando acabaron de tomar el té, les invitó a pasar a su taller, situado al otro lado del patio. De un mueble de madera oscura decorado con una taracea de nácar fue sacando despacio, como si de un ritual se tratara, unas alhajas diversas y originales, cuyo refinamiento recordó de inmediato a los diamantistas las de los artistas mudéjares. Entre ellas destacaban unos hermosos colgantes para collares. El primero, trabajado en una primorosa filigrana de oro, tenía una forma casi esférica y en su centro una luneta realizada en esmalte representaba un ave en rojo, azul y violeta sobre un fondo oscuro, que iluminaba una turquesa redonda colocada en su vértice. En el segundo, también en filigrana, dos pajarillos se posaban sobre una media luna en esmalte *cloisoné* de rara belleza, así como el tercero que cubría el esmalte con un enrejado de oro.

Pero el conjunto más extraordinario lo extrajo Muley de un cofrecillo de olorosa

madera: zarcillos, ajorcas y anillos.

Montadas todas las piezas en oro, los zarcillos eran una media luna con perlas y lapislázuli; las sortijas, de gran tamaño, labradas su circunferencia en un enrejado que engarzaba una singular piedra de idéntico material; las ajorcas tenían en su centro un cilindro de oro con una inscripción en árabe, y este sujetaba a su vez dos piezas espléndidas de lapislázuli, que acababan en dos cabezas de dragón. Damián y Micaela sintieron una emoción singular al comprobar que el alma intrínseca de Sicilia, el crisol de civilizaciones que le habían modelado su ser más auténtico, gozaba de tantas similitudes con el ánimo de Toledo.

La diamantista estaba poseída por un extraño sentimiento de estar en casa, de algo ya conocido y vivido, de felicidad y plenitud. Desde su imperiosa dignidad brillaron los ojos de Muley con ternura y comprensión, y con amable sobriedad invitó a los hermanos a trabajar en ese estilo de las tres culturas y acudir a su taller cuantas veces así lo desearan.

De vuelta al palacio Ajutamicristo, Micaela se encerró en su laboratorio para comenzar a dibujar un collar, que sería un ejemplo de lo que Muley les había inspirado: una joya que representara lo mejor de las tres culturas, es decir, Toledo.

La atunara

La magia de Sicilia, esa unión tan especial entre la delicada ternura y profunda crueldad, al mismo tiempo, y precisa ocasión, se iba poco a poco apoderando del ánimo de los toledanos. Micaela experimentaba, cada vez con más intensidad, la percepción de pertenecer de alguna manera a aquella isla. Nada que ella conociera del pasado de su familia le unía a esas tierras, y sin embargo, una vaga impresión de ocasión ya vivida, de pertenencia, le asaltaba en algunos lugares con fuerza incontrolada.

Planeaban diversos viajes a las muy variadas regiones sicilianas, para tomar contacto con los orfebres allí residentes y descubrir las riquezas artísticas que reunía esa isla, que había atraído con su encanto singular a tantas culturas de ese inmenso crisol que es el Mediterráneo.

Los nombres tan sonoros y eufónicos contenían una carga de significado de gran alcance, pues su evocación traía ecos de hechos heroicos y semblanzas mitológicas. Gustaba la diamantista de desgranar patronímicos que desataban una musicalidad poética: Sciacca, Érice o Monte San Giuliano, Trapani, Taormina... Así como los apellidos: Spadafora, Donnafugata, Chiaramonte, o el propio Ajutamicristo, donde gozaban de la hospitalidad del barón de Calatafimi. Íñigo observaba asombrado esa curiosa simbiosis de su novia con esos territorios, hasta entonces desconocidos para ella, y que ejercían un indudable hechizo sobre la diamantista. Todo le gustaba en esta región sagrada, los aromas de los rojos y fértiles campos, el perfume de las blancas flores que eran más sensuales que en ningún otro lugar, las casas y palacios contruidos en una piedra dorada que se encendía con el sol de la tarde, las familias extensas y unidas que se reunían alborozadas celebrando la vida, una existencia refinada y salvaje al mismo tiempo, que le atraía apasionadamente.

En esos pensamientos estaba cuando apareció Íñigo y decidieron salir al jardín y disfrutar de la suave noche de ese final de marzo.

—¿Por qué me siento tan atraída hacia estos lugares?

—Creo, Mica, que parte del secreto reside en que los españoles y los habitantes de la península itálica estamos ganosos de conocernos debido a nuestra diversidad, y somos acertadamente similares para tener satisfacción de nuestras personas.

Por fin había llegado el virrey conde de Ventimiglia, y les había concedido la audiencia que tanto esperaban. No deseaban comenzar su periplo antes de saludarle y referirle sus proyectos, dentro de la misión encomendada por la Emperatriz. Escogieron con esmero los diamantistas las piezas de orfebrería, y el capitán la exposición al virrey, pues decían que era hombre justo, pero ninguno de los toledanos le conocía.

El palacio de gobierno, el imponente castillo de los Normandos, estaba siendo restaurado para hacer más amable la llegada a la armada imperial y sus grandes capitanes, y sobre todo, para la anhelada visita del Emperador. Residían en ese momento los condes de Ventimiglia en el palacio Chiaramonte, donde las señoras se reunieron con los otros invitados y el capitán y Damián fueron conducidos a una sala apartada.

Íñigo entregó al virrey las cartas de presentación que consigo llevaba, y las que le había entregado el embajador. Leyó el conde las cartas patentes con suma atención, y levantando la vista preguntó a Íñigo por la duración de su permanencia en Palermo, cómo se desarrollaba el trabajo de los diamantistas y su lugar de residencia, y al responder el capitán que se hospedaban en casa del barón de Calatafimi, el virrey comenzó un elogio sobrio, pero a la vista estaba que sincero, del barón.

—Podéis confiar en él —dijo—. Es caballero de sólida palabra y de leal inteligencia, de la que ya ha dado prueba en anteriores ocasiones. Uno de esos hombres de trayectoria limpia y sincera; firme en sus creencias, y capaz de los mayores sacrificios, realizándolos con la elegancia de la naturalidad. En cuanto a mí, a vuestro lado estoy para todo aquello que hayáis menester en esta empresa, que a mi entender es diseño justo y beneficioso. Los acontecimientos que se suceden sin pausa nos obligarán a los más denodados esfuerzos. El virreinato de Nápoles, el Milanesado, la armada, todas las fuerzas de la península itálica habrán de concertar un afán común. El nuevo virrey, don Pedro de Toledo marqués de Villafranca del Bierzo, es portador de nuevas ideas y nuevos ingenios, que garantizarán el reforzamiento de la defensa de plazas fuertes, villas y expediciones comerciales en la mar. Como vos bien conocéis, un tratado de Alonso de Chaves, de nombre *Espejo de navegantes*, ha permitido construir y equipar las naves de la armada, que contribuirán a dar protección a quien de nosotros la espera. —Asintió Íñigo, recordando la mención que hiciera el virrey de Chalons al proyecto ya finalizado de Chaves—. Grandes personajes se han unido con ahínco, entre ellos un conocido vuestro de la Corte de Toledo, Garcilaso de la Vega, que ha vuelto a Nápoles como lugarteniente de don Pedro. Escritos de relevancia como los de Juan Valdés concurrirán a dar razón

de nuestro empeño, que denodado es. Y ahora, ¡vamos, señores!, vayamos junto a las damas.

Pasaron a una amplísima estancia cuyo techo de madera era una obra de arte, con escenas bíblicas y caballerescas del más puro estilo hispanoárabe. Los otros invitados eran notables del virreinato, que les acogieron con deferencia y la curiosidad que siempre provocan los recién llegados de lejanas tierras. En los últimos tiempos, la ciudad había sido visitada por muchas gentes de distintas procedencias, que aportaban nueva energía a la ya creciente urbe, que despertaba al futuro desde su glorioso pasado.

La princesa Borghese, que se encontraba en Sicilia para visitar sus extensas propiedades de viñedos y olivares y a quien ya habían conocido en Roma, simpatizó de inmediato con el vivo ingenio de Micaela y la reserva elegante del capitán. Se encontraba también con ellos el príncipe de Palagonía, caballero de gran porte, cuyo aspecto educado y tranquilo complacía tanto a la diamantista como a Inés, que escuchaban su conversación con atención. Íñigo, que observaba atentamente, aprovechó el momento en que el príncipe se alejó para acercarse al grupo donde se encontraban Inés y Micaela y desgranar ante ellas su parecer, ya que había observado la impresión que dicho príncipe había producido en las dos toledanas.

—¡Qué gallardo y cumplido es el príncipe! —exclamaron las dos al unísono, demostrando la admiración que su parlamento había provocado.

—Es persona religiosa y de bien hacer —puntualizó Íñigo—, pero su vanidad le tiende arteras celadas. La victoria en asuntos de importancia y hasta en meros trámites de interlocutores de su entorno, le impulsan a contar los propios que, de manera sempiterna, deben superar los ajenos. Si alguien escribe un libro, él ha concertado tres; si otro suministra un dato veraz, él discurriera años ha cinco más importantes; para a continuación, percibiendo su ingenio el error cometido, modelar un manto de humildad sobre su descuido, para borrar su anterior ufanía. Caballero es, como acabo de deciros, de fino ingenio, dominado por una peligrosa pasión: la vanidad, que ciega el talento más cumplido. Las damas sabéis de estos ardides. Conocéis cómo atizar el fuego de las debilidades, para obtener vuestros fines.

Inés le miró con sorna, creyendo comprender que Íñigo nunca apreciaría el entusiasmo de Micaela hacia otros caballeros.

—Íñigo —le dijo cuando estuvieron solos—, no debes envararte cuando Mica muestra aprecio por otro hidalgo. La vida pone a nuestro lado a seres sugestivos que por unos instantes llaman nuestra atención. Pero Mica tiene ojos solo para ti, y así será siempre, pues es mujer de decisiones constantes.

—Hazme favor de tu benevolencia, Inés. A veces, cierto es, no sobrellevo con paciencia que nadie galantee a Micaela, pero en este caso he hecho una descripción rigurosa de un personaje que hemos de tratar con asiduidad, y deseaba daros el conocimiento que os evitara sorpresas indeseadas. Por el contrario, la princesa Borghese, señora de aparente frialdad, es de cumplido talento y de generoso amparo

que llega siempre puntual. «Puntual como la muerte», dicen aquí en Sicilia. Esta isla mágica y encantadora encierra violencia y artimañas escondidas que yo puedo ayudaros a evitar, con todo el afecto que a vosotros me obliga.

Micaela, desde un ángulo del salón, sonreía a Íñigo.

El buen tiempo animaba a los toledanos a recorrer no solo la ciudad, sino también sus alrededores. Una mañana decidieron tomarse un descanso en sus tareas y obligaciones, e ir a visitar una famosa y antigua atunara, lugar donde se recibía la pesca del atún, y en el presente convertida en amable vivienda, situada en las proximidades de Palermo.

La jornada se anunciaba soleada y radiante, y con euforia empezaron el camino. Cuando llegaron a su destino, la belleza del lugar les dejó sin aliento. Un hermoso edificio de un rojo intenso y oscuro se alzaba entre grandes árboles de inmensas copas al lado de un mar rutilante. Se acercaron lentamente, disfrutando de los diversos planos que iba ofreciendo la paulatina aproximación. Una dama de edad madura salió a recibirles, avisada por el barón de Calatafimi de la visita de los españoles. Como era costumbre en tierras sicilianas, fueron acogidos con el entusiasmo propio de la vitalidad de sus gentes. El edificio había sido transformado en su totalidad en una amplia casa, donde vivir al lado del mar se convertía en un sueño hecho realidad. Las rocas sobre las que se sustentaba la estructura recogían los destellos del reino de Neptuno, sobre su color ocre entreverado de rojos; más cerca ya de la casa crecía un exuberante jardín, que al estar tan cerca del mar parecía un milagro, y rodeando el conjunto en una serie de anillos mágicos, el mar, el mar de Sicilia: ora azul claro como el iris de un ángel, ora oscuro como de cielo profundo, abrazaba aquel lugar de fuerza mitológica. Ese mar que había sido surcado por los grandes héroes de la Antigüedad, y que todavía producía ecos de sus pasadas proezas.

Íñigo sintió que su cerebro era fulminado por la intuición de nuevas batallas, que harían de este mar el escenario de acontecimientos terribles. Pero lo desechó con resolución viendo la presente felicidad de Micaela y los hechos propicios que en el inmediato futuro les tocaba vivir a ellos y sus familias. La voz de la diamantista le sacó de sus cavilaciones:

—¡Íñigo, me has traído al lugar más hermoso del orbe! Esta casa parece un barco que pugna por hacerse a la mar, pero al que, al mismo tiempo, un amor profundo retiene en tierra.

La propietaria de la atunara, halagada, les comunicó convencida:

—Tras la muerte de mi marido, he decidido retornar a mi casa de Palermo, y por tanto, esta casa quedará vacía. Nada me complacería más que el que personas de fundamento tomen esta morada en su cuidado y gocen de la libertad que ofrece la naturaleza, lejos de los ruidos y presiones de la ciudad. Aquí, *cara* diamantista, la inspiración surge todos los días como porfiado manantial.

—Señora —respondió el capitán—, en estas circunstancias en que nos encontramos, hemos de residir en el palacio Ajutamicristo, pero más adelante, después de nuestra boda, podríamos pensar en trasladarnos aquí ya que, además de Inés y Damián, otras personas de nuestras familias acudirán al enlace, y aunque la generosidad del barón no tiene límite, no deseo imponer tal carga.

—Sea —contestó la propietaria—. Necesito unos meses para acomodar mi residencia en la ciudad y dejaros esta casa pulcra y pulida. A vuestra conveniencia, hablaremos de las condiciones.

Una sonrisa de contento se dibujó en el rostro de la señora. Íñigo siguió la mirada de esta y vio a Micaela aspirando con fruición la brisa desde un balcón de la casa, que avanzaba sobre el plácido mar.

Costa occidental

El trabajo había de ser consistente y mucho era lo que debían abarcar en la magna isla, por tanto, las jornadas y viajes debían ser preparados y estructurados con rigor. No era tarea enojosa, ya que el entusiasmo de Micaela y el interés de Damián e Inés allanaban las dificultades que pudieran surgir. Era el mes de abril y las condiciones meteorológicas no podían ser mejores: el aire era suave, la temperatura tibia y los rigores del verano no se hacían sentir aún. Por tanto planeaban sus jornadas a la costa occidental con verdadera euforia.

Se proponían hacer la ruta hacia Sciacca, pasando por Mondello y bordeando la bahía de Castellamare, y así llegar a Trapani, donde residirían. Desde allí visitarían Monte San Giuliano, la antigua Érice, y más adelante en el camino, Sciacca, poseedora en las entrañas del mar del más hermoso y codiciado coral del orbe conocido. De retorno hacia Palermo, subirían a Segesta para conocer, decía quien bien sabía, uno de los templos y teatros más interesantes de la Magna Grecia. Los caballos piafaban de contento, y la expectación de los toledanos no admitía más la demora. Se pusieron en camino suavemente, cabalgando despacio para poder gozar de la singular calzada que recorrerían bordeando el mar.

Cuando llegaron a Mondello, se detuvieron para reparar fuerzas con un suculento almuerzo. Quedaron encantados con la vivacidad de aquel puerto de pescadores, que vivía por y para el mar. Reanudaron la marcha, pues, como era la costumbre del capitán, deseaban alcanzar la pequeña aldea de San Vito antes del anochecer. Llegando allí, la penumbra solo permitía vislumbrar los perfiles un tanto indefinidos del castillo árabe convertido en iglesia. En la posada, las estancias eran sencillas, de blancas paredes y limpieza impecable.

Al día siguiente, con el sol de la amanecida, Micaela se levantó rauda para conocer aquella bahía, de la que los palermitanos celebraban sus cristalinas aguas. En efecto, el panorama era deslumbrante. El sol aún titubeante del alba comenzaba a iluminar aquí y allá fragmentos del mar que se revelaba poco a poco a los ojos de la

diamantista. La diversidad de tonos azules y verdes de la mar lo convertía en un mosaico de transparencias de vivísimos colores, que el mejor de los artistas hubiera querido plasmar en toda su magnífica realidad. Micaela, de inmediato, pensó en una mesa de piedras duras, pero con motivos marinos, al estilo de las que había visto, esta vez florales, en casa de Carlo Confidati.

«Habré de hacerla», se dijo.

Después de un cumplido desayuno, y de la contemplación de la singular bahía, se encaminaron hacia Trapani. La ruta era cada vez más amable; la primavera escenificaba su despertar a la vida con una explosión de flores naturales a las riberas del Mediterráneo; las aves, singulares y profusas, parecían querer indicarles el camino con su grácil vuelo. Micaela, expresiva como siempre, se dirigió al capitán:

—Rara vez se puede observar una armonía tan cumplida con la naturaleza y los seres humanos. Estos pájaros parecen agradecer nuestra presencia, el aire tibio acaricia nuestros rostros y hasta las cabalgaduras dan la impresión de apreciar el magnífico entorno que la primavera nos ofrece. Es tan perfecto que parece un sueño que un hado benéfico nos regala en este día. Solo me ronda el temor de que esto pueda acabar bruscamente.

—No sufras cuidado, Mica —respondió Íñigo—. El barón nos ha obligado a incluir a esos hombres que detrás de nosotros van, que son sus más leales y esforzados servidores. Conocedores también del terreno y de sus gentes, puedes quedar descansada, no podemos desear mejor ni más aguerrida compañía.

—Mica —intervino Damián—, observa a nuestros custodios; no miran al paisaje, no se distraen con las maravillas que nos regala el entorno, sino que están atentos a cualquier persona, al menor movimiento que se produzca alrededor de nuestra expedición: su mirada concentrada, su actitud alerta y su ademán dispuesto a reaccionar al primer envite son nuestra mejor garantía de un viaje sin cuidado.

Siendo el día tan claro, pudieron avistar Trapani a muchas leguas aún de la ciudad. Un largo cabo avanzaba hacia el mar y podían ya vislumbrarse viejas edificaciones de gloriosa tradición aragonesa y vestigios de su espléndido pasado griego, árabe y normando. La casa de Salvatore Favignana se alzaba en un pequeño promontorio enriquecido de una densa vegetación, desde donde se podía gozar de una amplia vista de la mar, que el sol de la tarde plateaba en ondas sinuosas. Se divisaba también la masiva fortaleza que defendía la ciudad, y una isla muy cercana con una esbelta torre militar, que parecía navegar tranquilamente sobre las plácidas aguas.

Sus habitaciones eran confortables y alegres, y desde todas ellas se podía gozar de la marítima visión. El primer día, la mujer de Salvatore los llevó a conocer la ciudad y hacer una visita al santuario de la Anunciación del que los trapanenses eran muy devotos, y que era una construcción gótica con una importante portada y un rosetón que mostraba las mejores cualidades de ese arte espiritual. Al llegar la noche, comentaron la visita que realizarían al día siguiente a Monte San Giuliano, la Érice de los romanos.

El camino que rodeaba la montaña y ascendía hacia la cima, tenía un gran encanto. Inés y Micaela montaban caballos tranquilos y pausados. El clima era suave y todo parecía estar en armonía con el universo: el sol derramaba un calor tenue y su luz se enredaba en las ramas de los árboles creando sombras y contrastes. Iban al paso, aspirando los aromas de la primavera mientras Íñigo les explicaba los orígenes de la ciudad que visitarían en breve. En la Antigüedad había sido llamada Érice, se supone que en honor del que la mitología dice fue su fundador, Eryx, hijo de Venus y de Neptuno. El canal entre esta costa y Cartago se hallaba protegido día y noche por la diosa cuyo templo coronaba la ciudad. Los marineros, al pasar frente a Trapani, miraban a lo alto hacia Érice para saber si la fortuna les acompañaría en la travesía. Si lucía el sol, buen augurio; la niebla, que es frecuente en dicha ciudad, les hacía estremecerse de pavor.

—Esa es la leyenda —intervino Micaela—, pero ha de tener un origen tan interesante como su leyenda.

—En efecto —respondió Íñigo—: su fundación data del tiempo de los cartagineses.

Estaban tan embelesados con la descripción de la misteriosa ciudad que no observaron cómo el cielo comenzaba a cubrirse de nubes. Los caballos se inquietaban, el aire de suave y tibio se tornaba arisco y frío, y en ese momento constataron que a ambos lados del camino aparecía el precipicio oscuro y amenazante, solo mitigado por la densa vegetación, cuyas ramas ondulaban peligrosamente azotándose unas a otras.

Se miraron las dos mujeres como preguntándose si habían provocado la ira de Venus, cuando la luz de un rayo encabritó el caballo de Micaela. Salió este desbocado, electrizado, camino arriba. Micaela intentaba controlar su cabalgadura, pero el aterrorizado animal solo corría desesperado, queriendo a toda costa escapar de allí. Íñigo veloz espoleó su montura, *Flauto*, que acostumbrado a los fulgores y horrisonos sonos de las batallas se mantenía sereno. Horrorizado, el capitán contempló cómo *Pesantino*, el caballo de Micaela, al ver caer delante de sí otro fulgurante rayo, en un movimiento reflejo se frenaba en seco arrojando a Micaela hacia delante y al vacío. Íñigo, con el alma como un sudario, se precipitó al lugar donde había visto despeñarse a su novia: unos fuertes matorrales habían detenido la caída de la joven, que se agarraba con ahínco a las ramas de un frondoso árbol. Con extremada pericia, cogió las riendas de su caballo con la mano izquierda y con la derecha agarró un brazo de Micaela, que a su vez soltó la rama para asirse al capitán en un movimiento preciso y rápido.

—*Forza, Flauto!* ¡Vamos! —gritó Íñigo, mientras tiraba de Micaela con la fuerza que le daba el miedo a perderla.

El caballo obedeció la orden, y con determinación izaron a la joven, que se abrazó temblorosa a su novio. Acudieron corriendo, despavoridos, Inés y Damián, que al verles juntos y a salvo dieron gracias a Dios. La emoción sufrida hizo que gruesas

lágrimas resbalasen por el rostro de Inés, lágrimas que se mezclaban con la lluvia que caía ya torrencialmente. Íñigo besaba a Micaela enloquecido en los labios, en la frente y en los ojos.

—¡Eh, eh! —dijo Damián—. ¡Que todavía no estáis casados!

Serenándose el capitán, miró a su futuro cuñado como si retornara de otro mundo, y un poco recuperado el aplomo, preguntó:

—¿Dónde habéis dejado los caballos?

—Atados a un árbol un poco más abajo —respondió Damián.

Tan inesperadamente como había comenzado, como si Venus se hubiera ya cobrado su tributo, paró la lluvia. Decidieron de todas maneras seguir a pie, llevando a las cabalgaduras por el ronzal. Subieron felices, como si la vida hubiera empezado de nuevo, y en un recodo del camino, hallaron a *Pesantino* con la cabeza gacha, esperando a su dueña. Continuaron el camino y enseguida se encontraron con la puerta Trapani, la principal entrada a la villa. Dieron con la Iglesia Madre, construida en el siglo xv por el rey aragonés, que deseaba así mostrar su amor por Nuestra Señora. Al entrar, el sol ya potente se filtraba por las ventanas góticas, bañando la blanca piedra de Érice con un halo dorado que trasformaba la alta nave central en un espacio místico. Al abandonar la iglesia, Inés pidió:

—Íñigo, creo que deberíamos ahora tomar un refrigerio, algo caliente que nos recomponga del susto sufrido.

—No, Inés, estoy bien. No es necesario —añade Micaela.

—Mica, no es por ti, es por mí. Creí morir de pavor y ahora desfallezco.

Se encaminaron hacia la vieja posada y llegaron a una casa medieval que tenía una portada con dos atlantes, sosteniendo un airoso balcón. Subieron las dos mujeres a sus aposentos para cambiar sus ropas mojadas por unos vestidos secos. Cuando bajaron a la sala de comidas, les esperaban Íñigo y Damián delante de una chimenea donde crepitaba un fuego voraz que alguien había tenido el ingenio de encender al ver la tormenta. Les ofrecieron un apetitoso cuscús de pescado, plato típico de la región y legado de la época árabe. Una sonriente joven les trajo, después de dar buena cuenta del cuscús, unos dulces de apariencia delicada, cuyos nombres desgranó en musical y gastronómica canción:

—*Pasta reale, pasta alle agrumi, boconzini, mustazzoli...*

Al ver la expresión de sorpresa de los toledanos, Íñigo les explicó divertido:

—La *pasta reale* son esos dulces con forma de corazón, y están hechos a base de azúcar, almendras y agua de azahar. Son deliciosos y muy aromáticos. Les acompaña muy bien un licor que aquí llaman Late di Venere, «Leche de Venus».

Se echaron todos a reír e intervino Inés:

—Los sicilianos y los romanos viven la vida como un juego. Todo es cantarín y alegre.

—Sí, así es —replicó el capitán—. Hay algo que yo admiro en estas gentes: la alegría de vivir. Y esto les lleva a intentar, en caso de litigio, encontrar una fórmula

que permita al otro lo que ellos llaman *non fare la bruta figura*, es decir, dar al otro una salida airosa. La convivencia es más agradable y las relaciones son menos tensas. Es una finura mental que contribuye de manera decisiva a la buena marcha de las relaciones. Los españoles somos más dados a las decisiones terminantes y podemos completar grandes hazañas, sin dudarlo, pero convendría, creo yo, que observáramos estas formas sutiles de convivencia que facilitan la vida diaria.

—Sí —añadió Micaela—. Recordando la magnífica descripción que hizo Domingo cuando acabábamos de llegar, he observado que casi nadie dice cosas desagradables, y si alguien hace una reflexión incómoda, lo hace empleando la ironía como arma de doble filo. Hay que temer aquí más las acciones que las palabras.

—Es una buena observación, Mica —corroboró Íñigo—. Al emplear la ironía, se le da al adversario la oportunidad de hacer que no se le alcanzó el verdadero sentido de la frase; pero al mismo tiempo, este ha podido tomar buena nota de la intención con que fue dicha. Es sutil e inteligente.

—Bueno es, sí señor —dijo Damián—. Ya hemos aprendido algo más de tu querida Italia. Pero ahora, ¿por qué no seguimos recorriendo la villa y admiramos esas maravillas que nos has anunciado?

La tarde era tranquila y soleada, lo que les permitió pasear por la zona monumental que contenía numerosos tesoros como la iglesia de San Martín, el castillo del gobernador y las Torres del Bailío. La villa en sí era simple y acogedora, en una unidad arquitectónica de estilo medieval que propiciaba una atmósfera de armonía y una agradable sensación de paz. La forma triangular de la ciudad estaba subrayada por veinte torres, que hacían de Monte San Giuliano villa digna de ser visitada.

—Ahora os llevaré a un lugar único para ver el *imbrunir del giorno*, es decir, ver oscurecer el día, la puesta del sol.

Llegando a dicho lugar, el astro, aún en todo su esplendor, iluminó para ellos el inmenso panorama que se extendía bajo la villa de Érice. En primer lugar, justo un poco más abajo, la iglesia de San Juan Bautista, con su gran cúpula y rodeada del oscurecido bosque, y más allá el inmenso mar, bañado por el fulgor que convertía las aguas en oro. Poco a poco el resplandor fue bajando, llameando ocres y naranjas sobre las islas Egadas y el monte Cofano. El cielo mostraba ya sus capas superiores azules oscurecidas por tintes violáceos, pero todavía el sol encendía con fulgores rojos su unión con el mar. Micaela, absorta en la contemplación de tanta hermosura, pensaba abrazada a Íñigo en la ventura que le sonreía al poder conocer todos esos lugares en compañía del ser amado. Pero se hizo la hora de volver a la posada a descansar, y retornar a Trapani, para continuar su trabajo con las visitas a comerciantes y orfebres, que les darían las claves de los secretos de los míticos mares de la Sicilia occidental.

El coral de Sciacca

Habían trascurrido los días en un ambiente de perfecta felicidad en casa de Salvatore, pero debían continuar su camino y se dirigieron a Marsala, y de ahí lo harían a Sciacca, donde esperaban encontrar ese fondo de mar único, del que tanto habían oído hablar.

Los primeros días de ese mes de mayo eran claros y radiantes, y así comenzaron la jornada que les llevaría a Marsala, nombre musical donde los haya y cuyo origen árabe era indudable, puesto que *marsa* quiere decir «puerto» y este estaba dedicado a Alá, de ahí Marsala o «puerto de Alá». En el camino pasarían frente a una pequeña isla de donde procedía el molusco Murex, del cual se extraía, ya en tiempo de los fenicios, el codiciado color púrpura. De nuevo, como en casi toda Sicilia, el paso de las civilizaciones había ido dejando su huella hasta cimentar una cultura que, forjada en la diversidad, había sido enriquecida con el talento. Producían además allí unos caldos excepcionales, un vino dulce de cuerpo opulento y textura aterciopelada que se degustaba con facilidad.

Al llegar visitaron el barrio español, que se distinguía por sus construcciones sólidas y masivas. Se acercaron también a conocer la suntuosa villa romana del siglo III d. C., que contenía unos pavimentos en mosaicos multicolores, entre los cuales destacaba una famosa cabeza de medusa. Pero su meta era Sciacca y su esplendoroso fondo marino, y ahí se dirigieron.

Les dio la bienvenida un atardecer fulgurante. La casa, aunque no era de gran tamaño, tenía la arquitectura característica del Mediterráneo, de cuadrados volúmenes, blanca y con un aroma de intimidad y quietud. Pero lo que hacía que esa casa fuera extraordinaria era su posición.

Asentada sobre un cabo que avanzaba hacia el mar como la proa de un barco, tenía a la derecha una playa de escarpados acantilados, que poco a poco iban disminuyendo, mientras se adentraban en el mar hasta abrazarse con él. Llegado el atardecer, las rocas rosadas habían ido adquiriendo sutiles tonos violáceos. Al otro

lado hallábase una cala más recogida y menuda, que sus pulidos cantos rodados y los pinos que descendían hasta las aguas hacían más salvaje. Rodeando ambas playas, suaves colinas verdeantes, con los más variados matices de verde. Casas aquí y allá daban vida a la naturaleza a su alrededor. El mar espejeaba con los últimos rayos de la tarde, y el cielo cambiaba de color mezclando de manera prodigiosa amarillos pálidos, tenues grises, rojos encendidos y malvas sorprendentes.

Al caer la noche, el panorama, que creían único, mejoró aún más. Las aguas se tornaron quietas y tranquilas; la luna, llena y completa, rielaba sobre el mar como el amante que, al fin, se encuentra con su amada, siendo que las estrellas quedaban apagadas por la intensidad de la luz de Selene; el silencio era absoluto; en las colinas habían encendido numerosas luces y el titilar de las velas daba un aspecto mágico a la oscuridad. Algunos barquitos fondeados en la ensenada prendían sus fanales con la candela y estos se reflejaban en las quietas aguas. Micaela pensó que nunca en su entera vida volvería a vivir en una casa que dominara el mar de esa manera, con tal unión con el universo, pero recordó su atunara y sonrió feliz y contenta.

El comerciante de coral era un hombre fornido y no muy alto. Una calva pronunciada le hacía parecer mayor de lo que era, e intentaba compensarla con un fino bigote, muy bien cuidado. Afable y preocupado por el bienestar de sus invitados, los acomodó en unas habitaciones que miraban a ese mar que era su pasión y su orgullo. El comercio del coral era floreciente y ese mar que ahora contemplaban contenía el máspreciado de todos. Se trataba de un coral rosa, con una delicada tonalidad de fuego, como el collar que tenía Micaela y que ella tanto apreciaba. Esa noche, cuando en la confortable villa Giuseppe, que así se llamaba el comerciante, les propuso admirar esas preciadas maravillas en su entorno natural, los toledanos se miraron unos a otros con asombro: ¿qué quería decir?, ¿debajo del agua?

Sonriendo, Giuseppe dijo que al día siguiente desvelaría el misterio. Por la noche, Micaela apenas pudo dormir, con la expectación de las novedades venideras. En su duermevela veía corales y peces entremezclados en una danza lenta y poética, en interminables arabescos. Cuando dormía sus sueños se apoderaban de su mente, con una fantasía desbordante: se vio recluida en una esfera de finísimo cristal, de un tinte verdoso, como si hubiera sido creada en Murano. Se encontraba dentro de la esfera, que ingrávida se deslizaba mar adentro. Plantas acuáticas se movían en sutil armonía alrededor de aquella, desde la que la diamantista miraba con enorme fascinación. Los corales tenían vida propia y se desplazaban detrás de los peces, ofreciéndoles refugio y alimento e impidiendo que unas a modo de lianas los pudieran atrapar.

Muy temprano, la despertó un rayo de sol y, sin poder esperar, se arregló rápidamente para encontrarse con su anfitrión, y así descubrir el secreto. Giuseppe, al que sus amigos llamaban Beppe, acudió risueño a su encuentro.

—Bella diamantista, tomemos antes un buen almuerzo y luego, luego... la *meraviglia!*

La impaciencia de Micaela iba en aumento y, como Inés y Damián no terminaban

de bajar, sugería la diamantista que comenzaran sin ellos. Pero finalmente aparecieron y Beppe los encaminó hacia una escalera que les llevaba a un piso inferior. Iniciaron el descenso y a cada escalón perdían un poco más de luz, hasta que llegaron al final, donde la penumbra era considerable. Cuando sus ojos se acostumbraron, el espectáculo los dejó sin habla. Al final de la estancia, una entera pared había sido sustituida por un vidrio y este permitía ver el fondo del mar con nitidez. Los corales lucían espléndidos sus diferentes colores, en formas variadas y múltiples. El sol, de manera creciente, iluminaba las profundidades y sus tesoros; a los lados, Micaela admiraba lo que tomó por plantas y Beppe les explicó que eran gorgóneas, anémonas de mar y esponjas.

Los peces nadaban en ese pacífico universo con toda tranquilidad. Llamaron la atención de los toledanos unos de medio tamaño, que su anfritrón aclaró se llamaban «doncella paonina». Todo el arco iris se hallaba en aquellos cuerpecillos: una línea sutil del más vibrante azul recorría su espinazo e iluminaba toda la cola, unos aros de dorada luz atravesaban el verde irisado de sus lomos, un toque de violeta marcaba las agallas y un punto negro ponía de relieve los brillantes ojos. Los giros, acrobacias y evoluciones al seguirse unos a otros conformaban una fascinante ceremonia marina.

—¡Cielo santo! —exclamó Micaela—. Estas pequeñas criaturas son un prodigio de color y movimiento. En la naturaleza tenemos los mejores elementos para la inspiración.

Un pez mayor que el resto y con los colores repartidos de forma diversa apareció en escena dominando a los otros, que le seguían decididamente.

—Ese pez que acaba de llegar ¿es de otra especie? —preguntó Inés, asombrada.

—No —contestó Beppe—, es de la misma familia. Se trata del macho más viejo. Cambia su tamaño y, como veis, la distribución del color. Observad el cuerpo: tiene el verde dorado, la raya azul le recorre el lomo, pero faltan los aros transversales; el azul vuelve a repetirse en la cabeza y encontramos el mismo violeta al lado de las agallas.

Continuaron observando otras variedades, como la cernia bruna, de cuerpo rojo resplandeciente y aletas y cola de un elegante gris. Se movían estos con acusado orden y disciplina, como si hubieran ensayado sus movimientos en precisa coreografía. Aparecieron también los peces de San Pedro, de cuerpo ancho y achatado, con un amenazador lomo erizado de puntiagudas aletas, verdoso y con una oscura cola que manejaban como el mejor de los timones. Inesperadamente, Micaela salió corriendo.

—¿Qué haces, Mica? ¿Adónde vas?

—A buscar lápiz y papel para dibujar este universo de fábula, que conozco por vez primera —respondió ella al tiempo que desaparecía por el hueco de la escalera. A los pocos instantes ya estaba de vuelta y comenzó a realizar rápidos bocetos de todo lo que le llamaba la atención.

Al rato llegó la mujer de Beppe, que recordó a este que había de acudir a una de sus obligaciones e Inés y Damián decidieron ya subir con él. Cuando regresaron

después de tres horas, viendo que Micaela no aparecía por ningún lugar, bajó Damián a la cámara del mar y allí encontró a su hermana, absorta en medio de un cúmulo de dibujos apilados en desorden en el suelo y trabajando con frenesí.

—Pero ¿has perdido la noción del tiempo? ¡Llevas por lo menos cuatro horas afanada en tus diseños, desde que bajamos! ¡Debes tomar una pausa y dibujar con más sosiego!

—Este mundo bajo las aguas es un descubrimiento para mí. La paz, el silencio, la luz que se filtra provocando mil destellos... ¡Es tan sugerente!

—Sí, sí, Mica, pero es la hora del almuerzo. Nuestros anfitriones nos esperan. Tras la comida, puedes tornar.

A regañadientes recogió la diamantista sus cosas, y subió con su hermano a la amplia terraza, donde todos los demás aguardaban. El esfuerzo había despertado el apetito de Micaela, que devoró un fresquísimo pescado, aderezado con minúsculos tomates secos de la tierra y otros condimentos del lugar. Íñigo miraba divertido a Micaela, viéndola disfrutar de aquella vida, tan distinta a la suya en Toledo.

—Mira, Mica —le dijo—, ¡mira qué cielo tan hermoso! Las nubes parece que forman caprichosas escenas y personajes...

—*No! Non é possibile!* —Palideció de repente la mujer de Beppe—. ¡Una nube con forma de serpiente! ¡Es claro presagio de malas nuevas!

Volvieron todos sus ojos al firmamento y, en efecto, unas nubes pequeñas y alargadas podían semejar a una serpiente. Íñigo reaccionó enseguida:

—¡Vamos, vamos, señora mía! ¡No nos hagáis sufrir tantos rigores! Son caprichosas formas que nada significan. De aquí a poco, el viento raudo deshará aquello que tanto os atemoriza.

Más tarde el capitán, a solas con Inés y Micaela, les advirtió que algunos sicilianos eran dados a la superstición.

—No escuchéis las ideas de esa mujer, que parecía no tener muchos cabales.

Al atardecer, Beppe les invitó a gozar de la caída del sol sobre el mar, ya que desde su balcón la visión era excepcional. Al principio el cielo estaba encendido de rosas luminosos en un fondo turquesa; el sol, de amarillo dorado se fue tornando rojizo, así como los jirones rosas centelleaban bermejos, mientras que entre estos brillantes colores fluctuaban unas etéreas nubes negras. Una de ellas, en pleno centro del firmamento, tenía forma de dragón; Íñigo, señalándola dijo a todos:

—Mirad, mirad esa nube con forma de dragón... El dragón para los chinos es signo de victoria. ¿Ves, Mica?, no hay nada que temer. Pase lo que pase, la victoria será tuya.

La mujer de Beppe se santiguó.

Era ya la mañana cumplida cuando llegaron a la pequeña ciudad donde el comerciante tenía su negocio. En la sala donde les recibió, la multitud y variedad de

corales asombró a los diamantistas. Las formas más diversas —peces, árboles, flores y sirenas— encontraban su ser en aquel coral de fuego. Escogieron hermosas piezas de extraordinarias estructuras, que convertirían en alhajas únicas. Llevaron también bolas de coral para collares sin fin y otras esferas sin pulir, que conservaban sus pequeñas cavidades a modo de mapas de Oriente. Damián apuntaba con su cuidada caligrafía los nombres de cada adquisición, y la idea que Micaela sugería para convertirla en árbol, flor o sirena, el lugar de procedencia, así como el coste de cada una de ellas. Era Damián un escrupuloso administrador, poniendo orden y rigor en el talento de su hermana. Formaban un magnífico equipo y eran conscientes de ello. Contaban además con la ayuda del capitán, que había resultado inestimable.

Se hallaban todos reunidos comiendo en casa de su anfitrión, cuando Micaela preguntó, dirigiéndose a Beppe:

—¿Podrías decirme, señor, quién recoge del mar esos corales?

—Son personas que conocen bien estos lugares, y que se adentran en las profundidades para rescatar las bellezas allí escondidas.

—¿Cómo lo hacen? —inquirió Micaela—. ¿Con qué atuendo?

—Usan unos vidrios árabes, dúctiles, resistentes y transparentes, que rodeados por unas tiras anchas de cuero, untadas con una grasa animal que las hace impermeables, facilitan la necesaria visión bajo el agua^[41]. Son personas entrenadas para sostener la respiración el mayor tiempo posible en los bajíos.

Íñigo, conociendo a Micaela, ya comenzaba a temer algún conflicto, que indefectiblemente, llegó.

—Mucho me gustaría que me instruyerais en la manera de hacer, para sumergirme yo también en el mar.

La petición de Micaela cayó como un rayo en la concurrencia. Inés la miraba con asombro mayúsculo, y la mujer de Beppe con indisimulada reprobación.

—¡Una mujer en tareas de hombres! ¡Dónde se ha visto! ¡*Madonna* mía! —exclamó escandalizada.

—Tengo en mi mente la realización de distintas alhajas y también una mesa con aquellos elementos. Para ello, necesito conocer la vida que allí abajo tiene lugar y cómo se desarrolla —insistió Micaela—. Solo participando comprenderé de verdad ese misterioso universo.

Optaron todos por no contradecir a la porfiada diamantista en ese momento, y uno a uno, a solas, hacerle razonar. El primero fue Damián, que con su sentido común argumentó:

—Te falta la experiencia; no eres una experta nadadora como ellos y no tienes los pulmones acostumbrados a contener la respiración.

—No pasa nada —fue la respuesta de Mica—. No me sumergiré en aguas profundas, ni permaneceré en ellas más de lo necesario.

Luego llegó el turno de Inés, que sobrecogida le conminó:

—¡Mica, por Dios! No es de acomodo para una mujer desvestirse y hundirse en el

agua en ropas livianas. Habrás de bajar al mar con unos hombres, que te verán con la vestimenta mojada que desvelará las formas de tu cuerpo. ¡Qué vergüenza! ¡No es idóneo para una muchacha cabal!

—Inés, en el agua estarán ocupados en sus menesteres y cuando yo salga, tú me esperarás con una capa, con la que me cubrirás nada más salir.

El último fue Íñigo, que conocía la derrota de sus predecesores e intentó sin muchas esperanzas que desistiera de su propósito.

—Mica, es cierto lo que dice Inés. No es decoroso que tus ropas mojadas desvelen lo que oculto debe permanecer. Recuerda lo que me sucedió en Bisentina, cuando te vi con la vestimenta pegada a tu cuerpo. Y además, no sabes usar esas extrañas máscaras que has de emplear bajo el agua.

—Querido Íñigo, pediré la dicha máscara y me ejercitaré durante unos días en la tina de mi recámara. En cuanto a tu cuidado en el desvelar mis secretos, no sufras quebranto. Envolveré mi cuerpo con tiras de grueso lino, que no delatarán lo que oculto debe permanecer. Pero déjame cumplir mi deseo; una mujer sin conocimiento es una mujer a oscuras.

Fiel a su promesa, Micaela probaba en una gran vasija el acuático antifaz que le había proporcionado Beppe ante la indignación de su esposa, para comprobar que no entrara el agua que podía dificultar su visión. Experimentaba también con las cinchas de lino negro, tan opacas como la noche.

Así, de esta guisa, apareció una cálida mañana de mayo. Sin dudarle un instante, se sumergió en la mar, con sus ocasionales compañeros. El agua resultaba una caricia que despertaba cada centímetro de su piel. Degustaba las nuevas sensaciones que producían en ella un estimulante sentimiento de euforia. Bajaba a poca profundidad y ascendía con frecuencia para tomar aire. Cuando hubo adquirido confianza en ese ambiente de serenidad, comenzó a gozar de cosas hasta entonces desconocidas y empezó a paladear el silencio total que allí reinaba.

Lentamente inició a nadar, despacio, con pausa, observando aquel mundo submarino. El sol no era muy fuerte esa mañana y las rocas sumergidas tenían suaves tonalidades grises y rosáceas; las poseidonias se balanceaban sosegadas y unas esponjas sedosas y anaranjadas seguían el lento compás de la marea. Salió a respirar de nuevo y, cuando buceó otra vez, un rayo decidido de sol iluminó un hondo abismo azul, cuajado de peces de todas las variedades posibles: fredís o doncellas paoninas, de intensos colores azules y verdes, malvas y ocre en habitual cortejo; serranos solitarios y tímidos, con su cola amarillo de oro; salpas, destellando su plata a la luz... Y sintió vértigo, el vértigo del abismo, que la atraía hacia su oquedad de profundo azul. Con sus compañeros fue descubriendo corales, madréporas, gorgóneas y anémonas, que con sus intensos colores se convertirían en obras de arte, bien en joyas, bien en mesas y objetos de arte. Ellos recogían lo que su instruido talento les indicaba. Pensó ahí, en ese momento, que era imposible ser más feliz, y después de varias inmersiones, salió del agua con aire triunfante.

En su viaje de regreso hacia Palermo, habían de tomar la ruta que les llevaría al templo y teatro que coronaban las cimas de Segesta. Amplios valles se extendían en laderas cubiertas de flores de tonos azules, blancos, amarillos y naranjas, asomando entre el verde tierno de los campos, que se sucedían hasta llegar a un mar esplendente. Recorrieron el imponente templo, admirándolo y recreándose en su perfecta arquitectura dórica, en la gracia de sus columnas y el equilibrio de sus proporciones, que armonizaban felizmente con el valle circundante, por cuya quebrada discurría un torrente rumoroso. Subieron después al monte Bárbaro, cercano al teatro, desde donde la vista al mar era aún más impresionante. Íñigo les explicó que tanto el templo como el teatro fueron construidos en el siglo V a. C., y que la inmensidad de ambos monumentos y la situación estratégica no habían sido todavía superados.

—Cierto es que se intuye una simbiosis difícil de obtener entre la naturaleza, la obra de los hombres y la mano de Dios.

Micaela recorría pensativa el teatro. Ascendía y descendía los altos escalones de piedra, sin decir palabra, mirando todo, fijando la atención a su alrededor, hasta que al fin se sentó en una de las gradas al tiempo que contemplaba el panorama con aire absorto. Íñigo se acercó y, sentándose a su lado, le cogió la mano que besó con ternura:

—¿Qué piensa mi decidida amiga? ¿Qué otras inquietudes nos tienes reservadas?

Ante el tono burlón del capitán, Micaela le miró asombrada, como si no entendiera las palabras, como si acabara de llegar de otro mundo para ella desconocido. Sorprendió a Íñigo interrogándole:

—¿Qué tendrá esta tierra que logra mi perfecta armonía con el universo? ¿Qué energías misteriosas se ocultan en su interior, que me producen esta euforia sin fin? ¿Qué antiguos recuerdos de lejanos pasados me empujan hacia ti, tierra de Sicilia? ¿Qué viejas penas y estimulantes alegrías he vivido aquí, años ha, para que te sienta mía?

Inés, que atenta escuchaba a su cuñada, se acercó diciendo:

—Es así porque gozas de la belleza en compañía de la persona amada. Es la perfección.

—No, Inés, es algo más profundo e inquietante. Algo perturbador, de armonía y locura. Algo ya conocido y vivido, que vuelve a mí desde tiempos remotos. Algo inexplicable y fascinante. Algo que, una vez conocido, hace que lo desees sin tregua. Algo que se goza unos instantes alguna vez en la vida. Se llama plenitud, y muchos no la conocerán jamás.

Harta congoja

El viaje de retorno había resultado tranquilo y, ya instalados en Palermo, habían retomado su trabajo. Damián ordenaba datos, fechas y adquisiciones, mientras su hermana dibujaba sin descanso piezas que eran el resultado directo de este periplo, en el que habían disfrutado de la feraz naturaleza y las múltiples riquezas, fueran estas arquitectónicas o marinas. Habían tomado las aguas que, bajando de Segesta, surgían calientes y sulfurosas para socorro del cuerpo y remedio de los espíritus inquietos. Para todos había sido cura eficiente, pero para la diamantista había resultado mano de santo, dada la excitación en que la habían sumido los nuevos descubrimientos y experiencias.

Cayó lentamente el otoño, y Palermo aromaba de jazmines. Las variedades de dicha planta eran numerosas, y cada una gozaba de un perfume muy particular y definido. El llamado jazmín de Sicilia poseía su peculiar nota de flor blanca, pero con un toque cítrico, como si tuviera unas gotas de fresco limón en sus pétalos; otro, denominado jazmín de los árabes, era una flor carnosa y sensual y así era también su aroma; una tercera variedad se mostraba siempre en ramilletes de muchas flores, que por su forma jugaban a ser estrellas, acompañadas de unas hojas de un verde brillante, cuyo reverso era de un rojo tan denso como el de sus tallos. Era para Micaela un gozo para los sentidos caminar por las calles de la ciudad, mientras se dirigía al barrio árabe o al barrio judío, para, con su hermano, visitar a los orfebres cuyos antepasados habían decidido hacer de Sicilia su hogar desde la época de Federico II. Allí habían desarrollado su arte del oro y las piedras, con hermosos dibujos geométricos tan complejos y tan propios de sus culturas. Durante siglos habían vivido en paz y armonía con los naturales del lugar y así debía seguir.

Pasaron delante de San Cataldo —cuyas cúpulas rojas, de perfecta esfericidad, completaban la sobria arquitectura de su planta— y La Martorana, rica de pinturas, imágenes, columnas y suelos. Trabajaron con interés y afición, pero la diamantista ansiaba tornar a su taller y elaborar una idea que le bullía en la mente desde su viaje a

Sciacca.

Se encerró en la sala que para trabajar tenía en el palacio, y comenzó a diseñar una mesa que le rondaba la cabeza. Necesitaba dibujarla, inspirada en aquellas que había podido admirar en Viterbo, en el taller de Carlo Confidati, y que elaboraban pacientes artistas florentinos. Pero la suya sería diferente. Aquellos corales magníficos de los más variados colores surgirían de una mesa color del mar, de un profundo azul, utilizando el más puro lapislázuli donde caracolas, gorgóneas y anémonas de los más diversos tamaños y formas se enseñorearían del fondo marino. Hermosas caracolas de forma piramidal, nautilus de entrañas en espiral, la concha *Stellaria solaris*, con amenazantes púas defensivas, y el reino de los corales — blancos, azul grisáceos, todos los tonos de vibrantes rojos y naranjas— formarían un fondo de mar pétreo, para orgullo de su artista creador y recuerdo de la imaginación humana^[42].

Enfrascada en el boceto, no oyó cómo Damián entraba y se detenía a mirar con curiosidad lo que tan ávidamente dibujaba su hermana. Estaban conversando los dos sobre los pormenores de la elaboración cuando unos suaves golpes en la puerta interrumpieron su charla. Al dar la venia Damián, entró Refugio, que en esa ocasión había compuesto su actitud como siempre que algo buscaba, llenándola de dulzura, excesiva a juicio del sobrio castellano. Pero nada dijo el diamantista, discreto según su costumbre, y salió dejándolas solas.

—Mica, sosiégate —dijo almibarada Refugio—. Debes solazarte con una buena amiga que viene a visitarte. ¿Quieres que tomemos una infusión caliente mientras recordamos otros tiempos y así reposas tu afligido cuerpo?

—No lo siento así, disfruto con mi trabajo; pero tienes razón, siempre hay que recrearse con una antigua amiga.

Recordó la diamantista la expresión de Refugio en una mañana no muy lejana, pero pensó bondadosa: «Puede cambiar».

—¿Cómo estás, Refugio? ¿Os prueba la vida de Palermo?

Refugio, con fingida alegría, contestó presurosa:

—Sí, todo nos va muy bien. Tarsicio es un marido cabal. Sabes que siempre me gustó, he conseguido al hombre que quería.

—Eres una mujer afortunada —respondió Micaela al tiempo que sentía en la boca el sabor un tanto acre del té, distinto al de otros días. Trató de imprimir convencimiento a su expresión, ya que no creía en absoluto en el panorama idílico que su antigua amiga pintaba con tanto descaro. Los rumores del distanciamiento del matrimonio eran frecuentes, y los romances de Tarsicio sonoros; pero no quería herirla, pues a pesar del mal comportamiento de Refugio en Toledo, sentía lástima por ella.

Habían pasado ya tres días desde la visita de su amiga; Micaela había comentado

a Vanozza que se sentía un poco indispuesta. La cabeza le daba vueltas, tenía vértigos y un malestar general. Vanozza le preparó un remedio y al día siguiente estaba mejor. Se hallaba trabajando en su taller, cuando apareció Refugio, que venía a visitarla.

«¿De nuevo? —pensó Micaela—. ¡Si estuvo ha poco! ¿Qué querrá?». Y se reprochó a sí misma la falta de alegría que al verla experimentaba. Micaela pidió que les sirvieran un poco de té, y tras una breve conversación, Refugio se marchó, alegando que Tarsicio la aguardaba.

Inquieto Íñigo porque Micaela no bajaba de su estudio, fue a buscarla pensando: «Se esfuerza en demasía, ha de calmar sus ímpetus de laboriosidad». Al entrar en la sala vio con horror el cuerpo de Micaela tendido en el suelo, con la cara contra el pavimento. Con la muerte en el ánimo, se precipitó hacia ella: la frialdad de sus manos le causó espanto, pero lo que le hundió la daga de la desolación fue el aspecto y el color de su rostro: de tan blanco y azulado parecía que fuera a ahogarse de un momento a otro; todo su cuerpo se estremecía con un temblor aterrador, y tanto las pulsaciones como la respiración galopaban desbocadas, en una carrera sin freno hacia un destino adverso. A los gritos de «¡Favor!, ¡ayuda!» acudieron con prontitud Inés, Damián y Vanozza, quien con determinación indicó:

—¡Pronto, hay que tenderla en una cama! ¡Capitán, dadme las hierbas que os confió el buen fraile de Bisentina! ¡No hay tiempo que perder! ¡Deprisa!

Con una celeridad casi frenética, Vanozza comenzó a preparar la decocción con unas raíces y hierbas de la bolsa que Íñigo traía consigo. Con enorme suavidad, abrieron la boca de Micaela y le hicieron tragar el oscuro líquido hasta que lo terminó.

Las condiciones físicas de Micaela empeoraban por momentos: el pulso débil, la respiración agitada y una baba sanguinolenta que asomaba en la comisura de los labios amenazaba el peor desenlace. Damián, en un rincón oscuro, sollozaba como un niño dejando oír una letanía de sordo dolor, que su austeridad castellana no lograba reprimir.

—Ella no, ella no —repetía—. Una mente lúcida, un corazón valiente y el ánimo generoso. ¡Ella no! Hubiera debido decir lo que a ella ocultamos...

—No te tortures, Damián —dijo Íñigo, tomándole del brazo—, y no pierdas la esperanza. Mientras luchemos, ella estará a salvo.

La reacción se hizo esperar, pero ahora la medicina comenzaba a actuar, y provocaba que el cuerpo expulsara aquello que emponzoñaba sus entrañas. Aliviada Vanozza al ver que respondía Micaela al antídoto, tranquilizó al capitán que, sin soltar la mano de su novia, la observaba conturbado y atemorizado. Inés colocaba unos paños aromáticos y vitalizantes en las sienes de su cuñada; la dulce Inés persistía en la cabecera de su amiga, torturada por la duda sobre la identidad de la persona que podía haber cometido semejante desafuero, pues era evidente el envenenamiento, contra un ser tan noble y generoso. Había de ser alguien de su entorno cercano, y eso convertía el hecho en algo aún más terrible.

De vez en cuando, un sueño invencible se apoderaba de ella y al despertar sobresaltada, todo el horror de la situación se agolpaba en su cerebro, asaltándolo con dureza. El barón había mandado a un servidor a buscar al cirujano Abravanel, que vivía en el Borgo Nuovo, el barrio de los judíos, y que al llegar inspeccionó a Micaela y preguntó de inmediato el remedio que le habían suministrado. Felicitó el doctor a Vanozza por su determinación y buen hacer, añadiendo que esta determinación y la celeridad en realizarla habían salvado la vida de la diamantista, ya que, en efecto, era un potente veneno lo que habían suministrado a la toledana. Pidió el doctor, si era posible, estudiar las tazas donde se había servido el té que había compartido con su visita poco antes de desvanecerse.

Las tomó con sumo cuidado y, guardándolas en su talego, prometió hacerles saber el resultado lo antes posible. Íñigo ordenó a los custodios y al personal de guardia del palacio que no dejaran entrar a nadie que no fuera perteneciente a la casa, ni salir a nadie que no tuviera encargo urgente y contrastado.

Aun así haciendo, corrió enseguida por Palermo la noticia del grave peligro que acechaba a la diamantista. Con discreta eficiencia, volvió Vanozza con otro brebaje que, dijo, serviría esta vez para calmar el probado estómago de la diamantista. Esta iba paulatinamente recuperando el color, el pulso, y la vida se abría paso otra vez en su joven organismo.

Vanozza, dejando a Inés y Damián al cuidado de su hermana y del médico, se apartó con Íñigo, para hacerle partícipe de sus sospechas.

—Señor capitán —comenzó dubitativa—, no sé si debo, pero quisiera deciros con urgencia lo que por la cabeza me ronda. Es posible que se trate de meras suposiciones, pero hay un dato cierto: lo que he dado a *donna* Micaela es un antídoto, porque claramente vi en su piel los síntomas del rastro de veneno. Gracias a Dios, reaccionó con prontitud, pero si no llegamos a tratarla con las hierbas del franciscano podíamos temer un desenlace fatal. Estos son los hechos y ahora las suposiciones: hace unos días visitó a mi señora su paisana, Refugio se llama, y mi ama se sintió indispuesta; hoy volvió de nuevo y mi patrona casi muere. No me gusta esa mujer, hay envidia y maldad en sus ojos. Ahora vos sabréis lo que ha de hacerse. Yo vuelvo a la vera de mi señora. Mi abuelo me enseñó de pócimas y remedios que vos guardabais con celo y que han podido aliviar a quien me mostró su generosidad cuando yo tanto lo necesitaba, y recordando a mi añorado anciano le doy las gracias por enseñarme a ser útil.

Íñigo quedó admirado de la resolución con que había actuado la joven de Tívoli. Tenía razón en todo. Esa misma noche, Íñigo y Damián, embozados y atentos, se dirigieron hacia el barrio judío primero, y el árabe después, para entretenerse en conversaciones que dieran luz al terrible episodio.

Dos días más tarde, en una casa de la Buchería se detenía un carruaje del que

descendía una mujer. A pesar de la sencillez de sus ropas, su porte delataba cierta distinción. Subía con gesto de repugnancia por la estrecha escalera que, cuanto menos, estaba harto necesitada de una mano de pintura. Cuando llamó a la puerta, usando los tres golpes de la contraseña, una crispada mujer le franqueó la entrada. Era Refugio. Una vez que la señora cerró tras de sí, se volvió iracunda hacia la menuda mujer, que al ver la reacción de la otra, temblaba como una hoja.

—¡Estúpida hembra campesina! ¿Cómo te vino a la mente cambiar mis órdenes? Fuiste pagada, y con largueza, para que pusieras, dada tu familiaridad con ellos todos, el dañino filtro en la bebida del capitán. Pero tus necios celos te han llevado a cometer un enorme yerro. Si hubiéramos terminado con el capitán, la fuerza del grupo habría sido decapitada. Ahora, habiendo atacado lo que él más quiere, no dejará una piedra sin revolver hasta averiguar cómo y por qué sucedió la agresión. ¡Insensata! Te descubrirán y serás sentenciada sin remedio, ya que nadie te ayudará.

—Hablaré —trató de defenderse.

—Puedes intentar implicarme pero negaré todo, pues no tengo razón alguna para malquerer ni al capitán, ni a la diamantista. Tú sí. Todo Palermo sabe de tu odio a tu antigua amiga, pues tu gallardo marido bebe los vientos por Micaela. Tu única salida es callar y yo te asistiré para que puedas escapar y evitar que seas ajusticiada. Tú verás lo que te conviene.

Y con gesto de impaciencia desapareció hacia la oscuridad de la noche.

Tras salir a la calle, se dirigió presurosa hacia una casa que estaba bastante distanciada. La recibió allí una señora de alcurnia, alta, bella y elegante, que le preguntó ansiosa, si había resuelto el problema.

—¿Hablará? ¿Crees que conoce nuestra relación?

—En absoluto, señora —respondió la mujer—. No hay manera de que ella pueda conocer vuestro diseño.

—Bien —respondió la dama—. Toma tu dinero y puedes irte. Como acordamos, esta misma noche uno de mis servidores irá a buscarte para llevarte fuera del virreinato y así podrás disfrutar de tu bien ganado peculio. ¡Y guarda silencio!

Al marcharse la mujer, la señora hizo una seña a un secuaz, y luego se volvió a la ventana, para observar si alguien vigilaba la casa. Al día siguiente, encontraron a una mujer de mediana edad con el cuello partido. Se había caído de una escalera, perdiendo la vida en el accidente.

El justicia mayor escuchaba con aire consternado el relato que le hacían los dos capitanes, que con el regidor de la villa habían llegado a las inquietantes conclusiones que ahora referían. La trama contaba con ramificaciones perturbadoras, ya que habían pasado de considerar el vil ataque a la diamantista como un hecho aislado a tener certeza de que formaba parte de una estrategia dirigida a cortar de raíz la misión que debían realizar en Palermo. Conocían ya, sin lugar a dudas, que quien había

suministrado el veneno a Micaela había sido Refugio, aprovechándose de su familiaridad con ella; sabían que la mujer que fue encontrada muerta al pie de una escalera tenía relación con alguien superior que había dado las órdenes; tenían sospechas sobre la identidad de ese personaje, que había de poseer indudable poder y suficiente interés para arriesgarse de esa manera. El justicia mayor del virreinato les preguntó si no podían ser más precisos en cuanto a dicha personalidad. Íñigo, midiendo mucho sus palabras, muy despacio, y con voz apenas audible, musitó:

—El objeto principal de mi cuidado ha sido buscar a aquel o aquellos que representan un peligro para Micaela y para nuestra misión.

Hizo un alto, levantó la mirada y el tono de voz y continuó con renovada fuerza:

—Noches de trabajo esforzado y horas de conversaciones con ojos y orejas de esta villa me han llevado a la oscura conclusión de que todos los rastros nos conducen a Vera Dormuth. Ignoro aún por qué lo hizo, pero tenemos la certeza de que ella es la instigadora de la trama que ha puesto en peligro la vida de Micaela. El veneno utilizado es sutil y letal, difícil de detectar, y por esta razón había de ser administrado en varias dosis, para surtir el efecto deseado. Refugio tuvo esa oportunidad.

»Proviene de una planta llamada acónito, de hermosas flores azules, que en su raíz oculta un poderoso veneno, que no es difícil encontrar en bosques frondosos tanto en España como en estas tierras. Una simple cocción de un fragmento de dicha raíz puede provocar la muerte. La Providencia quiso que un buen fraile de Bisentina nos proveyera de antídotos y remedios varios, por indicación del cardenal Farnese, por si de ellos hubiéramos menester.

El justicia aconsejó con prudencia:

—Habremos de difuminar los fantasmas del pasado de dicha señora para encontrar las razones de su mediación en esta trama, tan alejada de los ambientes de la diplomacia. Es menester que tiremos del hilo, para dar luz sobre la maraña de falsedades y mentiras, como tejida por industriosa araña.

—Siento el impulso de acuciaros para que deis órdenes de prender a la Dormuth —intervino Íñigo—. Por otra parte, quizá sería más hábil vigilarla estrechamente para descubrir a sus cómplices y la magnitud de la conjura. Y una vez reconocidos todos los participantes, cortar la intriga de raíz.

—Justo es, señor capitán, que os apremie el deseo de tener a buen recaudo a dicha señora, pero la claridad de vuestro ingenio os hace considerar la importancia de conocer más sobre esta maquinación.

—Así es —se apresuró en añadir Íñigo—. Si aguardamos y la sometemos a férrea vigilancia, podremos descubrir quién participa en este cruel enredo y sobre todo, mediante astuto interrogatorio, quién lo dirige, como vos bien decís. Hemos de apresar a la dicha Refugio, que fue la mano ejecutora; pero bien con interrogatorio denodado, bien con ingenio sin tregua, habremos de desvelar la aureola de enigma que oculta a *lady* Dormuth, y una vez confirmada su relación con la intriga, tirar del hilo para desenredar la madeja del enredo. Hay mucho por saber, y si no se indaga no

se sabe.

—Decisión cuerda habéis tomado, capitán. Así haciendo podremos desentrañar cuántos enemigos tiene nuestra porfía, y el alcance del poder con que nos enfrentamos.

—Señor justicia mayor —añadió Íñigo—, a vuestras órdenes me pongo, y considero como vos que hemos de actuar con presteza, pues el mal ingenio aguarda la ocasión propicia para atacar de nuevo, y solo la agudeza del espíritu podrá combatirlo.

Cuando los alguaciles acudieron a prender a Refugio, se asombraron de la fría reacción de su marido. Ella, nerviosa y convulsa, intentaba aferrarse a él como si fuera su única salvación, pero él con gesto de impaciencia se soltaba de su abrazo, mientras le recriminaba:

—¿Qué has hecho? ¿Qué pasión ciega ha acumulado este odio dentro de ti? —Y dirigiéndose a los funcionarios de policía les arrojaba estas palabras—: Cumple a mi honor romper mi silencio. En los últimos días ha tenido tratos con extraños de los que yo no había noticia. Si así ha de ser, ¡hágase justicia!

Pero su expresión no denotaba pesar, sino una suerte de alivio esperanzador, como alguien que se libra de una pesada carga, teniendo que pasar por un engorroso trámite. Mientras se la llevaban, él entró en la casa sin volver la vista atrás.

Entre tanto Vera Dormuth, al comprobar que su plan había fracasado, y que de ella sospechaban, sufría de una seria melancolía, ya que no habiendo sabido aprovechar los momentos de adversidad para reflexionar y fortalecer su espíritu, cuando comenzaron a apagarse los fulgores del triunfo, de los que tanto gustaba, no poseía el armazón de energía y sabiduría que hubieran podido sostenerla.

Los goces de la vida habían adormecido su ánimo y ahora se encontraba desvalida, ante las acechanzas de un destino adverso, aunque bien merecido.

Días después, una noticia conmocionó la ciudad y a los toledanos: inexplicablemente, a pesar de la vigilancia a que estaba sometida, Vera Dormuth había abandonado Palermo en una horrible noche de tormenta, con la complicidad, ciertamente bien pagada, de gentes del virreinato. Se imponía una nueva investigación y conocimiento de una conjura más extendida y ramificada de lo que en un principio pudiera parecer.

Boda de Micaela (mayo 1534)

Durante los meses que siguieron al ataque sufrido, Micaela se había dedicado a reponerse y poco a poco había comenzado su trabajo. El capitán había redoblado la protección en torno al palacio Ajutamicristo y las medidas de seguridad lo hacían inexpugnable.

Sus agentes le habían informado de un dato inquietante: el capitán Quintana, aquel capitán que fue destituido por negligencia en el ataque a los toledanos en Nápoles, había sido visto en Palermo. Sospechaban asimismo que había tenido parte en la huida de Vera Dormuth.

La robusta naturaleza de Micaela y el cariño, casi devoción, de sus amores más cercanos habían restaurado las fuerzas de la diamantista, espoleada su energía por la ilusión que su próxima boda le proporcionaba. También era un factor determinante la inminente llegada de sus padres, acompañados por Marialonso y la madre de Íñigo. El palpitar de la vida le instaba con insistencia a involucrarse en sus gozos y pasiones. La roja atunara les aguardaba también para acoger a toda la familia.

Daniel había tenido que acudir a la llamada de la flota de Doria, pero Pilar había permanecido con el pequeño Fernando en Palermo, hasta que su esposo regresara para la boda de su cuñado con la diamantista. Tanto ella como Íñigo, ayudados por Inés y Damián, se afanaban en preparar los últimos detalles de lo que sería su hogar.

Cuando se acercaron al puerto, el corazón le latía con fuerza a Micaela. Después de tanto tiempo, cerrado ya el primer trimestre de 1534 y cuatro años después de su partida de Toledo, iba a poder abrazar a su madre, la dulce Teresa, a su padre y a Marialonso. La nave se acercaba despacio, con sus velas desplegadas, serena y majestuosa. El aroma de la mar, la brisa fresca de la mañana, todo despertaba los sentidos.

Por fin pudo Micaela ver de cerca a sus padres. Juan bajaba el primero por la pasarela, seguido por Teresa y una envejecida Marialonso, que sin embargo,

impaciente por ver a su niña, caminaba detrás de Teresa mirando a izquierda y derecha con vivacidad. Juan seguía recio y erguido, pero el pelo de Teresa era ya completamente blanco y hacía resaltar más aún sus ojos azul intenso. Se notaba que la ausencia de sus hijos había dejado su huella. Juan abrazó a Micaela con suma ternura, pero cuando madre e hija se encontraron, esta se preguntó a sí misma cómo había podido vivir sin el dulce abrazo de ese amor incondicional. Marialonso, siguiendo su propio estilo, iba de uno a otro, de Damián a Micaela, derramando abundantes lágrimas y bendiciendo el día en que había podido volver a verlos. Cuando la efusión del encuentro había pagado ya su tributo, subieron a los carruajes que los llevarían a la atunara, donde quedarían instalados.

Era un espléndido día primaveral y la casa había sido preparada con primor. En la entrada, alrededor del gran portón, Micaela había plantado toda clase de jazmines que se encontraban en Sicilia y unas rosas profusas y diminutas se enredaban en las perfumadas flores blancas, que destacaban sobre las rojas paredes.

Una espaciosa sala con una enorme chimenea acogió a los viajeros. Grandes ramos de azahar aromaban la estancia. Vivirían todos juntos en aquella soleada casa, hasta la víspera de la boda, pues dada la asistencia de personas principales y siendo que la ceremonia sería en la catedral, el propietario del palacio Ajutamicristo había insistido en celebrar allí el convite. El día anterior Micaela volvería con Inés, su madre y Vanozza al palacio del barón, para salir de allí hacia la catedral el día de sus esponsales.

Enseñó Micaela sus alcobas a sus padres y a la madre de Íñigo; la de Teresa y Juan estaba al lado de la de su hija y daba al mar, a ese mar que a la diamantista producía una euforia singular. Las otras estancias daban a un jardín cuidado con esmero por Micaela, con extensa variedad de plantas perfumadas, siguiendo la tradición siciliana de concebir y componer hermosos jardines, que contaban con el aprecio de la población.

El virrey llamó a Íñigo y a Daniel, que ya había regresado, pues quería comunicarles noticias de importancia. Cuando llegaron al palacio Chiaramonte, les recibió un caballero que presuroso les condujo a la sala donde les aguardaba Ventimiglia. Este les indicó otra sala apartada, donde podrían hablar.

—He recibido un correo que nos anuncia que Clemente VII ha viajado hacia Marsella para celebrar los esponsales de su sobrina Catalina con Enrique de Orleans. El recibimiento de Francisco I ha sido digno del que se dispensa a un gran monarca, lo que nos prueba que la alianza entre Francia y el Papado es una realidad. Decid qué pensáis, capitán. ¿De qué manera confirma y afecta las sospechas que ambos tenéis? ¿Cuáles serán las consecuencias de esta alianza para el Imperio?

—Excelencia —comenzó Íñigo—, como virrey que sois de Sicilia, estas nuevas os colocan en demasía en el tablero mundial. La secreta, no tan secreta, intención del

Médici a la vista está, pero debo referiros una conversación de la futura esposa de Enrique, que tuvo lugar en Roma.

Y le relató Íñigo la conversación de Micaela con Catalina de Médici, en el retirado pabellón del palacio Colonna.

—Es una esperanza —reflexionó Ventimiglia—. Si es mujer discreta y de prudente ingenio, recordará sus palabras sobre la conveniencia de ser aliada del Imperio. Pero no hagamos victorias de indicios. Catalina está destinada a un papel de segunda línea. Su influencia como duquesa de Orleans es limitada, y además, toda Europa conoce el predicamento de la favorita de Enrique, Diana de Poitiers. Habría que ganarla también para nuestra causa a través del cardenal de Lorena. Cierto es que la salud del delfín es precaria y en ese caso Catalina ascendería a un lugar principal. Habremos de estar muy atentos.

Los dos capitanes asintieron y comenzaron a discurrir cómo habrían de ser las fuerzas, que se preparaban para la gran ofensiva.

Palermo amanecía radiante en ese mes de mayo de 1534. Llegado el día de los sponsales, el sol era tibio y decidido a iluminar la jornada y los árboles florecían profusamente. En el palacio del barón de Calatafimi el trajín era considerable. Las sicilianas tan expresivas y emotivas se afanaban en hacer de Micaela una novia memorable: una le acicalaba el pelo, sujetando sus mechas trigueñas con perlas y coral; otra le atusaba la amplia falda marfil, que chisporroteaba con el crujir de la seda; otra ajustaba el corpiño, también marfil y bordado en coral, que recordaba así a Íñigo el que llevaba Micaela el día que se conocieron.

—*Per la fortuna nell'amore!* —exclamó una de las jóvenes, risueña, al tiempo que ponía a la diamantista un objeto de coral de extraña forma dentro del corpiño. Rieron todas.

—¡Mica, no lo necesitas! —intervino Inés, sonriente—. Mayor suerte que tener a Íñigo por marido, ¡ya me dirás!

Pensativa, respondió Micaela:

—Es cierto, nunca hubiera podido pensar, cuando la muerte me arrebató a Diego, que encontraría un hombre que me hiciera sentir y palpitar como lo hace Íñigo...

El coro de las mujeres se trasformó en un piar de pájaros de tonos agudos:

—*Beata Lei! Il capitano! Ma che bel uomo!*

Una vez completado el rito del vestido y peinado de la novia, se acercó la más joven de todas ellas, lentamente, con paso solemne, y entregó a Micaela un ramo de azahar que portaba en las manos, «recién cogido en el valle de los templos», dijo, como si se tratara casi de un objeto religioso. En efecto, esa misma mañana, con la aurora, había llegado un jinete a galope tendido con las aromáticas flores, que eran consideradas portadoras de suerte en las bodas. Damián se había preocupado de enviar a cogerlas, para que llegaran a tiempo.

Teresa miraba a su hija emocionada. Sabía que era uno de los momentos más felices e intensos de su vida. Micaela, su adorada hija, unía su futuro a un hombre de verdad, cabal, que sobre todas las cosas amaba a Micaela y había sabido valorar las cualidades del alma de esa mujer generosa y determinada, que iba en breve a compartir sus penas y alegrías, que, sin duda, de todo habría en sus vidas.

—¡Tengo que dar gracias a Dios! Tantas veces le he pedido que me permitiera llegar a ver este día y gozar de lo que estoy ahora viviendo... —le dijo a Mica.

Tras fundirse en un abrazo, salieron a la estancia donde aguardaban su padre y su hermano. Damián esbozó una feliz sonrisa, y sus padres colocaron a su hija un ligero velo en la cabeza, que sujetaron con una corona de azahar de la que pendían largas cintas de color coral. En el cuello, el collar de fuego del mar que usara Micaela aquel primer día. Salieron y Micaela quedó asombrada: tras el portón le esperaba la carreta siciliana más encantadora que había visto. No era muy grande, pero siguiendo la tradición local, se encontraba pintada y decorada con infinidad de formas de distintos colores, que le daban el aspecto más festivo que imaginarse pueda. Dos mulas de un dorado tono canela esperaban pacientes uncidas a la carreta y se movían al compás de la música, que ya sonaba alegre y compuesta. Las mulas estaban adornadas con bellos penachos de plumas, y los arreos eran de cuero color claro, que resaltaba en la piel lustrosa de las bestias. Los amigos, parientes de amigos, conocidos de amigos, en fin, una multitud, como sucede con el caluroso pueblo siciliano, aclamaron a la novia, que les parecía, a ese pueblo con el sentido de la belleza marcado a fuego, la mismísima Afrodita.

—*Ma che bella!* ¡Mira cómo está emocionada! ¡Corramos a ver al esposo!

Y como por arte de magia, aquella gente se precipitó hacia la iglesia cercana, para ver el romántico encuentro entre los novios.

El capitán aguardaba en la puerta, ansioso por que apareciera la novia, pero saludando a unos y otros y agradeciéndoles el estar junto a él en ese día. Al ver llegar a Micaela, su rostro se iluminó con la mayor expresión de contento que ninguno de sus camaradas de armas le había visto jamás. Su madre y su hermana, cogidas por el brazo, observaban emocionadas ese amor tan grande, que esperaban y deseaban les acompañara toda la vida.

El encuentro entre los dos fue silencioso, pero la intensidad de los sentimientos de ambos recorría la asamblea como un intenso río de luz. Entró Juan orgulloso con su hija en la inmensa nave. El aroma de los jazmines, que tanto gustaba a Micaela, envolvía el vasto espacio; la luz de las velas y la que entraba por las altas ventanas de la catedral se posaba en el vestido de Micaela, jugando con el brillo de la seda, o acariciaba a las bellas damas que lucían elegantes vestidos y tocados. Estaban todas aquellas personas que Micaela había aprendido a querer y estimar: la princesa Borghese, los príncipes Spadafora^[43], la condesa Pinto del Poggio, los barones Emanuel, los marqueses Patrizzi... En fin, muchos amigos, gentes queridas y las autoridades de Palermo.

El banquete fue largo y muy alegre. El virrey había querido asistir, honrando así con su presencia el matrimonio de un capitán cuya dedicación e inteligencia habían sido muy útiles en los reinos de las dos Sicilias. Ventimiglia, como gran caballero que era, había ofrecido su brazo a la madre de la novia, Teresa, con la que conversaba diciéndole:

—Habéis de sentir gran contento al ver a vuestra hija respetada, admirada y, sobre todo, querida, más bien adorada, por un hombre que a simple vista parece tener todas las cualidades que un buen hombre debe tener.

A lo que Teresa asentía con orgullo.

Al final de la comida, el virrey quiso decir unas palabras para desear felicidad al matrimonio:

—Quiero, en nombre de todos los presentes, augurar al capitán de Vidaurre y a su ya esposa Micaela, felicidad, amor, que ya lo gozan, fortuna y además largos años en estos reinos, cada uno en su ocupación, pues son dos personas que honran a su país y a su emperador.

Al terminar, buen admirador de las femeninas gracias, besó la mano de Micaela con galantería y admiración. Hubo después danza, parabienes, besos y abrazos, y finalmente, con Íñigo ya un poco impaciente, se retiraron a sus aposentos en las habitaciones superiores.

Solos al fin, Íñigo abrazó a su mujer con tal fuerza de pasión que Micaela no pudo reprimir un quejido. Pero él se recompuso al instante y le dijo:

—Mica, ve. Arréglate y cuando lo creas oportuno, llámame. Yo esperaré al lado de la chimenea, junto al fuego.

Micaela no tardó en aparecer, vestida tan solo con una camisa de hilo de Holanda. Al verla, Íñigo se alzó rápidamente y entonces, paso a paso, se acercó a su esposa. Ella, mirándole a los ojos, desató el cordón de su camisola, dejando ver su escote. Su piel luminosa estaba punteada de lunares, que marcaban el mapa que le conduciría a él, a Íñigo, a la felicidad, al placer, al amor.

Magna Grecia

A la vuelta de su viaje de novios se habían instalado en la atunara, que recogía con comodidad a toda la familia, con los respectivos custodios, los guardianes y las fieles Marialonso y Vanozza. La dueña sentía celos de la joven posadera, pues advertía el creciente afecto que su niña dispensaba a la italiana. La disposición y determinación de esta habían salvado la vida de Micaela, y eso era algo que la diamantista no podía olvidar, sin, por ello, mermar en absoluto el profundo afecto que le unía a Marialonso. Esta pensaba que la dedicación absoluta que ella había otorgado a su niña merecía más aprecio que la dedicación de Vanozza, que ya había obtenido su recompensa, pues acababa de conseguir una vida a la sombra de Micaela. Un paje al servicio del virrey enamoraba a la gentil Vanozza, y ya le había dado promesa de matrimonio. Siendo el joven oriundo de Toledo, allí se encaminarían cuando los Vallesteros volvieran de su misión. Las peleas, punzadas e intrigas domésticas eran frecuentes entre las dos, pero nunca llegaban a ser realmente tempestuosas.

Tenían los diamantistas su taller en el piso bajo, mirando al jardín que estaba protegido de la curiosidad exterior por un alto muro. La intensa luz de Sicilia iluminaba la estancia, haciendo que cada mañana comenzaran el trabajo con ímpetu y energía. El ambiente de esa casa era lo más parecido a la completa felicidad; uno de esos raros momentos en la vida en los que todo se resuelve satisfactoriamente y se disfruta del amor de los suyos, con la dicha de tenerlos alrededor. En esa atmósfera de amor y serenidad, Micaela había realizado un collar de once piezas de oro, elaborado a la moda mudéjar. Cuatro de ellas eran el símbolo de una mano, que podía representar también una flor y llevaba engarzadas diminutas perlas y esmeraldas, que atraían la caprichosa fortuna; otras cuatro eran unos elegantes cilindros, con cinchas en esmalte marfil, en cuyo centro brillaba una misteriosa esmeralda; dos piezas de oro, cada una en un extremo, servían de cierre y lucían escrito en el verde esmalte los nombres de Palermo y Toledo. En el centro del collar, una sola pieza esférica como el sol con un delicado esmalte verde acogía una real corona, de la cual salían unos rayos

con diamantes engarzados en el oro, que sobrevolaban un círculo de airosa filigrana con otras tres espléndidas esmeraldas, engarzadas en Trinidad, y cuatro rubíes, que encarnaban los cuatro puntos cardinales. La realización no había sido sencilla.

Damián había pulido las distintas partes con varios tornos para obtener el brillo y había dirigido a los engastadores con tiento infinito. Luego él mismo había colocado las gemas empujando con los buriles, sin prisa, con pausa, para que las piedras encajaran a la perfección. Al fin, el repulido y un repaso final que daría paso a esa extraordinaria joya.

Decidieron ir los dos jóvenes matrimonios a visitar la propiedad del príncipe Michele Spadafora, que tantas veces había insistido en el interés que encerraba su maravillosa costa oriental. Sus tierras se extendían cerca del mar de Messina, teniendo relativamente cerca las ciudades de Catania, Siracusa, Caltagirone y el lugar arqueológico de Piazza Armerina. Al segundo día de viaje se adentraron en un valle que a todos recordó a su tierra. Pensó de nuevo Micaela con fruición en las similitudes de esta tierra con la suya propia.

—¿Qué piensas, que estás tan absorta, Mica? —preguntó el capitán.

—Son dos naciones —respondió ella— hechas para entenderse. Compartimos la misma pasión por la vida. Creo que nosotros contamos con una determinación que nos hace fuertes en cualquier lugar donde nos hallemos, pero ellos pueden enseñarnos una mayor fineza en las relaciones y un sentido innato de la belleza.

En varias jornadas llegaron a Spadafora. Borearon la torre de vigía medieval, sólida y rodeada de jardines, y embocaron el camino que llevaba a casa del príncipe. Era ya de noche y deseaban rendir viaje cuanto antes. Las sombras de la oscuridad seguían inquietando al capitán.

—¿Qué temes, Íñigo? —preguntó Damián—. Estamos a una legua de la morada. No receles más, que el temor socava la razón. ¡Mira! Ya se otean unas luces en lontananza.

En efecto, el príncipe, intranquilo por la tardanza de sus huéspedes, les enviaba a su encuentro unos hombres con antorchas para indicarles la ruta. Las tinieblas se fueron aclarando poco a poco, y la densa vegetación se fue abriendo para dar paso a un palacio de airosa planta, flanqueado por una torre que denotaba su origen medieval. Allí en la puerta les esperaba Michele, sonriente, con su carácter expansivo y alegre, mostrando su felicidad por el reencuentro. Tras un breve refrigerio, les invitó a que se retiraran a descansar, con la anticipación de todo lo que les aguardaba por descubrir en esa isla fastuosa.

Por la mañana temprano, los ladridos de unos vigilantes perros despertaron a Micaela, que con celeridad se asomó al balcón de su cámara. Íñigo protestaba a media voz:

—Mica, ¿es que no puedes reposar tranquila?

Pero ella ya no escuchaba, atónita ante el panorama que tenía la suerte de contemplar: unos jardines cuidados ofrecían a la vista una variedad de rosas inimaginable, ordenadas en rectángulos de mirtos, en cuyo centro se alzaba un elegante ciprés. Un alto seto también de olorosos mirtos separaba esta zona de un mar de olivos centenarios plantados en un nivel inferior, al que se accedía por una amplia escalera de piedra, flanqueada por esbeltos cipreses.

Toda la propiedad se hallaba rodeada por árboles de morera, que desde la época árabe habían producido la mejor seda de Europa debido a su climatología benigna, sin grandes cambios térmicos, haciendo así del cultivo del gusano de seda una próspera industria. Y al final, el mar: un mar resplandeciente, límpido, que encerraba en sus entrañas el rumor de mil batallas y los cantos de sirenas que embrujaban a los marineros; un mar surcado por las naves de los héroes de una mitología fascinante, y toda esa historia, todo ese pasado clamoroso, lo podía admirar ahora desplegado ante sus ojos. Un tierno abrazo la sacó de su gozosa reflexión y la devolvió al mundo de los mortales.

—¡Qué lugar extraordinario, Íñigo! La hermosura se une, en la serenidad de la naturaleza, a la historia, la cultura, y el placer de vivir en esta isla única... ¡Vamos! ¡Deprisa! Preparémonos para salir y visitar todos los lugares.

Una mesa aparejada con todo tipo de tortas y panes les esperaba para un almuerzo que compartirían con sus anfitriones. Antes de partir a conocer la villa de Spadafora, el príncipe les mostró la casa donde iban a residir, «desearía que fuera durante muchas semanas», invitó solícito. La casa, como suele suceder con frecuencia en Italia, era una simbiosis extraordinaria de buen gusto en la belleza, imaginación para hacer más amable la vida y fantasía para dar un toque mágico a lo cotidiano; empezando por la biblioteca, que se alejaba de lo que acostumbraban a conocer como tales: contenía, sí, libros de inusual encuadernación, de cuidadas pieles y refinados dorados, pero lo que les llamó poderosamente la atención fue la portentosa colección de grabados de lugares de Sicilia. El amor del príncipe por su tierra, su conocimiento de ella, se mostraban de manera inequívoca y patente en esa estancia. Agradó a Michele el interés que sus huéspedes mostraron, y les prometió que no les dejaría partir sin que hubieran visitado todos los monumentos y parajes allí representados. Y comenzaron por la ciudad de Spadafora, donde se acercaron en primer lugar a la iglesia que pastoreaba don Merlino, sacerdote humano y cariñoso con sus feligreses, que les recibió con entusiasmo; primero y ante todo porque habían venido con su querido príncipe, y segundo porque eran españoles. Así lo dijo con claridad:

—Aquí los españoles son siempre los primeros.

Era un hombre alto, fornido, de cabeza rotunda, pelo negro y rizado y una constante sonrisa que invitaba al diálogo, a la par que sus ojos vivaces seguían la conversación de sus contertulios. Les hizo mil preguntas, sobre su estancia en Sicilia, el Papa, el Emperador y sobre todo aquello que tenía relación con su trabajo. Les ofreció una fresca agua de almendras y, al despedirse con tal afecto que parecían

amigos de toda una vida, les regaló una imagen de la Virgen, pues, dijo:

—... conozco que el mal ha intentado clavar sus pestilentes dientes en vuestra carne. Nuestra Señora os seguirá protegiendo, como lo ha hecho hasta el momento presente.

Ya de camino hacia Capo D'Orlando donde visitarían el santuario de la Madonna, patrona de los marineros, Micaela solicitó al príncipe detenerse unos instantes en la playa de Spadafora, para ver esa mar que se le antojaba de cristal desde el balcón del palacio. Rio divertido Michele, a quien parecía gustar la pasión por la vida que hallaba en la diamantista, y que era característica también de su tierra siciliana. Por la noche, después de la cena, permanecieron en el jardín contemplando un cielo cuajado de estrellas.

—¿Os interesa el mundo de las profecías? —preguntó Michele—. ¿Creéis que esas estrellas que nos acompañan del nacimiento a la muerte pueden desvelar el secreto de nuestra existencia? Según dicen, vive en Francia un estudioso llamado Nostradamus que anuncia hechos gloriosos e infaustos con sorprendente clarividencia.

Íñigo miraba circunspecto, pues esas cosas le resultaban un poco inquietantes, pero Micaela comprendió al instante que este sería otro asunto que le gustaría conocer. Tras una interesante conversación sobre signos del zodiaco, estrellas y otras maravillas, se retiraron pronto, ya que al día siguiente comenzarían su jornada hacia Catania y Siracusa. Los príncipes Spadafora acompañarían a los españoles, porque deseaban hacer los honores de su tierra y presentarles a los diferentes parientes y amigos que les acogerían en ambas ciudades.

Tras una breve visita a Taormina y su teatro griego asomado al mar, se instalaron en el convento de San Domenico, donde pasarían la noche. La luna blanca y potente apareció sobre la cumbre del majestuoso volcán que dominaba la ciudad, el Etna, el mayor de Europa. Su cumbre coronada de nieve resplandecía con fulgor lunar.

—¿Es posible que sea real? —dijo Inés—. ¡Parece imaginado, Damián! ¡Qué singular país es este! Hasta la naturaleza parece buscar con ahínco un hálito de hermosura.

Partieron de mañana hacia su destino, Catania, ciudad que fue centro de cultura y comercio para la Magna Grecia, y a la que los romanos otorgaron su nombre. Llegaron mediada la tarde al imponente castillo Ursino, donde su anfitrión había realizado recientemente una importante reforma para adecuarlo al gusto de la época, haciéndolo más confortable.

A la hora de la cena, vieron que la mesa estaba preparada con unos jarrones de cerámica que representaban cabezas de mujeres o de hombres con turbantes coronados de oro y joyas espectaculares, pintados en vivos colores y de cuyo interior surgían ramos de mil flores. Las realizaban expertos alfareros de antigua tradición y

podían encontrarlas en una de las villas que hallarían en la ruta, Caltagirone.

Los principales monumentos de Catania, la catedral con las reliquias de santa Ágata patrona de la ciudad, las puertas y los arcos de los palacios habían sido contruidos en la blanca piedra de Siracusa, en unión de la negra piedra de lava, lo que producía un artístico contraste que otorgaba a esta ciudad una fuerte personalidad. Cuando partieron, el «efecto Sicilia» ya había hecho mella en el grupo de los españoles, alimentado por el entusiasmo de Micaela. Muy de mañana arribaron a Siracusa. Había de ser así pues algunos señores principales de la zona habían sido convocados por el príncipe Spadafora en una reunión de importancia. Se alojarían en el palacio Bellomo, donde Michele había decidido permanecer unos días, dada su relación con la familia del barón.

Tomaron una barca que les llevaría a la isla de Ortigia. Allí les condujeron frente a la puerta Marina, donde les esperaban los servidores del barón Bellomo y les condujeron por las estrechas calles de una villa medieval, cuyos palacios habían sido remodelados a la moda del siglo. Dejaron atrás los imponentes palacios de Greco, Lanza, Rizza y Abella, y avistaron su residencia. En un vasto atrio de piedra les esperaba el barón, que parecía inusualmente agitado, y que al verles exclamó con alivio:

—¡Sea loado Jesucristo! ¡Sanos y salvos estáis! ¡Pero entrad! Subamos para que, reposados, podáis oír lo que he de contaros.

Una vez instalados con comodidad, el barón, que se paseaba inquieto y a grandes zancadas por el salón, comenzó el relato de los terribles acontecimientos.

—Una impresionante flota compuesta por ochenta galeras, veinte fustas, ochocientos jenízaros y ocho mil soldados turcos, capitaneados por Jeredín Barbarroja, ha asolado costas y villas de la península itálica el pasado mes de agosto, tomando como esclavos a mil doscientas personas, cuya suerte conmueve los más duros corazones. En su ataque a Fondi, Julia Gonzaga, viuda de Vespasiano Colonna y la mujer más bella de Italia, a punto estuvo de ser raptada; hubo de huir apenas vestida, ante la inminencia del atropello, a la espesura de unos bosques cercanos, donde logró ocultarse a sus bárbaros captores. Podéis imaginar el diseño diabólico del pirata: raptar a la mujer más notable de la península y llevarla como esclava al harén del sultán. ¡Todo un símbolo de Italia vencida!

»Las últimas noticias nos cuentan que ha tomado rumbo a Túnez, pero hemos de organizar, y presto, esa magna fuerza cristiana que haga frente a la impostura del Turco. Mis queridas señoras, andad a reposaros, que aquí permanecemos para reflexionar y combatir con la agudeza del espíritu lo que el mal ingenio alcanza para determinar la ocasión propicia para el ataque.

Subieron a sus cámaras las mujeres, desoladas ante el deterioro de la situación.

—¿Qué será de Pilar si Daniel ha de embarcarse en la gran armada que se prepara? —preguntó Inés—. ¿Qué angustias le aguardan con un niño aún tan chico?

—Pilar, como ya se dijo, queda con nosotros. Y Daniel es hombre arrojado, pero

prudente y buen conocedor de la mar —respondió Micaela—. Ahora que tiene mujer e hijo, cuidará de su vida sabiendo que ya no es solo suya.

—Sí, Mica, pero... ¿y nosotras? ¿Qué peligros no corremos por estos caminos de Sicilia, con estos piratas desembarcando por sorpresa y tomando cautivas que no volverán a salir de las paredes de un harén? ¿En qué lugar abandonado de Dios hemos acabado?

Micaela, aunque un poco irritada por las lamentaciones de su cuñada, la abrazó diciéndole:

—No atormentes tu espíritu en demasía. Regresaremos a Palermo, donde han de reunirse todas las fuerzas de Italia, y allí estaremos seguras. Además, recuerda que vamos protegidos por numerosa escolta. Confía y espera en la Providencia.

Sin embargo, el pensamiento de Micaela volaba ya hacia la roja atunara, tan cerca del mar, donde habían quedado sus padres, Pilar y Daniel, y la asustadiza Marialonso.

Mientras tanto, la reunión tan esperada por el capitán de Vidaurre y preparada con tanto esmero por el príncipe Spadafora debía ocuparse de los últimos acontecimientos, que con tanta premura les acechaban.

—Señores —inició Michele—, los graves asuntos que nos ocupan no deben hacernos olvidar el fin de este proyecto, ya que el diseño de la Emperatriz estaría destinado a paliar aquello que Adriano de Utrecht, el recordado papa Adriano, formuló de manera explícita al Emperador: «Nosotros por ninguna manera somos poderosos. Porque si queremos atajar la rebelión por justicia, no somos obedecidos; si queremos por maña y ruego, no somos creídos; si queremos por fuerza de armas, no tenemos armas ni dinero». He aquí la clave. Los medios que hemos menester para reunir esa gran flota, esa gran fuerza por mar y tierra que detenga al Turco y procure la paz a nuestras amadas tierras, han de ser encontrados ya. La sombra del Imperio protegerá nuestras costas, villas y familias. ¡Por vuestra vida, señores, que hemos de contribuir al plan de la Emperatriz, en su servicio y en el nuestro!

Estruendosos aplausos acogieron el fin del parlamento del príncipe, y acto seguido uno de los barones comenzó a hablar apasionadamente, ofreciendo ideas y sugerencias. Íñigo preguntó a Michele quién era él, y el príncipe contestó:

—No merece que atención le prestemos. Es hombre que levanta asimismo testimonio de valor y grandeza, pero no resuelve nada de lo trazado. Ignoro en compañía de quién ha venido a una reunión que no se le alcanza.

El viaje que había comenzado tan lleno de promesas se truncaba por la preocupación de todos, dada la situación de inminente peligro en la que se encontraba todo el sur del Mediterráneo. Decidieron acortar su permanencia allí y retornar a Palermo, efectuando dos visitas muy cortas a Piazza Armerina y Caltagirone. Y desde ahí, espolearían sus cabalgaduras para encontrarse lo antes posible con los suyos.

Caltagirone era una pequeña villa, con una importante producción de cerámica de larga tradición, ya que venía del tiempo del asentamiento en la isla de los etruscos. Quisieron cumplir la ofrenda que habían hecho a Nuestra Señora del Monte, pidiéndole la protección de los seres queridos, y en general de la isla. Se accedía a la iglesia por una altísima escalera, que databa del siglo XII y que simbolizaba el esfuerzo del cristiano a lo largo de su vida por arribar a la visión celestial.

Partieron presto hacia Piazza Armerina para poder estudiar con celeridad los mosaicos de una villa romana del siglo IV de la que habían oído grandes elogios, ya que al mismo tiempo quedaba retirada de la costa y les permitía realizar el retorno con más seguridad. Allí llegaron y las escenas les dejaron asombrados. En extensas superficies se narraban partidas de caza, ejercicios físicos en el gimnasio y toda una serie de actividades a cual más sobresaliente. Sobresaliente por la elegancia de los colores —negros, verdes apagados, rojos oscuros y toda la gama de los ocres sobre un fondo blanco—, y sobresaliente por el realismo de la narración —la persecución cruel de un ciervo hacía que este derramara unas límpidas lágrimas de dolor—. Las jóvenes mujeres que se ejercitaban en el gimnasio iban ataviadas con unas ropas muy someras, que escandalizaron un tanto a Inés, y portaban unas pesas para tonificar su musculatura.

El universo de una Roma adelantada y cuidadosa de su físico y su higiene, vitalista y expresiva, era contado a través de esos mosaicos únicos. Fieras salvajes, dulces jirafas y un bravío león pugnaban por escapar de la férrea atadura de sus captores; hermosas damas mostraban su importancia con magníficos atuendos y fascinantes joyas, que la diamantista se apresuró a esbozar en su cuaderno de viaje.

Atrás quedaban las ansiadas visitas a las islas Eólicas, donde habían de observar el fenómeno de las piedras flotando en el mar, y la visita a los templos de Agrigento y la hermosa catedral de Cefalú, la marinera. Había que llegar a Palermo, a la roja atunara, a casa.

Una vez allí llegados, todo parecía tranquilo y sin grandes novedades, pero los dos capitanes organizaron turnos de guardia más completos, y reforzaron el número de custodios. Al conocerse la noticia de los ataques de Barbarroja a Calabria, Asprelongo y Génova, un estremecimiento de horror había azotado a la buena gente de Palermo, pero las temidas naves de los piratas berberiscos no se dejaron ver y al poco tiempo supieron que después de dejar a su paso desolación y muerte, habían tomado rumbo a Argel para festejar el botín y la victoria.

En el mes de octubre, una buena noticia para los asuntos imperiales vino a alegrar la ciudad: el cardenal Farnese, que de manera tan hospitalaria les había recibido en Bisentina, acababa de ser elegido papa tras la muerte de Clemente VII, y había escogido el nombre de Pablo III. Los artistas estaban de enhorabuena, un gran

mecenas iba a encargarse importantes obras que colocarían a la Ciudad Eterna en el primer lugar del mundo. Miguel Ángel podría tal vez llevar a cabo el magno fresco del inquietante y portentoso Juicio Final que les había anunciado en la Sixtina.

Carlos V en Sicilia

La vida de los toledanos había transcurrido plácida durante los últimos once meses. Las noticias del ataque y posterior victoria de los imperiales habían conmocionado Palermo, que preparaba con entrega y ahínco la llegada de la flota de Carlos V.

La jornada del 12 de septiembre de ese glorioso 1535 había amanecido radiante, queriendo así contribuir al esplendor con que Palermo se había afanado por recibir al Emperador. Los caballos del séquito imperial piafaban con impaciencia para ponerse en marcha. En cabeza, el Emperador iba revestido con su magnífico casco de parada y una prodigiosa rodela, cuyo centro se ornaba con una cabeza de medusa que producía terror nada más mirarla; del cinto pendía un acero singular, procedente, sin duda, del mágico taller de un artista toledano. Iba el César precedido por músicos ataviados con toda la fantasía de la época: túnicas cortas de color oro, las calzas bermejas y chambergos con plumas color carmesí, tocando luengas trompetas adornadas con sendas borlas rojas, pífanos, *trombas di zucca*^[44] o trompetas de calabaza y tímpanos antiguos en una cantata brillante y de circunstancia; los caballos jaezados de importancia, con hermosas bridas rojas recamadas en oro; las sillas espléndidas de cuero repujado y las crines entrelazadas a la manera de Andalucía, con cintas de seda y borlas doradas; y detrás los ballesteros de maza con las armas imperiales.

La multitud agolpada en la ancha avenida, que conduciría el cortejo hasta la Puerta Triunfal, pugnaba por reconocer a los afamados caballeros que seguían al Emperador. Justo en pos del mismo, el adelantado Pedro Fajardo, héroe de la reciente batalla de Túnez; a su lado, el duque de Sessa, hombre de pensamiento abierto y disposición humanitaria; el duque de Medina de Rioseco, conocido por su liberalidad y franqueza al expresarse ante el Emperador; don Álvaro de Bracamonte, gallardo, erguido y vitoreado por las damas por su briosa apostura; el virrey de Nápoles, don Pedro de Toledo, que había instaurado importantísimas reformas en el ejército y la

ordenación de los territorios a él confiados; el virrey de Sicilia, Ferrante Gonzaga, príncipe de Molfetta y duque de Ariano, recién inaugurado su encargo real; el marqués del Vasto, campeón del Milanesado y de la reciente campaña de Túnez; el almirante Doria, cuya responsabilidad en el Mediterráneo sería fundamental en la actual situación política. Capitanes todos cuyas hazañas eran miradas como mitológicas entre la gente, que además de admirarles con devoción, confiaba en ellos su seguridad. Pelotones de soldados aguerridos, acostumbrados al tronar de mil batallas, pero orgullosos de haber participado en la historia muchas veces al grito de «¡Toledo!», al tiempo que hacían flamear sus banderas y estandartes, y ahora dispuestos a gozar de la hospitalidad de esta isla acogedora y apasionante. Y finalmente, en la retaguardia, de nuevo la música marcial y resonante de tambores militares y timbales a caballo, que enardecía los corazones, produciendo en la multitud un sentimiento de euforia al cual ya eran proclives.

Marchaban despacio, con paso solemne, disfrutando de la triunfal acogida que les dispensaban los palermitanos. A ambos lados de la calle Toledo, ancha y majestuosa, el regidor había mandado colocar arquitecturas efímeras, escenas repletas de simbología pintadas sobre arcos de madera, y entre ellas grandes copas con enormes ramos de jazmines perfumados. El primero de estos efímeros, pintados todos en ocre, rojos, azules y blancos apagados, representaba la Fama, que cabalgaba sobre un imponente elefante con ricas gualdrapas rojas y era custodiada por un sinfín de caballeros armados con lanzas y tocados con chambergos; al otro lado de la calle, la Nobleza, que recordaba a los hidalgos suntuosamente vestidos la obligación del noble trato al adversario. La Fortuna evocaba con su rueda que gira sin descanso lo aleatorio de la suerte, que puede cambiar de un día para otro, relatado por medio de una serie de personajes que de la dicha pasaban a la desdicha, y viceversa; enfrente la Virtud, cuyas figuras, inmersas en la sólida arquitectura, rememoraban la necesidad de forjar el espíritu en los momentos de adversidad. Seguía el Honor con su compañera la Prudencia, que insistían en el comportamiento honorable antes que ningún otro bien, temperado siempre por la cordura, que incita a la reflexión y a la medida. Por último, la Justicia, bien indispensable para el convivir de las gentes, encarnada por una mujer vestida de rojo con los ojos bien abiertos para no errar, sentada en un trono y acompañada por otras señoras vestidas con largas túnicas azules; enfrente la Fe, situada en el centro de una apoteosis de columnas y estrados, donde se situaban personajes de toda clase y condición, adorando a quien no es visible para los ojos del cuerpo, sino para los del alma, mucho más poderosos.

Y entonces, entre músicas, oriflamas y clamores, llegaron a la puerta de Carlos V que, habiendo sido ahora preparada en efímero, sería más tarde construida en piedra para eternizar aquel glorioso día para la ciudad de Palermo^[45].

Las victorias del Emperador eran descritas con el movimiento y la plasticidad propias de los artistas de esta tierra: nada había quedado en el olvido, los feraces territorios sicilianos, la culta y vivaz Nápoles, Castilla, Flandes, el Mediterráneo, el

Milanesado... Todo giraba y se componía en torno a ese hombre, que entre otras cosas había sabido escoger con frecuencia a los mejores de su tiempo, en los más variados campos, haciendo que su persona apareciera como un mito ante ese pueblo ya acostumbrado a ellos; y para coronar todo, las columnas de Hércules con el lema «Campeón de Europa en Asia y en África».

Llegados al palacio de los Normandos, desmontó el Emperador seguido de sus caballeros, recibidos por el regidor de la villa y notables del virreinato, que fueron presentados al César por el virrey en el portón del palacio donde tendría lugar la recepción oficial. Después de los saludos protocolarios bajo la esbelta Torre Pisana, se encaminó Carlos hacia la capilla palatina que, dedicada a san Pedro por su fundador Rugero II, acogería el tedeum de los valientes soldados. Una vez hecho esto, se retiraron a descansar y a prepararse para la ceremonia en los jardines de palacio.

Los diamantistas y sus respectivos cónyuges habían sido invitados a la gran recepción que se anunciaba memorable. Quisieron llegar muy puntuales, como Íñigo tenía por costumbre, para poder contemplar el escenario que durante semanas había sido preparado en honor del ilustre visitante. A la media luz del atardecer, miles de velas titilaban por doquier; un ancho canal de agua, simbolizando el Mediterráneo, había sido construido en medio de los jardines; al final de ese espejo acuático tronaba un gran arco de triunfo, del cual pendían candelas que se mecían con la brisa. A ambos lados del estanque, enormes copas de piedra labrada albergaban ramos de jazmines y unas flores de un azul intenso. Dejando un amplio paso detrás de las copas, una procesión de columnas sostenían hermosos candelabros con chisporroteantes velas, que «tanta luz daban, que pareciera el día», según comentaban los invitados. A prudente distancia, las mesas cubiertas con azules manteles de damasco, y sobre estos, pulcros linos bordados por hábiles manos femeninas.

El son de las *ciaramelle*, híbrido de flauta y trompeta, y la *zampogna*, ambos instrumentos típicos del país, producía una música popular pero rica de polifonía, con la que fue recibido Carlos V, que entró acompañado por sus reyes de armas.

Fue saludando a las personas que aguardaban su presencia, y por fin se sentaron en las mesas que, bajo un baldaquín rojo y oro, habían instalado para el Emperador. Un ejército de criados vestidos a la moda del lugar colocó unos platos muy montados de faisanes, las primeras tórtolas de la estación y pasteles de ave que humeaban un aroma delicioso a través de una chimenea situada en la tapa de masa dorada. Unas verduras frescas y relucientes se entremezclaban con variados frutos dispuestos sobre perfumadas hojas de higuera y pámpanos de viña con oscuras y aterciopeladas uvas. Aparecieron de nuevo los servidores en organizadas filas, portando con celeridad unas copas de cristal con lo que parecía nieve: aromatizada con jugo de grosellas, refrescaba el paladar para las viandas que habían de llegar.

A ambos lados del arco, en unos estrados ligeramente elevados, tocaba una pequeña orquesta formada por guitarrones, bandoras, liras de Apolo, trompas

marinas, arpas y violas de gamba, que empezaron a interpretar una música etérea y acuática a cuyos sonos apareció súbitamente iluminada por cientos de gruesas candelas una barca engalanada por guirnaldas de laurel y flores, donde dos hermosas mujeres cantaban una melodía de amores y nostalgias. Una de las cantantes representaba la Verdad, que debe presidir nuestras vidas; la segunda, la Justicia, que ha de estar al alcance de todos. El murmullo del agua que brotaba de unos pequeños surtidores escondidos en los bordes del estanque acompañaba al batel que avanzaba poco a poco.

Unos braseros aquí y allá quemaban hierbas olorosas que caldeaban el ambiente. De la espesura surgieron bellas damas ataviadas con suntuosas ropas de sedas y damascos, y que encarnaban los mismos símbolos de los efímeros de la calle Toledo: Honor, Fama, Virtud, Fortuna, Prudencia y Fe, que fueron anunciadas por unos pajes vestidos con jubones, zaragüelles^[46] de seda y corazas de satén, y que al avanzar hacían sonar unos cantarines instrumentos que allí llamaban címbalos de Armenia.

A continuación, los servidores portaron los dulces, que tanta importancia habían adquirido en Sicilia; azafates y bandejas que contenían la *cassata* —de origen árabe, manjar de ángeles golosos elaborado con queso fresco, azúcar, pedacitos de fruta confitada, almendras y todo recubierto por una sutil capa de aromático mazapán, que envolvía y maridaba los sabores en delicada armonía— y los *canoli* —canutillos de crujiente pasta de almendra, rellenos de queso fresco, que estallaban en la boca como diminutos fuegos de artificio—. Era una fiesta para los sentidos, en la que faltaba aún la parte más interesante, al levantarse de las mesas y comenzar la danza: la oportunidad de estimulantes nuevos hallazgos o el reencuentro de antiguos amigos. Las bellas damas ofrecían retadoramente sus encantos, tanto del ingenio como físicos. Una de ellas llamó la atención de Inés, que mantuvo con ella una breve conversación. La toledana quedó admirada por la hermosura y vivacidad de la italiana, y preguntó a Íñigo por la identidad de la dama.

—Es la condesa Gialli —respondió él—. Como se puede comprobar, una bella mujer, desenfadada y alegre y que de primera instancia produce una buena impresión.

Micaela no compartía el fervor de su cuñada, pues habiéndola encontrado en otras ocasiones, había observado en la condesa algo que detenía su entusiasmo, ya que precavida por los sucesos que le tocaron vivir, hubo de aprender la importancia de la prudencia y la reflexión. Teniendo cerca a su amiga la princesa Borghese, le preguntó por la tal señora.

—No debéis temerla —inició la princesa con una sonrisa irónica—. Es más simple de lo que parece. Crecida en un ambiente de importancia, repite a fuer de papagayo de Indias alguna frase de gusto elevado que ella no alcanza a discernir, pero que conoce hace su efecto. No cree en nada ni en nadie. Solo interesa a su oscuro talento el beneficio de hoy, la comodidad presente, y es incapaz de proyecto alguno de altura. En cuanto a los hombres, ¡ah, Micaela!, escoge aquí y allá a quien el capricho del instante desea su instinto, incapaz en verdad de grandes pasiones o de

amor auténtico. No ama ni a sus hijos, a quienes abandonó por correr en pos de un lindo donjuán, afamado por sus atributos. Es una mujer sin importancia, que vuestro buen entendimiento vencerá sin esforzarse en demasía. ¡Miradla! Ya se pavonea y contonea en torno a nuestro querido capitán.

En efecto: la condesa, con voz almibarada y aparente desenvoltura, rondaba a Íñigo, que sin ser descortés respondía con frases de frío desapego a la provocación de la dama.

—¿Por qué me desafiáis querella, cuando tengo de vos el corazón henchido? En este lance de Venus, ¿vos no deseáis ser Marte acaso? ¿No recordáis los amores de estos magníficos dioses?

En ese momento, Fabrizia, la inteligente y decidida amiga de Micaela, apareció en escena ante el obvio descontento de la Gialli.

—Señor capitán —anunció la Borghese—, creo que el virrey os reclama para asuntos de importancia. —Y luego, con una inclinación de cabeza y dirigiéndose a la Gialli—: *Amica reverita*.

Y se alejó llevando al capitán por el brazo, al tiempo que hacía ondear las sedas de su magnífico vestido azul noche.

—Señor capitán —comenzó Fabrizia—, el virrey, príncipe de Molfetta, es un prestigioso hombre de guerra, de viva inteligencia y cultivada personalidad; además, es poseedor de unas cualidades que le hacen gran señor: la magnanimidad y la generosidad. Venid, vayamos a su encuentro. Es bueno que bien y mejor os conozca.

El virrey acogió a Fabrizia con muestras de admiración y afecto. La princesa, además de ser mujer generosa y elegante, tenía un espíritu abierto y curioso que le hacía conocer a mil gentes dispares e interesantes, basando su aprecio en el mérito y no en el poder o la situación, lo cual le había proporcionado sólidos afectos. Al lado del virrey se encontraba Garcilaso de la Vega, buen guerrero y mejor poeta en feliz conjunción en aquella época, que se había unido a las fuerzas de Italia. Ferrante Gonzaga conocía al capitán de Vidaurre y sabía de su entendimiento en los asuntos itálicos, y así comenzaron una grave conversación sobre la situación en la que se encontraban, momento que aprovechó Fabrizia para dejarles solos.

—Señor capitán —inició Gonzaga—, no os atrasaré el ánimo al deciros que los espinosos acontecimientos de los últimos meses requieren acción. Las tropas que combatirán al Turco han de estar formadas por estrategias elevados de la infantería y de la mar. Zubieta y vos mismo lo sabéis. Personalidades de todos los lugares del Imperio habrán de acudir a luchar por esta justa causa. Garcilaso, vos habéis dejado la villa de Reggio di Calabria donde erais regidor para uniros a nosotros. Así ha de hacerse. El Emperador ha convocado una gran asamblea para dentro de unos días, con el fin de concertar una estrategia ingeniosa que prepare la portentosa ofensiva que libere el Mediterráneo. A todos se os dará noticia del lugar y la hora, pero vos, de Vidaurre, venid mañana a verme con Zubieta. La situación requiere del esfuerzo y sacrificio de todos aquellos que puedan ofrecerlo.

Dicho esto, se alejó con Garcilaso, dejando a Íñigo pensativo sobre lo que acababa de oír, cuando una voz familiar le sacó de su ensimismamiento:

—Íñigo, ¿ya no reconoces a tus parientes?

La expresión del capitán, de grave, se tornó risueña. Delante de sí tenía a su primo lejano, Pedro de Vidaurre, de antigua estirpe aragonesa, descendiente de Jaime I y de doña Teresa Gil de Vidaurre, caballero vinculado a los reinos itálicos y hombre de carácter jovial y optimista.

—¡Pedro, qué gran contento para mí el verte! ¿Cuándo llegaste?

—Me hicieron la merced de pedirme que me uniera a ellos, ¡y por mi honor que batallé en Túnez y batallaré a su lado todo cuanto de mí requieran! Hace unas semanas nos embarcamos en la galera del almirante Doria, *La Bastarda*, para descender de las naves a unas leguas de Cartago, en lugar cercano a La Goleta, roca fuerte del maligno Barbarroja. Feroces ataques nos aguardaban... Sin embargo, el César, al grito de «¡Aquí mis leones de España!», nos animó al arduo combate. Fueron cruentas jornadas de lucha y pesadumbres, pero ¡aquí me tienes!, a tu lado y dispuesto a formar parte de la más imponente cruzada que ha visto la cristiandad. Siento el impulso inefable de ir hacia delante, en pos de históricos acontecimientos que están a punto de revelarse ante nuestros ojos.

—Bien dices —sentenció Íñigo—. Se avecinan hechos que afectarán a todo el Mediterráneo. Y hablando de mar... ¿Sabes que está aquí también nuestro buen amigo, y ahora mi cuñado, Daniel de Zubieta?

—¡Vayamos a buscarlo! ¡Ah, los buenos tiempos de nuestros años de juventud! Entonces más queríamos los goces de la mocedad que las ataduras del amor veraz.

El encuentro entre los compadres fue tan alegre como cabía esperar. La condesa Gialli, observando a los tres juntos en la distancia, se prometía un entretenido acoso y derribo.

Entre tantos personajes ilustres, acaparaba las miradas femeninas un caballero que apenas comenzaba a entrar en la edad madura. Era un leguleyo del duque de Medina de Rioseco, célebre ayudante de Carlos V, y este duque era conocido por su manera franca y abierta de exponer su opinión. El tal picapleitos era de fuerte complexión, alta la estatura, nariz aguileña que aspiraba el fresco aire de la noche bajo oscura cabellera, el bigote cuidado y la barba atusada, las ropas escogidas para poner de relieve sus largas piernas y su poderoso torso.

La ambición y la vanidad espoleaban su vida. La primera le había llevado a escalar los puestos de la pirámide social, y la segunda le había tendido ya trampas de consideración, que hasta el momento había sabido sortear con pericia. Pero en la actualidad se había impuesto un nuevo reto, que sin él saberlo ni imaginarlo le podía traer gran desgracia. Había alcanzado a elevar su alcurnia, que su vanidad ansiaba por encima de cualquier otra cosa, tejiendo enredos con dama principal. Doña Brianda, que así se llamaba la dama, era mujer de alta estatura, ojos verdes de bondadosa expresión, boca sensual, piel de azucena, aureolada por una cabellera brillante y

prematuramente encanecida, que le proporcionaba un atractivo singular, dada su aún pujante juventud. Pero la señora tenía marido, a quien sus importantes encargos alejaban con demasiada frecuencia de su flamante esposa. «¡Ah, la soledad! ¡Qué mala compañera!», repetía doña Brianda; y en vez de llenar sus soledades con obras de consistencia, se había dejado seducir por el ímpetu del ambicioso y galante embaucador, que además de gozar de la singular belleza de la dama, veía en esos amores avanzamiento de su condición. La fiesta era como un teatro, con los diversos arquetipos claramente establecidos, para solaz de un buen observador.

Micaela se paseaba ese momento con Inés y Marisa Pinto del Poggio, quien había vuelto otra vez para seguir muy de cerca la elaboración del libro que preparaban para la Emperatriz. Paseaban descansadas, y al doblar una vereda flanqueada por altos setos se toparon con el virrey Gonzaga, que estaba de nuevo acompañado por Íñigo. Presentó el capitán a las señoras, explicando el proyecto que unía a los Vallesteros con Marisa.

Como hombre de refinada cultura, sabía apreciar este tipo de iniciativas, habiendo él mismo formado una nutrida biblioteca. Imbuido del espíritu renacentista imperante en la península, no podía dejar de piroppear a «damas tan galanas».

Al alejarse el virrey con otros invitados, un paje rubio que ya conocían pues estaba al servicio del barón de Calatafimi vino a buscarles para conducirles hasta su señor, que precisaba hablarles. Cuando a él se unieron, le encontraron eufórico. El Emperador le había mandado decir que se hospedaría en su casa en breves días, y que deseaba tener allí un encuentro para tratar de temas de suma urgencia, con los virreyes, almirantes y personalidades de ambos virreinos^[47]. Partía, dijo, en ese instante para preparar el palacio ante la esperada visita imperial que se anunciaba inminente.

—Es menester que allí os presentéis en el día y la hora que os haré saber. El Emperador quiere conocer la opinión de todos aquellos que, expertos en las cuestiones de estas tierras, puedan aportar conocimientos conclusivos para esta nuestra ofensiva. ¡Parto! ¡Quedad con Dios!

Llamaron la atención de Micaela dos hombres con aire del norte, que dibujaban sin descanso, observando todo lo que a su alrededor sucedía. Preguntó a Íñigo, y este le contestó:

—Son dos pintores flamencos, que han acompañado al Emperador en la conquista de Túnez. He oído decir que Vermeyen, el más alto, ha hecho los dibujos y bocetos de personajes más realistas y llenos de movimiento de masas que darse pueda, amén de una genial composición de las batallas, que tienen el tinte heroico que esas pinturas han de tener, ya que es asimismo creador de ingenios bélicos muy provechosos en esta contienda; el segundo se llama Van Aelst, y es grande su pericia en el conocimiento de la topografía y el dibujo de composiciones arquitectónicas. Ambos fueron vivamente recomendados al Emperador por su tía doña Margarita. Dicen también que estos dibujos y bocetos servirán para una memorable serie de tapices,

que serán realizados con las mejores sedas que se tejen en Granada, primorosas lanas, finos hilos de Lyon y rutilantes hebras de oro y plata^[48].

En esto, vio el capitán al virrey acompañado de Daniel, y comprendió que era el momento para hablarle en privado y ambos dos. Dejó a Micaela con Damián y se acercó presuroso a Gonzaga. Al verle, Daniel le dijo:

—Íñigo, te buscaba. Su Excelencia quiere conversar de nuevo con nosotros.

—Capitán —comenzó el virrey—, conozco por informes secretos de mi antecesor, Ventimiglia, la importancia de la misión que os ocurre. Admiro la prudencia de la Emperatriz Regente, pero no debo ocultaros que es diseño harto difícil en estos momentos. El Emperador tiene sus días y noches ocupados por graves preocupaciones. Su carácter de defensor de la cristiandad le lleva a luchar con ardor contra la rebelión de la Reforma; la astuta estrategia del Turco en el Mediterráneo, solo de reciente domeñado con la victoria en el Norte de África, esclaviza sus noches de desvelos. Nada se puede hacer sin su aquiescencia. Bien está la labor diplomática que a la sombra de mi buen amigo Miguel May hicisteis en Roma, continuada con esmero por el conde de Cifuentes, y en Nápoles con el virrey Chalons, y que así continuéis aquí. Bien están los contactos y aprobación que habéis conseguido de importantes y poderosas comunidades, tanto en Roma como en Sicilia. ¡Buen trabajo, capitán! ¡A los dos capitanes!

»Pero la decisión final ha de tomarla el Emperador, y en este momento mucho temo que sus pensamientos están atestados de otros graves asuntos. Sabéis que Carlos V me honra con su amistad, y que creo en la misión que lleváis a cabo. Hablaré con él y después de la asamblea intentaré que os reciba a los dos y podáis expresarles los avances en vuestro trabajo y la importancia del mismo. Imagino que doña Isabel habrá enviado despachos elocuentes, urgiendo la necesidad de esta iniciativa. A vos dejo la inteligencia de los argumentos, la constancia en defenderlos y la persuasión al exponerlos. En cierto sentido, si hay un tiempo adecuado es ahora, ya que el Emperador está eufórico tras esta gran conquista. No os arredréis, vuestra causa justa es.

La gran asamblea

Pasear por Palermo era siempre una de las actividades favoritas de Micaela, pero desafortunadamente, siempre había de aunar estas visiones de su adorada ciudad con los trayectos por y para su trabajo. Ahora que gozaban de un amplio taller en la atunara, solo bajaba a la capital para encargarse de piezas necesarias para su labor, que se empeñaba ella misma en escoger, y sobre todo con el fin de visitar a algún orfebre del que le hubieran contado obraba objetos extraordinarios. Pasó delante de San Cataldo admirando sus hermosas cúpulas rojas y entró a La Martorana para encomendarse unos instantes a la madona. Al salir, un airoso caballero la estaba aguardando. Domenico Ruffo, que no era otro el galán, le hizo una profunda reverencia tocando casi el suelo con la pluma de su chambergo.

—¡*Madonna* mía! ¡Qué belleza! He oído que habéis contraído matrimonio con el capitán, que tantos celos tiene hasta del aire. *Che peccato!* Yo hubiera conquistado el mundo para ofrecéroslo.

—Sí, sí, Ruffo —contestó Micaela entre risas—. ¿Y qué haríais de vuestra esposa?

—*Poveretta!* Pobre, como vos decís. Es buena y acogedora, pero vos... ¡Esos ojos, ese carácter español tan fuerte y decidido, que sin dudarle será de fuego en otros menesteres! Ahora que vos estáis casada, podríamos tener un divertimento.

—¡Alto, señor Domenico! Aquí ha acabado la broma —aclaró la diamantista—. Deseo tener buenas relaciones con mis colegas. Fuisteis amable y aprendimos cosas de interés en vuestro taller de Nápoles, pero os requiero el respeto que me debéis como mujer y como amiga.

—¡Ah, Micaela! ¡Qué ardor! ¡Qué pasión! ¿Y pretendéis que no me atormente la imaginación con la visión de vuestros encantos? ¡Ah, cruel!

Viendo que no hallaría remedio con ese cortejador, le dejó la diamantista con la

palabra en la boca, siempre bien escoltada por Vanozza y su custodio, que miraba con desdén al napolitano. Al encontrarse con el joyero, comprendió que su fama era del todo justificada. Creaba alhajas originales de un refinamiento pensado y elaborado con sumo tiento, donde cada piedra y cada diseño poseían intrínseco significado. Hermosas figuras de oro pulido de las más variadas procedencias, de la mitología romana o griega, del antiguo Egipto, o bien de su fértil imaginación se insertaban en arcos, fuentes, estrellas y palacios, en un desfile de ensueño, que rayaba la perfección en la ejecución. Las figuras tenían expresión en el rostro, movimiento en sus cuerpos y majestad en su representación.

—¡Es aún mucho lo que he de aprender! —exclamó Micaela—. Unís en vuestro arte lo mejor de Oriente y Occidente. Mucho me gustaría poder colaborar con vos y conseguir esa pulcritud y a la vez ese dinamismo del que gozan vuestras creaciones.

—Seréis bienvenida, bella diamantista... —comenzaba a decir cuando fue interrumpido por la fuerte voz de un caballero, que había observado la escena desde el dintel de la puerta. Era el príncipe de Palagonía, que Micaela había conocido con anterioridad.

—No comencéis, Turo —así se llamaba el orfebre—, a galantear a Micaela. Tendréis cumplido esfuerzo, pues también yo soy admirador rendido de la diamantista.

—Y yo —dijo el segundo, al que no se le había visto, ya que estaba oculto tras el príncipe. Era de nuevo Domenico Ruffo, enarbolando su sonrisa irónica y su mirada volcánica. El custodio se empezó a poner nervioso y Vanozza, en un movimiento reflejo se puso al lado de su señora. Iba Micaela a hablar, cuando apareció su hermano.

—¡Qué fortuna encontrarte, Mica! Hemos de apresurarnos, pues el virrey desea conocer nuestras creaciones y los dibujos que elaboraste en Trapani. ¡Quiere verlos el mismísimo César! ¡Vamos, presto!

Si algo tenía Damián de excepcional era su oportunidad. Conseguía estar siempre en el lugar adecuado. Respiró aliviado el custodio y tras despedidas llenas de reverencias y cortesías, marcharon los dos hermanos acompañados por sus guardianes.

—Damián —interrogó Micaela—. ¿Es cierto que nos recibirá el Emperador?

—No, pero sí es verdad que Gonzaga quiere ver nuestro trabajo dentro de unos días, y puedo suponer que quizá lleve a oídos de Carlos el empeño de nuestros afanes. No he mentado; he supuesto, y la suposición ha surtido su efecto.

—¿Sabes, Damián, que Italia te está trasformando? ¿Adónde fue la franqueza castellana? Tienes la sutileza de estas tierras pegada como una segunda piel.

Y rieron divertidos los dos hermanos.

La asamblea en el palacio Ajutamicristo se desarrollaba en orden, con el

entusiasmo de sus participantes, muchos de ellos recién llegados de la ofensiva de Túnez. El marqués del Vasto dirigía la reunión, que luego se vería honrada por la presencia del Emperador, pues había expresado este su interés en conocer a todos aquellos que en tierras itálicas ostentaban responsabilidades.

—Como bien sabéis —había comenzado Del Vasto—, la preocupación del César por la creciente actividad del Turco y sus aliados en el Mediterráneo le ha impulsado a tomar Túnez. Era su férvido deseo visitar después de estas acciones guerreras sus reinos itálicos. Previendo una larga demora, dejó a primeros de marzo las credenciales de gobierno en manos de la Emperatriz Regente, que Dios guarde. Despachados estos asuntos, reunióse el Emperador con toda la flota imperial en Barcelona, donde tuvo la inmensa alegría de encontrarse con su cuñado el infante don Luis, al mando de sus tropas portuguesas, mientras que las naves castellanas estaban bajo la sapiente autoridad de don Álvaro de Bazán. Nos unimos en Cagliari, en Cerdeña, a las tropas alemanas, las fuerzas papales y las de Malta. El mismo Emperador me honró de manera inmerecida e inesperada, concediéndome el mando supremo que solo él debía ostentar. ¡Imaginad mi estupor!

»Nos aguardaba un desembarco rápido y penalidades sin cuento. La marcha hacia La Goleta a través del árido desierto fue de dureza sin igual. El calor era intenso, agravado por el peso de la impedimenta guerrera; los caballos morían de sed y fatiga. Fue de gran ayuda la compañía del depuesto sultán Muley Hassan con sus trescientos hombres, que, conocedores del terreno, nos guiaron hacia el agua y la salvación. Llegados ante la fortaleza, el ataque fue encarnizado; el propio Emperador al mando de la artillería animó a sus hombres al grito de “¡A mí, mis leones de Castilla!”. Mientras que los caballeros de Malta atacaban por la mar, españoles y alemanes lo hacían por el este y los italianos por el oeste, en una estrategia equilibrada e inteligente que hizo huir a los turcos y caer la entera flota de Barbarroja en manos de la Alianza.

»Entre tanto, en la ciudadela, los cautivos cristianos ayudados por algunos renegados consiguieron efectuar la rebelión que preparaban tiempo ha, y de este modo nos asistieron cumplidamente desde el interior y pudimos tomar la fortaleza, haciendo huir a Barbarroja, que embarcó en una goleta, escapando y dejando así el reino a su verdadero señor, Muley Hassan. Allí, en el baluarte, nos aguardaba la confirmación de la traición del francés: las armas defensivas procedían de Francisco I, tanto es así que los cañones llevaban marcados en su bronce los lises de Francia. Ahora, en este momento, contamos con nuestra total victoria, pero habéis todos de pensar que los enemigos son muchos y numerosos los frentes que se ha de defender. Los franceses lo saben y se han servido y se servirán siempre que les sea menester de esta nuestra debilidad. Hemos de anticipar sus andamientos con el fin de derrotar el delirio funesto de Francisco. Para esta acción es imprescindible la buena marcha de la inteligencia de espías y el cuidado de nuestros leales agentes, que no reparan en el esfuerzo. La tarea conjunta de todas estas fuerzas culminará la ingente labor que nos

ocupa.

»La elección del papa Farnese ha henchido de esperanza las velas de los imperiales asuntos, pues de sobra conocéis la trama de asechanzas tan cumplida del papa Médici. Gran desafuero cometió el pirata Barbarroja que dirigió los ataques a Asprelongo, Calabria y Fondi, donde la dulce princesa Julia Gonzaga, a causa de traiciones y sobornos de renegados y espías, a punto estuvo de sufrir horrendo cautiverio, muriendo su libertad en el harén del sultán. Como podéis alcanzar, ¡esta contienda es una lucha por nuestra libertad!

Un sonoro aplauso surgió de la asamblea, emocionados todos con el vivo parlamento del capitán general de las tropas. Inició el relato de la batalla naval el almirante Doria, pasando luego el testigo a don Álvaro de Bazán, y posteriormente al capitán de las fuerzas de Malta, que tan organizado ataque habían desarrollado desde la mar. Luego fue el turno del capitán de los alemanes, que cedió su lugar al jefe de las tropas papales. Concluida la descripción de la contienda de Túnez en toda su complejidad, llegó el turno de los informes provenientes de los distintos territorios, empezando su alocución el virrey de Nápoles, que aportó ideas muy innovadoras y, parecía, eficaces para la organización del ejército o de las naves, que habían sido estudiadas para las necesidades específicas del Mediterráneo y que estaban siendo construidas en los astilleros de Vizcaya y Guipúzcoa. A continuación hizo su relato el virrey de Sicilia, Ferrante Gonzaga, que informó sobre el estado de puertos y villas de la isla, como bastión de la defensa ante el Turco, en esa área del Mare Nostrum. Un atento Hernán Cortés, que había participado en la toma de La Goleta, escuchaba con interés las descripciones y recuentos, cuya información podía ser útil a sus queridas tierras de las Indias. Los escribanos tomaban notas con prontitud de todo lo que allí se refería, y el cronista Santa Cruz hacía otro tanto, con su característica precisión en el relato.

Ultimada la enumeración y recuento de bajas, importancia del botín, factores de la futura estrategia y movimientos de las tropas, a fin de crear una acción conjunta en todos los territorios del Imperio, anunció Del Vasto la llegada del Emperador, que deseaba agradecer a todos de viva voz la dedicación y valerosa actuación, bien en las pasadas jornadas de guerra y tribulaciones, bien en la labor de inteligencia, que a través de sobornos y contactos en complicada red prevenía traiciones y desencuentros.

El Emperador parecía eufórico por la conclusión victoriosa de la dura campaña de Túnez y la labor desarrollada por sus leales colaboradores, y así se expresó, con muestras de sincero reconocimiento.

Ante un gesto del comandante en jefe marqués del Vasto, salieron muchos caballeros, permaneciendo con Carlos V, el mismo Del Vasto, el almirante Doria, más los virreyes de Nápoles y Sicilia. Ferrante Gonzaga había convenido de antemano con los dos capitanes que permanecieran cerca de la puerta, pues tras la reunión con el Emperador intentaría hacerles pasar de nuevo para que pudieran hacer partícipe al

césar de las nuevas que habían tenido lugar en la misión encargada por la Emperatriz.

Así fue. Al cabo de un tiempo que emplearon los dos cuñados en ordenar su discurso, que habría de ser breve, conciso y convincente con el fin de inclinar la voluntad de Carlos V, se abrió la puerta y un discreto paje les anunció en voz muy queda que el virrey de Sicilia les aguardaba para ser presentados al Emperador.

Esperaron en un ángulo de la sala a que Carlos V acabara su conversación con Del Vasto, Toledo y Gonzaga, ya que en ese instante debatían sobre la fidelidad del Papa a la causa del Imperio, que al comienzo de su pontificado había parecido de absoluta entrega. Con el nombramiento de algunos cardenales, Alessandro Farnese, Guido Ascanio Sforza, Schönberg, John Fisher, Jean du Bellay y Contarini, el más poderoso de todos ellos, parecía el nuevo papa querer conseguir el contento de los distintos sectores y así obtener la aquiescencia que tanto necesitaba para emprender la anhelada reforma que necesitaba la Iglesia.

Siguiendo una indicación de Gonzaga, se adelantaron los dos capitanes, que fueron recibidos por un emperador sonriente. Este, dirigiéndose a ellos, pronunció una frase que les dio valor para expresar la petición que habían de hacer.

—¡Adelante los dos capitanes! ¡Qué grande es el contento que tengo de vuestras personas! He sabido por el virrey de Sicilia, así como por los despachos de mi buen embajador ante el Papa, de vuestro constante y eficaz trabajo en estos reinos. Sé de vuestra labor de inteligencia, que prevenido ha muchos males y desenmascarado a nuestros enemigos. Sé también de la venturosa protección a los diamantistas, que por diseño de la Emperatriz llegaron a estas tierras de arte para aprender e incorporar nuevas técnicas de orfebrería, que harán que esas artes superen en Castilla a las más insignes de Europa. Advertido estoy por la Regente de vuestro empeño en beneficiar nuestras desnutridas arcas. Por todo ello, os doy las gracias y expreso mi contento. ¿Habéis de comunicarme alguna referencia a estos sucesos que estiméis de interés e importancia?

—Majestad —tomó la palabra Íñigo—. Grande es la honra en servir dignamente al Imperio. Y grande también, por ser causa justa, que leales súbditos de la Corona puedan retornar a la patria que tanto añoran, y que promoviendo renovadas y florecientes finanzas puedan ayudar a las muchas empresas que estos extensos reinos demandan. Las comunidades están prontas y tenemos una red de apoyos que acallarán las protestas que puedan sobrevenir por parte de aquellos siempre contrarios a vuestros intereses. Dad la orden, y será cumplida.

—Sosegaos, señor capitán. Debo hacer frente a muchos conflictos que requieren mi cuidado. Bien sabéis de mi esfuerzo en la lucha contra la Reforma, de mi ahínco para librar a Europa de los ataques turcos y de mi defensa de nuestros reinos ante la codicia del francés. De momento, habréis de seguir favoreciendo esa red de contactos, que tan brillantemente y a la par con tanta discreción habéis creado, y esperar.

—Majestad —intervino Íñigo de nuevo—, todo está pronto. Las comunidades en

Roma y Sicilia aguardan esperanzadas el momento en que puedan servir a Vuestra Majestad y cumplir el anhelo de sus familias.

Tras la insistencia del capitán, repitiendo estos argumentos con variada forma e intensidad, el Emperador exclamó:

—¡Voto a bríos, señor capitán! ¡Sois como mosca cojonera en mis reales partes! No es el momento... ¡y basta! Los franceses concedores son de que la debilidad del Imperio radica en su vastedad y diversidad geográfica, y así son proclives al desacato y la insolencia. Ese es mi cuidado presente, amén de la Reforma y el Turco. Seguid con vuestro empeño, y ya se os dirá cuándo deba efectuarse la orden.

Ferrante Gonzaga hizo una seña tranquilizadora al capitán, que ya iniciaba su retirada. En el instante en que la puerta se hubo cerrado tras los capitanes, el Emperador, dirigiéndose a su amigo Ferrante, le dijo:

—Bravo este capitán. Por su convicción y tenacidad, se conoce su origen vascongado. Debe asimismo, por su franqueza, ser discípulo del duque de Medina de Rioseco.

Y riendo, se retiró con Del Vasto y los dos virreyes. Bien sabía el virrey de Sicilia, que en verdad conocía al Emperador, que la determinación de Íñigo había dejado satisfecho a Carlos V.

Aguardaban al séquito imperial jornadas de admiración y honores. El recibimiento en Messina había sido apoteósico, con arcos efímeros donde se leía «Salvador de la Patria. Pacificador de Italia», acompañados del agradecimiento efusivo y entusiasta por parte de la población, que situaba a Carlos V en el Olimpo. Uno de esos arcos ostentaba unas altas columnas con guirnaldas de trofeos, y una enseña que decía «Del Amanecer al Ocaso», frase que daría lugar con el fluir de los meses a la sentencia «el Imperio donde no se pone el sol». Transcurrían los días amables para Carlos V, gozando de las glorias de la victoria, repartiendo su estada entre Monreale y Palermo.

La visita a Monreale había llenado de artístico contento al Emperador. El monasterio fundado por Guillermo *el Bueno* «para gloria de Dios, que ha puesto el cetro en mis manos, librándome de toda calamidad» había impresionado al César, que apreciaba tanto su significado histórico como la hermosísima basílica. Sus altas naves estaban sostenidas por sólidas columnas de mármol y los mosaicos eran presididos por un imponente Cristo pantocrátor. Había gozado también del acogedor claustro, donde gran variedad de plantas crecía en abundancia y una fuente de airoso aspecto oriental desgranaba la música de su agua rumorosa bajo un templete de esbeltas columnas revestidas también de mosaicos.

La vida era hermosa y era menester gozarla, y así pasaron los días del Emperador hasta que, siguiendo su triunfal recorrido, partió hacia Nápoles y Roma.

Adiós a Italia

Antes de la partida del séquito imperial, Íñigo había sido llamado por el duque de Sessa, «hombre de reconocida sabiduría y bondad, con esa bondad rigurosa de los justos y no con la falsa afabilidad de los malos embozados», como le había instruido su protector el príncipe de Molfetta. Le recibió el duque en un reducido estudio, donde analizaba algunos documentos extendidos sobre la mesa. Al entrar Íñigo, levantó la vista y su expresión se tornó cordial al instante.

—Gran aprecio tengo, señor capitán, al empeño que con tanto acierto conducís. De mi padre aprendí la defensa de esa comunidad que en nuestras tierras residían. Aprecio que había su origen en sus habilidades financieras, administración de los reinos y conocimientos de medicina y farmacia. Es así que les tengo por indispensables para la buena andadura de la nación. Quedad sosegado: a la vera del Emperador, tiene en mí doña Isabel un valedor convencido de la importancia de su proyecto. A mi regreso a Toledo, tomaré conocimiento de los progresos que nuestros agentes hayan realizado en Flandes. Así tendremos un horizonte general del desarrollo de la cuestión. El conde de Cifuentes en Roma, servidor de la Emperatriz, nos tendrá, a vos y a mí, al corriente de la andadura de estos asuntos en la Ciudad Eterna. Ocupaos vos, hasta vuestro retorno a Toledo y bajo la protección del virrey de Sicilia, de los andamientos de este nuestro afán en estas tierras. Que vuestros agentes y vuestros ojos y orejas me hagan partícipe mediante secretos despachos de cualquier incidencia que vuestro criterio juzgue deba yo conocer. Que Dios os guarde.

La familia vivía en total armonía en la atunara, y Damián e Inés habían sido bendecidos con el nacimiento de un nuevo ser, que había llenado la casa de alegría. Teresa y Juan habían decidido regresar en breve a su hogar para preparar la venida de sus dos hijos, que con sus respectivas familias se asentarían a vivir en la morada junto al río por expreso deseo de padres e hijos, deseando así continuar el periodo de

bendita reunión que habían gozado en la atunara.

Micaela había recibido la visita de la condesa Pinto del Poggio, con el libro dedicado a la Emperatriz listo ya para las correcciones finales. El resultado era una obra importante, realizada con una amplísima descripción de los estudios efectuados, procedencia, elaboración y resultado de los diseños allí incluidos y tantas alhajas que mostraban de manera fehaciente el trabajo realizado.

Se había incorporado al quehacer cotidiano del taller de los Vallesteros el napolitano Domenico Ruffo, que con su gracia, no muy apreciada por Íñigo, hacía que las jornadas de trabajo fueran alegres, ya que frecuentemente insertaba en sus conversaciones su peculiar manera optimista de encarar la vida. También su estilo y conocimiento de la orfebrería itálica habían contribuido a crear algunas piezas extraordinarias, que sintetizaban elementos hispánicos e itálicos. Hasta que un día, ante la sorpresa de Micaela y el conocimiento de Íñigo, llegaron los alguaciles a prenderle.

Micaela preguntó asombrada al capitán qué era lo que estaba sucediendo.

—No pude informarte, Micaela, pues al inicio las sospechas eran en demasía difusas para poder enunciar de manera precisa lo que mi ánimo temía. A través de uno de mis confidentes, tuve de reciente el conocimiento, apenas huida de Palermo, de la llegada a Nápoles de *lady* Dormuth. Le acompañaba un caballero, que a pesar de ir embozado, alguien creyó reconocer. Conducidas las averiguaciones pertinentes, advertimos la verdad: era Ruffo. Organizamos constante seguimiento de sus pasos y andaduras, con más intensidad cuando comenzó a rondarnos de manera asidua. La insistente vigilancia e investigación sobre su vida anterior, conocimientos y relaciones dieron por resultado la revelación de sus lazos con la trama de la Dormuth y su directa implicación en la evasión de esta. Es un agente de los franceses, pagado con largueza, que vislumbró en los intereses de Vera Dormuth el amansamiento de los propios. Es en realidad mozo vano, sensual, que goza en demasía de los placeres de las mujeres y el dinero, y al estar alcanzado por estas causas, hallaron los franceses terreno abonado para sus asechanzas. No temáis, en Palermo el enredo ha quedado descabezado de manera absoluta. Hemos actuado a tiempo y con firmeza.

No fue fácil para Micaela volver al trabajo, aún bajo la impresión de lo cerca que la traición le había rondado de nuevo. Sentía como si algo frío y viscoso se hubiera pegado a su piel, como si la alegría y amabilidad de Domenico Ruffo hubiera sido una burla. Así Micaela, contrita, preguntó a su hermano Damián si conocía los hechos, y le expresó el dolor que le producía el haber sido engañada por Ruffo, ya que ahora percibía los sentimientos de este como contrarios a su persona.

—El aprecio y simpatía de Ruffo hacia nosotros era real —reveló Damián—, pero más real aún era su necesidad de maravedíes para apagar las necesidades de sus deseos viriles, que su vanidad alimentaba, y el desmedido afán de fama y contento de sí mismo que él nutría.

Teresa no veía la hora de tenerlos a todos de regreso a Toledo, pero aún habría de esperar unos meses para que su sueño se cumpliera. Los preparativos del viaje de sus padres aumentaron la actividad de Micaela, que aceptaba esta nueva separación sabiendo que era el corto eslabón que le llevaría de nuevo a casa, y con la satisfacción del trabajo realizado, y bien realizado, llenando sus alforjas. El día de la partida de la nave fueron al puerto a despedirles y Micaela miró a su madre para decirle adiós. La expresión de infinito dolor en los ojos de Teresa perseguiría a la diamantista hasta el momento en que pudiera reunirse de nuevo con ella. Esta no lloraba ni se quejaba, solo su mirada reflejaba la tormenta de angustia que afligía su corazón. Pidió Micaela a su padre que mandaran un correo con la noticia de su feliz arribo, con la mayor urgencia posible, y así prometió Juan hacerlo. Solo cuando la nave fue un punto en el horizonte, consintió Micaela en volver a la atunara.

Las noticias que llegaban de Nápoles narraban el recibimiento triunfal que la ciudad había dispensado a Carlos V. El ingreso del Emperador y su brillante séquito se había efectuado por la Puerta Capuana, en la que destacaba una magnífica escultura que había sido elaborada para la ocasión durante meses de entusiasta y dedicado trabajo. Carlos V permaneció allí, atendido con esplendidez por el virrey de Toledo, y celebró tanto la Navidad como el Carnaval en aquellas tierras, que de celebraciones sabían cómo componerse.

Pero no todo podía ser contento y gozo: la cuestión milanesa al morir sin descendencia Francesco Sforza, duque de Milán, colocaba de nuevo las pretensiones francesas en el tablero italiano. El papa Pablo III, deseoso de mantener una paz que volvía a parecer tan volátil, invitó al Emperador a Roma, donde hizo su entrada triunfal a través de la vía Appia Antica. La recepción fue suntuosa. Las más notables familias, Farnese, Colonna y Pescara, rivalizaban en atenciones, torneos, justas y banquetes, en la fastuosa manera propia de la Roma del Renacimiento.

El interés de Carlos en afianzar la alianza con el pontífice mitigaba la preocupación que suponía su prolongada ausencia en los asuntos de Castilla, que por otra parte conocía eran llevados con sabiduría por la Emperatriz y sus leales y prudentes consejeros.

Sabía doña Isabel por su lado que el rey francés aprovechaba la dedicación del Emperador en el Mediterráneo para obtener su ansiado sueño de ocupar Saboya y el Milanesado. Advertía que una de las razones por las que Francisco tenía predilección por su alianza con el Turco era organizar tumultos en ese mar, para así entretener al Imperio en batallas sin fin.

La Emperatriz había recibido un despacho de su amado Carlos, en el que este narraba una historia por él protagonizada que había llamado la atención de los notables de la Ciudad Eterna. Carlos V había invitado al embajador francés y al de la Serenísima a una misa con el Papa y el Colegio Cardenalicio al completo. Sentose el

Emperador junto al pontífice y pronunció un discurso tocando varios temas de suma importancia: habló sobre la unión de todos los ejércitos cristianos contra Barbarroja, las relaciones entre Francia y el Imperio y la promesa que hiciera Francisco en Madrid de mantener la paz; recordó asimismo la propuesta que antaño hiciera de un combate singular entre él mismo y Francisco I, para así dirimir sus diferencias y ahorrar preciosas vidas de soldados, tanto españoles como franceses. Era su hidalga manera de evitar guerras que desangraban los dos países. La Emperatriz reconoció en ese gesto el caballero que su esposo llevaba en su ser. Suspiró pensando en el ansiado retorno del hombre que ocupaba su corazón, mientras Carlos V continuaba con su triunfal estancia en Roma.

Micaela debía ir rematando los distintos objetivos que a estas tierras la habían llevado. Íñigo había completado los informes que había de llevar consigo, amén de las cartas de nobles sicilianos y romanos, que contenían la prueba de la adhesión de estos personajes a su rey, lo que significaba apoyo estratégico y financiero. Pilar marcharía con ellos hacia Toledo, y con el pequeño Fernando esperaría allí a que Daniel retornara de su cometido en la Armada. Aunque los años italianos habían sido del máximo interés, todos sentían de manera clara que un ciclo estaba a punto de cerrarse y que uno nuevo les aguardaba. Las visitas que ahora realizaban a los orífices, que se habían ya convertido en apreciados compañeros, como a los amigos sicilianos como Ajutamicristo, Emanuele y Spadafora, tenían un tinte de nostalgia, que las promesas de los mismos de visitarles en la prodigiosa Toledo no lograban despejar.

Íñigo había conversado con detenimiento con el barón Emanuel, a quien otorgaba gran confianza por su rápida inteligencia y contrastado valor. Sabía el capitán que el barón sería la persona que cuidaría de los intereses imperiales con la máxima dedicación y su fina inteligencia. Sabía también que podía contar con su corazón generoso, que no flaquearía ni en las ocasiones de inmensa dificultad. Y sabía también que su amor por España y su curiosidad innata le traerían con buenos auspicios a Toledo.

Una mañana fueron a despedirse de los príncipes Spadafora. Al entrar en el palacio, Micaela recorrió con la mirada el amplio zaguán de la casa que tantas veces les acogiera con sensible amistad. Una antigua pintura representaba el árbol genealógico de esa casa principesca, que, por su valentía y fidelidad a la casa de Aragón, obtuvo un escudo cuyas armas encerraban un claro simbolismo.

En un fondo rojo, un brazo derecho que surge del lado izquierdo empuña una desnuda espada de plata, recordando el valor demostrado en las batallas; dos unicornios sostienen el escudo y tienen bajo sus cascos una divisa que reza: «*Prodes in bello*»; corona principesca rematada por el león de san Marcos, prueba de la pertenencia de esta familia al patriciado Véneto.

—¿Podremos soportar vuestra ausencia?

Así fue la cariñosa pero entristecida acogida que dispensó Michele a los toledanos. La tarde discurrió en proyectos de reencuentros en Toledo; todos los motivos que la diamantista pudo hallar fueron esgrimidos para animar a sus amigos a visitarles: la esplendorosa Corte imperial, con sus exóticas contribuciones del Nuevo Mundo; la Emperatriz, una de las mujeres más notables de Europa tanto por su belleza como por su sabiduría; las procesiones, expresión de arte, religiosidad y alegría de todo un pueblo; la hermosura arquitectónica de una inolvidable ciudad medieval; la hospitalidad de sus gentes; todo era un motivo idóneo para inducir la curiosidad de los sicilianos, que prometieron pronta visita. Íñigo había mantenido una fructífera reunión con el príncipe días antes, a lo largo de la cual este le había asegurado de su lealtad al Imperio y sus asuntos, aseveración que Íñigo no necesitaba, pues era consciente del dedicado servicio que Spadafora realizaba y realizaría a la causa del Emperador, como sus antecesores lo hicieran en el pasado.

Llegó el día de la partida; era una gris y triste mañana de diciembre de 1535, acorde con el ánimo de Micaela, que sentía profundo dolor al dejar esta tierra que consideraba como suya; suya en el sentimiento, en el sentido de la amistad, en la fuerza y ternura de sus gentes, en la belleza que surgía en sus villas y campos y que le había estimulado a ser ella misma, a seguir su camino hasta el límite de sus posibilidades, a no temer a lo desconocido, ya que esto se puede convertir en algo inherente a nuestro ser, como sería ya para ella esta tierra mítica. El viento no era muy brioso, por tanto Palermo se fue alejando muy despacio ante los ojos de la diamantista. Íñigo le sugirió que se cobijara en el camarote, pues los días invernales venían ya henchidos de relente, pero Micaela insistía en quedarse observando la ciudad que tanto amaba, que se perdía poco a poco en lontananza. Una mano, posándose suavemente en su brazo, la sacó de su ensimismamiento: era Vanozza, que la acompañaba en su viaje.

—Venía a agradecer una vez más que me hayáis acogido en vuestra familia. Nunca podré olvidar la dulzura de vuestra madre, cuando al ella preguntarme, le conté mi pasado y cómo vos me habíais devuelto a una vida, a una oportunidad. Y presto, en Toledo, volveré a encontrar a mi amado *spagnolo* y, *Dio volendo*, formaré yo también la familia que perdí.

«¡Ah, mi madre! —pensó Micaela—. Volver a vivir con ella, no tener que separarme más; retornar a mis antiguos amigos; recuperar mi vieja ciudad de Toledo... Una nueva vida, que después de las experiencias vividas me parecerá más completa, tendrá más significado... ¡Vuelvo a casa!».

Y bajó al camarote, a su nueva vida, a su amante, a Íñigo.

LIBRO III
(1535-1539)



TOLEDO
(1536-1539)

*La libertad preciosa,
no comparable al oro,
ni al bien mayor de la especiosa tierra.
Más rica y más gozosa, que el precioso tesoro
que el mar del sur entre su nácar cierra.*

LOPE DE VEGA, *Cancionero*

1

Retorno a la patria

«Que el santo Ángel nos guíe».

Diciembre de 1535. Habían transcurrido casi seis años desde que saliera de Toledo y su vida había experimentado transformaciones de hondo calado. Micaela miraba hacia su reciente pasado, hacia aquel día en que la Emperatriz designara a su hermano y a ella para aquel cometido de aprendizaje en tierras itálicas. El mundo se le había mostrado en toda su riquísima variedad, había fundado una familia y ahora volvía a su patria, a su amada ciudad, con un bagaje artístico y cultural que pondría a disposición de jóvenes orfebres, para que pudieran formarse en su labor.

Su ansiado sueño de regresar a Toledo, y así haciendo, recuperar a sus padres, se acercaba cada día un poco más. Esas eran sus reflexiones en el puente de mando de la nave que la conducía a casa. Sabía que en adelante habría de regresar a la mar, pues se había convertido en un elemento que pertenecía a su vida.

Se habían hecho al reino de Neptuno unos días atrás y aquella era una de las serenas tardes sobre las aguas que estaban ya en penumbra, y el sol sin embargo lucía en rojos y oros hacia Occidente, haciendo que un sendero de luz se abriera paso sobre la oscuridad de las ondas.

Íñigo la abrazó, imaginando todas las ideas que poblaban su cabeza. La existencia al lado de esa mujer resultaba diversa y emocionante; siempre había un reto que superar, o un estímulo diverso que atender. El capitán pensó que a su lado viviría más intensamente, que estar con ella significaba mantenerse lúcido y despierto para percibir aquellas cosas de la existencia que hacían que valiera la pena luchar con las dificultades que pudieran surgir en cada nueva empresa. Pero ahora volvían a casa y

podrían, con una vida más tranquila, vivir para ellos y su familia.

La travesía había sido tranquila y Damián había disfrutado con la conversación de un marinero que, al oír el nombre de Inés, les había referido que él provenía de una aldea de la isla de Ibiza, Santa Inés, donde se hallaba una cueva en la que se decía misa desde el tiempo de los primeros cristianos. Les contó de su niñez marinera, de su conocimiento y amor por el Mediterráneo, y de mil cosas más que entretenían los atardeceres. Quedaban dos o tres días de navegación, y a pesar de ser otoño, el mar estaba en calma y parecía que así debía de ser en toda la travesía.

Estaban cerca de la ciudad fortificada de Ibiza; de ahí irían al puerto de Valencia, y tras breves días, Toledo. La mañana comenzó soleada y la mar en calma, pero por la tarde unas ligeras nubes hicieron su aparición y el agua inició un inquietante balanceo. Los marineros se miraban unos a otros vislumbrando el peligro.

De repente, como puede suceder en el Mare Nostrum, en segundos la agitación de las olas se tornó violenta, el cielo se cubrió de oscuros nubarrones y destellos de súbito fulgor cruzaban el firmamento. Para colmo de males, el vigía anunció con desesperada alarma:

—¡Piratas! ¡Nave pirata a babor!

Íñigo alcanzó a Damián de dos zancadas y le instruyó rápidamente sobre lo que había de hacerse:

—Has de coger a las mujeres y los niños con dos custodios y sacarlos en una chalupa hacia tierra. La batalla será ardua y empeñada, y las mujeres correrían mucho peligro quedándose en la nave. Las venden para el harén de emires y sultanes, por ingentes sumas de dinero. ¡Ve presto! Y que recojan cuatro cosas de las que hayan menester. Toma a uno de los marineros que conozcan esta costa, mecha para encender antorchas o un fuego y algunos alimentos. No conocemos ni la duración de la batalla, ni su desenlace. ¡Ve con ellas, y protégelas! ¡¡Ve!! Es preciso que seas raudo.

Bajó Damián y encontró a Micaela ya preparando sus armas.

—Mica, debes aprestarte. Vamos a llevaros a Inés, Pilar, Vanozza y los niños a tierra. Os acompañará un marinero ibicenco, que conoce bien esta costa. Toma algo que necesites, ¡y presto, que os espera la lancha!

Al poco tiempo, cuando salió a cubierta el pequeño grupo, encontraron el puente en pleno zafarrancho de combate. Los marineros iban de un lado a otro llevando las sacas de pólvora, las de arena para amortiguar el retroceso de los cañones, y se afanaban en un sinfín de actividades necesarias para la preparación de la lucha que se presentaba inminente.

Íñigo abrazó a Micaela, que protestaba porque deseaba permanecer a su lado.

—Mica, reflexiona, eres la única que puede tomar decisiones que es posible sean duras. Te necesitan; debes ir con ellas. Vais con un buen marinero. Aquí todo irá bien, y Damián que os acompaña debería permanecer con vosotras.

—No, Íñigo —replicó ella—. Yo me ocuparé de la salvaguarda de mi pequeño grupo; vamos protegidas por nuestros custodios. ¡Damián, vuelve y cuida de ti y de

mi marido!

—¡Basta de charla! ¡El tiempo apremia! ¡Vamos!

Subieron a la chalupa, y cuando tocaron el agua, comprendieron todos que la travesía, aunque corta, no sería nada fácil; el mar estaba agitado, y la costa a la que debían llegar era muy escarpada y llena de rocas. Remaron los hombres, intentando ir al socaire de las olas, y cuando llegaron cerca apercibieron una ensenada formada por grandes promontorios, donde se alzaba una piedra bastante plana, hacia donde podían saltar desde el bote. Así hicieron, y tras un dificultoso desembarco observaron con desaliento que habían de trepar por los inclinados riscos. Damián se despidió de Inés, pidiéndole:

—Sé fuerte, apoya a Micaela. No desesperes. La nave está bien pertrechada, es ligera, la infantería entrenada y los falconetes de largo alcance. No nos vencerán. Debo partir.

Y de un salto retornó a la chalupa, que dos marineros intentaban sujetar en el fuerte oleaje. Inés le vio partir con lágrimas en los ojos, al tiempo que sostenía con desesperación a su niño del alma. El ibicenco les había advertido en el trayecto que aquella costa donde habían de desembarcar era la de San Miguel, y que conocía que entre aquellas peñas se escondía la entrada de una cueva que podría servirles de refugio, sin tener que alejarse mucho del escenario de la batalla. Ascendieron con mucha dificultad por las escarpaduras, habiendo de ayudar a Inés que portaba siempre consigo a su hijo; Micaela animaba a su cuñada tragándose su propio pesar, mientras el marinero inspeccionaba las oquedades intentando recordar cuál de ellas era la apertura de su refugio. Por fin, desde lo alto de una peña, se volvió triunfante:

—¡Aquí, aquí es! ¡Vamos! ¡Ánimo! ¡Ya estáis a salvo!

Cuando allí llegaron, Inés y Pilar se miraron desoladas, pensando que el marinero se había trastornado. La apertura era mínima, y habían de internarse hacia dentro sin saber adónde irían a parar. Vanozza reaccionó rápida:

—Yo iré tras el ibicenco, y así, cuando entréis, tendremos ya las antorchas prendidas.

Concertaron que los custodios permanecerían los últimos para cubrir la retaguardia. Vanozza desapareció por el estrecho hueco, y luego tendió un cabo a través del orificio, para recoger a los pequeños que envolvieron en sendos pañales para que no sufrieran ningún arañazo. Entregó Inés su tesoro con suma aflicción y luego se introdujo ella misma. Tras pasar Pilar y su niño, era el turno de Micaela, que resuelta se lanzó al interior de la cueva. La fría roca se pegaba a su cuerpo, las ropas mojadas por el agitado oleaje transmitían esa sensación con intensidad, pero al atisbar el inicio de la luz, vio a Vanozza que le tendía la mano para ayudarla a incorporarse.

En otras circunstancias le hubiera entusiasmado lo que allí veía, pero ahora, ante la inminente batalla, no podía recrearse ante lo que sus ojos descubrían. La luz de las antorchas iluminaba el amplio espacio, haciendo brillar las gotas de agua que resbalaban por estalactitas y estalagmitas. Caprichosas formas se alzaban del suelo o

descendían de los altos techos, con irisaciones verdosas y rosadas en complicados encajes pétreos^[49]. Las caladas ropas y la humedad reinante hacían que el frío mordiera sus cuerpos con insistencia creciente.

—¡Vamos, seguidme! —gritó el marinero de Santa Inés—. En la parte alta hay una cámara que es seca y cálida. ¡Seguidme!

Siguieron al ibicenco y a la vuelta de un recodo primero oyeron y luego vieron una rumorosa cascada de agua que caía desde un orificio en lo alto, deslizándose por las piedras y produciendo un denso vapor. Continuaron ascendiendo por una estrecha senda entre rocas y, a un lado, en un nivel inferior, observaron un espectáculo extraordinario: unas lagunas despedían un extraño fulgor verde, como si sus aguas contuvieran un mineral que las hiciera brillar con un rayo de atardecer. Tras un recodo del camino, el espacio creció de manera asombrosa y la altura de la cavidad se mostró en toda su grandeza. Siguieron subiendo, y por fin llegaron a la sala a la que se dirigía el marinero. La temperatura había subido al menos seis grados y el ambiente se había tornado seco; unas rocas amplias y llanas permitirían el necesario descanso. El ambiente, en efecto, era cálido y el ibicenco les contó que así se mantenía estable durante todo el año.

—Permaneceréis aquí con los guardianes —les dijo—. Yo saldré al exterior por esa ranura del techo para observar los acontecimientos, traeros información y decidir ante los hechos lo que sea menester. Descansad; desconocemos lo que la fortuna nos deparará, y quizás necesitéis todas vuestras fuerzas.

Y desapareció por donde había indicado previamente.

Entre tanto, Íñigo ordenaba el combate, intentando compensar la furia de los elementos y pelear contra la avidez de los piratas. Gracias a las reformas de zabras y carabelas, inspiradas en el tratado de Alonso de Chaves *Espejo de navegantes*, las naves españolas habían adquirido una notable maniobrabilidad. Lo que encontraron los corsarios no fueron pequeños buques desguarnecidos, que ellos imaginaron ya vencidos, sino unos barcos ligeros y con una férrea defensa.

Las naves eran capitaneadas por Martín de Rentería, dado su conocimiento de aquellas nuevas zabras, buque manco —es decir, sin remos—, de excelente resultado en el Mediterráneo. Completaban la expedición dos carracas y una carabela.

Íñigo y el propio Rentería habían organizado el posible combate con hábil estrategia, que hubieron de modificar en algunos aspectos, originados por la orografía de la costa y la inopinada tempestad.

Acordaron que la zabra, ágil y bien armada, quedaría protegida por el cabo de la pequeña ensenada, dispuesta a intervenir en el momento oportuno. Las carracas y la carabela aguardarían en tensa pero firme espera la llegada de las fustas y galeotas de los piratas, dejándoles solo un estrecho pasillo para aproximarse y atacar a los imperiales. Calcularon con precisión el tiempo del que disponían desde el

avistamiento hasta que se produjera el violento choque.

El ordenado silencio fue rasgado únicamente por las voces de los capitanes que ordenaban a los artilleros, y las del contra maestre que mandaba a la marinería; así ocuparon cada uno su preestablecido puesto de combate.

Comprobó Íñigo que la munición, mecha y pólvora estaban preparadas, mientras que los artilleros medían con cuidado el necesario nivel de las polvoreras; inspeccionó que los responsables contra incendios hubieran almacenado cubas y baldes de agua.

El capellán bendijo a todos, exhortándoles al cumplimiento del deber.

Los marineros otearon el origen del viento y la fuerza de las bravías olas, para obtener la mejor posición y forzar a las naves enemigas a ocupar la situación más comprometida. Arcabuceros y mosquetes se situaron en arrumbadas y corredores, bien protegidos por jergones y empavesadas. Se hallaban ya muy cerca las fustas y galeras corsarias, tanto que casi podían distinguir sus feroces expresiones. Los capitanes dieron orden de abrir fuego y disparar los cañones: se abrieron las portañolas con un gemido de los bisagrones y un estruendo del fin del mundo se dejó oír^[50].

Una nube negra de pólvora y fuego envolvió todas las naves, oscureciendo el espacio y haciendo la batalla aún más cruel, ya que la violencia del mar originaba creciente inestabilidad que dificultaba la manipulación para disparar los cañones. Desde la carabela, Íñigo ordenaba con seguro ademán la inminente lucha que se preparaba con el abordaje, blandiendo su espada toledana en una mano y una daga en la izquierda.

Comprobaba con satisfacción el largo alcance de versos, falconetes y pasavolantes, animando a los artilleros a sujetar firmemente las lombardas^[51], más pesadas, en sus encabalgaduras^[52] para evitar heridos a causa del violento retroceso.

Los hábiles marineros vascos y gallegos que formaban la tripulación habían conseguido dirigir las naves berberiscas a tal posición que tanto el viento como la mar se tornaron sus más feroces enemigos. Un súbito golpe del oleaje estrelló una de las fustas contra las rocas, lugar del que se alzaron los lastimosos lamentos de su dotación.

Al socaire del ventarrón surgió de la ensenada la grácil zabra, que uniéndose a la carabela arbolada y las carracas rodeó las naves piratas comenzando una cañoneada que dañó seriamente las dos galeras enemigas. Enfebrecidos por el combate, los berberiscos atacaron con una lluvia de flechas que produjo algunas bajas en los imperiales, en tanto que un certero cañonazo truncó el palo mayor de una de las carracas. La furia con que respondieron los españoles forzó a los piratas a desistir del abordaje y a emprender una precipitada huida, tan rápida como lo permitían sus maltrechas naves, abandonando en la mar encolerizada a los desgraciados ocupantes de la fusta que había naufragado contra las peñas.

Mal calcularon los corsarios su ataque.

La organizada defensa, la estratégica lucha, las naves imperiales armadas y artilladas, bien pertrechadas con los mejores cañones de la época y de maniobrabilidad sin par, habían resuelto el combate, que les devolvía a su vida y a la libertad.

Dentro de la cueva, nada se oía de lo que sucedía en el exterior. Cumplieron el consejo del marinero y se extendieron sobre la plana superficie de las rocas, para recuperar las fuerzas, que quizás hubieran de necesitar. Allí, en la penumbra, iluminada por una de las antorchas, Micaela oía gemir quedamente a Inés abrazada a su hijo:

—¡Tan cerca de casa y quizá no lleguemos! ¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia!

Y por vez primera tuvo miedo al vislumbrar lo que sería su vida sin Íñigo. Se había acostumbrado a su fuerza, a su entereza y su ternura. Ahora contemplaba como extraordinario al hombre que compartía su vida siglos ha, o así le pareció, cuando unos gritos sofocados por el hermetismo de la cueva se dejaron oír. Al poco tiempo, el ibicenco se deslizaba hacia el interior gritando:

—¡Victoria! ¡Victoria! ¡Han huido! ¡Dios sea bendito! ¡Han huido!

Se abrazaron Mica, Inés y Pilar, mientras Vanozza acariciaba con alivio la cabecita de Fernando, pensando en el grave peligro que habían corrido.

—Santa Inés nos ha protegido. Habremos de ir a su villa y su iglesia, a dar gracias por su intercesión —dijo Inés.

El reencuentro fue muy emotivo. El riesgo sufrido había puesto de relieve la riqueza de su vida, repleta de amor, y la fragilidad de una existencia feliz.

Las naves habían sufrido algunos daños en un mástil y algunas velas, que convenía reparar antes de proseguir la singladura. Desembarcaron en el puerto de Ibiza, con el aliento de poder pisar tierra firme de nuevo. Recordó Inés la promesa hecha, y pidió a Damián ir en peregrinación a la ermita, una vez que hubieran recuperado el ánimo que ahora les faltaba. A los dos días, mientras los barcos proseguían los trabajos de reparación, se encaminaron hacia Santa Inés, cruzando los caminos de la hermosa isla. Harían parte del camino a lomos de mulas y otra parte a pie, ya que en eso consistía la promesa hecha en el momento de peligro. Al llegar al punto donde debían descabalgar, tomaron los cirios que portarían encendidos hasta la cueva paleocristiana, en la que tendría lugar la celebración.

Un claro sol lucía en la entrada y, al bajar las estrechas escaleras, un canto angélico les llenó el espíritu de paz. Con la emoción y el agradecimiento prendidos en su corazón, oyeron la misa que fue sencilla pero con una fuerte carga de simbolismo en recuerdo de los primeros cristianos que hubieron de desafiar ataques, desconfianza y animadversión a causa de su fe.

Estaban todos entusiasmados con esa isla de aguas limpias y transparentes, abundante pesca y gentes acogedoras, y sentían la inclinación de disfrutarla unos días

más, pero, por otra parte, ansiaban llegar a Toledo.

—Mas he aquí —comenzó Íñigo— que me han hablado de una hermosa zona de esta isla donde existe un alto farallón, cubierto de vegetación, en cuya cima existen dos templos: uno romano primero, y otro en la cúspide de la época de los fenicios, que se mantiene en buen estado^[53].

Salieron de mañana, bajando las empinadas calles de Dalt Vila, la ciudad fortificada, que era guardada de piratas y enemigos por la recia muralla. Iniciaron la ruta que atravesaba el pueblo de Jesús, cuya simple iglesia muy blanca contenía un magnífico retablo valenciano, que glorificaba a la *Mare de Déu*, la Madre de Dios^[54]. Eran los últimos hálitos de 1535, y sin embargo los campos estaban cubiertos de hierbas olorosas, que aromaban el aire de la mañana. Estos arbustos autóctonos de la isla servían a los naturales para elaborar un licor de hierbas que era un remedio para la melancolía.

Llegaron al pie de la montaña y comenzaron a subir con las caballerías, hasta que alcanzaron un recodo del camino en el que la vegetación se abría y se podía admirar una apoteósica vista de la costa. El mar brillaba con fuerza en sus distintos tonos de azul, que aclaraban o se oscurecían según se alejaban o se acercaban al litoral. Los escarpados riscos que se iniciaban a sus pies se adornaban con frondosos matorrales de la zona; el pequeño pueblo de pescadores de Santa Eulalia se veía al fondo del panorama, detrás de cuyo puerto se sucedían una serie de suaves colinas, que en distintos tonos de azul se fundían con el cielo.

Continuaron la ascensión, hasta que el sendero se hizo tan estrecho que hubieron de desmontar y seguir el camino a pie.

Avanzando y subiendo, arribaron hasta un caminillo rocoso tan estrecho que habían de pasar de uno en uno y con sumo cuidado en no resbalar, pues el vacío se abría a su izquierda, en una caída sin límite hasta el mar. Agarrándose con decisión a las ramas de los árboles más fornidos, consiguieron así pasar Micaela, Íñigo y Damián. La vegetación se hizo compacta y para continuar debían apartar plantas y arbustos, que en tupida muralla guardaban el templo romano.

Los restos de lo que había sido un importante edificio se dejaban ver claramente sobre el terreno, que estaba circundado en todo su perímetro por una densa arboleda. En la cara este, un vericuelo subía un poco más aún hacia la cima. De repente, tras la espesura, se les reveló el templo púnico. Conservaba sus paredes, que delimitaban varias estancias, un ancho pozo y descubrieron también una oquedad en la roca que el muchacho ibicenco dijo continuaba hasta el mar, y que los antiguos del lugar utilizaban para escapar de los piratas, que desembarcaban en algún lugar cercano de la costa. La vista en la cumbre era sugerente. Subieron a la zona más elevada del templo, que se asomaba dramáticamente al acantilado cortado a pico, y desde allí pudieron admirar una maravillosa cala de altísimos farallones, y en el centro, una recogida playa de cantos rodados. Debajo del templo, pero en vertiginosa caída hacia abajo, dos imponentes rocas se alzaban como dos titánicos guardianes, que día y

noche velaban por la seguridad del recinto sagrado. Quedaron los tres en silencio disfrutando de la magia infinita del lugar.

Micaela sintió una punzada en el corazón recordando los muchos peligros superados. ¿Qué retos les depararía su nueva vida?

Encuentro con el padre

Era nuevo año de 1536 cuando entraron los toledanos a su ciudad por la puerta de Bisagra, coronada en piedra por el escudo de Carlos V, amparado por la poderosa águila bicéfala. A los lados, dos torres defensivas medievales aportaban magnificencia al umbral. Inmediatamente otro arco, esta vez con columnas y el lema «*Non plus ultra*», les acogió en su villa. Dos esbeltas espadañas a ambos lados aguardaban a su emperador, para hacer repicar alegres sus campanas.

Llegados frente al portón de su casa, el corazón de Micaela no le daba tregua; palpitaba con tal fuerza que sentía que la respiración huía de su hálito. Pero al ver a su madre en la entrada de la casa, esperándola, mirándola con sus ojos azules, experimentó la sensación de plenitud más intensa que había sentido jamás. Italia permanecería pegada a su piel para siempre, pero ella estaba de vuelta en casa. Era el momento para formar la escuela que había soñado, como consecuencia de su viaje a Italia; presentaría a la Emperatriz el libro único que había preparado con la condesa Pinto del Poggio y que resumía la labor de esos años pasados; continuaría trabajando en el taller de su padre; y más importante aún, gozaría de la vida junto a los seres que tanto amaba y que habían sufrido su ausencia durante tanto tiempo.

Regresaba a su tierra casada con un hombre al que adoraba, y que retornaba ese amor al ciento por uno y, ¡quién sabe!, cuando la Providencia lo estimase oportuno ampliarían la familia. Teresa seguía ocupándose de la casa con la eficiencia que le era usual, lo que hacía que Micaela pudiera volcarse en su trabajo y en la búsqueda de la inspiración en la cultura tradicional de las distintas regiones del Imperio, enriquecidas ahora en mayor cuantía con las deslumbrantes maravillas que continuaban llegando del Nuevo Mundo.

Se incorporó enseguida la diamantista al taller de su padre, que permanecía tal y como lo había dejado años antes al marcharse a Italia. La casa, el jardín, las calles de su Toledo natal, todo tenía un aroma de hogar, de algo ya vivido y amado, de algo que se vuelve a encontrar con el entusiasmo de lo recuperado, después de una larga

ausencia.

Daniel había retornado también, para felicidad de Pilar y tranquilidad de sus amigos. Un día al salir de la catedral, los dos capitanes se encaminaron por la calle de la Chapinería, para tomar la del Nuncio Viejo. Llegaron frente a una pequeña casa de hidalgo, pintada en ocre con un hermoso escudo de caballero coronando el ancho portón. Una moza de aire discreto y contenido les abrió la puerta y les introdujo luego en una pequeña sala, apenas iluminada por la luz que entraba por la estrecha ventana. Era una de las últimas etapas de una serie de conversaciones que les había llevado por tantos territorios de Europa en pos de un ideal: el retorno a España de buenos súbditos, que además contribuirían al buen orden de las finanzas del Imperio.

—Señor inquisidor —comenzó Íñigo—, mucho aguardamos de vuestra benevolencia y buena amistad hacia nuestra causa. Sabe Vuestra Paternidad que por encargo de nuestra emperatriz hemos buscado la adhesión de personalidades de importancia. El retorno de nuestros buenos compatriotas permitirá un fin que justo es, la reunión con sus raíces y familia, y además sanearía esta nuestra economía, que tan necesitada está de revitalización.

—No encontraréis, capitán, os lo garantizo, oposición a esta empresa en la Inquisición. Justo me parece que estos españoles quieran tornar a sus casas y sus familias, y justo es que vos deseéis que así sea. En lo que a mí respecta, creo que todos los buenos cristianos serán siempre bien recibidos, sea cual sea su raza. Proseguid con vuestro diseño. La Inquisición acatará la decisión del Emperador.

Finalmente Isabel podría encontrarse con su amado Carlos. Habían sido largos años de luchas y tormentas para el Emperador, pero también brillantes momentos de victoria y gloria. La Emperatriz con su carácter reflexivo, había debido tomar decisiones importantes, siempre aconsejada por sus fieles consejeros, que admiraban la discreción y prudencia de doña Isabel. Esta aguardaba a la puerta de la catedral de Valladolid con el príncipe Felipe a su lado, que a sus diez años estaba impresionado por la ceremonia que se desarrollaba en la plaza delante de la catedral, donde esperaban al Emperador para un solemne tedeum.

Al son de clarines y recios tambores, apareció Carlos V sobre un caballo jaezado ricamente con bridas rojas, el color del Imperio, bordadas en oro; las cinchas que rodeaban el cuerpo del equino, igualmente bordadas; y de la silla de cuero de Córdoba pendían cintas a la misma usanza.

Importantes caballeros, héroes de las campañas de Italia, seguían al Emperador, los estandartes flameaban a la brisa de la mañana y un ambiente festivo recorría como un estremecimiento la abigarrada multitud.

Un niño de diez años volvía a encontrar a su padre después de una larga ausencia,

y lo que tenía ante sí era un ser legendario, vencedor de mil batallas y asechanzas; un ser fuerte, un emperador victorioso, que a los ojos del niño prudente aparecía como un gigante. Ese niño había de vivir largos años, pero nunca olvidaría la magnificencia de la llegada paterna y la expresión de felicidad de su madre la Emperatriz. Durante unos meses, experimentaría este niño la alegría del encuentro de sus progenitores, y la oportunidad que ocasionaba la llegada del César, para todo tipo de celebraciones, torneos, corridas de toros, oportunidad que un pueblo vital y apasionado, deseaba aprovechar al máximo. Quiso Carlos V antes que nada mantener una conversación con la Emperatriz y el príncipe Felipe.

Al niño que este era le pareció su padre, que además era el Emperador, un héroe de la Antigüedad. Su bella voz, la forma de andar majestuosa y singular a la vez, y ese aire de autoridad y a la vez de afabilidad que acompañaba sus movimientos y sus palabras deslumbraron al niño, que con ansia sin igual había aguardado el retorno paterno. Con tanto anhelo pero sin quejarse jamás por esa ausencia, ya que había sido educado para no mostrar sus emociones, cosa que bien se emparejaba con su ser natural prudente y reflexivo. La personalidad del autor de sus días, aureolada por las victorias de las guerras y de la política, su personalidad vibrante y caballeresca se le aparecía al príncipe Felipe como la personificación del titán de los libros de caballerías, poblando sus noches de sueños de gloria, para ofrecerlos a aquel que sería durante muchos años ansiada imagen. Se preocupó entonces de lo que él le diría cuando al Emperador se acercara. Comprendió la Emperatriz lo que pasaba por la mente del niño, encandilado por la gloria del poderoso progenitor y sonrió a su hijo con dulzura, queriendo así mandarle un mensaje tranquilizador.

Los nobles que acompañaban a Carlos V se retiraron con discreción, dejando a solas a un hombre con su mujer, a la que no veía en mucho tiempo, y con su hijo al que apenas conocía. Cuando el Emperador se acercó a doña Isabel, esta empujó suavemente a Felipe hacia su padre, que le acogió en un cálido abrazo.

Ruego de la Emperatriz

Valladolid era una fiesta constante en honor de su emperador y este gozaba de su familia, a la que durante tanto tiempo le había faltado. Disfrutaba también de largas charlas con su cosmógrafo, Alonso de Santa Cruz, versado en astrología y astronomía, por las que Carlos V había desarrollado un creciente interés, aprendiendo con pasión sobre la naturaleza y las estrellas.

Una vez que hubo reunido las Cortes de Castilla y discutido los asuntos de Estado, quiso tener una reunión con algunos señores del reino con el fin de informarse de la situación de los católicos ingleses, que pedían al campeón de la cristiandad poder referirle la persecución a la que eran sometidos. También los caballeros alemanes deseaban ser recibidos y decidió conceder una audiencia a ambas delegaciones. Se encontraban, por parte española, el marqués de Aguilar, que partía para la embajada ante la Santa Sede ya que el conde de Cifuentes había sido nombrado mayordomo de doña Isabel; el conde de Puñoenrostro, siempre al lado de Carlos, como lo había estado su padre en la lucha de las Comunidades; don Diego de Mendoza; el marqués de Almazán, presidente del Consejo de Órdenes; y el duque de Sessa, que había avisado a los dos capitanes para que estuvieran presentes en dicha audiencia.

Los alemanes venían presididos por el conde de Khevenhüller, acompañado por un nutrido grupo de señores fieles al Emperador y por su joven hijo, que quedaría maravillado con la magia de la Corte española y serviría años más tarde como embajador ante Felipe II. Asistían a la recepción asimismo unas damas de aquellas tierras, que mucho llamaron la atención por sus atavíos. Una de ellas lucía un vestido de terciopelo labrado negro, muy ajustado en el talle, con enorme cuello ribeteado de cibelina, las mangas también de terciopelo acuchilladas en seda gris perla.

A su lado, otra señora de espléndida belleza nórdica, rubia y clara de piel, realzaba su traje de terciopelo verde oscuro con un corselete ajustado de seda brochada ocre, del que asomaba una fina camisa de blanco lino. Iluminando su rostro,

un collar de perlas, que se repetían en la redecilla que sujetaba el pelo, coronada su cabeza por un magnífico sombrero negro con blancas plumas. La Emperatriz disfrutaba con la visión de las modas de otros lugares de Europa, intentando olvidar por unos instantes los graves asuntos que esta delegación germana deseaba transmitir y consultar.

Los ingleses a su vez explicaron que deseaban obtener el apoyo del Emperador para aliviar la penosa situación que comenzaba a afligir a los católicos en Inglaterra. Aconsejaban una política de unión con Escocia y advertían de la proliferación de espías ingleses, que acudían a las universidades españolas fingiendo ser estudiantes.

Escuchó el Emperador con supremo interés y prometió reflexionar con sumo cuidado sobre todo aquello que le habían referido. Tras atender en último lugar a los alemanes, dio por terminada la audiencia y se retiró con la Emperatriz.

Al quedar solos, Carlos tomó la mano de Isabel y le dijo con ternura:

—Mucho debo a vuestra prudencia en la buena regencia de estos reinos, en cuanto yo luchaba en aquellas empresas, que es a Dios que las tome como tuyas, y que a mí me ayude con milagros, que si no fuera haciéndolos, no sé cómo se puede volver en vida un cuerpo en el último suspiro^[55].

—Es dado a mi entendimiento —respondió Isabel— que no seríais vos sin la pasión que os lleva al honor y la fama, sin la pronta resolución en pasar a la acción, pero, os suplico, no abráis más frentes; y menos aún sin dar licencia al diseño que sabéis me ocupa, lo cual me había parecido lo más conveniente a Vuestra Majestad, para la conservación de los Estados y de la religión en ellos.

—Bien sabéis, señora, de mi respeto y atención a vuestros cuidados, que serán ley en mi voluntad. Pero cierto es que, si bueno fue el inicio del papado de Farnese, que con tan buenos auspicios recibimos y que nos fue favorable, paulatinamente ha convertido los fieles deseos en sutil resistencia ante el poder imperial, y desarrollado voluntad decidida en no ceder en nada ni a nadie el papel de árbitro de la cristiandad. Francisco, con sus miras sobre Milán, no cejará en su empeño de animar al Turco en el Mediterráneo, para así mantenernos ocupados allí. Y la Reforma, ¡ah, la Reforma!, fuente de aviesa discordia. Señora, ¡son tantos los frentes que requieren mi cuidado!

—Cierto es —continuó Isabel— que Francisco no es un rey del futuro. Bien al contrario, representa la nostalgia del Imperio franco, pero la muerte del delfín y el ascenso de Enrique a la sucesión nos abren una puerta a posibles y verdaderas alianzas. No comencéis nuevos frentes; muchos servidores excelsos murieron en el último ataque a Francia. Garcilaso, el marqués del Vasto... También es cierto que Doria tomó Tolón con decidida victoria y María alcanzó el triunfo en Picardía, pero son muchas las tribulaciones y desvelos, y el combate precisa de finanzas saneadas. Considerad mi propuesta, que avanzada está.

Gonzalo de Córdoba, duque de Sessa, había invitado a los ingleses a reunirse con él, el conde de Cifuentes y los dos capitanes. Uno de los británicos, el más alto y en apariencia el adalid de la causa, inició su parlamento con la aquiescencia de los demás:

—Agradecemos vuestro apoyo en la gran tribulación que en el presente agita nuestras vidas. Como manifestamos ante el Emperador, espías ingleses acuden a vuestras tierras, tejiendo marañas de embustes e infiltrándose por doquier, en detrimento de vuestros intereses.

Íñigo vio la ocasión de formular, en ese momento, una pregunta que le producía desasosiego y, mirando a Sessa, que con un gesto le dio su aprobación, comenzó su demanda.

—Vuestra merced, como compatriota de *lady* Dormuth, nos haría infinito servicio si nos diera información de los motivos que llevaron a señora de gran alcurnia a entrometerse en trama tan vil. Interesa, pues la señora está desaparecida, no se sabe cuál es su afán, y el conocimiento de estos pormenores es un empeño que en nuestro anhelo habemos.

—Bien decís, señor capitán —sentenció el inglés—. Los avatares de Vera Dormuth han dejado en artera situación a su marido, el embajador. No es propio de la provechosa diplomacia lo que esta señora ha pergeñado. Pero la historia tiene misterio, que yo os he de revelar. A pesar de la voluntad y pericia de Vera para hacer creer que es inglesa, no lo es.

»Es hija de un rico comerciante de Flandes, que llegó a vivir a Inglaterra cuando su hija era muy chiquita. Allí se crio, hablando la lengua de mi país como si de allí fuera. Pero en su corazón, y ahí desconozco el motivo, anidaba el odio hacia la potencia española en su tierra de origen, odio que fue creciendo con los años. Su belleza y aparente dulzura consiguieron un matrimonio ventajoso, muy ventajoso, con hombre de débil carácter, aspecto elegante, cuantiosa fortuna y elevada posición: lord Dormuth. Todo aquello que avance la prosperidad de su tierra natal y todo lo que pueda retrasar la del Imperio hallará eco en su fingida mente. No sé si esto responde con suficiencia a vuestra demanda. Conozco por alguno de nuestros agentes en Flandes, que después de su huida de Palermo ha sido vista en Delft y en Amberes. Lord Dormuth, como sabéis, se ha retirado a sus tierras, donde lleva una vida apartada, muy conforme a sus gustos.

Cuando se fueron los ingleses, el duque de Sessa se volvió preocupado hacia Íñigo.

—Amigo mío, graves peligros habéis conocido. No descansaré hasta saber dónde se encuentra la Dormuth y si continúa en su empeño. A la vista de los acontecimientos, diáfano es que el veneno era para vos, y que los celos de pérfida amiga lo destinaron a vuestra esposa. Hasta que no tengamos conocimiento de si el poder de los conjurados contra nuestro proyecto ha quedado desarbolado, mantened

el cuidado en el entorno de vuestra familia. Nosotros proseguiremos con nuestro plan. Os llamaré presto, para que vengáis acompañando a la diamantista, que a la Emperatriz debe entregar el resultado de sus esfuerzos, y podáis relatarle los progresos alcanzados.

El libro de Italia (1537)

Desde su regreso, los meses habían pasado serenos en su trabajo, enseñando Micaela en el taller fundado por los dos hermanos y financiado por doña Isabel para el aprendizaje de los jóvenes orfebres que deseaban adquirir la excelencia. El Nuevo Mundo continuaba siendo origen de primicias y misterios aún por descubrir, y la diamantista espoleaba su imaginación con todos los tesoros legados de aquellas tierras. La vida en la espaciosa casa junto al río era feliz y alegre.

El primer hijo de Micaela e Íñigo —Diego— y los dos de Damián llenaban de gozo los días de Teresa y Juan. Solo una nube enturbiaba esta felicidad casi imposible: la salud de Teresa decaía día a día. Su rostro, tan vivaz en un tiempo, iba perdiendo esa expresión entre tierna y gozosa que le era tan característica. El médico la visitaba con frecuencia, pero un extraño mal que no alcanzaba descifrar minaba poco a poco su naturaleza. Había adelgazado mucho y su piel, otrora tan blanca, se había tornado transparente, y los grandes ojos azules parecían aún mayores teñidos por un velo de tristeza.

Micaela acababa siempre pronto al mediodía, y ya permanecía junto a su madre con los niños, que tanto alegraban el ánimo de Teresa.

Un día muy de mañana, Vanozza, con el rostro descompuesto, llamó a la puerta de Micaela comunicándole que su madre la requería. Sintió la hija un dardo de intenso dolor que traspasaba su corazón, pues este le avisó que algo funesto había tras la llamada en hora tan temprana.

Comenzó a vestirse, creía ella con presteza, pero daba vueltas en su cámara buscando esto o aquello, sin decidirse a partir a la vera del lecho de su madre. Era como si algo la retuviera en esa habitación, que representaba un lugar seguro. Se detuvo un instante reflexionando, y comprendió el origen de su demora: sin querer hacerlo, había intuido que el fin se acercaba, y el temor a tener que enfrentarse a un mundo sin su madre le hacía buscar disculpas para no correr al encuentro de Teresa,

como si no acudiendo pudiera detener aquello que le aterrizzaba. Mientras estuvo ausente en los reinos itálicos, sabía que ella estaba allí en Toledo, que siempre podía volver a su ternura y a su amor incondicional, pero ahora, después de revivir la dicha del encuentro, el temor de perderla le hacía enloquecer.

Respiró hondo, y se dirigió a la estancia de su madre. Halló a Teresa muy pálida, pero esta logró acoger a su hija con una débil sonrisa. Pidió a todos que la dejaran sola con Micaela y comenzó con voz apenas audible:

—Querida hija mía, has sido fuente de felicidad y orgullo para mí. Los últimos años pasados junto a ti, tu marido y tus hijos han sido los más gozosos de mi existencia. Doy gracias a Dios por ello. Pero mi fin está próximo, y no puedo partir al encuentro con el Padre sin decirte algo que deseo conozcas.

»Mi madre, tu abuela, era judía conversa. Por amor hacia mi padre hizo lo que bien le dolía, pues hubo de ver partir a muchos de sus parientes. Poco a poco fue entendiendo esa doctrina que habla de amor y perdón, de igualdad y caridad, hasta hacerla totalmente suya por convicción. Hemos sido todos fieles cristianos, pero yo soñé que algún día Toledo volvería a ser la casa de todos; el lugar donde rezamos al mismo Dios de bondad, que a todos sin excepción acoge. Hija mía, sé que tu misión consiste en algo aún más trascendente que el ilustre arte de la orfebrería. Se me alcanza que laboras por algo que justo es, y de utilidad para estos reinos.

»Tu abuela desde allá arriba te da su bendición y yo te otorgo la mía, pidiendo a tu ángel que te libre de todo mal y te dé valor y coraje para batallar lo que sea menester, pues la envidia que anida en los viles corazones posee fuerzas ocultas que dañinas son.

Pasaron los días de octubre con la angustia de ver deteriorarse a Teresa, con la impotencia de no hallar remedio para combatir el mal que la consumía.

Micaela en sus oraciones rogaba por obtener unos días más, unos meses más y poder mostrarle a su madre el inmenso amor que por ella sentía. Cuando esta despertaba de su sopor, miraba a su alrededor y, viendo a todos en su entorno, sonreía.

Su muerte fue serena como su vida, partiendo de este mundo con feliz expresión, como si conociera a quien había venido a su encuentro.

El dolor se apoderó de aquella casa con puño de hierro. Todos la lloraron, pero Micaela estaba inconsolable. Algo muy hondo, muy profundo se había roto en su interior.

La congoja por la muerte de Diego había sido distinta, como si la vida se hubiera parado, mientras que la pérdida de Teresa le producía un quebranto irreparable, la hondura de un vacío que nunca nadie podría llenar; el dolor físico que llega a cortar la respiración, el tormento que tortura el alma.

Íñigo estaba pendiente de su mujer y, conocedor como era del espíritu generoso de ella, le instó «a que derramara su amor en su padre Juan, que bien lo había de necesitar». Al oír estas palabras, Micaela le miró con asombro:

—Íñigo, una vez más he dejado que mi pesar me ciegue. Tienes razón cabal; he de estar junto a mi padre con la devoción y cariño que mi madre derrochaba con él. Igual que él hizo conmigo en aquella horrible mañana de junio, me convertiré en su sombra, y requeriré su consejo en todo cuanto emprenda en el taller. Le mostraré cuánto le necesito. Gracias, Íñigo, alma mía.

Micaela y Damián ultimaban las joyas que presentarían a la Emperatriz, junto con el libro que habían elaborado con la condesa Pinto del Poggio. La diamantista prefería entre todas las piezas dos de ellas que eran el resultado del aprendizaje italiano, pero concebidas ya en Toledo con el poso de la reflexión.

La primera era una cruz para el oratorio de doña Isabel, realizada en oro con unos prodigiosos rubíes cuadrados y con unas exquisitas perlas que colgaban de sus brazos, y la base en filigrana de oro con el Cordero místico en esmalte.

La segunda era un prendedor que sujetaba un largo collar de perlas de oriente perfecto. Semejaba el broche a un templo elaborado en oro, en cuya hornacina central se hallaba una escultura de Diana cazadora acompañada de su ciervo, cincelados con absoluta perfección y expresividad, muy al estilo de Cellini; a los lados, entre torneadas columnas de diamantes, motivos vegetales en verdes esmaltes; la base del templo la componían tres rubíes rectangulares de buen tamaño engarzados en peana de oro, de la cual pendían tres perlas, con perfecta forma de lágrima; coronando la joya, en el plinto, un regio rubí, del cual salían unas finas hileras de diamantes como símbolo de la fuente a la que Diana llevaba a su ciervo a beber. Era una auténtica maravilla de finura inigualable en la ejecución, y con un refinamiento en la composición capaz de competir con las mejores alhajas que se creaban en ese momento en Europa.

Satisfecha, Micaela quedó contemplando la obra realizada. Luego acarició la cubierta del libro, que guardaba en su interior el precioso trabajo. Comprobó que todos los cofrecillos contenían los objetos que debían llevar a la Emperatriz, y cuando hubo visto que así era, fue a buscar a su padre para que diera, junto con Damián, su aprobación.

—Solo queda esperar a que doña Isabel os mande llamar —sentenció orgulloso Juan Vallesteros—. Podéis sentiros satisfechos. Habéis trabajado con arte y con constancia, para nuestra señora, en la tradición de la familia. Llenáis de felicidad los días de vuestro padre. ¡Qué orgullosa estará Teresa en el Cielo! ¡Que Dios os bendiga!

La Emperatriz no tardó en requerirles.

Les recibió en la antecámara de la reina el duque de Sessa, que valoró el esfuerzo realizado. Se alegró vivamente doña Isabel al verlos entrar. Con un júbilo casi infantil, admiró las piezas que Micaela y Damián le iban mostrando, en particular la sirena, cuyo torso era una prodigiosa perla gris con forma de mujer: ceñía su cintura

una estrecha banda de esmeraldas, de la cual pendían dos danzarinas perlas; la cola era de oro repujado en forma de escamas de pez, y entre escama y escama llevaba engarzadas varias menudas esmeraldas, y en su extremo, un rubí de rojo intenso; y de esta cola colgaban dos perlas de grisáceo oriente; los brazos de la sirena eran de esmalte, de un tono idéntico al de la perla del torso, y se enjocaban con dos ajorcas de oro y diminutos rubíes; del brazo izquierdo colgaba un pequeño fanal de diamantes, que alumbraría de manera alegórica a los nocturnos navegantes; en el derecho, una estela de oro y esmeraldas parecía hendir las aguas.

La Emperatriz miraba asombrada esta pieza, admirando su perfección y la armonía de su movimiento gracias a esas perlas que hacían bailar la luz en su nacarada piel. Pero su asombro no tuvo límites cuando la diamantista abrió el cofrecillo que guardaba en su interior el broche de Diana cazadora.

—¡No es posible! —exclamó—. ¡Qué belleza! ¡Qué perfección! ¡Qué placer!

Besó la cruz de rubíes que Micaela había sacado de una bolsa de terciopelo, y la colocó en el pequeño altar de su cámara. A continuación, Damián le presentó el libro, que contenía el trabajo italiano, y miró doña Isabel con detenimiento cada hoja, cada dibujo, alabando de continuo el resultado de ese esfuerzo y prometiendo leer detenidamente las descripciones allí reseñadas.

Acarició la cubierta del libro y sus ojos se detuvieron en el medallón que lucía en el centro. Estaba encajado con un ingenioso resorte, y al tocarlo Micaela se desprendió con levedad. La Emperatriz lo tomó en sus manos, e interrogó con la mirada a la diamantista. Ella, rápida, comenzó a explicarle la simbología que la joya encerraba.

—Representa, señora, un águila bicéfala, el águila del Imperio. Mediante una leve presión, gira sobre un perno y descubre otra águila, esta vez en oro. De esta manera contiene dos en uno o el reencuentro; encarna también la dualidad, el ánima y el cuerpo, el viaje tanto interior como exterior; el medallón así abierto reproduce el número ocho, figura de eternidad. El Papa, cuando nos invitó a su isla Bisentina, nos hizo don de una magnífica descripción de su significado.

Doña Isabel escuchaba con atención y preguntó a la diamantista:

—Y esta fecha aquí grabada en el oro, ¿qué representa?

—Es la fecha del encuentro de los capitanes con el rabino de Roma —desveló Micaela.

—Y las piedras, ¿tienen algún significado? —interrogó la Emperatriz.

—Señora, manifiestan las comunidades que anhelan estar junto a Vuestra Alteza: la turquesa recuerda aquella de Constantinopla; el granate interpreta el sentir de los que en Flandes residen; la crisoprasa a los que viven allende los mares, en los Reinos de las Dos Sicilias; y las perlas, Roma. Todos unidos en la misma esperanza y lealtad.

—Cumplida satisfacción tengo de vuestro empeño. Honráis a vuestra patria con esa dedicación inspirada, con la que habéis consumado vuestro periplo. Vuestra Emperatriz y el arte de la orfebrería os deben gratitud.

A una leve seña de Sessa, iniciaron los Vallesteros la despedida de doña Isabel, pero esta les detuvo con un gesto afectuoso.

—No debéis partir. Lo que he de hablar con el duque de Sessa y el capitán justo es que lo escuchéis también los dos. Habéis demostrado un valor y una lealtad dignos de los mejores, y la diamantista ha sufrido en sus carnes la voraz dentellada de la traición. Referidme los adelantos que habéis obtenido en vuestro afán.

Contó Íñigo lo sucedido en los últimos meses, ya que nunca había dejado de enviar los despachos secretos con toda la información desde Italia.

—Señora —concluyó el capitán—, he entregado al duque de Sessa una relación exhaustiva con todos los pormenores, conferencias, reuniones, adhesiones y desencuentros. Creo poder afirmar que nuestro afán ha llegado a buen puerto, y que el tiempo es, quizás, el más oportuno. El medallón que os ha entregado Micaela es el símbolo de las aspiraciones, esperanza y unión con que aguardan todas las comunidades.

La Emperatriz miró interrogante a Sessa y este le respondió:

—Señora, es mi parecer que ha llegado el momento en que Vuestra Majestad hable con el Emperador, para obtener su consentimiento final. Todo está preparado, las voluntades ganadas y los contactos con Flandes en el punto justo y oportuno.

La Emperatriz asentía silenciosa.

Epílogo

Es el año de gracia de 1538, un feroz ataque turco a las galeras venecianas arroja a la Serenísima y al Papa en brazos del Imperio. Carlos V consigue así la triple alianza contra el Imperio otomano, lo que obliga a Francisco I a pedir al Emperador un encuentro. Este debe partir para Niza, donde se reunirá con Pablo III y el rey de Francia, para concertar una tregua. La despedida de la Emperatriz es triste.

—Sé que vuestras ausencias obligadas son, pues a ellas os conduce el servicio a la cristiandad, pero siento más la carencia de vuestra presencia en los últimos tiempos. Dios me ha bendecido con un esposo al que amo, y sé que he de contentar el ánimo, pero me invade la pesadumbre cuando partís.

—No temáis. Mi deseo es resolver con premura aquello que me lleva a Francia. Mi hermana Leonor, como reina de Francia, ha dispuesto todo para que sea efectuado el asunto con diligencia.

Ese mes de mayo se revelaba radiante. En Niza, Carlos V firma con el rey de Francia la tan anhelada tregua en presencia del pontífice. Ahora podrá ocuparse del problema alemán, que tiraniza su pensamiento. El Emperador navegaba por la costa francesa con un espléndido séquito de galeras engalanadas, entre las que destacaba la suya, donde recibió a su cuñado Francisco I y a su querida hermana Leonor, artífice de hábiles compromisos políticos. Una época de paz parece abrirse en el horizonte, que aún conserva los nubarrones del problema que tanto acucia al Emperador: la Reforma.

De las Indias llegan ecos de heroicos adelantados, que descubren nuevas tierras para el Imperio. Grandes logros rodean a este luchador, que acabará amando con hondura sus austeros dominios castellanos. Y debe volver. Debe volver a compartir esta alegría y estas victorias con Isabel, su amada Isabel.

—Señora —comenzó el Emperador—, sufro el más cruel de los cuidados con

respecto a vuestra salud. Os veo hermosa como el día de nuestros esponsales, pero observo con temor que vuestra salud declina. Debéis dejar las preocupaciones del Estado a quien debe y de ellas sabe. Vuestro consejo, henchido siempre de prudencia, es precioso para mí, mas no os esforcéis en demasía. Atended a este vuestro estado de gravidez y luego volveréis a retomar las riendas de un gobierno que con tanto acierto habéis sabido llevar en mis repetidas ausencias. Vuestro talento ha sido indispensable y vuestra generosidad sin límites.

—Habréis de entender, señor —respondió Isabel—, que después de tan largos años en las preocupaciones del Estado, harto difícil me resulte ignorarlas. Vos sabéis que un empeño acapara mi cuidado: es el asunto de los judíos de Flandes. Como bien conocéis, este pueblo tuvo importante participación en los destinos de mi tierra natal, Portugal, de la misma manera que la tuvo en el reinado de nuestra común abuela, doña Isabel, y del rey Fernando.

»Fueron estos súbditos leales a la Corona y emplearon sus conocimientos y quehaceres al servicio de su patria. La expulsión, forzada la reina por los acontecimientos del momento, llevaron a Flandes a estas gentes de nuestras tierras, que bien guardaban los intereses del natal suelo. El retorno de estos judíos españoles, sefardíes, que tanto amor guardan por su hogar, que aquí dejaron, es menester se haga realidad y regresen a esta su casa. Así haciendo hallaréis de nuevo en nuestra Castilla gentes conocedoras y hábiles en las finanzas, tan necesarias para vos en estas vuestras empresas.

»Como os indiqué en algunos de los despachos, encomendé al leal capitán de Vidaurre, junto a su cuñado el capitán de Zubieta, la empresa de establecer contactos entre los personajes principales del exilio sefardí en Roma, Nápoles y Sicilia, contactos que fueron acogidos con entusiasmo e indescriptible emoción. A la par, debían procurarse adhesiones entre las personalidades de ambos virreinos, que cuentan con gentes de procedencia varia de nuestros reinos, para que acojan con ánimo decidido la propuesta del retorno de los judíos.

»Los capitanes han servido con rigor e ingenio a este fin, que servirá para ayudar a los intereses vuestros y la tranquilidad de nuestros reinos. Dadles autoridad, señor, a tantos buenos servidores que se unen en vuestro cuidado, para que ultimen aquello que con tan buenos auspicios cuenta. El actual papa Farnese, ¡demos gracias al Cielo!, es, como bien vos sabéis, favorable a nuestro diseño, como claramente lo estableció a De Vidaurre en su isla de Bisentina; el inquisidor, en conversación con los capitanes, dio su firme palabra de acatar vuestra voluntad, si decidierais el retorno de los sefarditas. Es el momento, Carlos.

—Señora —inició el Emperador—, sé de la justicia de vuestro anhelo. Pero he de deciros que, a pesar de la aparente bonanza en la que nos encontramos, esta es frágil; un solo movimiento en demasía apresurado puede truncarla.

»Vos conocéis la pasada actitud del francés: ha roto cuantas treguas ha firmado. El poder otomano sigue acechando Europa por el sur, en el Mediterráneo, y por el

este, amenaza constante es para Viena. ¡Y no mencionemos la Reforma! Cada vez se complica más la política en el tablero alemán.

»Tengo por seguros fieles al elector de Sajonia, al duque Henry de Brunswick y al conde de Khevenhüller, pero otros se mueven en la sombra, buscando afirmación de sus ideales o amansamiento de su condición. Todas estas preocupaciones requieren mi absoluta atención, siendo así que la situación asaz compleja no me da licencia para tomar una determinación que, aunque deseada y de acusado acierto, complicaría aún más la política en Flandes. Vos misma conocéis la belicosa reacción de los intereses ingleses y franceses a la misión de mis toledanos y el aguerrido capitán. Las bases están forjadas, el entramado realizado para cuando la ocasión sea más propicia, deseo sea con premura, y entonces podamos iniciar vuestro justo afán.

»Por ahora, el retorno de los sefardíes habrá de esperar. Tened paciencia, mi amada señora...

La preocupación se advertía en la expresión del capitán de Vidaurre. ¡Tantos esfuerzos! ¡Tantos peligros habían acechado sus vidas! Y aún no sabía si su empeño sería coronado por el éxito. No le importaba la gloria, necesitaba la plenitud del trabajo bien hecho.

En esas reflexiones estaba cuando al volver la esquina del callejón del Cristo de la Parra se percató de que tres sicarios estaban apostados a la sombra de un portal. A pesar del consejo del duque de Sessa, no se había protegido lo suficiente y ahora se encontraba en una situación comprometida.

Se acercaron los matones, con lentitud, valorando el precio de su presa. A la luz de un farol, un objeto que portaba uno de ellos se grabó en la retina de Íñigo con un fulgor del pasado: aquel miserable portaba en su costado la daga de Diego, que él tan bien conociera. La furia que sintió en su interior, dirigida por su experiencia en el combate, le hizo abalanzarse contra los espadachines que no esperaban ataque tan súbito. Se cruzaron los brillantes aceros. La lucha no sería fácil, pues todos usaban esas espadas toledanas recias y combativas. Brillaron las hojas, y en un instante los estoques chocaron con ruido frío e infernal. Íñigo luchaba con denuedo, pero los tres hombres eran gente resuelta y experimentada.

Atravesó el capitán a uno de ellos, que cayó fulminado. Al instante otro de los espadachines gritó a Íñigo:

—¡Acabaremos contigo, como acabamos con el renegado de Santibáñez!

Al oír el nombre de su añorado amigo, el vigor del capitán no tuvo límites. Con un movimiento circular y certero clavó su espada en el primero y su afilado estilete en el segundo, el que lucía la daga de Diego. De un salto, Íñigo se encontró arrodillado junto al sicario, que todavía respiraba. Con rabia y desesperación le preguntó:

—¡Dime! ¿Quién os envía? ¿Quién intenta eliminar nuestro diseño? ¡Responde,

bellaco!

El bandido no respondía, pero sus ojos denotaban pavor y espanto ante la furia incontenible del capitán. Amenazó Íñigo al esbirro con la recuperada daga de Diego, y el miserable pronunció un nombre en un suspiro:

—Quintana, el capitán Quintana.

En ese momento, una patrulla de guardia acudió en auxilio del capitán. Íñigo dio órdenes para que se llevaran al asesino con objeto de interrogarle, momento que este intentó aprovechar para sacar de su bota un estilete y clavarlo en el capitán de Vidaurre. Uno de los alguaciles hundió decidido su acero en el cuerpo del sicario.

Daniel vio llegar a su amigo con expresión ausente y desarbolada, como de alguien que ha entrevisto el infierno.

—Íñigo, ¿qué te ha pasado? ¿Estás herido?

—No, Daniel. Solo tengo las ropas en desorden y algunos rasguños a consecuencia de la pelea. Pero mi razón está conturbada por lo que acabo de descubrir. El maldito capitán Quintana, aquel que nos recibió en Nápoles y que tan mal diseño tuvo en nuestra seguridad, pertenecía desde el inicio a la conjura contra nuestra misión. Fue el jefe de los sicarios que asesinaron a Diego, fue él quien urdió el ataque de los badulaques de la camorra, y ha de haber sido él quien organizó la fuga de *lady* Dormuth. Hemos de conferenciar con el duque de Sessa, y formar una red de agentes que averigüe dónde se esconde ese traidor a sus gentes y a la causa de la Emperatriz.

—Así se hará —dijo Daniel.

Unas semanas más tarde, espías de Flandes mandaron noticia de las andanzas de Quintana por aquellas tierras, que acompañaba solícito a Vera. Era difícil mantener conocimiento de su paradero, pues bien se escondían conociendo la Dormuth el terreno a la perfección. La orden de su búsqueda y captura fue divulgada tanto en los reinos itálicos como en Flandes. Sería muy difícil que esta vez pudieran escapar.

Mayo de 1539. Tres años han pasado desde que regresaron a Toledo. Muchas han sido las tribulaciones, largos los viajes y penosas las situaciones que les ha tocado vivir.

Pero también la vida ha sido generosa con ellos: han conocido tiempos de interés, la existencia no ha sido monótona ni el transcurrir de los años ha pasado por ellos como por el trasluz de un cristal, sino que se ha fijado a sus almas y sus mentes, sus corazones han palpitado con el latir de los acontecimientos, han luchado contra poderosos adversarios pero no han sido derrotados; la victoria no ha sido suya, pero detrás de ellos, al cabo de unos años, vendrán otros hombres y otras mujeres que retomarán la antorcha y volverán a combatir para que justicia y razón sean realidad.

Micaela mira a su hijo y piensa que la libertad es el mayor de los bienes. Desea para él un lugar donde los hombres puedan expresar su parecer, donde las distintas profesiones gocen del respeto debido al trabajo honrado, donde la mujer pueda vivir como manda el Evangelio, «compañera te doy...».

Entra Íñigo con la expresión ensombrecida. Micaela comprende que son muy malas nuevas.

—¿La Emperatriz? —pregunta con un hilo de voz.

—Hemos perdido a una gran reina y una gran mujer. El difícil parto de hace apenas diez días dejó a Su Majestad muy debilitada, y este vibrante mes de mayo que hoy se inicia no ha logrado retenerla. El cambio habrá de esperar. Más adelante, en el momento oportuno, habremos de fortalecer el ánimo para recomenzar el proyecto de la excelsa reina, que acaba de dejarnos.

Micaela, entristecida, parece interrogar al capitán, pero en realidad es a sí misma a quien hace las preguntas.

—¿De dónde sacaré la fuerza para empezar otra vez? ¿Qué fuerza oscura nos empuja a querer conseguir aquello que tan difícil es de obtener?

Íñigo la abraza con ternura y le responde y se responde:

—El sentido común tiene que hacernos comprender que nuestros esfuerzos no han sido inútiles, que las circunstancias no han permitido lo que tanto anhelábamos y justo era, pero que hemos trabajado para un buen fin y hemos preparado el terreno para que otros lo puedan lograr en el futuro. Y además, hemos de valorar lo que tenemos. En nuestro caso, amor, un trabajo apasionante, diverso el tuyo y el mío, lo que a ambos enriquece; la economía resuelta y, lo más importante, amigos y una familia que es el refugio de los pesares y acechanzas, que en la vida no han de faltar. Como ves, basta con contemplar la realidad para estimar lo afortunados que somos.

»Vendrán otros empeños y en algún caso se resolverán con victoria. ¡Quién sabe! Don Hernán Cortés me hablaba días pasados de la Nueva España, del florecimiento de las artes en aquellas tierras. Me dijo asimismo que los capitanes con experiencia en las campañas de Italia podrían ser de suma utilidad en las Indias... Trabajemos para que ello suceda.

TERMINADO DE ESCRIBIR EN LA MADRUGADA
DEL 28 DE NOVIEMBRE, VOLANDO SOBRE
EL ATLÁNTICO, ENTRE LOS ÁNGELES Y MADRID.

TERMINADO DE ESCRIBIR EN EL ORDENADOR
EL 12 DE DICIEMBRE, DÍA DE NUESTRA SEÑORA
DE GUADALUPE.

TERMINADO DE CORREGIR EL 6 DE ENERO DE 2008,
DÍA DE LOS REYES MAGOS.

Breve razón de una obra

Siendo como soy pintora, había dirigido y participado en varios libros de arte: *El diario de a bordo de Colón*, *Hacedores de Europa* y *Hacedores de América*, en los que grandes escritores de ambos lados del Atlántico en el caso de *Hacedores de América* describían los personajes por mí pintados.

Guardo imborrable recuerdo de aquellas reuniones con esos seres magníficos, como Fernando Chueca Goitia, Alfonso de la Serna, Uslar Pietri y mi querido y añorado Camilo José Cela, recordando solo aquellos que ya no están con nosotros, pero cuya obra brilla con más intensidad a medida que transcurren los años.

Y la vida me deparaba algo nuevo.

Una mañana de junio me hallaba en Toledo cuando esta ciudad tan secreta y misteriosa y a la vez deslumbrante me regaló un espectáculo fascinante: la procesión del Corpus. Tradición de siglos, alegría popular, arte en estado puro y fe vivaz se unían en un entramado singular de luz, movimiento y color. La magia de una palabra que leí en una de sus calles potenció todas esas sensaciones de la villa imperial: *Diamantista*.

Unas horas más tarde, me hallaba contemplando la ciudad desde la otra orilla del Tajo cuando llamó mi atención una antigua casa de piedra al borde del río. Pregunté: era la morada del diamantista.

Me he sentido siempre atraída por el trabajo discreto de personas extraordinarias, que han movido el engranaje de la historia. Entre ellas, muchas mujeres que fueron olvidadas, o decididamente relegadas y oscurecidas en el recuerdo colectivo. Ya en el Renacimiento tuvo lugar la eclosión de mujeres profesionales, sí, profesionales digo, que aunaron vida familiar con trabajo intenso y comprometido.

Micaela, la protagonista, es una de ellas. En la escala social, absurda y convencional muchas de las veces, ella no resultaría una señora de importancia, pero sí es una mujer de calidad.

En el otro plato de la balanza, la emperatriz Isabel, menuda y frágil pero que tuvo en sus manos las riendas de un vasto imperio.

Quiero recordar aquí y ahora la extraordinaria labor de habilidad política que

otras mujeres de la época desarrollaron con firmeza: Margarita de Austria, tía del Emperador, María de Hungría y un poco más tarde Isabel Clara Eugenia, todas ellas sobresalientes en los espinosos asuntos de Flandes. Y honor sea dado al Emperador, que supo ver que sus mejores bazas políticas las constituían las mujeres de su entorno. Carlos V estaba imbuido del espíritu renacentista que de Italia surgía, iluminando la Europa de entonces. Algo de ese espíritu pervive aún en la nación italiana.

Habiendo tenido la fortuna de vivir casi ocho años —siempre el número ocho— en Roma, mi juvenil admiración por ese país se fue trocando en una profunda sensación de pertenencia, y la admiración se tornó pasión. Pertenencia porque su cultura es el origen de la nuestra, y en toda Italia percibí notas de una música ya por mí conocida y amada. Es la melodía que forma parte del mismo universo cultural. Íñigo, el capitán de Vidaurre, explica en un momento dado por qué los españoles e italianos nos entendemos: «Somos lo suficientemente diversos para provocar el mutuo interés, y similares para poder entendernos».

Y ahora debo explicar dos razones más que espolearon esta obra.

Hace muchos años, visitando la iglesia de los españoles en el *Quartiere Spagnolo* de Nápoles, y la de Santiago y Montserrat en Roma, las numerosas placas de mármol me trajeron el recuerdo de aquellos vascos andariegos y excelentes marinos que recorrieron el mundo dejando su nombre como sinónimo de trabajo bien hecho.

Un último motivo tiene su origen en Constantinopla: allí estaba mi padre destinado y mi madre, recién casada, abría sus asombrados ojos a ese mundo distinto y fascinante. Uno de los primeros encuentros fue con la comunidad sefardí. Durante años recordaría aquella recepción entrañable, donde les enseñaron con indisimulada emoción las llaves de sus casas de Toledo, las casas que habían abandonado en 1492, a la par que rememoraban la mágica Sefarad. Más estrecha aún, y ciertamente más dolorosa, fue su relación con la comunidad judía en Bruselas, donde mis padres estaban durante la Segunda Guerra Mundial; las personas de mi familia que vivieron aquellos acontecimientos los tuvieron grabados a fuego hasta el último de sus días.

En cuanto a este libro, me gustaría comentar que no llegaré al extremo de Winston Churchill, pues cuando escribió *Savrola* urgió a su amigos para que se abstuvieran de leerla, pues deseaba seguir conservando su amistad.

Pero sí pedir benevolencia al posible lector hacia esta obra realizada con amor, y que es el resultado de meses de trabajo y muchos años de búsqueda apasionada.

Estas son las razones de mi obra.

PILAR DE ARÍSTEGUI

Madrid, 2 de marzo de 2008

Agradecimientos

A mi hija Pilar, mi ángel del ordenador, por su constante y paciente ayuda, gracias.

A Carlos, mi marido, y a mi hijo Carlos por la aportación documental, que resultó de sumo interés.

Mi eterna gratitud a don Santiago Calvo, deán de la catedral de Toledo, por compartir conmigo el profundo conocimiento y amor por esa mítica ciudad.

A Begoña Aranguren, que a pesar de conocerme desde hace solo dos años, me ayudó con generosa e inteligente amistad.

A Ricardo Artola, mi editor, por creer en mí, de inmediato.

A Lucía Luengo, mi constante compañera de estos meses.

A María Teresa Ortiz Bau, directora de la Fundación Axa, por su eficiente y generosa ayuda.

A María Reig, propietaria de Vasari, por entusiasmarse por un libro ya concebido y terminado, y hacer realidad una fabulosa joya.

A Hugo O'Donnell, duque de Tetuán, por su inestimable información naval.

A todos mis amigos españoles e italianos que con sus cualidades me inspiraron los personajes de este libro.

Bibliografía

- BRANDI, Karl. *The Emperor Charles V*. Humanities Press Inc., Atlantic Highlands, N. J., 1980.
- CASA VALDÉS, Marquesa de. *Jardines de España*. Gráficas Morverde, Valencia, 1987.
- CASTIGLIONE, Baldassare. *Il libro del cortegiano*. Ed. Rizzoli, Milán, 1987.
- CONSTANTINE, David. *Fields of Fire*. Ed. Weindelfeld & Nicholson, Londres.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, Matías. *Pezuela de las Torres. Lugar y Villa*. International Copy S. A., Madrid, 1997.
- GELMI, Josef. *Los Papas, retratos y semblanzas*. Ed. Herder, Barcelona, 1986.
- JENKINS, Marilyn y Keene, Manuel. *Islamic Jewelry*. The Metropolitan Museum of Art New York, Ed. Bradfor D. Kellehe.
- KLUCKERT, Chrentried. *Grandes jardines de Europa*. Ed. Rolf Toman.
- LANLLIER, Jean y Pini, Marie-Ann. *Five centuries of Jewelry*. Ed. Arch Cape Press, Nueva York, 1989.
- MADARIAGA, Salvador de. *Hernán Cortés*. Ed. Espasa Calpe, Madrid, 1975.
- MARAÑÓN, Gregorio. *Antonio Pérez*. Ed. Espasa Calpe, Madrid, 2002.
- MENGHINI, Alessandro y Menghini di Biagio, Felicita. *Isola Bisentina. Giardino sacro e profano*. F. F. Editore, Perugia, 2000.
- MULLER, Priscilla E. *Jewels in Spain. 1500-1800*. Ed. Hispanic Society of America, Nueva York, 1972.
- ORIEUX, Jean. *Catherine de Médicis*. Ed. Flammarion, París, 1986.
- PAPAFAVA, Francesco. *Vaticano*. Ed. Antella, Florencia, 1990.
- PETRARCA. *Canzoniere*. Ed. Newton & Compton, Roma, 1997.
- PIETROMARCHI-GANGEMI, Antonello. *Alessandro Farnese*. Ed. Gangemi, Roma, 1998.
- SHUMANN, Walter. *Guía de las piedras preciosas y ornamentales*. Ed. Omega, Barcelona, 1978.
- WHITTINGSTALL, Jean Fearnley. *Peonies, the Imperial Flower*. Ed. Weindenfeld & Nicholson, Londres, 1991.

«La huella de España en Sicilia», Revista Geográfica Española, Madrid, 1965.

Roma. Ed. Touring & Gallimard, Trieste, 1990.

Tapices y Armaduras del Renacimiento. Joyas de las colecciones Reales. Lunwerg Editores, Madrid, 1992.

Varios autores. *El buque en la Armada española.* Ed. Sílex, Madrid, 1981.

Notas

[1] Gallarda, alemanda: danzas de la época. <<

[2] Textones de ajonjolí, alcorzas, alfeñiques, alfajores: dulces de origen árabe. <<

[3] Las altanas propiamente dichas son posteriores, del siglo XVII, pero se utilizaban las azoteas, que es la opción aquí representada. <<

[4] Veedor: mayordomo. <<

[5] Retrato del Emperador, en el *Fitzwall Museum* Cambridge. <<

[6] La frase es posterior, pero el sentimiento de «ventura» ya estaba presente en Italia.

<<

[7] El palacio de Fuensalida es hoy la sede del Gobierno autonómico. <<

[8] «La virtud contra el furor tomará las armas y combatirá que el antiguo valor en el corazón itálico no está todavía muerto». Petrarca, *Canzoniere*, CXXVII, 95, p. 140.

<<

[9] Ahora recibe ese nombre un azul casi oscuro, azul de atardecer, aunque en aquella época Prusia no existía como nación. <<

[10] Recepción a Cortés: Salvador de Madariaga sitúa la recepción en el otoño de 1528, pero Karl Brandi, gran experto en la vida del Emperador, precisa que fue en la segunda mitad del mes de febrero de 1529, y queda confirmada por otros autores. <<

[11] *Mantello*: prenda de moda en la Roma de entonces, era un abrigo capa. <<

[12] Gregüescos: pantalones o calzones; almilla: jubón interior. <<

[13] Acuchillado: el tejido superior se abre sobre otro, por lo general de seda. <<

[14] Retrato que se puede contemplar en el museo del Prado. <<

[15] Los «flecós galanes» son aquellos que distinguían las diversas compañías. <<

[16] Cervantes de Salazar, *Crónica de la conquista*. <<

[17] Cartas de Carlos V a Cortés. Salvador de Madariaga, Hernán Cortés, p. 476. <<

[18] La anécdota es posterior, pero creo que encaja bien con la personalidad de Cortés.

<<

[19] Azafates: bandejas. <<

[20] «Calabazas espesas»: receta de cocina de la época, del libro Comer con Isabel de Castilla, Julio Vallés Rojo, E. Diputación de Valladolid, p. 35. <<

[21] Azacán: aguador; alarife: albañil municipal. <<

[22] Palacio Cuomo, hoy sede del Museo Cívico Filangeri. <<

[23] «Tu muerte es mi vida». <<

[24] Palacio Cocozza di Montanara, a dos kilómetros de Caserta. <<

[25] Palacio Gaetani D'Aragona, a setenta kilómetros de Nápoles. <<

[26] El castillo de Fumone fue transformado en santuario en 1500; se visita todo el año.

<<

[27] «¡Santa María, qué belleza!», frase que profiere Cabeza de Vaca al descubrir las cataratas del Iguazú. <<

[28] *Domus Aurea*: villa de Nerón; se visita con permiso especial. <<

[29] Placa de Domingo de Arístegui, en la iglesia de los españoles de Santiago y Montserrat. <<

[30] Banksia: rosal trepador, traído por William Kerr desde Cantón para los jardines Kew en Londres; la bautizó con el nombre de *lady* Banks, esposa del director de dichos jardines. <<

[31] *Pimpinifolia* y *Eglanteria*: rosas botánicas. <<

[32] *Chinensis mutabilis*: rosa casi perenne, llega a Europa desde China en 1932. <<

[33] *Bracteata*: rosal trepador, perenne en la Europa meridional; lord Macartney la trajo a Europa en el siglo XVIII desde China. <<

[34] La flor de Pascua fue descubierta en Nueva España, actualmente México, por los españoles. <<

[35] Palacio del Quirinale, hoy sede de la Presidencia de la República. <<

[36] 40,23 por 13,41 metros de ancho. <<

[37] La primera noticia escrita sobre las peonías chinas llega a Europa en 1656 y procede del delegado de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales. Lord Banks, presidente de la Royal Society de Londres, manda traer peonías para los jardines de Kew, en el siglo XVIII. Peonías silvestres son autóctonas en España y Portugal. <<

[38] «Ah, la astuta». <<

[39] Santa María la Mayor: basílica bajo la protección de España. <<

[40] «No sé quién es esta bruja». <<

[41] Los vidrieros árabes elaboraban en esa época un vidrio muy dúctil, que venía en rollos, que luego utilizaban para diversos usos, entre ellos unas antepasadas de las gafas de bucear. <<

[42] La mesa aquí descrita es posterior (s. XVIII), y se puede admirar en el Palacio Real de Madrid. <<

[43] El Spadafora de aquella época se llamaba Federico. Se les concede el título de duques en el siglo XVII, y príncipes de Spadafora en 1710. <<

[44] *Trombas di zucca*: instrumentos musicales de la época. <<

[45] Es la actual puerta de piedra, edificada en honor de Carlos V, en Palermo. <<

[46] Zaragüelles: calzones. <<

[47] En el archivo del palacio Ajutamicristo consta la visita de Carlos V. <<

[48] El trabajo de los pintores Vermeyen y Van Aelst fue el origen de la primera serie «La conquista de Túnez». Felipe V en 1731 ordena tejer unas copias en la Fábrica de Tapices, que se pueden ver en el Palacio Real de Madrid, junto a alguno de los originales del año 1540. <<

[49] La cueva aquí descrita es Can Marsá, Ibiza, que fue descubierta en 1920. <<

[50] Empavesadas: murallas de protección; portañolas: puertas por donde se sacan las bocas de los cañones; bisagrones: bisagras de las portañolas. <<

[51] Versos, falconetes, pasavolantes y lombardas: cañones de diverso alcance. <<

[52] Encabalgadura: armazón donde se sujeta el cañón. <<

[53] Templos púnico y romano en la cima de la montaña que cierra Calallonga, Ibiza.

<<

[54] La iglesia de Jesús, en Ibiza, contiene un estupendo retablo del s. xv. <<

[55] «Que es a Dios que las tome como tuyas...», carta de don Juan de Austria a Margarita de Parma. Gregorio Marañón, Antonio Pérez, Ed. Espasa Calpe, cap. 10, p. 247. Esta sentencia se ha puesto en boca de Carlos V, pues pertenece a su forma de pensar, y posteriormente, de su dinastía. <<